LUIS
CORVALAN

Tres períodos en nuestra línea revolucionaria

LUIS CORVALAN

Tres períodos en nuestra línea revolucionaria

VERLAG ZEIT IM BILD 1982

Verlag Zeit im Bild
RDA - 8012 Dresden, Julian-Grimau-Allee
Printed in the German Democratic Republic
by Grafischer Grossbetrieb Völkerfreundschaft Dresden
2419 - 5

Indice

Nota preliminar 7
El poder debe ejercerlo el pueblo 9

I

1. Nuestra táctica en las condiciones de un gobierno reformista burgués 11
2. El Partido y los intelectuales 24
   A) Nuestros artistas y las escuelas estéticas 24
   B) El Partido ensancha el horizonte de sus hombres de letras y artes 25
   C) El Partido, teórico colectivo 29
3. Unión de las fuerzas antiimperialistas 31
4. Se requiere plasmar en la lucha la más amplia coalición popular 48
5. Unidad popular para conquistar un gobierno popular 50

II

1. Mañana debemos triunfar 69
2. Nada hay más revolucionario que luchar por el éxito del Gobierno Popular 70
3. Entramos a un período de agudos enfrentamientos con el imperialismo yanqui 84
4. El abastecimiento, campo de la lucha de clases 89
5. Sobre la marcha de las cacerolas 97
6. Los trabajadores deben tener plena participación en la administración de las empresas 99
7. La reforma agraria es tarea de todo el pueblo 103
8. El Gobierno tendrá todo el respaldo popular si aplica una política firme contra los sediciosos 109
9. La pugna por el poder 115

10. Debemos cerrar filas en torno al Gobierno y no minar su autoridad 127
11. Se necesita dirección única del Gobierno en la lucha política y en la esfera de la economía 131
12. Estamos por el diálogo que propone el Presidente 141
13. Ante la intentona golpista del 29 de junio 145
14. Carta al Cardenal Silva Henríquez 148

III

1. La revolución chilena: sus grandes méritos y las causas de su derrota 149
2. Patriotas: ¡Sólo unidos derrotaremos al fascismo! 184
3. La Iglesia católica y las persecuciones fascistas 195
4. Los desaparecidos 197
5. En torno a la posibilidad de un acuerdo con la Democracia Cristiana 199
6. La unidad antifascista y los compromisos 204
7. El régimen es transitorio 206
8. Lo principal es la lucha de masas 207
9. Nuestro proyecto democrático 212
   A) Una nueva democracia para Chile 212
   B) El fascismo debe ser proscrito 217
   C) Sobre las Fuerzas Armadas 219
   D) Nuestra política es de amplia unidad democrática 222
   E) Nuestro futuro será socialista 227
   F) Patriotas e internacionalistas 230
   G) El marxismo-leninismo gana más y más adeptos 233
10. Buscamos aliados permanentes y no compañeros de ruta 235
11. El derecho del pueblo a la rebelión es indiscutible 235
12. Avanzar por el camino de la Unidad y de la lucha dominando las mas diversas formas de combate 242
13. La lucha es lo primero y la unidad es la clave de la victoria 254
14. Nuestra línea es elaborada colectivamente 257
15. El futuro de nuestra Patria está ligado a la lucha de todos los pueblos por la paz, la libertad y el socialismo 268
16. Seguimos propiciando el acuerdo de toda la oposición 271
17. América Latina jamás aceptará el vasallaje 274

Estamos con Polonia socialista 277
El sexagésimo aniversario de nuestro Partido 281

Nota preliminar

El presente libro contiene una selección de discursos, artículos, cartas y declaraciones del Secretario General del Partido Comunista de Chile, Luis Corvalán, quien lo ha confeccionado –con los materiales que ha tenido a la mano– a petición de la Editorial *Dietz Verlag* (Berlín), que lo publicará en alemán. Los textos se publican íntegros, abreviados o fragmentados por el propio autor, conservándose en todos ellos tanto el contenido como las formas originales. Se presentan en orden cronológico salvo casos en que ha primado el propósito de agruparlos o destacarlos temáticamente.

A través de esta recopilación se puede apreciar la política del Partido Comunista de Chile en tres períodos de su línea revolucionaria: en las condiciones del Gobierno reformista burgués del ex Presidente demócratacristiano Eduardo Frei, durante el Gobierno Popular de Salvador Allende y bajo el régimen fascista de Pinochet. De ahí el título del libro: *Tres períodos en nuestra línea revolucionaria.*

Esta edición se publica simultáneamente en alemán y en español.

Berlín, 1982

El poder debe ejercerlo el pueblo

Informe al XII Congreso del Partido, 13 de marzo de 1962.
(Fragmentos)

A lo largo de muchos años, las masas populares de nuestro país han hecho numerosas y ya suficientes experiencias, han adquirido el conocimiento general necesario acerca de lo que representa cada clase y cada partido, abriéndose paso hoy día la convicción de que la clase obrera y el pueblo deben regir sus propios destinos.

Ha emprendido veloz vuelo la idea de que no hay ninguna otra alternativa, ningún otro remedio que alcanzar un gobierno del pueblo a fin de resolver los problemas, abrir las compuertas al desarrollo de las fuerzas productivas y lograr el bienestar de las masas.

Lo que en estos instantes está planteado, lo que brota de la vida, lo que surge de la realidad objetiva con una fuerza irresistible, lo que aflora pujante en la conciencia de la mayoría de los chilenos es que ahora el poder debe ejercerlo el pueblo.

...El Acta de la Declaración de la Independencia de Chile, que lleva la firma de Bernardo O'Higgins, Padre de la Patria, en su parte resolutiva dice: «...Chile y sus islas adyacentes forman, de hecho y por derecho, un Estado libre, independiente y soberano, y quedan para siempre separados de la monarquía de España y de cualquiera otra dominación, con plena aptitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga a sus intereses».

Esto significa que un documento jurídico, anterior y superior a toda legislación nacional, base o fundamento de la existencia misma del Estado chileno, reconoce que nuestro país, junto con su independencia, adquirió la «plena aptitud de adoptar la forma de gobierno que más convenga a sus intereses».

De acuerdo con esto, el pueblo chileno tiene plena atribución para establecer mañana una república popular inspirada en los principios del marxismo-leninismo. De acuerdo con esto, la representación chilena en la Conferencia de Punta del Este quebrantó una norma que es esencial en la vida política y en la situación internacional de Chile. De

acuerdo con esto mismo, si mañana el pueblo de Chile resuelve adoptar un régimen socialista, nadie –desde el exterior– puede impedirlo sin transgredir o violar nuestra independencia.

Es claro, por otra parte, que nuestro pueblo y los demás pueblos latinoamericanos no le van a pedir permiso a sus opresores para darse el gobierno que deseen. Seguirán manteniendo en alto la bandera de la lucha por su plena independencia.

...Ni las cárceles, ni la extorsión económica, ni los planes intervencionistas podrán impedir que siga adelante el proceso de la emancipación de las naciones latinoamericanas. Es incontenible la marcha triunfal de nuestros pueblos por el camino de la independencia, del progreso social y de una verdadera democracia. El grandioso ejemplo de Cuba los alienta. Los nuevos vientos que corren en el mundo favorecen su avance. Del fondo de su miseria emerge impetuoso el deseo de conquistar una nueva vida. Todo induce a tener amplia confianza en la victoria.

«Hacia la conquista de un Gobierno Popular».–
Documentos del XII Congreso del Partido Comunista
de Chile. 1962

I

Nuestra táctica en las condiciones de un gobierno reformista burgués

Informe al XIII Congreso del Partido.
10 de octubre de 1965.
(Fragmentos)

Inauguramos hoy la reunión de la más alta autoridad del Partido, su Congreso Nacional.

Una de las cuestiones centrales que debemos analizar es la lucha de los comunistas en las condiciones del gobierno del Presidente Frei.

El objetivo que persigue la Democracia Cristiana es salvar al capitalismo en Chile e impedir la revolución popular y el socialismo. Lo singular es que trata de lograrlo, no a la vieja usanza de la reacción, sino con métodos y lenguaje modernos, dándole especial importancia al trabajo con las masas, remozando en parte la arcaica estructura del país y mejorando en cierto grado la situación de algunos sectores del pueblo.

El pleno conocimiento y dominio de los diversos aspectos de los nuevos procesos sociales es un asunto decisivo para continuar avanzando con las masas por un camino acertado en la lucha por los cambios revolucionarios.

...Analizando, pues, nuestros problemas actuales y futuros en profundidad y en perspectiva, aparece en toda su magnitud la obra por hacer y las responsabilidades de los hombres y mujeres progresistas del presente.

Nuestra convicción más íntima es que a grandes males corresponden grandes remedios y una política de guerra sin cuartel contra los causantes del atraso. Es imposible salir adelante con el imperialismo en-

cima, del brazo de las empresas monopolistas extranjeras y nativas o conciliando con los latifundistas, como lo hace el gobierno de la Democracia Cristiana.

Sólo la liberación definitiva del país respecto del imperialismo, la nacionalización del cobre y demás riquezas que están en sus manos, la liquidación completa del latifundio y la supresión de los monopolios privados, pueden colocarnos en el camino de la solución de nuestros problemas de fondo.

Este es el punto de partida. Una vez cumplidos estos objetivos, será necesario endilgar rumbos hacia el socialismo. Sólo el socialismo puede permitirnos los más altos ritmos de desarrollo económico, marchar con la celeridad que se precisa, aumentar sustancialmente el ingreso y redistribuirlo con rapidez y justicia. Sólo el socialismo puede hoy desatar a plenitud las fuerzas productivas y asegurar la participación masiva del pueblo en las tareas de la construcción de un país moderno y próspero.

En América Latina surgirá una segunda Cuba, una tercera y otras más

...El imperialismo trata de contener la marcha emancipadora de nuestros pueblos. La doctrina Johnson se basa en la idea troglodita de que los intereses económicos y políticos del imperialismo yanqui están por encima de todo. De acuerdo a ella, ha dicho que no permitirá una nueva Cuba en América Latina. Pero, mal que le pese, surgirán una segunda Cuba, una tercera Cuba y otras más, tantas como países hay en el continente. Conforme a sus propias características nacionales, con métodos y formas que correspondan a cada realidad particular, todos los pueblos latinoamericanos seguirán el ejemplo cubano.

En definitiva, nada ni nadie podrá impedir la liberación de los pueblos de América Latina. El continente entero está en ebullición. Ha comenzado la lucha por la segunda independencia de nuestras patrias. En cada una de nuestras naciones se irán plasmando los más amplios y vigorosos frentes patrióticos y, todos ellos, golpeando al mismo enemigo y coordinando sus acciones, irán forjando el frente único continental en contra de la intervención imperialista y ensanchando el camino de la revolución.

El imperialismo aún dispone de poder suficiente para golpear en tal o cual lugar y conseguir tal o cual éxito. Pero no es imbatible, no las tiene todas consigo. En los propios Estados Unidos hay fuerzas crecientes que se oponen a sus designios y quieren otro trato con América Latina y los pueblos en general.

...El primer y principal golpe debe ir dirigido a desbaratar las maniobras del imperialismo y la reacción, a romper el asedio de los círculos más cavernarios del capital monopolista de los Estados Unidos y de sus agentes gorilas.

El Pentágono, la CIA, los elementos más frenéticos del Departamento de Estado, el gobierno invisible de que hablan los periodistas norteamericanos Wise y Ross –que llevó a Kennedy a intervenir en Cuba y dispuso la intervención en Santo Domingo– se ha trazado el objetivo de dispersar y derrotar al movimiento popular, de aplastar las luchas de nuestro pueblo, de promover la histeria anticomunista, de poner fin al régimen democrático, de hacer imposible todo gesto de independencia del gobierno chileno, de impedir que el país camine hacia la constitución de un gobierno revolucionario.

El Plan Camelot es sólo una parte de esta vasta conspiración contra Chile. Parte de la misma son también las provocaciones de los gorilas brasileños y argentinos. Las hipócritas y sarcásticas declaraciones del Canciller Leitao da Cunha, en el sentido de desearle al Presidente Frei mejor suerte que a Goulart expresan algo más que un sentimiento personal: reflejan los anhelos de sus amos del Pentágono y la CIA.

En las esferas militaristas de los Estados Unidos y entre los altos mandos de las Fuerzas Armadas de otros países del continente, ha surgido la teoría de que las fronteras geográficas deben ser subordinadas a las fronteras políticas. En esta teoría se inspira el monstruoso acuerdo de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos en orden a que este país y demás Estados americanos tienen derecho a la intervención militar unilateral en cualquier lugar del continente. En ella también se basan el propósito de crear un ejército continental y el gravísimo acuerdo concertado entre los Estados mayores de los ejércitos de Argentina y Brasil con vista a coordinar sus acciones contra la llamada infiltración comunista en el hemisferio.

Para que las cosas queden bien claras, vale la pena recordar que el desembarco de 27 mil infantes de marina y paracaidistas norteamericanos en Santo Domingo se realizó a pretexto de combatir el comunismo, no obstante el hecho conocido que el movimiento patriótico que encabezó el coronel Caamaño –que por supuesto tenía el apoyo de los comunistas– no perseguía sino el restablecimiento del régimen constitucionalista.

El principio de autodeterminación es el derecho de los pueblos a darse el régimen que estimen conveniente. En esta época implica, ante todo, el derecho de los pueblos a tomar el camino del socialismo. Ahora, como lo demuestra el caso de Santo Domingo, los círculos más frenéticos de Estados Unidos intervienen y tienen el propósito de seguir

interviniendo no sólo en contra de un movimiento popular que tenga como objetivo el socialismo, sino ante cualquier movimiento democrático, incluso de tipo burgués, que en alguna medida se proponga favorecer a su pueblo y se aparte de los dictados del capital monopolista extranjero.

Ante tal hecho subrayamos la necesidad imperiosa de unir en contra de la intervención imperialista a los más vastos sectores nacionales, a las más amplias fuerzas patrióticas, a todos los que están en favor de la autodeterminación de los pueblos, por la no intervención, por el respeto a las normas del derecho internacional.

En contra de la intervención en Santo Domingo se pronunciaron los partidos del Frente de Acción Popular, la Democracia Cristiana y el Partido Radical. El gobierno del Presidente Frei la censuró. De igual manera, estos mismos partidos, más el Liberal y, también, el Senado de la República, condenaron el ya citado acuerdo de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos. Tales hechos dan la pauta del inmenso y vasto dique de contención que podemos levantar para que en él se rompan los dientes los imperialistas y los gorilas.

La causa de nuestro pueblo está estrechamente vinculada a la de todos los pueblos latinoamericanos y, en especial, al derecho de Cuba a seguir construyendo el socialismo. Por esto mismo, las tareas de la solidaridad continental se hallan en el primer plano.

Nuestra causa se encuentra también vinculada a la gloriosa gesta del pueblo vietnamita. Allá, como aquí, está en juego el derecho de los pueblos a su autodeterminación. El imperialismo aplica en Vietnam su teoría de que las fronteras geográficas deben ser supeditadas a las fronteras políticas y allá, además, mantiene el foco más peligroso en contra de la paz mundial.

...En los tiempos que corren, la política del imperialismo norteamericano afecta los intereses y contraría los sentimientos democráticos y nacionales de capas tan amplias que, como nunca, la clase obrera puede unir y movilizar a su alrededor a la inmensa mayoría ciudadana.

Las reivindicaciones democráticas, la lucha por la paz, por la soberanía nacional, por las libertades públicas están en el centro de la actividad de la clase obrera en todos los países capitalistas, aún en aquellos donde el socialismo es un objetivo más próximo. Podría decirse incluso que el camino del socialismo pasa a través de la lucha por las reivindicaciones de este carácter por el hecho de que es la forma concreta en que el proletariado aisla a sus enemigos principales y acumula fuerzas.

Esto es también válido para nuestro país. Por eso, llamamos la aten-

ción sobre la importancia decisiva que tiene llevar a la mayor altura los combates que dicen relación con la paz, la autodeterminación, la soberanía nacional, la solidaridad entre los pueblos.

Naturalmente, hay que fusionar estos combates con la lucha de los trabajadores, de todos los sectores populares por sus reivindicaciones específicas y cotidianas, por sus intereses generales.

...Lo que hasta ahora ha hecho el gobierno es verdaderamente pobre. No es que tengamos el propósito de negar nada, ni de encontrarlo todo malo. Esta no ha sido ni es nuestra conducta. Lo que sucede es que lo realizado, lo que se puede considerar como positivo –y que dicho sea de paso ha contado con nuestro apoyo o se ha logrado gracias al empuje de la Izquierda antes que al del propio gobierno, como la nivelación del salario campesino y el impuesto patrimonial– es marcadamente insuficiente, no constituye revolución alguna en ninguna parte de la tierra.

En Chile se necesita aplicar el bisturí y, en vez de ello, se ponen cataplasmas.

La acción común de las fuerzas progresistas estén en la oposicción o en el gobierno

...A través de la unidad de acción se puede poner en movimiento a todo el pueblo, a las masas trabajadoras que votaron por Salvador Allende y a las que lo hicieron por el señor Frei. A un lado debe estar el pueblo y al otro los reaccionarios. En consecuencia, se debe ir abriendo paso a la unidad de acción de todas las fuerzas populares y progresistas que están con la oposición o con el gobierno en contra de las fuerzas reaccionarios que hay en el gobierno y en la oposición. En otros términos, es factible avanzar sobre el terreno de la unidad de acción del FRAP (Frente de Acción Popular), del Partido Democrático Nacional y de los democratacristianos y radicales antiderechistas, en contra del imperialismo y la oligarquía, en contra del sector más reaccionario, compuesto por conservadores, liberales, radicales y democratacristianos de derecha.

Este es uno de los aspectos esenciales de nuestra política.

Los grupos reaccionarios, proimperialistas y anticomunistas que hay en el gobierno y en la Democracia Cristiana tienen manifiesto interés en crear la confusión, para lo cual se desvelan por presentar a los comunistas y a los socialistas en connivencia con la oposición de derecha. No faltan, además, quienes tienen la osadía de colgarnos afanes de conciliación con el gobierno.

A despecho de tales especulaciones, la realidad demuestra que nues-

tra política es y será de lucha contra los reaccionarios de dentro y fuera del gobierno, de oposición y crítica a la orientación general del partido gobernante, de desarrollo de la actividad y de la iniciativa independiente de las masas, de apoyo a todo lo que pueda favorecerlas, de lucha sin cuartel contra todo lo que hiera sus intereses. Esta actitud corresponde a los intereses del pueblo y perseveraremos en ella.

Nuestra política de unidad de acción de todas las fuerzas populares y progresistas que están en la oposición o con el gobierno es, ante todo, la acción mancomunada de los trabajadores y de las masas por sus reivindicaciones, en defensa de sus conquistas y derechos, en favor del progreso social, la libertad, la paz, la soberanía nacional. Es una política que se está aplicando en muchas partes y que se debe aplicar en todas porque en ello va el interés del pueblo.

A través de la acción común de todas las fuerzas antimperialistas y antioligárquicas es posible y necesario oponer un muro infranqueable a lo que vaya en contra de los intereses nacionales y populares, alcanzar nuevas conquistas para el pueblo, lograr todo lo que se pueda obtener en este momento en los diversos planos de la lucha y, de esta manera, ensanchar las perspectivas de la revolución.

...Esta política de unidad de acción la concebimos partiendo siempre de la idea matriz de que lo central es la unidad y la lucha de la clase obrera, el entendimiento socialista-comunista, la unidad y el robustecimiento del FRAP. La concebimos como una manera de atraer más y más fuerzas alrededor del proletariado y de los partidos Comunista y Socialista.

Permítasenos subrayar que le seguimos y le seguiremos dando la más alta importancia al entendimiento entre estos dos partidos.

Tanto socialistas como comunistas tenemos legítimo derecho a una actividad independiente y a esforzarnos por ampliar la influencia de masas de cada uno de nuestros partidos. Ello no tiene por qué debilitar la unidad si tal cosa se practica por ambas partes dentro de un clima de emulación revolucionaria y fraternal, y de consideración y de respeto mutuo de los puntos de vista de cada cual. Si así actuamos, se logrará no sólo el fortalecimiento de cada partido, sino, al mismo tiempo, el fortalecimiento de la unidad de la clase obrera y del pueblo. Naturalmente, se hace necesario, intensificar, a la vez, las acciones comunes y practicar, en relación a los asuntos fundamentales, la dirección compartida, es decir, la solución de conjunto de los problemas principales y concretos del movimiento popular.

La unidad popular no está ni puede estar exenta de problemas. De vez en cuando surgen malentendidos y otras dificultades. Pero lo im-

portante es resolverlos y empeñarnos todos en crear, en el interior de cada partido, un espíritu de fraternidad y de esfuerzo por un entendimiento cada vez mayor.

La clase obrera, centro de la unidad y motor de los cambios revolucionarios

Para cumplir con su misión histórica, la clase obrera tiene que convertirse en el centro de la unidad y en el motor de los cambios revolucionarios y, para esto, tiene que apoyar e impulsar resueltamente la organización y las luchas del campesinado, las reivindicaciones de las diversas capas populares y desarrollar una política nacional, antimperialista, antifeudal y antimonopolista.

El grueso del proletariado y aquella parte del pueblo políticamente más desarrollada sabe que la Democracia Cristiana no es la solución. Pero no se puede decir lo mismo de aquellos otros sectores populares que se incorporaron a la vida cívica votando por ella. Estos tienen que hacer su experiencia. Ahora bien, para que ésta sea más breve, para que no caigan en la indiferencia o la desesperación, para que no sirvan de base a ninguna aventura o a una nueva alternativa burguesa, para que lleguen cuanto antes a la conclusión de que lo que se necesita es un gobierno revolucionario encabezado por la clase obrera, ésta tiene que ganar su confianza a través de una política combativa y amplia, de acción común entre todas las fuerzas populares.

Más todavía, frente a cuestiones tan vitales como desbaratar los planes intervencionistas del imperialismo norteamericano y otros problemas, ha surgido y surgirá la necesidad de acciones comunes entre los diversos sectores sociales y políticos que tengan una posición coincidente.

La experiencia del pasado, en el sentido de que una política de este tipo contribuyó en alguna medida a que partidos y políticos burgueses ganaran apoyo de masas, se debe tener en cuenta. Pero esto no puede llevarnos a una actitud sectaria. Si los partidos Comunista y Socialista mantienen al mismo tiempo que una política amplia, una orientación firme, independiente y crítica y colocan el acento en el trabajo con las masas, entonces no hay por qué abrigar tales temores.

Dicho en otras palabras, sólo a través de la acción común por las reivindicaciones, contra el imperialismo y la reacción, por el progreso y la libertad, se pueden ir amalgamando fuerzas, forjando la unión patriótica de la mayoría nacional en torno a la clase obrera y la alianza obrero-campesina, dando origen a una incontrarrestable marea social capaz de vencer todos los obstáculos y de conducir a Chile por una senda independiente.

Además, no se puede descartar ni desestimar la posibilidad de que marchen codo a codo con el FRAP nuevas corrientes que tomen una orientación antimperialista y antioligárquica definida y que deseen incluso el socialismo.

El ahondamiento de las contradicciones entre la mayoría nacional y el imperialismo, las que surgen en la propia burguesía y la tendencia de vastos sectores de las capas medias, incluso de tipo burgués, a considerar el socialismo como un régimen más justo, demuestran la posibilidad de que se incorporen a la lucha social junto al FRAP sectores hoy insospechados, cuya contribución a la revolución chilena sería inestimable.

Los procesos sociales no se dan en la vida según esquemas preestablecidos y lo importante no son los esquemas sino que se den esos procesos.

En este terreno, la Revolución Cubana rompió precisamente muchos esquemas y demostró que pueden llegar al socialismo fuerzas que en los primeros pasos de la revolución sustentan en algún grado una ideología burguesa.

No sólo hay que ver las discrepancias sino también las coincidencias con la Democracia Cristiana

El programa de nuestro Partido caracteriza el contenido de la revolución chilena, señala los objetivos estratégicos, las tareas correspondientes a todo un período histórico. Los partidos revolucionarios no cambian su programa sino cuando se han alcanzado dichos objetivos, cuando se han cumplido sus tareas esenciales o, como también ha sucedido, cuando descubren que no han enfocado correctamente la situación. En nuestro caso no sucede ni lo uno ni lo otro. Por eso, nuestro Programa y la línea del Partido siguen siendo válidos.

Esto significa que la dirección del golpe principal apunta, hoy como ayer, en contra del imperialismo y de la oligarquía. Y ello, no sólo porque las transformaciones estructurales que están a la orden del día tienen un carácter antimperialista y antioligárquico, sino también por el hecho de que en la época que vivimos la tarea principal de los revolucionarios y de los pueblos es la derrota de los objetivos políticos del imperialismo y de sus secuaces.

Subrayamos esta particularidad porque, hablando francamente, no en todos los revolucionarios ni en todos los militantes de nuestro propio Partido suelen estar bien claros estos problemas. Aunque en un sentido general hay claridad respecto a cuál es el enemigo principal, en la práctica a veces no se actúa en consonancia con esto. El fenó-

meno es comprensible: la gente quedó con sangre en el ojo. El comportamiento de los democratacristianos en la campaña presidencial fue harto sucio. Y muchos de ellos continúan actuando con suciedad y prepotencia.

Naturalmente, frente a la democracia cristiana y a su gobierno hay una relación de lucha. Su política es de orientación burguesa y la nuestra es proletaria. En tanto la Democracia Cristiana y su gobierno son de tipo burgués, tienen contradicciones con el proletariado, pero también en algún grado las tienen con la oligarquía y el imperialismo. En la medida que promueven ciertas reformas suelen coincidir con nosotros en aspectos concretos. De ahí que aquella relación no sólo sea de lucha, sino también de unidad o coincidencia ante algunos hechos.

En estas circunstancias, las modificaciones producidas en la correlación de fuerzas y el ascenso de la Democracia Cristiana al poder, exigen una táctica general nueva y la solución práctica correcta de cada asunto concreto.

La táctica a seguir tiene que contribuir en todo instante a facilitar el cumplimiento de los objetivos estratégicos, es decir, tiene que ayudar al reagrupamiento de fuerzas en torno a la clase obrera y en contra del imperialismo y de la oligarquía con miras a la revolución antimperialista y antioligárquica y al socialismo.

Como decía Marx, invocando una hermosa frase de Goethe, toda teoría es gris frente al árbol siempre verde de la vida. Con esto queremos decir que no basta la formulación general, por cierto correcta, de que éste es un gobierno burgués reformista y de que frente a él la política de nuestro Partido es de oposición activa, firme, no ciega.

En el enjuiciamiento de su política es necesario ver los matices, los diversos aspectos, no disparar al bulto, sino a cada blanco concreto.

Ante el gran pleito histórico entre el capitalismo y el socialismo, la Democracia Cristiana está al lado del capitalismo. Pero sus actitudes concretas en relación al imperialismo son de dos tipos: de conciliación, colaboracionismo o entreguismo, como en el caso de los convenios del cobre; y de crítica, oposición e independencia, como en el caso de Santo Domingo.

En consecuencia, combatimos la orientación general pro imperialista del gobierno demócratacristiano, pero vistos los aspectos contradictorios que hay en ella, atendiendo al hecho de que en algunos casos su política es de crítica o independencia frente al imperialismo, no caemos en el ataque generalizado, nos guiamos por sus actuaciones concretas.

En la aplicación práctica de esta línea surgen dos peligros: uno de derecha y otro de izquierda, el peligro de caer en el colaboracionismo

de clases y el de incurrir en posiciones sectarias. La experiencia acumulada por el Partido y la elaboración cotidiana de su línea táctica, de acuerdo a los principios y a la luz de los resultados prácticos, nos permiten sortear tales peligros.

El proyecto de los convenios del cobre[1] es, como sabemos, favorable al imperialismo y fue aprobado con el concurso de la Derecha y de los radicales. La Derecha apoya la política de congelación de salarios y otras medidas reaccionarias. Esto, de una parte. De otra, ha resistido el impuesto patrimonial, la modificación al derecho de propiedad y otras medidas positivas. Lo que ha apoyado la Derecha lo ha combatido el FRAP y lo que ella ha combatido ha contado con el apoyo de los partidos populares. La Democracia Cristiana y lo mismo el Partido Radical han estado en algunos casos con la Derecha y, en otros, han coincidido con el FRAP. Así se han presentado las cosas en la realidad.

Y esta es la realidad dentro de la cual hay que operar.

Estamos en un desafío en cuanto a quien gana a las masas

La Democracia Cristiana se caracteriza, entre otras cosas, porque busca el apoyo de las masas para derrotarnos, viéndose obligada por ello y para ello a tomar algunas de sus reivindicaciones, a recoger algunas de nuestras propias banderas y hasta a conjugar parte de nuestro lenguaje.

El cura belga Roger Vekemans y otros ideólogos de la Democracia Cristiana señalan que los esfuerzos principales de su movimiento deben orientarse –y de hecho así están trabajando– a conquistar el campesinado, las poblaciones, las capas semiproletarias y los sectores proletarios no sindicalizados y de más bajo nivel político, sin dejar de esforzarse, al mismo tiempo, por penetrar en el proletariado organizado y políticamente más desarrollado.

Tales ideólogos sostienen que las masas populares no proletarias y semiproletarias, los sectores marginales según el léxico de moda, no tienen capacidad para salir por sí mismos de la situación subhumana en que viven y que sólo una fuerza externa puede conducirlos y llevarlos a un mejor estado de cosas. Para ellos, esta fuerza externa es la Democracia Cristiana.

Mediante el paternalismo, el cooperativismo y acciones limitadas de tipo reivindicativo, piensan elevar en cierto grado el nivel de vida de

[1] Los convenios del cobre establecieron una asociación entre el Estado de Chile y las compañías imperialistas. Estas reservaban para sí el 49 por ciento de las acciones y se conservaba en sus manos la comercialización del producto.

esas masas y permitirles algún acceso a los organismos administrativos. En esto consiste la promoción popular de que tanto hablan.

Con esta orientación trabajan en las masas, organizan a los campesinos, abren locales en las poblaciones para las Juntas de Vecinos y los Centros de Madres, ponen a disposición de estos organismos algunas máquinas de coser, teléfonos y televisores, dan ciertos créditos, prestan asistencia médico-social y jurídica, financian miles de funcionarios, preparan líderes en escuelas especiales y federan y confederan las instituciones que controlan. Todo ello lo realizan en contacto estrecho con intendentes, gobernadores y otras autoridades del régimen, sembrando el colaboracionismo de clases, propagando su ideología burguesa, tratando de desarraigar de las masas a los comunistas y a los socialistas, buscando el monopolio de su partido.

Como puede verse, no estamos frente a un adversario cualquiera. Se trata de un adversario hábil, ducho, dinámico, que tiene los recursos del poder, el respaldo de la Iglesia y, en muchos aspectos, la ayuda de una infinidad de organismos financiados por la Embajada norteamericana. Se trata, además, de un adversario que, a diferencia de la Derecha tradicional, ha llegado a comprender que por lo menos algo hay que darle al pueblo. A causa de esto último, surge la paradoja de que nuestros adversarios coinciden con nosotros en algunas cosas y nosotros con ellos.

Estamos frente a un desafío en cuánto a quién gana a las masas: o la burguesía para el reformismo y la colaboración de clase o el proletariado para una política independiente y la verdadera revolución chilena.

Para determinar bien nuestra actitud, debemos tener presente, además, que muchos democratacristianos, probablemente la mayoría, y en cualquier caso la mayoría de los que han votado por ellos, desean sinceramente que se hagan determinados cambios y anhelan que se favorezca en algún grado los intereses del pueblo. Hay otros que tienen entre ceja y ceja la derrota del comunismo, para lo cual –dicen– hay que eliminar su caldo de cultivo, que sería la miseria. A los primeros les decimos que los acompañamos ampliamente. A los segundos, les manifestamos: «A ustedes les interesa por sobre todo un objetivo político reaccionario, no el bien del pueblo en primer término. Ustedes tienen un enredo en la cabeza en cuanto al comunismo y la miseria. Podemos discutir esto. Por ahora les decimos que si de verdad creen que nos van a derrotar combatiendo la miseria, combátanla. Y es más, les echaremos una manito.»

También es bueno tener en cuenta que el Presidente Frei, sus ministros y la dirección del Partido Demócrata Cristiano han hecho lo que

han podido para aislarnos, le han tirado cabos al Partido Socialista en reiteradas oportunidades. El Partido Socialista ha rechazado tales maniobras.

Tampoco faltan los dirigentes demócratacristianos que tratan de adularnos, diciéndonos que nosotros somos más comprensivos que los socialistas.

Anotamos estos hechos sólo para tener un cuadro completo de la política demócratacristiana.

A una orientación y a un trabajo de masas de nuestros adversarios corresponde una orientación y un trabajo de masas del Partido en una escala mil veces superior a la que hemos aplicado hasta ahora. Esta es la gran tarea, aquí está el quid de la cuestión.

En las condiciones que se han descrito, la particularidad más relevante de nuestra labor orientada a impedir que las masas sean ganadas para una política burguesa, radica en el hecho de que debemos realizarla mediante una táctica de unidad de acción y de lucha ideológica con los demócratacristianos que trabajan en el seno de las mismas. Unidad de acción para impulsar de conjunto las reivindicaciones sociales y, a la vez, lucha ideológica contra sus concepciones reformistas y sus actitudes anticomunistas.

Después de la segunda guerra mundial, en la misma medida en que los pueblos tienen una participación multitudinaria en la vida política y en que el socialismo como sistema y como doctrina conquista el corazón y la voluntad de millones y millones de seres humanos, el imperialismo ha venido destinando recursos cuantiosos y montando gigantescas máquinas de propaganda anticomunista. Nunca como ahora había tenido tanta importancia la lucha por ganar la conciencia de los hombres. Aunque los recursos de que disponemos son microscópicos frente a los de nuestros enemigos, podemos vencerlos en esta lucha, porque la verdad es más fuerte que la mentira, porque nuestra ideología, el marxismo-leninismo, es una ciencia que une la reflexión crítica y la acción revolucionaria y se apoya en las leyes del desarrollo histórico. Además la lucha ideológica no se libra en abstracto. A nuestro haber está el hecho de que la acompañamos con obras. A este propósito quisiéramos agregar que en lo que atañe a la lucha ideológica con nuestros competidores demócratacristianos en el seno de las masas, tenemos que tener cuidado de no anteponerla a la acción concreta de los comunistas en favor de las reivindicaciones populares ni a la acción conjunta por los intereses del pueblo. Desarrollaremos nuestra influencia de masas, combinando la lucha por nuestras ideas con una práctica que demuestre que los comunistas somos los más combativos, los más solícitos, los más fraternales.

Desde el nacimiento mismo de nuestro Partido, hemos impulsado la organización de las masas. Debemos seguir haciendo esfuerzos en tal sentido y tomar la iniciativa. Allí donde la iniciativa partu de otros sectores, no le pondremos el codo. Guiándonos por el principio de estar donde están las masas, participamos y participaremos en todas las organizaciones populares, aún cuando no respondan por ahora a una orientación revolucionaria. Luchamos y lucharemos, eso sí, contra el divisionismo, contra la tendencia a crear organismos paralelos y a establecer parcelas políticas.

Como se dice en la Convocatoria a este Congreso, queremos una sola organización sindical en cada empresa, una sola organización sindical por rama industrial, una sola central de trabajadores; una sola junta de vecinos, comité de pobladores o como se la quiera llamar en cada población; un solo centro de madres u organización femenina, de cualquier nombre, en cada barrio o sector. Tales organizaciones únicas deben estar abiertas a todas las personas comprendidas en sus esferas de acción, sin discriminación alguna de orden religioso o político y deben regirse y elegir a sus dirigentes por normas de democracia interna.

En razón de este principio, claramente favorable a los intereses de las masas, consideramos que la Central Unica de Trabajadores debe reunir indiscriminadamente en su seno a los obreros, empleados y campesinos, a todos los trabajadores, dándole oportunidad a cada corriente a tener la participación que democráticamente le corresponda en sus diversos organismos dirigentes.

En el seno de la Iglesia católica, cuya doctrina siguen 500 millones de seres humanos, hay una poderosa corriente que opta por no quedar al margen de los procesos renovadores de la sociedad. Sea por la presión de los elementos populares en que ella influye, y que la influyen al mismo tiempo, o por conservar su ascendiente en la sociedad del mañana, en la Iglesia católica se opera este fenómeno. Es natural que así sea. Fidel Castro recordó en una oportunidad que la Iglesia católica estuvo contra la esclavitud para terminar colaborando con este régimen, que luego combatió al feudalismo para enseguida apoyarlo, que más tarde resistió al capitalismo para transformarse después en sostén suyo y que, finalmente, si hoy está contra el socialismo tendrá que concluir al menos aceptándolo. En Pacen in Terris de Juan XXIII se observó precisamente esta tendencia a adaptarse a la nueva época.

Este fenómeno, que también se registra entre los católicos chilenos, aumenta extraordinariamente las posibilidades de la acción conjunta de millones y millones de conciudadanos. En las filas de nuestro Par-

tido tienen cabida los creyentes que acepten nuestro Programa y nuestros Estatutos. Tenemos no pocos militantes y muchísimos simpatizantes que son creyentes, católicos o protestantes. Los comunistas estamos llanos a marchar del brazo con los católicos y, como lo hemos expresado en ocasiones pasadas, sobre la base de la prescindencia de la Iglesia en las lides políticas, tenemos el firme propósito de hacer todo lo que esté de nuestra parte para que entre ella y el gobierno revolucionario que el pueblo de Chile se dará en el futuro existan relaciones de mutuo respeto.

Independientemente de sus creencias religiosas o ideas políticas, las masas populares luchan y se unen en la acción, y el Partido Comunista, sin sectarismo, está y debe estar presente en todos los combates. Es elocuente lo que se ha producido con la llamada Operación Sitio. El gobierno acordó entregar diez mil sitios a partir del mes de octubre. En septiembre ya había tenido que entregar 3.500 e inscribir a 65 mil familias de la capital que optan a un pedazo de terreno. Participamos en este movimiento de masas, no lo ocultamos, como participan también nuestros aliados socialistas y los propios demócratacristianos, los pobladores con o sin partido, creyentes y no creyentes. Esto es bueno.

En todas partes y en todos los frentes de trabajo del Partido se orienta con estas ideas de lucha, de acción común, de estar donde están las masas, de trabajar con ellas.

«El Siglo», 11 de octubre de 1965

El partido y los intelectuales

A) Nuestros artistas y las escuelas estéticas

Palabras dichas en el Pleno del Comité Central del Partido, realizado los días 7, 8 y 9 de junio de 1963, a propósito de opiniones vertidas en esos días por Nikita Jruchov respecto del arte.
(Fragmento)

En lo que atañe a estos problemas, en relación a nuestro país, nosotros tenemos un enfoque diferente. Ciertamente, como marxistas, consideramos que el arte es un reflejo de la realidad y de la vida social y en manos de los comunistas debe ser un arma en la lucha por la liberación del pueblo y el advenimiento del socialismo.

Es ya caudalosa y rica la producción literaria y artística chilena de contenido social creada por soldados de la revolución, que cuentan con todo el aprecio del Partido y del pueblo. Llegar a esto, a la unidad entre la adhesión a una causa revolucionaria y el contenido de la obra artística expresado en una forma accesible a las masas, es todo un proceso. Cada creador que toma el camino de la revolución lo vive y lo soluciona a través de su trabajo y de su contacto con el pueblo. El Partido debe ayudarlo en este sentido, estimulando al mismo tiempo las formas nuevas que a la vez enriquezcan el contenido. Pero tratándose de un proceso, en las condiciones de un país capitalista como el nuestro, la incorporación y la militancia de los artistas y escritores en nuestras filas sólo tiene una exigencia categórica: su actitud revolucionaria en política y no la adhesión a las escuelas estéticas.

«*El Siglo*», 9 de junio de 1963

B) El Partido ensancha el horizonte de sus hombres de letras y artes

Homenaje del Partido Comunista a sus artistas y escritores. 9 de enero de 1965.
(Texto íntegro)

Queridos compañeros:

Ha sido para nosotros un motivo de verdadera satisfacción el hecho de que 1964, como año literario y artístico se haya caracterizado, entre otras cosas, por la fecunda labor de los intelectuales comunistas y amigos de los comunistas y porque los mejores laureles hayan recaído en elevada y honrosa medida en hombres de nuestras filas y amigos íntimos de nuestro Partido.

¡Con qué amargura deben contemplar esta situación los círculos más reaccionarios! ¡Cómo estarán de agrias las caras mercuriales frente a lo que nosotros celebramos precisamente esta tarde! Pero no sólo los descompone la labor de nuestros intelectuales y la alta calidad de los premios que han obtenido. Más que esto, para ellos, los reaccionarios, es motivo de preocupación el hecho mismo de que no haya expresión cultural ni modalidad del arte o la literatura en la que no se destaquen los intelectuales comunistas. Están en todo, en la novela, en el cuento, en el teatro, en la poesía, en el mural callejero, en la creación musical, en el folklore, en la pintura, en el cine, en las fotografías, en los títeres, en el grabado. Estos intelectuales comunistas

todo lo abarcan, bucean pacientemente en busca del elemento autóctono más simple o se remontan a lo más rico de lo universal, van desde la valoración de los viejos bailes regionales hasta la interpretación audaz de Shakespeare y la proclamación de sus verdades; mueven el títere parlanchín para alegría de los niños y pasean por exigentes escenarios de los grandes países el ballet inspirado en nuestros remotos antepasados. Esto desespera a los círculos más reaccionarios, precisamente porque constituye una demostración palpable del espíritu nacional y universal de los comunistas y, al mismo tiempo, el mentís más rotundo de lo que ellos dicen que son los comunistas. Toda esta actividad nos muestra, de un modo bien claro, enraizados firmemente al pueblo, a nuestra tierra, a las grandes causas del mundo, a todo lo que goza de categoría y de permanencia.

Por eso el Partido felicita a sus escritores y artistas y les agradece la contribución que han dado y siguen dando a la causa del comunismo.

El Partido ensancha los horizontes

En la gran cantidad de obras realizadas en 1964 por los escritores y artistas comunistas se tocan todos los temas, en distintos tonos, con una gran riqueza de estilo y una diversidad de formas y matices. ¿Dónde quedan entonces las afirmaciones de que el comunismo regimenta, amolda o adocena a sus artistas? Quedan en el mismo lugar de todas las mentiras. Lejos de eso –y la prueba la tenemos en el hecho que celebramos hoy– el Partido ensancha los horizontes de sus hombres de letras y de artes, les da alas para volar más alto.

No hay un solo comunista, queridos compañeros, que no se enorgullezca de que en nuestras filas ocupen un lugar de lucha la abrumadora mayoría de los grandes artistas y escritores chilenos. Yo he visto la alegría en el rostro del militante campesino o minero cuando alguien le dijo que ese poeta que ocupaba la tribuna era miembro del Partido. Los he visto celebrar el Premio Nacional no sólo porque es un gran escritor, sino también porque es comunista.

Este hecho, esta atracción irresistible que experimentan los intelectuales hacia las filas de la vanguardia proletaria, no es sólo un fenómeno chileno. Sería largo citar ejemplos. Todo el mundo sabe que es un fenómeno universal, un signo de la época que vivimos.

Los toca el drama de nuestro tiempo

¿Cómo explicar ésto de que la mayoría de los intelectuales y, desde luego, los más valiosos entre ellos, se incorporen a nuestras filas, des-

deñando las ventajas materiales que la sociedad burguesa les ofrece y sin prestar oido alguno a la majadera cantinela reaccionaria en orden a que el comunismo coarta las manifestaciones del espíritu?

Para nosotros el asunto es muy claro. Sabemos que el intelectual y el artista tienen una sensibilidad más despierta, y si no la tuvieran, no serían intelectuales ni artistas. El drama de nuestro tiempo, pues, los toca, los emociona y los conmueve, y éste de la emoción es uno de los caminos de la comprensión. Además los escritores y artistas aman la belleza, que es uno de los fines que buscan en sus creaciones. Y la belleza no está en la miseria ni en el dolor sino en la lucha contra el dolor y la miseria y en la maravillosa perspectiva del hombre en la sociedad comunista ¿Y quieren saber ustedes, señores reaccionarios, por qué otra razón los mejores escritores, los mejores pintores y los mejores músicos vienen hacia nosotros? Porque el Partido Comunista, como dice la canción guerrillera «es en la lucha el primero», porque en su seno se agrupa la flor de la clase obrera y el pueblo, porque rechaza la ambición, las capillas, los enredos, porque es un partido que no tolera en su interior lo podrido y lo deleznable. Y porque es el Partido que más aprecio tiene por los intelectuales y por su obra y el que más celebra, ayuda y estimula la creación artística.

El mayor aporte es la propia obra

Para el Partido está claro que el mayor aporte del intelectual a nuestra causa es su propia obra artística, tanto más si se inspira directamente en la fuente rica e inagotable del pueblo. Pero está claro también que el Partido exige de sus intelectuales una participación activa en las tareas comunes, y esto por tres motivos: Primero, porque el carro de la revolución caminará en la medida en que lo empujemos todos. Segundo, porque en el Partido no pueden existir dos disciplinas, ni puede haber privilegios, que si los hubiera seríamos cualquier cosa, menos un partido comunista, el Partido de la clase obrera. Y tercero, porque esa actividad práctica es un camino que favorece a los propios intelectuales y es el vínculo más firme con su pueblo que le ofrece el Partido. El contacto con la base, la pequeña tarea colectiva es lo que hace de todos nosotros, los comunistas, no políticos de gabinete, no teóricos abstractos, sino revolucionarios realistas y consecuentes.

Y esto, que es muy importante siempre, lo es más hoy que estamos frente a un gobierno en cuyo seno hay quienes aspiran a imponer un monopolio político incompatible con nuestras libertades, sin excluir la libertad de creación de los intelectuales. Ante peligros como estos, no se puede luchar sólo con el arma de la poesía, la pintura mural o la

música, sino que hay que echar mano también de las armas comunes a toda batalla. Más aún, hay ocasiones en que –como decía Maiakovski– hay que cederle la palabra al camarada Máuser.

Y aquí viene a cuento llamarlos a entregar todo lo que sea posible a las luchas del momento y particularmente a la batalla electoral que se aproxima. Junto a un fuerte núcleo de dirigentes obreros y populares, postulamos esta vez a dos de los mejores exponentes de ustedes mismos, a dos intelectuales de nota, Volodia Teitelboim y María Maluenda. Y esto, dicho sea de paso, es una prueba más del elevado aprecio que el Partido tiene por sus escritores y artistas.

No es fácil ser comunista

Hay gente que está un poco aburrida de elecciones. Yo mismo espero con ansias los veintitrés meses de respiro que tendremos entre el 7 de marzo próximo y el primer domingo de abril de 1967, período en el cual no hay elecciones y que podremos dedicar a concentrar nuestras energías en tareas muy importantes que se nos han venido quedando atrás. Pero, compañeros, no nos guiemos por los deseos, sino por las realidades. Y la realidad es que hay elección el 7 de marzo y que es preciso dar esa batalla. Quienes menosprecian esta lucha, consciente o inconscientemente perjudican a la causa del pueblo. En la jornada del 7 de marzo tenemos que consolidar y desarrollar los progresos del movimiento popular y, en particular, de nuestro Partido. Ello es vital, decisivo, para mantener abierta y ensanchar la perspectiva revolucionaria.

Dejaría algo en el tintero si no dijera que comprendemos perfectamente que no es fácil que los intelectuales sean, a la vez que creadores, buenos comunistas. Para cualquiera es difícil ser un buen comunista y probablemente para los intelectuales lo sea más. Y no por que exista contradicción o conflicto alguno entre personalidad y comunismo, entre libertad de creación y comunismo. No. El conflicto se produce entre el individualismo –hablo de individualismo, y no de individuo– y el comunismo. Y todos, cual más, cual menos, llevamos nuestra carga de individualismo. No es fácil, además, ser comunista, porque ellos nos obliga a enfrentar cosas difíciles, que surgen en el desarrollo de la lucha y de la vida revolucionaria. Pero, compañeros, vale la pena esforzarse por ser cada día mejor militante, cada día mejor comunista. No existe una felicidad mayor que la de formar en las filas de los que transforman la sociedad, de los constructores del nuevo mundo. Como en todo proceso de destrucción y de creación, en el nuestro no hay nada de idílico y suelen aflorar problemas. No hay ba-

tallas sin muertos ni heridos, no hay ejército en que no surjan traidores y desertores. Pero, por sobre esto, que es accesorio y no característico, está la grandeza de nuestro ejército proletario. Pasarán los años y los siglos y las páginas más brillantes de nuestro tiempo serán para las generaciones venideras las que estamos escribiendo los comunistas.

¡Adelante en vuestra labor de escritores y artistas del pueblo!

¡Adelante, bajo las gloriosas banderas de nuestro Partido Comunista!

«*El Siglo*», 10 de enero de 1965

C) El Partido, teórico colectivo

Discurso pronunciado en Santiago en el acto inaugural del Instituto de Investigaciones Marxistas (IDIM), el 4 de agosto de 1967.
(Fragmentos)

Si la práctica es la fuente primaria del conocimiento, está claro que el Partido Comunista de Chile –partido de largo historial de luchas y que vive en el seno de las masas– posee una experiencia no despreciable y, por lo tanto, tiene una riqueza teórica viva de considerable valor y magnitud (...) Pero, salvo en el campo de la historia, donde Ramírez Necochea ha hecho una magnífica labor, ese acervo está por lo general disperso en folletos, artículos, informes a plenos, discursos en el Parlamento, etc. Es nuestra tarea reunir esos materiales, extraer lo que hay en ellos de riqueza teórica, de marxismo vivo y actuante, sistematizando los conocimientos que son patrimonio del Partido y generalmente fruto de su labor colectiva.

Es claro que, al mismo tiempo, tenemos que profundizar más en los problemas, completar los análisis todavía fragmentarios y abordar con audacia aquellos asuntos sobre los cuales aún no tenemos opinión, o está muy en verde.

Sabemos a dónde vamos, pero el camino por el cual marchamos no lo hemos recorrido antes nosotros mismos. Nos encontramos hoy y nos encontraremos con mayor razón mañana frente a muchos problemas nuevos y complejos. La humanidad marcha con una velocidad fantástica. En lo que va corrido del siglo XX se han acumulado más conocimientos que en todo el tiempo precedente de la historia del hombre sobre la tierra. Vivimos no sólo la época de la más profunda revolución social, sino también el tiempo de una trascendental revolución técnico-

científica. Hay ciencias que tienen la edad de un estudiante de Liceo. Cada minuto el ser humano descubre y crea. Todo esto influye y, junto a las ideas socialistas, opera como una fuerza revolucionadora. ¡Con qué alegría hemos visto el despertar de tantos pueblos hasta ayer sojuzgados y dormidos, de países ignotos de los cuales recién empezamos a pronunciar sus nombres! En nuestro propio Chile y en estos mismos días nuestros corazones vibran con las luchas de nuevos sectores hasta ayer al margen de los combates del pueblo, como la gran huelga campesina que sacude al latifundio de la provincia de Talca o el combativo movimiento de los estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso.

¡Cuán lejos está de los comunistas mirar estos fenómenos nuevos con los ojos del pasado o pretender encerrar los problemas en esquemas!

Nuestra actitud es de ojos abiertos a la maravillosa transformación que en todos los terrenos se produce en nuestros días.

El Comité Central del Partido Comunista de Chile tiene plena confianza en la actividad creadora que desplegarán en el campo del estudio, de la investigación y de la divulgación cultural y científica los militantes y amigos que se reunirán en este Instituto. Estamos ciertos que todos trabajarán en él con audacia de pensamiento, con afán polémico, con pleno respeto a la opinión individual y con el propósito de ayudar al Partido, aunque no todos pertenezcan a sus filas.

No esperamos de todos ni en todo las soluciones acabadas, sino los aportes.

El Partido aprecia en alto grado la labor de sus intelectuales. A los escritores y artistas no les exige la adhesión a tal o cual escuela estética. No les pedimos otra cosa que marchen con la clase obrera, que en la medida de sus posibilidades la ayuden en sus combates y produzcan con calidad no sólo aquello que estimule directamente nuestra lucha. Apreciamos también las producciones que simplemente lleven la cultura general, el amor, la alegría y la belleza a nuestro pueblo.

«El Siglo», 13 de agosto de 1967

Unión de las fuerzas antiimperialistas

Artículo publicado en la Revista Internacional.
Junio de 1967.
(Texto íntegro)

América Latina es vasto escenario de una lucha intensa de amplias masas populares que se rebelan contra el dominio imperialista y la opresión de las oligarquías del continente. Esta es una lucha dura, larga y difícil, convergente en su objetivo, múltiple en la forma, única en su contenido. Los pueblos latinoamericanos marchan por el camino de la liberación nacional y social, de la democracia y el socialismo.

La causa de su emancipación corresponde a las exigencias del desarrollo social y tiene a su favor el viento de la historia.

La lucha de los pueblos latinoamericanos choca con el propósito del imperialismo de mantener y acentuar su dominación sobre el continente y con el afán de las oligarquías de perpetuar sus privilegios. Este choque es inevitable e insoslayable y está en pleno desarrollo. Se ha iniciado un período de grandes combates que, con altos y bajos, no podrán terminar sino con el triunfo de los pueblos.

El imperialismo norteamericano ha pasado a la más descarada intervención. A través de todo un sistema de pactos militares, misiones castrenses, centros de adiestramiento para la lucha antiguerrillera y creación de cuerpos especiales –«boinas verdes», «boinas negras» y rangers– interviene militarmente en forma directa, contra las luchas liberadoras de los pueblos latinoamericanos. Johnson ha declarado cínicamente su propósito de impedir que algún otro país siga el camino de Cuba. Para ello el imperialismo está dispuesto a todo, a sembrar la desolación y la muerte en ciudades y campos, haciendo tabla rasa del Derecho Internacional, como en Playa Girón, en Santo Domingo y en Vietnam.

La independencia de cada país y la vida de cada pueblo latinoamericano están en peligro. Y no hay otro camino de salvación y de avance hacia el porvenir que el de la lucha de las más amplias masas populares del continente en contra de la política agresiva e intervencionista del imperialismo yanqui.

Los pueblos latinoamericanos se hallan enfrentados a la necesidad histórica de unirse en la acción en defensa de la soberanía de sus países y del derecho a su autodeterminación.

Para decirlo con las palabras del XIII Congreso de nuestro Partido: «La derrota de los planes agresivos del imperialismo emerge como la tarea suprema, como la tarea de las tareas. La lucha por los cambios

revolucionarios y el Poder popular se unen en un solo todo al combate contra la intervención norteamericana, por la soberanía, por la autodeterminación y la paz».

La misión histórica del proletariado es poner término al capitalismo y construir el socialismo. Las tareas concretas, las tareas principales del proletariado en función del cumplimiento de esta misión histórica, cambian cada cierto tiempo en relación con los cambios que se operan en la situación internacional. En la década de los años 30, cuando el centro de la reacción mundial estaba en la Alemania de Hitler, la principal tarea concreta de la clase obrera y de los comunistas consistió en unir fuerzas contra el fascismo germano y en defensa de la libertad. Ahora que el imperialismo norteamericano es el gendarme de la reacción mundial, la principal tarea concreta del proletariado consiste en agrupar fuerzas en contra de su política de guerra y agresión, en favor de la liberación de los pueblos coloniales, neocoloniales y dependientes, de la paz y de la coexistencia pacífica, unido todo esto a la lucha por los cambios sociales que están al orden del día en cada uno de los países.

En relación directa con los pasos del enemigo, en uno que otro escenario y en uno que otro momento, adquiere más relieve tal o cual aspecto de la lucha mundial contra el imperialismo, pero cada frente de batalla forma parte del mismo movimiento histórico.

La Revolución Socialista de Octubre, que este año cumple medio siglo, marcó el comienzo del fin del dominio del capital sobre el mundo y el inicio de la era del socialismo, de la época de la emancipación de la clase obrera y de la liberación de los pueblos oprimidos por el imperialismo.

El socialismo se construye en Cuba, en tierras de América. El continente está en plena ebullición social. Se ha convertido en un importante frente de la lucha mundial contra el imperialismo, por la democracia, la paz y el socialismo. El saqueo imperialista y la opresión de las oligarquías feudales mantienen en la miseria, en condiciones subhumanas, a millones y millones de obreros, campesinos e indígenas y hieren los intereses de masas inmensas de estudiantes, empleados y profesionales y de vastas capas de comerciantes e industriales que se van incorporando de más en más a la lucha social. La senda que conduce al creciente desarrollo de su conciencia y de su acción antiimperialista y que permite acelerar el proceso revolucionario es la del combate por aquellos objetivos que más las unen, es la senda de la lucha contra todas las manifestaciones de la política agresiva e intervencionista del imperialismo norteamericano.

A los pueblos de América Latina los une el combate contra el ene-

migo común –el imperialismo norteamericano y las oligarquías nativas– y la necesidad de mantener y desplegar la más activa solidaridad con la lucha de todos los pueblos del mundo, en especial con Vietnam y Cuba, con los movimientos antiimperialistas y antifeudales del continente, tanto más si se han visto obligados a recurrir a las armas –como en los casos de Guatemala, Venezuela, Colombia y Bolivia– o si batallan en las más duras condiciones de la clandestinidad.

Las guerras de la independencia del siglo pasado tuvieron en América Latina un marcado carácter continental. Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins, no sólo lucharon por la independencia de sus respectivos países, sino también por la libertad de los demás pueblos de América. En ese tiempo no estaban constituidos los Estados nacionales y prácticamente no había fronteras geográficas, sino imprecisos lindes de las administraciones coloniales que abarcaban varias de las actuales repúblicas. Por lo mismo, en los ejércitos de la independencia había oficiales y soldados de varias de las antiguas colonias que participaron en la liberación de uno y otro pueblo del continente.

Con la independencia y el desarrollo del capitalismo se formaron los Estados nacionales y se delimitaron sus fronteras. América Latina siguió un destino común, volviendo a enfrentar problemas comunes y a un mismo enemigo. Pero no ha escapado ni podía escapar a la ley del desarrollo desigual del capitalismo, del desarrollo desigual de la sociedad. En el marco general del subdesarrollo de América Latina hay diferencias entre los países que la componen, en cuanto a grado de desenvolvimiento económico, político y social. Esto determina el carácter nacional de las revoluciones del continente, la diversidad de formas y la diferencia de tiempo en la liberación de los pueblos latinoamericanos.

La situación de hoy es, por lo tanto, distinta de la que existía durante las guerras de la independencia del siglo pasado. Sin embargo, está, por otra parte, el hecho de que el imperialismo norteamericano aplica su política agresiva e intervencionista en escala continental y, tal cual lo ha puesto de relieve el Comité Central del Partido Comunista de Cuba en su declaración del 18 de mayo, «internacionaliza sus guerras represivas, empleando soldados de diversas nacionalidades, como hizo en Corea y como lo hace actualmente en Vietnam del Sur, con la participación de tropas surcoreanas, thailandesas, filipinas, neozelandesas y australianas; o como lo hizo en Santo Domingo, con la participación posterior de soldados brasileños, costarricenses, hondureños, nicaragüenses y paraguayos; o como pretende hacer a través de sus intentos de crear mediante la OEA una fuerza internacional contra Cuba y los movimientos de liberación de este continente».

De este modo, la política del imperialismo hace más obligatoria la acción conjunta de los pueblos latinoamericanos y realza el carácter continental de su lucha y le confiere a ésta una mayor trascendencia mundial.

En la medida que el imperialismo, con la complicidad de las oligarquías del continente, logra pasar por encima del principio de no intervención, hace caso omiso de la soberanía de cada país, no respeta las fronteras geográficas y se guia por la doctrina de las fronteras ideológicas, los revolucionarios se ven obligados a llevar su solidaridad a nueva altura, incluso participando directamente en las luchas liberadoras de otros pueblos hermanos, siempre, claro está, que así lo requiera el movimiento revolucionario de esos pueblos y que se coloquen a su servicio y actúen bajo su dirección.

En ciertos casos, como ocurrió en la guerra antifascista del pueblo español, la participación en la lucha, en un país dado, de los revolucionarios de diversas nacionalidades, puede alcanzar un carácter masivo de significación y una importancia política histórica trascendental.

Sin embargo, el principal aporte de los revolucionarios a la causa mundial de la liberación de los pueblos y del triunfo de la clase obrera en escala internacional consiste, ante todo, en dar la batalla por esta causa en su propio país y, sobre esta base, entregar la mayor solidaridad moral y material a las luchas revolucionarias de otros países.

Ya en el Manifiesto Comunista, Marx y Engels, los creadores del marxismo y padres del internacionalismo proletario, subrayaban: «Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país debe acabar en primer lugar con su propia burguesía.»

En esta lucha nacional son los revolucionarios de cada país los que determinan, en todos sus aspectos, el rumbo y las tareas concretas que conduzcan a su propia revolución. Ellos conocen más que nadie la realidad en que actúan y están en mejores condiciones para trazar sus objetivos y los métodos para alcanzarlos. Pueden equivocarse, pero sus posibilidades de equivocación son menores. Y, en todo caso, no hay otro camino para la elaboración de una línea acertada por parte de los revolucionarios de cada país que el de asumir sus propias responsabilidades y aprender ante todo de su propia experiencia, de sus éxitos y reveses. Esto no excluye, por cierto, el intercambio de opiniones y, en ocasiones calificadas, hasta el consejo fraterno.

La Revolución Cubana ha sido una demostración palpable de cómo la vida rompe los esquemas, de que no se puede generalizar ninguna experiencia en lo que tiene de singular. Al mismo tiempo, de este prin-

cipio no se puede extraer la conclusión de que lo singular de una revolución, y en este caso de la Revolución Cubana, no pueda también darse en otro lugar, aunque no exactamente de la misma manera. En este sentido, creemos que en algunos países de América Latina la llama de la revolución podría prender como ocurrió en Cuba, con la creación de un foco guerrillero.

Naturalmente, para que ello ocurra no bastan el coraje y la decisión de un grupo de revolucionarios, aunque tal factor juega su papel y éste puede llegar a ser decisivo. Se necesita, al mismo tiempo e indispensablemente, de condiciones generales favorables, no decimos enteramente favorables y plenamente maduras, pero sí en proceso de maduración, con perspectivas de madurar.

Descubrir el lugar y momento preciso para iniciar una acción de tipo guerrillero u otra forma de lucha armada que pueda ser el punto de partida para la conquista del poder, no es, por cierto, cosa fácil. Lenin alertaba contra el peligro de aventuras que suelen conducir al sacrificio inútil de valiosas vidas de revolucionarios y al retroceso del movimiento. Sin embargo, el leninismo se caracteriza por la audacia creadora, por el propósito de llevar adelante el proceso revolucionario. Por ello, no se puede rechazar de plano ni aceptar a fardo cerrado ninguna forma de lucha. Lo esencial es tomar el camino del combate, tratando de evaluar lo mejor posible la situación, tanteando el vado, sometiendo la táctica a la prueba de la práctica, hallándonos dispuestos tanto al avance como al repliegue, siempre en busca de la coyuntura que permita abrirle paso a la revolución.

En la lucha liberadora de América Latina participa gente de las más diversas tendencias, hombres, mujeres y jóvenes de distintas formaciones políticas y extracciones sociales. Va en interés de la causa revolucionaria ampliar y no restringir el frente antimperialista, incorporar a él, en una u otra medida, a todos los sectores que están o pueden estar contra el enemigo común, incluida aquella gente que sin ser por ahora partidaria de la Revolución Cubana ni de ninguna revolución, está, sin embargo, por defender el derecho de Cuba a construir el socialismo y el derecho de todos los pueblos latinoamericanos a darse el régimen que quieran.

Cualquier intento de los comunistas de imponer a los demás sus puntos de vista o de otras corrientes antiimperialistas de imponer los suyos, no favorece la necesaria unidad de acción ni la necesaria amplitud en la lucha contra el enemigo común. De ahí por qué se deben poner en primer término las tareas que unen y no las que separan, las tareas concretas en que todos estemos de acuerdo. En relación con esto, pensamos que la Organización Latinoamericana de Solidaridad

(OLAS) y los comités correspondientes en cada país deben concentrar su actividad en el desarrollo y la coordinación de la solidaridad internacional, en las acciones comunes para la realización de las tareas comunes. Anhelamos, como el que más, que todos los revolucionarios, que todos los antimperialistas, que todos los movimientos populares en América Latina arriben a un pensamiento revolucionario común. Pero se podrá llegar a esto sólo a través de un proceso. Este proceso podemos acelerarlo, pero no darlo ya por terminado. Por lo tanto, si tratáramos de forzar un pensamiento común a este respecto, surgirían grietas innecesarias e inconvenientes para la causa que perseguimos. Desarrollar la acción conjunta en torno a las tareas comunes, buscar lo que nos une, dejar de lado o en segundo plano aquello que separa es la conducta que más ayuda a reunir fuerzas en defensa de la Revolución Cubana, en la lucha contra el imperialismo y sus agentes.

No es un misterio para nadie que entre los revolucionarios de América Latina hay distintos enfoques de uno que otro problema de la revolución en el continente. Tales diferencias han surgido o resaltan con mayor nitidez cuando el movimiento revolucionario de América Latina ha visto llegar a sus filas masas considerables de nuevos combatientes que provienen de los sectores políticamente más atrasados del proletariado y de la pequeña burguesía y cuando, en el plano mundial, hay en el seno de las fuerzas revolucionarias discrepancias que tienen atingencia con la lucha que se libra en todos los rincones de la Tierra.

Se trata de problemas creados por el desarrollo de la sociedad contemporánea, por la nueva dimensión de los fenómenos sociales —que son los fenómenos más complejos—, por las diferencias de situaciones objetivas de las cuales se parte, por el crecimiento de las fuerzas revolucionarias.

Lenin decía que el desarrollo del movimiento obrero, la incorporación de nuevos y nuevos reclutas, de nuevas capas de las masas trabajadores, «por fuerza llevará aparejadas las vacilaciones en el terreno de la teoría y de la táctica», y llamaba la atención en el sentido de que no se le podía aplicar «el rasero de cualquier ideal fantástico», sino simplemente, objetivamente, tomarlo como un «movimiento práctico de personas corrientes».

En consecuencia, se trata de dificultades de crecimiento que no se pueden superar de un día para otro. Pero es también un hecho objetivo que el imperialismo trata de sacar y saca provecho de los desacuerdos entre las fuerzas revolucionarias y principalmente entre los partidos comunistas. Ello impone el deber de actuar de tal manera que las desinteligencias no impidan en ningún caso la unidad de acción contra el enemigo común, porque esto favorece sus planes.

Los desacuerdos entre los partidos comunistas no constituyen un obstáculo insalvable para su entendimiento, ni las desavenencias entre éstos y otras fuerzas revolucionarias deben impedir la lucha mancomunada en contra del imperialismo.

La experiencia ha demostrado que la polémica pública lleva generalmente consigo la adjetivación innecesaria y la arbitraria calificación de actitudes. El resultado principal de la polémica llevada en esta forma es el agravamiento y no la superación de las dificultades. En una que otra circunstancia, frente a uno que otro problema, los partidos se ven obligados a dar públicamente su opinión. No estamos en contra. Pero el mejor método para llegar al entendimiento es, indiscutiblemente, el contacto directo, el encuentro bilateral y multilateral, el diálogo fraternal y no ofensivo y, paralelamente y sobre todo, el desarrollo de las acciones comunes.

Las fuerzas motrices de la revolución en América Latina son la clase obrera, los campesinos (en muchos países en su mayoría indígenas), los estudiantes, las capas medias y algunos sectores de la burguesía nacional. Entre estas fuerzas hay contradicciones, primando sin embargo el interés común en la lucha contra el imperialismo norteamericano y las oligarquías. Por lo mismo, son reales las posibilidades de unirlas y su unión en el combate se hace necesaria.

En la aplicación de nuestra línea en favor de la unidad de acción de las más amplias fuerzas antimperialistas y antioligárquicas, los comunistas partimos siempre de la idea de que la alianza de la clase obrera con el campesinado, la alianza del proletariado con los sectores populares no proletarios, es la mejor garantía de la constitución de un sólido y combativo frente único. Pues bien, la clave para avanzar en dicha dirección está, en América Latina, concretamente, en el entendimiento entre los revolucionarios provenientes del proletariado y los revolucionarios provenientes de la pequeña burguesía.

En América Latina el proletariado es una clase social pujante y en pleno desarrollo. El número de asalariados que hay desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos –en sus tres cuartas partes proletarios industriales y agrícolas– se puede calcular en cuarenta millones de personas, lo que sobrepasa el cincuenta por ciento de su población activa. En cinco países –México, Brasil, Argentina, Uruguay y Chile–, donde viven casi los dos tercios de la población latinoamericana, hay un proletariado relativamente fuerte. Y esto no sólo vale desde el punto de vista cuantitativo. En estos países, así como en Venezuela, Colombia y en general en todo el continente, no se puede dejar de tener en cuenta la presencia y la fuerza de la clase obrera.

En todos los países del continente existen partidos comunistas.

Cualquiera que sea el nivel de su desarrollo, los partidos comunistas de América Latina, como los de todo el mundo, son los portavoces de las ideas que más teme el imperialismo, son sus enemigos más odiados. Ellos heredan y encarnan las mejores tradiciones revolucionarias de sus pueblos.

Los partidos comunistas de América Latina han realizado una labor verdaderamente histórica y trascendental en cuanto a la divulgación del marxismo, a la difusión de las ideas socialistas en las masas, a la formación en cada país de una conciencia socialista científica entre los representantes más preclaros de la clase obrera y de la intelectualidad, a la educación de la clase obrera en los principios del internacionalismo proletario. Son los forjadores de la conciencia de clase del proletariado latinoamericano y de la conciencia antimperialista de nuestros pueblos.

En la mayoría de los países de América Latina, los partidos comunistas sufren represiones, enfrentan valerosamente el terror sangriento de los verdugos de la clase obrera. No hay país del continente donde no pasen o hayan pasado por pruebas muy duras, incluidas la prisión de miles de sus militantes en cárceles y campos de concentración, las brutales flagelaciones en manos de la policía y el asesinato de no pocos de sus cuadros dirigentes.

En esta lucha han forjado combatientes indomables y han acumulado una considerable experiencia.

En varios países del continente, los partidos comunistas tienen sólidos vínculos con las masas y constituyen una fuerza política influyente y a veces decisiva, de la cual ningún sector puede hacer abstracción.

En varios otros países son todavía partidos pequeños que aún no logran todas las calidades de la vanguardia. Pero la experiencia internacional indica que los partidos pequeños pueden transformarse en grandes destacamentos revolucionarios y, a veces, de repente, por así decirlo. El Partido Comunista Italiano tenía apenas quince mil miembros en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Era sin duda un partido muy pequeño, atendido el hecho de que Italia tenía ya cincuenta millones de habitantes. Sin embargo, a la caída de Mussolini, al término de la Segunda Guerra Mundial, emergió con un poder inmenso, agrupando en sus filas a millones de trabajadores. A comienzos de 1958, cuando fue derrocada la dictadura de Pérez Jiménez, el Partido Comunista de Venezuela contaba apenas con 300 miembros. No obstante, a los pocos meses se transformó en un partido de decenas de miles de militantes y en la primera colectividad política de la ciudad de Caracas.

Los partidos comunistas son los organizadores de los sindicatos.

los que impulsan la lucha por las conquistas económicas y sociales de los trabajadores, los que defienden y promueven la unidad obrera, los que forjan el nuevo patriotismo antimperialista.

En sus filas está lo más avanzado de la clase obrera y lo mejor de la intelectualidad latinoamericana.

Todos los partidos comunistas son hijos del proletariado de su propio país y de la Revolución de Octubre, es decir, frutos del triunfo del leninismo, de la victoria de los revolucionarios sobre el reformismo.

La formación y consolidación de los partidos comunistas de América Latina constituye una preciada conquista del proletariado revolucionario.

Su vida y su desarrollo no han sido fáciles. No sólo han tenido que sobreponerse a las agresiones de los enemigos declarados, sino también enfrentar y derrotar al anarquismo y vencer al trotskismo y otras tendencias pequeñoburguesas en sus propias filas.

Con la formación de los partidos comunistas se produce la fusión del marxismo con el movimiento obrero, hito absolutamente necesario, indispensable, para que la clase obrera, empleando la terminología de Marx, no sólo sea una clase en sí, sino que se transforme en una clase para sí, es decir, para que pueda luchar conscientemente por su emancipación.

En la vida de los partidos comunistas, tanto en la ilegalidad como en la legalidad, suelen surgir tendencias malsanas, diversas expresiones de sectarismo, la tendencia obrerista, la pasividad, el aventurerismo, el conformismo y el acomodamiento. Ellas sólo pueden ser evitadas o derrotadas sobre la base de la lucha interna permanente por la aplicación de la línea del Partido, del uso constante de la crítica y autocrítica y de la acción cotidiana en el seno de las masas.

Todas estas deformaciones, que nosotros, comunistas chilenos, las hemos vivido en carne propia, no ayudan precisamente a convertir al Partido en el gran destacamento de vanguardia de la clase obrera y del pueblo.

Las posibilidades de desarrollo de los partidos comunistas, de la conversión en grandes partidos de los que ahora son pequeños, son posibilidades reales en la medida que actúan al frente de las luchas sociales.

Las masas trabajadoras vienen viviendo diversas experiencias. Y al fin de cuentas, cierran y cerrarán filas en torno a los partidos comunistas.

Esta es una cuestión que queremos dejar completamente en claro.

Pero nos encontramos también ante otra cuestión que se debe tener muy presente. Nos encontramos ante el hecho objetivo de que, además del proletariado consciente, un importante sector de la pequeña bur-

guesía pasa a posiciones revolucionarias, lucha valerosamente por la liberación de los países latinoamericanos y se plantea como fin el socialismo. El fenómeno se hace más patente en América Latina después de la Revolución socialista de Cuba.

Una parte de los elementos pequeñoburgueses que se suman al cauce revolucionario se incorporan a los partidos comunistas o constituyen a su alrededor un amplio círculo de amigos y simpatizantes y, en uno u otro caso, los influencian por un tiempo. Pero hay también una parte considerable de los revolucionarios pequeñoburgueses que crean sus propios partidos o movimientos, o se incorporan a partidos o movimiento a través de los cuales se expresan como el ala izquierda de los mismos.

Esto último suele ser favorecido por el sectarismo. Durante varios años los comunistas chilenos sustentamos la consigna de la instauración inmediata de la dictadura del proletariado, de la constitución del Poder Soviético. Esta posición sectaria no ayudó a la ampliación de nuestras filas. (Al abandonar esa consigna, pasamos a concebir la revolución chilena como democrático-burguesa, viniendo a comprender en 1945 que esta formulación no sectaria era, sin embargo, también incorrecta por los cambios producidos en la situación mundial, el ascenso del proletariado, el contenido de la nueva época y la merma de las posibilidades revolucionarias de la burguesía.)

En cualquier caso, el surgimiento de tendencias revolucionarias en la pequeña burguesía es reflejo de la propia acción del proletariado, fruto de la labor de muchos años de los partidos comunistas, consecuencia de todo el desarrollo histórico contemporáneo, que está determinado, principalmente, por la marcha del sistema socialista.

Objetivamente, esto representa un avance, un progreso y, por lo tanto, no es dable mirar el fenómeno sólo en función de las posiciones equivocadas o de las actitudes desesperadas que a menudo sustentan los revolucionarios pequeñoburgueses.

No se puede despreciar las posibilidades revolucionarias que ofrecen amplios sectores de la pequeña burguesía rural y urbana. Por lo visto, la burguesía latinoamericana ya no es capaz de encabezar los procesos revolucionarios, aunque sí, algunos sectores de esta clase social pueden participar en ellos. La pequeña burguesía, en cambio, tiene un amplio campo para actuar como fuerza revolucionaria y ocupar incluso un papel dirigente en los países en que el proletariado es relativamente débil en el orden numérico o en el aspecto político.

La Revolución Cubana ha enseñado, entre otras cosas, que en la pequeña burguesía hay reservas revolucionarias de una heroicidad encomiable para la lucha por la liberación nacional y el socialismo.

Entre la corriente revolucionaria qué emerge del proletariado y la que surge del seno de la pequeña burguesía hay una relación de unidad y de lucha, hay muchas cosas que las unen y no pocas que las separan. La corriente revolucionaria que emerge de la pequeña burguesía suele subestimar al proletariado y a los partidos comunistas, es más permeable al nacionalismo, al aventurerismo, al terrorismo y a veces incurre en actitudes anticomunistas y antisoviéticas. También es más propensa a caer en la desesperación y en el subjetivismo. Con todo, es una corriente revolucionaria, ante la cual el proletariado revolucionario tiene y debe tener una relación más de unidad que de lucha. Entre ambas corrientes hay una pugna por la dirección del movimiento, cierta necesaria lucha ideológica. Pero toda prentensión de exacerbar esa pugna y de llevarla al terreno de la liquidación de una u otra corriente revolucionaria, es un obsequio al imperialismo. Lo prueba el hecho de que el imperialismo y sus agentes se empeñan, precisamente, en agudizar esa pugna, en conducirla a la ruptura. Por su parte, la llamada burguesía nacional trata también de producir más y más distanciamiento entre las corrientes revolucionarias del proletariado y de la pequeña burguesía, con el propósito de mantener o ensanchar sus posiciones de clase.

El entendimiento, la colaboración, la acción común entre el proletariado revolucionario y los sectores revolucionarios de la pequeña burguesía constituyen hoy, en América Latina, un asunto cardinal, un deber de primer orden.

Los partidos comunistas de América Latina comprenden la necesidad del entendimiento con las demás fuerzas de izquierda y, ante todo, con aquellas que también aspiran al socialismo. A lo que se oponen decididamente es a darles patente de tales a los grupitos y grupúsculos antipartido que nada representan y que se alimentan del fraccionalismo y de los resentimientos.

La colaboración en la lucha entre las fuerzas revolucionarias del proletariado y de la pequeña burguesía puede llegar muy lejos, incluso a la constitución de un solo partido revolucionario marxista-leninista allí donde ambas corrientes tienen hoy sus propios partidos.

En Chile, la colaboración entre las fuerzas revolucionarias del proletariado y de la pequeña burguesía se expresa a través de la unidad socialista-comunista, en las filas del Frente de Acción Popular. Tanto el Partido Comunista como el Partido Socialista están fuertemente enraizados en el proletariado, más el Partido Comunista que el Partido Socialista, y tienen también sólidas posiciones en la pequeña burguesía, en ésta más el Partido Socialista que el Partido Comunista.

En el Partido Comunista, los elementos provenientes de la pequeña

burguesía, no constituyen un sector especial en la base y menos en la dirección, cuyos integrantes son predominantemente obreros en una y otra instancia.

El entendimiento socialista-comunista es en nuestro país una alianza no exenta de dificultades, pero suficientemente fuerte como para no permitir su ruptura. Y es fuerte por voluntad de los trabajadores y por imperativo de la vida. Como lo dijera el camarada Galo González en 1956, en el X Congreso del Partido, cada vez que socialistas y comunistas marchamos unidos, «la clase obrera salió ganando y cada vez que nos apartamos o peleamos entre sí, el enemigo obtuvo ventajas». Juntos somos más fuertes, separados somos más débiles. Unicamente sobre la base de la alianza socialista-comunista el pueblo chileno puede conquistar el poder político. Ni comunistas ni socialistas podemos aspirar por separado a dirigir los destinos del país. Nos necesitamos recíprocamente.

Más allá de la alianza socialista-comunista existen todavía vastos sectores de la pequeña burguesía, y también del proletariado, que tienden a posiciones revolucionarias sin asumirlas aún plenamente. Dichos sectores se hallan tanto en el Partido Radical como en la Democracia Cristiana o giran en torno a estas colectividades.

Después de las elecciones municipales que tuvieron lugar el 2 de abril último, el sector más avanzado del Partido Radical gana posiciones y presiona fuertemente en favor del entendimiento con la alianza socialista-comunista, con el Frente de Acción Popular.

El líder de esa corriente, don Alberto Baltra, sostiene que «los intereses objetivos del proletariado y de los sectores medios son semejantes», que «el mundo marcha inevitablemente hacia el socialismo», que «es perfectamente concebible una alternativa viable lo suficientemente socializada como para permitir una planificación eficaz, preparar el cambio del sistema capitalista, extirpar los monopolios, debilitar la influencia imperialista y facilitar la acumulación y movilización de los cuantiosos recursos que se necesitan para acrecentar la capitalización nacional y, por ende, el ritmo del desarrollo en Chile». En este predicamento, propicia la unidad popular «como un proceso de acciones comunes entre el radicalismo y las otras fuerzas de la Izquierda».

Por otra parte, varios diputados y no pocos militantes demócratacristianos sostienen la necesidad de «encañonar los fuegos contra la oligarquía» en acciones comunes con el FRAP, y se pronuncian también por el socialismo.

Ciertamente, las concepciones socialistas de esos radicales y de estos demócratacristianos difieren, en aspectos importantes, de las que tienen socialistas y comunistas. Pero lo que más cuenta en este caso

es la tendencia al entendimiento con el FRAP de parte de nuevos sectores pequeñoburgueses que aceptan la perspectiva del socialismo.

El rasgo más sobresaliente de la situación chilena es el profundo deseo de cambios. Gracias a la acción de comunistas y socialistas, el pueblo ha llegado a comprender que la vieja estructura económica debe modificarse sustancialmente. Ante el avance del proletariado revolucionario y la posibilidad de agrupar en torno suyo a la mayoría del pueblo tras la conquista del poder político, un vasto sector de la burguesía nacional, encabezado por el Partido Demócrata Cristiano, se vio precisado a tomar en alguna medida la bandera de los cambios, ofreciendo soluciones reformistas en los marcos de la política de la «Alianza para el Progreso». Para atajar al proletariado, la oligarquía apoyó a la Democracia Cristiana en las elecciones presidenciales de 1964, lo que le permitió a ésta alcanzar la victoria.

Han bastado dos años y medio de gobierno demócratacristiano para que los sectores populares que creyeron en el reformismo burgués muestren su desilusión y dirijan sus pasos hacia el Frente de Acción Popular, se orienten hacia el camino revolucionario.

Ciertamente, esto no se ha producido espontáneamente. Es, ante todo, el resultado de la táctica de los comunistas en favor de la acción común de los partidarios de los cambios, estén con la oposición o con el Gobierno.

En las citadas elecciones municipales se reflejó en gran parte el desplazamiento de fuerzas en favor de comunistas y socialistas. El Partido Comunista obtuvo 354 mil sufragios y el Partido Socialista 322 mil, ganando en conjunto 120 mil electores que votaban por la Democracia Cristiana. Comunistas y socialistas reunieron el 30 por ciento de la votación total del país. El Partido Demócrata Cristiano, que tenía el 42 por ciento del electorado nacional, bajó al 36 por ciento. Mientras socialistas y comunistas se hallan en ascenso, los demócratacristianos entran por el camino de la declinación.

El Partido Radical, que representa el 16 por ciento del electorado y en cuyo seno predominan los elementos de las capas medias, no tiene porvenir sino en función de algún eventual entendimiento con el FRAP.

En estas condiciones, el Frente de Acción Popular se transforma en el punto de conjunción de las más amplias fuerzas democráticas.

Tales resultados han constituído una dura derrota para el Partido Demócrata Cristiano y el Gobierno del Presidente Frei. Han representado un serio golpe para la variante reformista, para la fórmula demócratacristiana en tanto experimento piloto propiciado por el imperialismo norteamericano para algunos otros países de América Latina.

Han demostrado, asimismo, la justeza de la línea de los comunistas, que consiste en disputar palmo a palmo las masas populares a la Democracia Cristiana, liberándolas de la influencia burguesa, y en atraer a la alianza socialista-comunista a la pequeña burguesía de la ciudad y del campo, a los más vastos sectores de las capas medias. La aplicación de esta línea abre amplias perspectivas al movimiento popular para marchar hacia adelante por el camino que hoy se sigue o para enfrentar al enemigo en otros terrenos si se extendiera a Chile alguna forma de gorilismo.

La situación que se da en el país es sin duda singular. Pero no sólo en Chile, sino en toda América Latina, a través de diversos canales y formas de lucha, surge la posibilidad del entendimiento del proletariado revolucionario con los sectores revolucionarios de la pequeña burguesía, la posibilidad de atraer a las capas medias a la lucha por los cambios, tras la necesidad de poner en marcha, en cada país, la revolución antimperialista y antifeudal.

Los revolucionarios de todos los países latinoamericanos nos vemos abocados al problema de buscar las vías de entendimiento entre las corrientes revolucionarias que provienen del proletariado y de la pequeña burguesía. Y es claro que esas vías las deciden los revolucionarios de cada país y que, paralelamente, esto hace más obligatoria la más profusa divulgación del marxismo-leninismo y una verdadera educación de masas en la ideología del proletariado.

Uno de los argumentos más socorridos del enemigo consiste en afirmar que la política unitaria de los comunistas es una maniobra deleznable, dirigida a su propio fortalecimiento, a la absorción de sus actuales o posibles aliados, a su utilización temporal para luego engullirlos, dejarlos de lado y hasta físicamente liquidarlos, llegando por este camino al imperio del partido único de los comunistas.

Digámoslo simplemente: tales afirmaciones constituyen una calumnia.

El fortalecimiento de los comunistas es, con altos y bajos, inexorable, una tendencia irreversible. Del mismo modo, en relación a su propio aporte a la lucha común, las demás fuerzas avanzadas están llamadas a desarrollarse, pues los tiempos que corren favorecen a los partidarios del progreso y no a los reaccionarios. En Chile, la colaboración entre socialistas y comunistas ha sido beneficiosa para ambos partidos. En las elecciones a que ya nos hemos referido, crecieron tantos comunistas como socialistas y, esta vez, incluso un poco más los socialistas que los comunistas.

Los comunistas siempre hemos planteado que existen dos tipos de aliados de la clase obrera: permanentes y transitorios. Este es también

un hecho objetivo. La historia no se detiene. Una vez que se alcanzan tales o cuales metas, la sociedad se plantea nuevos pasos hacia adelante. Y en ese momento surgen nuevas contradicciones y nuevas tareas y, en relación a ellas, se producen cambios en las posiciones políticas, se crea una nueva correlación de fuerzas, algunos pasan a posiciones reaccionarias, mientras los más quieren seguir y siguen adelante. En tales condiciones, no son los comunistas los que por sí y ante sí, por una especie de designio maléfico, desembarcan a sectores que hasta ese momento eran sus aliados.

Cabe tener muy presente que la política del imperialismo, de constante amenaza a la paz del mundo, de atropellos sangrientos a los derechos de los pueblos, de ataque a la libertad y a los derechos del hombre, de liquidación de los intereses materiales de todo grupo económico y social que no sea el de la burguesía monopolista y entreguista, concita en su contra el repudio de las más amplias fuerzas sociales, incluso de vastos sectores de la burguesía no monopolista. De otro lado, el desarrollo pujante del socialismo, sus éxitos en todos los terrenos, su identificación con las más grandes causas del hombre, su desarrollo social cada vez más congruente con los anhelos de libertad, cultura y bienestar del ser humano y la ayuda que presta a los países no socialistas que buscan su progreso independiente, llevan hacia el socialismo a fuerzas inconmensurables, no sólo del proletariado, sino también de otras clases y capas sociales.

Una vez más hay que invocar la experiencia de la Revolución Cubana y también la de no pocos países de Africa y Medio Oriente que tienden al socialismo. La transformación de la Revolución Cubana en revolución socialista y el rumbo hacia el socialismo de varios de los procesos revolucionarios africanos y del Medio Oriente, son hechos que han podido producirse sólo en las nuevas condiciones históricas creadas por la Revolución de Octubre, en las condiciones surgidas con el triunfo de la Unión Soviética sobre la Alemania fascista, cuando el sistema socialista se ha transformado en un sistema mundial y está en situación de defender en todos los terrenos a los nuevos Estados revolucionarios, de hacer fracasar el bloqueo de los imperialistas sobre estos Estados y de ayudarlos materialmente a resolver las tareas de su desarrollo independiente.

En tal momento histórico, el problema de la transitoriedad de los aliados del proletariado y de los comunistas se plantea, por así decirlo, de manera nueva. Existen posibilidades muy amplias para que dichos aliados marchen siempre hacia adelante, aunque con vacilaciones y dificultades de distinto orden. En cualquier caso los comunistas no tienen el propósito de utilizar aliados en una etapa determi-

nada para desalojarlos de alguna manera en la etapa siguiente. Por el contrario, el propósito de los comunistas es el de contar con su colaboración indefinida.

En otras palabras, los comunistas no desean otra cosa que ampliar el círculo de los partidarios del progreso, de la democracia y del socialismo, reconociéndole a cada aliado la participación correspondiente en todas las etapas del proceso revolucionario y en los gobiernos que genere la lucha del pueblo.

En lo tocante a este último problema, numerosos partidos comunistas no consideran requisito obligatorio la existencia de un solo partido en la sociedad socialista. Tienen en cuenta las tradiciones nacionales, la existencia en muchos países de diversas colectividades políticas populares y democráticas con arraigo en las masas, la realidad social y objetiva que determina la multiplicidad de corrientes y partidos progresistas.

El Partido Comunista Francés se viene pronunciando desde su XVI Congreso en contra de «la idea de que la existencia de un partido único es la condición indispensable del paso al socialismo». Otro tanto han hecho los comunistas italianos.

En cuanto a nosotros, comunistas chilenos, desde hace varios años venimos sosteniendo la idea de un régimen popular pluripartidista. Consideramos que los partidos Comunista y Socialista no sólo conducirán juntos a nuestro pueblo en la lucha por la liberación del país respecto del imperialismo y de la oligarquía, sino que incluso construirán mañana juntos la sociedad socialista. Estimamos que, además, otras colectividades y corrientes pueden participar también en la edificación del nuevo régimen.

El Partido Comunista de Chile es el partido de la clase obrera. Pero su labor de dirección del proletariado y del pueblo en general la realiza en colaboración con el Partido Socialista, que tiene también, como está dicho, fuertes posiciones entre los trabajadores. Muchos problemas del movimiento obrero y popular chileno se resuelven –y no pueden resolverse de otra manera– mediante el acuerdo común de socialistas y comunistas, por iniciativa de unos o de otros. Esto es lo que llamamos entre nosotros la dirección compartida, que en las condiciones de Chile viene a resultar una forma concreta en que el Partido Comunista desempeña su papel de vanguardia.

No se halla desalojada la posibilidad de que comunistas y socialistas lleguemos a constituir un solo partido. Pero esto no está planteado por ahora ni en el futuro cercano y acaso no se plantee nunca.

¿Cómo se presenta esta situación en los demás países de América Latina?

Se puede dejar enunciada la idea de que en la generalidad de los países latinoamericanos no sólo está planteada la necesidad de la acción común entre los partidos comunistas y otras corrientes revolucionarias, sino también la necesidad de llevar esta colaboración al campo de la dirección de conjunto de la lucha liberadora de cada pueblo, compartiendo en algún sentido las tareas de vanguardia.

La vanguardia no puede forjarse arbitraria o artificialmente en torno a caudillos ni a elementos que en forma individual adopten las posiciones más radicales –o que creen más radicales– y que se conciertan para emprender tales o cuales acciones revolucionarias. Las excepciones en este sentido no constituyen la regla.

La vanguardia surge como producto de la fusión del marxismo con el movimiento obrero, de la formación de un pensamiento revolucionario ante todo en el proletariado, de la aplicación del marxismo-leninismo a las condiciones concretas de cada país, esto es, a través de una acción eficaz, de un proceso natural, aunque no sujeto a la espontaneidad.

De otro lado, como decía Lenin, «no basta con llamarse vanguardia y destacamento avanzado, hay que obrar de tal manera que todos los demás destacamentos vean y no puedan por menos de reconocer que marchamos adelante».

En América Latina, los partidos comunistas han surgido en épocas distintas, actúan en escenarios diferentes, en condiciones sociales y políticas diversas. Algunos de estos partidos se esfuerzan por pasar de la etapa de la propaganda de las ideas del socialismo científico a la etapa del fortalecimiento de sus vínculos con las masas, al período de la organización y dirección de las luchas de masas, de la intensa actividad social y política en el seno del pueblo para abrirse paso hacia la conquista del Poder. Este es, por otra parte, el camino para que todos los partidos comunistas de América Latina avancen impetuosamente hasta cumplir a plenitud su papel de vanguardia.

Los comunistas no se aferran sólo a esta perspectiva. En función de los intereses del proletariado y en torno a los principios del marxismo-leninismo, están dispuestos a llevar a los más altos niveles la colaboración y la unidad con los demás sectores revolucionarios.

«Revista Internacional», N. 6, Junio de 1967 – Praga.

Se requiere plasmar en la lucha la más amplia coalición popular

Informe al Pleno del Comité Central del Partido.
13 de abril de 1969.
(Fragmento)

Prácticamente, el año 1964 le ofrecimos al país un gobierno socialista-comunista. Todo lo que se ha dicho, en el sentido de que perdimos la elección de aquel año por la campaña de mixtificaciones del enemigo, es una explicación parcial, que no apunta al fondo del problema. Del enemigo siempre tenemos que esperar lo peor. La verdad es que el país no estaba entonces en condiciones de darnos un respaldo mayoritario para que comunistas y socialistas, solos, dirigiéramos sus destinos. Nosotros estimamos que esta situación no se ha modificado suficientemente y, por lo tanto, debemos propender a un movimiento popular y a un gobierno de una más amplia base social y política.

Por esto mismo, el Partido Comunista se empeña y se empeñará a fondo por unir en un solo haz a todas las fuerzas de avanzada y, en consecuencia, por aislar a la reacción, por reducir la base social de los enemigos a los términos que corresponde a los intereses de clase.

Atendida la realidad política del país, ello hace necesario el entendimiento, la alianza, el acuerdo y el compromiso entre diversas fuerzas organizadas. Lenin, el más grande estratega de la revolución, escribió brillantes páginas sobre el particular. Combatió enérgicamente las alianzas y compromisos de los oportunistas de la II Internacional. Con la misma decisión, defendió las alianzas y compromisos que favorecen la causa revolucionaria, en lucha abierta contra los «izquierdistas» que los estimaban inadmisibles en todas las circunstancias. Nosotros, comunistas, nos guiamos por este pensamiento de Lenin.

Asimismo, tenemos presente algo que es también de la esencia del leninismo, el hecho de que en todo movimiento que aglutine en sí fuerzas sociales y políticas diferentes, subsisten contradicciones internas y peligros para el porvenir de la causa que se persigue. Esto es cierto. Pero en Chile hay condiciones políticas favorables y fuerzas revolucionarias consecuentes para vencer tales obstáculos.

El Partido Comunista está convencido que todo alineamiento estrecho de fuerzas, la puesta en práctica de cualquiera política que conduzca a dejar fuera del movimiento a sectores populares de avanzada, hace muy difícil, por no decir imposible, una victoria del pueblo.

En consecuencia, seguiremos luchando por la unión de todas las fuerzas antimperialistas y antioligárquicas, por la unión de las fuerzas

necesarias para triunfar. Y en relación con las próximas elecciones presidenciales, mientras no se produzca dicha unión y no se aclare el panorama, a todo lo cual contribuiremos como el que más, no patrocinaremos ninguna candidatura. Decimos, una vez más, que no tenemos candidato. Por cierto, el Partido Comunista se reserva el derecho a postular un candidato propio para el caso de que no haya unidad. Pero declaramos solemnemente que haremos lo posible por el entendimiento de todas las fuerzas populares, para cuyo caso estamos dispuestos a apoyar un candidato común, no de nuestras filas, si ello contribuye a crear una perspectiva real de victoria popular.

Sabemos que hay gente que considera un inconveniente no designar hoy un candidato presidencial. Dicho sin rodeos, lo inconveniente sería plantear hoy como cuestión central la designación del candidato. Postulantes no faltan ni faltarían. Lo que falta es la unidad.

Por una parte, pensamos que lo más sano es poner el acento en el movimiento social, en la lucha del pueblo. Como dice el himno de los trabajadores, «La Internacional», en una de sus estrofas originales:

«Ni en dioses, ni en reyes ni en tribunos
está el supremo salvador
nosotros mismos realicemos
el esfuerzo redentor.»

Por otro lado, estamos convencidos que le haríamos un flaco servicio a la unidad popular si hoy se pusiera como cuestión central la nominación del candidato, eso de que debe ser éste y no aquél.

En conclusión, lo primero es seguir impulsando las luchas populares, plasmando en la acción el entendimiento entre todas las fuerzas de avanzada, estén donde estén en el momento actual.

Lo segundo será ponernos de acuerdo en un programa claro, concreto y convenir en el tipo de gobierno popular que se debe constituir.

Lo del candidato debe venir después.

Como lo expresamos en el ya citado Manifiesto al Pueblo: «Quiérase o no, el mantenimiento de la dispersión de las fuerzas populares favorece los designios del imperialismo y de la vieja reacción o del continuismo del sector derechista de la Democracia Cristiana. El dilema es tajante: o nos unimos para cambiar la situación, o los reaccionarios se aprovecharán de nuestra dispersión para seguir reinando».

Nosotros, comunistas, esperamos que esto sea comprendido cabalmente por todos los dirigentes de izquierda.

En el más amplio entendimiento en la lucha de todas las fuerzas progresistas y revolucionarias, sin excepción, está la clave para generar un gobierno del pueblo.

El enemigo lo sabe muy bien. De ahí por qué maniobra para impedir la unidad popular.

«El Siglo», 14 de abril de 1969

Unidad popular para conquistar un gobierno popular

Informe al XIV Congreso del Partido.
23 de noviembre de 1969.
(Fragmentos)

Los acontecimientos desde el XIII Congreso

En los cuatro años transcurridos desde el anterior Congreso, nuestro Partido ha tenido que enfrentar importantes batallas sociales, ideológicas y políticas, en muchos casos preñadas de situaciones difíciles. De esas batallas ha salido airoso, más fuerte, más unido, más grande, con su prestigio acrecentado.

El Partido ha desplegado su actividad en medio de grandes combates de masas. Las huelgas y marchas de los trabajadores de la ciudad y del campo, las tomas de terreno por los pobladores, en las cuales se han distinguido especialmente las mujeres, y las luchas callejeras de los estudiantes, han sido rasgos característicos de este período.

Cuando realizamos el XIII Congreso, el Gobierno de Frei estaba en sus comienzos. Se vivía un momento de confusión política. Un sector del pueblo se hallaba ilusionado por las promesas de cambio que hiciera el actual partido gobernante. Otros sectores populares caían en el desaliento, decían que el país no tenía remedio, declaraban que ya no participarían más en las lides electorales, asumían posiciones sectarias. Algunos grupos políticos que venían marchando junto al FRAP se separaban de él, en tanto que entre socialistas y comunistas surgían serias discrepancias, contrarrestadas por el hecho de que ambos partidos tenían una línea de oposición.

El XIII Congreso tuvo el gran mérito de enfocar correctamente el nuevo panorama político-social. El Partido no perdió los estribos. Mediante la luz de su doctrina, supo penetrar en los fenómenos que esta-

ban en marcha y alumbrar el camino que desde entonces ha recorrido hasta hoy.

Cuando las candilejas de la *revolución en libertad* estaban en pleno fulgor, el XIII Congreso de nuestro Partido desentrañó y puso de relieve los verdaderos fines que la animaban. Señaló en forma tajante que el objetivo que perseguía la Democracia Cristiana era «salvar el capitalismo en Chile e impedir la revolución popular y el socialismo». Fue enfático en advertir que el gobierno demócratacristiano no se proponía «resolver los problemas básicos de la reestructuración nacional, sin lo cual es imposible dar satisfacción a las necesidades de las grandes masas».

La certeza de estos juicios está probada por los hechos. La famosa revolución en libertad quedó en puras palabras. Hablando en general, el país ha visto una vez más un gobierno al servicio de los poderosos y en contra del pueblo.

Pero el XIII Congreso no hizo un enfoque unilateral de la situación ni se dedicó a las profecías.

No metimos a todos los demócratacristianos en el mismo saco. Tuvimos presente el hecho de que una parte importante de los que habían votado por el señor Frei y de los militantes del partido de gobierno tomaban en serio las necesidades de cambios y querían echarle para adelante atacando al menos diversos centros de poder de la Derecha.

Consideramos las características diferentes del nuevo adversario que llegaba al poder y las armas que pondría en práctica para conseguir su objetivo.

Declaramos que nuestra política de oposición al gobierno sería firme y activa y no ciega. Y señalamos con énfasis la idea de que el pueblo no permanecería en actitud pasiva, sino en posición de combate por sus reivindicaciones y por los cambios, tratando de lograr los avances que la nueva correlación de fuerzas y la lucha hicieran posibles, sin perder de vista a los enemigos principales, el imperialismo y la oligarquía, y manteniendo siempre como divisa la necesidad de alcanzar un gobierno verdaderamente popular y revolucionario, capaz de realizar las transformaciones y marchar al socialismo. Para ello, propiciamos la unidad de todas las fuerzas populares y progresistas, tanto las que estaban en la oposición como las que se hallaban en el gobierno, en contra de las fuerzas reaccionarias que había y hay también en una y otra parte. Reafirmamos el papel de la clase obrera como centro de la unidad y motor de los cambios revolucionarios, y le dijimos al Partido:

– «Estamos ante un desafío en cuanto a quién gana a las masas: o la burguesía para el reformismo y la colaboración de clase o el

proletariado para una política independiente y la verdadera revolución chilena.»

— «A una orientación y un trabajo de masas de nuestros adversarios corresponde una orientación y un trabajo de masas del Partido en una escala mil veces superior a la que hemos aplicado hasta ahora. Esta es la gran tarea, aquí está el quid de la cuestión.»

El Partido se unió más estrechamente en torno a esta política. Y enfrentó las incomprensiones de algunos círculos de izquierda, que trataban de presentarnos en actitud colaboracionista con la Democracia Cristiana gobernante y establecían como línea divisoria principal lo de estar o no estar con el gobierno, sin considerar las posiciones concretas ante los asuntos concretos de parte de cada sector político y social.

Si la justeza de una política se prueba por sus resultados concretos, no podemos sino afirmar que la línea que trazó nuestro XIII Congreso ha sido y sigue siendo acertada.

Ante el reformismo democratacristiano

Ya está claro que la victoria no será del reformismo demócratacristiano. La Democracia Cristiana va cuesta abajo. No gobernará hasta el año 2.000, como anunció a los cuatro vientos. Incluso la posibilidad de un segundo gobierno demócratacristiano aparece cuestionada. En cambio, los partidos que se mantuvieron en las posiciones revolucionarias consolidan y acrecientan su influencia entre las masas y conquistan nuevos aliados. Sin embargo, el reformismo conserva fuertes posiciones en algunos sectores populares y puede abrirse paso en otros, incluso en círculos que lo rechazan formalmente. Tiende a resurgir con nuevo ímpetu a través de otros nombres, de otras etiquetas, de otros caudillos con traje de civil o de uniforme. Ello impone el deber de continuar combatiéndolo.

No ha sido fácil nuestra lucha ni la de nuestros aliados. La Democracia Cristiana se lanzó a la conquista de las masas con cuantiosos recursos del Estado, con el apoyo financiero de poderosos círculos imperialistas y de organizaciones internacionales creadas ex profeso para combatir el comunismo, con el respaldo de la mayor parte de la Iglesia Católica y con una fabulosa máquina publicitaria. Además, contaba con apoyo de masas y el entusiasmo y la mística de una parte significativa de sus militantes, especialmente de jóvenes y mujeres, y tenía a su favor un terreno abonado para hacer muchas cosas.

Se requería de los comunistas claridad política, firmeza de clase, tenacidad en la lucha. Nuestros militantes respondieron a estas exigencias del combate. En todas partes, incluidas las organizaciones creadas o dominadas por la Democracia Cristiana, desplegaron una actividad tesonera en favor de las reivindicaciones del pueblo, promoviendo la unidad de acción con todos los trabajadores, pobladores, estudiantes, dueñas de casa y otros, al mismo tiempo que manteniendo en alto la lucha ideológica. Nuestros militantes, hombres y mujeres, han trabajado en las masas con la línea del Partido, uniendo en el combate a los más amplios sectores populares, desarrollando las posiciones revolucionarias.

En momentos difíciles el Partido se orientó y actuó como un solo cuerpo y llegó a desempeñar un papel decisivo.

Siendo Ministro de Hacienda Sergio Molina el gobierno presentó un proyecto de reajuste de remuneraciones para 1968, que contenía graves atentados contra el derecho a huelga, un aumento de salarios inferior al alza del costo de la vida, el ahorro obligatorio para un fondo en favor de los capitalistas. El paro de la clase obrera y del conjunto de los trabajadores del 23 de noviembre de 1967 echó a pique ese proyecto y derribó a Molina. Vino un segundo proyecto, del cual se eliminaba el ahorro obligatorio y se reajustaban los salarios para el sector privado de acuerdo al alza del costo de la vida. El Partido llegó a la conclusión de que este segundo proyecto no había que rechazarlo en bloque. Aplicó en forma concreta y viva nuestra línea de oposición firme, activa y no ciega. Combinó la movilización de las masas, que es lo fundamental por cierto, con la sagacidad política, arrancando del gobierno el compromiso de retirar el artículo que atentaba contra el derecho a huelga y mejorar la situación de los servidores públicos. Dicho sin jactancia, fue nuestra actitud la que permitió decidir las cosas en favor de los trabajadores. De paso, en este entrevero cayó el sucesor de Molina, el Ministro Rául Sáez, uno de los «supersabios» de la llamada, fracasada y ya fenecida Alianza para el Progreso.

Hay que destacar que en estas luchas participó el conjunto de los trabajadores chilenos.

En el proceso de la reforma universitaria, la actividad desplegada por nuestros militantes y por nuestros jóvenes comunistas, ha sido igualmente decisiva. En 1967, los universitarios se decidieron a hacer efectiva la reforma. No obstante ello, junto a un reducido grupo que la rechazaba, había otros que la querían muy morigerada. Los diferentes criterios reformistas se sometieron a plebiscito del estudiantado. Debido a la influencia demócratacristiana, a la presión del partido gobernante, y al apoyo recibido de los hijos de los momios, ganaron

ese plebiscito los moderados, adversarios de una real participación en la vida universitaria de todos sus estamentos. Sin embargo, al poco tiempo, los vacilantes y timoratos fueron superados; las masas estudiantiles y los demás sectores universitarios, académicos y no académicos, en su gran mayoría hicieron suyas las posiciones de los comunistas. La reforma universitaria ha surgido, pues, desde abajo hacia arriba, teniendo su primera concreción práctica en la Facultad de Filosofía y Educación, la más numerosa de todas, con un decano comunista y un Centro de Alumnos dirigido por los jóvenes comunistas.

Un papel casi similar nos ha correspondido en relación a la reforma agraria. A pesar de las limitaciones de la ley de 1967, le dimos nuestro apoyo, así como se lo dimos también a la reforma constitucional sobre el derecho de propiedad, considerando que ambas iniciativas han constituído significativos avances. Y más allá de esto, hemos impulsado el proceso de la reforma agraria, la organización de los trabajadores agrícolas, la lucha por la tierra, por la aplicación de la ley. En este sentido, nuestra conducta ha sido en ocasiones decisiva. Así por ejemplo, cuando los terratenientes se alzaron en Santa Marta de Longotoma y atrincheraron a un grupo de los suyos para resistir por la fuerza la expropiación del fundo, fuimos nosotros, comunistas, los que, en acción común con otros sectores, incluídos los democratacristianos, movilizamos a los campesinos, obreros y mineros de los alrededores y les bajamos el moño a los latifundistas.

En estas y en todas nuestras actuaciones nos hemos guiado por los intereses fundamentales del pueblo, dirigiendo siempre los fuegos contra los enemigos principales, el imperialismo y la oligarquía, a la vez que resistiéndonos con todo el cuerpo a la orientación reaccionaria del gobierno, como en el caso de los convenios del cobre y su política económica y laboral.

Nuevas fuerzas entran al combate

A la altura del XIII Congreso el campesinado practicamente no existía como fuerza organizada, a pesar que sus luchas, muchas veces heroicas, venían desde antes. Era una masa casi sin derechos. La alianza obrero campesina, requisito básico de la Revolución, apenas despuntaba. Esto ha cambiado. La organización campesina ha surgido impetuosamente. Las luchas campesinas han estremecido al país. Los trabajadores agrícolas han conquistado el derecho a sindicarse, mejores salarios y asignaciones familiares, alguna atención del Estado en materia de créditos y en asistencia técnica y una parte, aunque todavía insuficiente, de la tierra. La alianza obrero campesina ha comenzado

a concretarse en los hechos por primera vez en la historia de Chile. Ahora el campo no es un mundo sin respuesta frente a los problemas. Todo esto constituye un avance realmente trascendental.

El país también ha visto cómo la juventud logra niveles de organización y combatividad sin precedentes. La gravitación que ella alcanza en la vida social y política es hoy más grande que nunca. La mayoría de los jóvenes chilenos se pronuncia por los cambios, toma resueltamente el camino del combate, expresa su repudio al régimen capitalista y condena los crímenes del imperialismo.

Además de los escritores y artistas que desde hace tiempo actuan junto al pueblo, se incorporan a la lucha social numerosos profesionales y técnicos que en el país no encuentran empleo suficiente para sus capacidades, se transforman en asalariados, reciben el influjo del socialismo y de la revolución científico-técnica.

Todo esto significa que el movimiento social se ha ampliado con hombres, mujeres y jóvenes provenientes de distintas capas. Los comunistas vemos en este fenómeno un hecho positivo y por tanto tenemos frente a él una disposición abierta. Más aún, estimamos que abren nuevas perspectivas a la clase obrera para forjar en torno suyo una vasta alianza antimperialista capaz de conducir a la victoria la revolución chilena.

Es claro que, al mismo tiempo, un cierto número de estos nuevos combatientes traen al movimiento popular tendencias y posiciones malsanas, algunos el reformismo y otros el izquierdismo con desviación oportunista.

Ahora bien, nuestra política de acción común con las nuevas fuerzas que entran al combate y de lucha ideológica permanente contra las posiciones izquierdistas que traen algunos de sus componentes, ha dado sus frutos. La unidad con dichas fuerzas se va plasmando en las acciones comunes, y las posiciones sectarias del oportunismo de izquierda, aunque todavía subsisten, pierden terreno.

A lo dicho agreguemos que no miramos en forma despectiva ni dogmática a los portavoces del izquierdismo. La experiencia internacional y nacional, incluida la de nuestro propio Partido, indica que muchos de ellos pueden evolucionar a posiciones correctas, asimilar la ideología del proletariado y transformarse en revolucionarios consecuentes.

La pugna por el poder político

...Las actuales relaciones de producción han dejado de corresponder al desarrollo de las fuerzas productivas, al movimiento social en todo sentido y a la época que vive la humanidad. Estas relaciones ya no

pueden contener ni uno ni otro proceso de la sociedad chilena. Y esto es lo que plantea y exige, perentoriamente, una revolución, el ascenso de la clase obrera y el pueblo al poder, medidas que erradiquen por completo al imperialismo, terminen con los monopolios extranjeros, liquiden el latifundio y sepulten o modifiquen sustancialmente, según sea el caso, las instituciones caducas o atrasadas, que están al servicio de la clase dominante.

Ni la Derecha, ni el actual partido gobernante, ni forma política alguna que deje en pie los cimientos en que se funda el sistema actual, pueden dar satisfacción a las necesidades que impone el desarrollo histórico.

Aunque el llamado Partido Nacional se autodenomine defensor de las capas medias y el señor Alessandri se proclame libre de compromisos con personas, grupos o colectividades políticas, la Derecha, su partido y su candidato presidencial representan los más oscuros intereses de la oligarquía y del imperialismo. El pueblo ya los conoce y los tiene fichados. Moro viejo no puede ser nunca buen cristiano. La vuelta de la Derecha al Poder agravaría las cosas, cualesquiera que fuesen los métodos con que gobernara, abiertamente represivos o sedicentemente democráticos. Cada clase que llega al poder gobierna ante todo para sí.

El pueblo ya conoce también las botas que calza el partido del Presidente Frei. Es cierto que la Democracia Cristiana en el Poder se ha diferenciado de la Derecha en una que otra cuestión. Pero no en lo fundamental. Más allá de uno que otro encontrón, se ha entendido y ha conciliado con ella. Y en relación con el imperialismo no ha hecho otra cosa que favorecer y acrecentar su dominio.

Han fracasado todas las fórmulas políticas reaccionarias o reformistas, y hay que hacer todo lo posible para que el país no vuelva a caer en experiencias inservibles.

La tarea de las tareas consiste hoy en lograr que el problema del poder sea resuelto en favor de las clases interesadas en una profunda transformación de la sociedad.

Este es un objetivo que se puede alcanzar. En él hay apremio y necesidades vitales.

El descontento y la sed de justicia estallan por doquier y abarcan a todas las clases y estratos populares. En el corazón y en la conciencia del pueblo se ha acumulado una carga muy grande del legítimo malestar que pugna por un cambio radical de la sociedad.

Una parte de los que tomaron el camino reformista con la Democracia Cristiana pasan a posiciones revolucionarias. Importantes sectores de católicos se suman a las batallas del pueblo.

La idea de la nacionalización de las empresas imperialistas y de los monopolios internos se transforma en patrimonio de la mayoría.

Se acrecienta el papel de la clase obrera y del Partido Comunista. Se desarrolla la organización de los trabajadores y de las masas populares. Se ha robustecido la Central Unica de Trabajadores y su prestigio es hoy mayor que nunca.

Y a través de un proceso más o menos prolongado de coincidencias políticas y de acciones comunes, tiende a convertirse en una realidad el entendimiento de todas las fuerzas antimperialistas y antioligárquicas que son la mayoría nacional. A ello se agrega un hecho significativo y valioso. Se pronuncian en favor del socialismo todos los partidos y movimientos que constituyen la Izquierda, lo cual está llamado a facilitar el desarrollo ininterrumpido del proceso social, a pasar de las tareas revolucionarias de hoy a las tareas revolucionarias de mañana.

Cabe advertir, sin embargo, que el camino del pueblo hacia el poder no está precisamente expedito. Los reaccionarios también se reagrupan, maniobran contra la unidad popular y tienen la firme decisión de mantener su dominio, sus privilegios, sus posiciones económicas y políticas. En este empeño, el imperialismo y la oligarquía no tienen ni tendrán escrúpulos para recurrir al golpe de Estado, a la presión extranjera, a la confabulación internacional en contra de Chile.

De otra parte, los acontecimientos de septiembre y octubre últimos, y también de mayo del año pasado —me refiero obviamente a los conocidos hechos protagonizados por algunos sectores de las Fuerzas Armadas— incorporan nuevos elementos en la disputa por el poder político[1].

[1] *Nota de la Editorial:* El autor alude al intento de golpe de Estado que promovió el General Roberto Viaux. Este se declaró intérprete del descontento y las inquitudes, varias de ellas legítimas, que existían en las filas del Ejército y se presentó como opositor democrático del Gobierno de Frei. Todo esto produjo confusión en algunos sectores de la izquierda que hasta llegaron a mantener contactos con dicho General. La clase obrera abandonó las fábricas y servicios, respondiendo al llamado de la Central Unica de Trabajadores. El Partido Comunista denunció la intentona golpista como un movimiento de inspiración reaccionaria dirigido no sólo a echar abajo el Gobierno de Frei, sino a impedir la conquista del Gobierno Popular hacia el cual se marchaba ya con paso firme. Un año después, luego del triunfo electoral de Salvador Allende en las elecciones presidenciales, el General Viaux, de acuerdo con la CIA, apareció encabezando otro intento golpista, de resultas del cual fue asesinado el Comandante en Jefe del Ejército General René Schneider.

Las Fuerzas Armadas, un nuevo factor político

En tales sucesos hay que ver, en primer lugar, un signo más de la crisis económica e institucional que vive el país y el hecho de que la cuestión social compromete a todo el mundo. Todas las clases y fuerzas toman posiciones en la pugna por el poder.

Las cosas hay que llamarlas por su nombre y reconocer la realidad tal como se da. Es, por ejemplo, un hecho real que las Fuerzas Armadas constituyen un nuevo factor en la política nacional. Se puede decir que el período de prescindencia de las Fuerzas Armadas en la vida política –prescindencia que nunca fue absoluta, pues durante varias décadas fue rota por uno que otro grupo de oficiales– ha terminado o tiende a terminar.

Esta participación de las Fuerzas Armadas en la política tiene aspectos muy complejos. No se puede dejar de considerar que los problemas del mundo de hoy inquietan a todos y los vientos que corren abren todas las puertas, llegan a todos los rincones. Tampoco se puede desconocer que la crisis económica golpea a las Fuerzas Armadas y se traduce en bajas rentas y falta de solución a problemas de orden técnico profesional.

Los comunistas no nos extrañamos por nada de esto y no somos defensores de la estructura ni de todos los preceptos que norman la vida de nuestros institutos armados.

Con motivo de los acontecimientos ya mencionados, hacemos claros distingos entre las reivindicaciones económicas y profesionales del personal de las Fuerzas Armadas y los afanes golpistas de algunos, principalmente de ciertos «generales civiles» que han querido y quieren aprovechar aquellas aspiraciones para fines contrarios al pueblo, y también a las instituciones militares. Esto está fuera de discusión.

Los partidos de la burguesía han buscado siempre puntos de apoyo en las Fuerzas Armadas. Y hay que dar por descontado que ahora el imperialismo y la oligarquía manejan los hilos para que uno que otro sector político, aunque de ello no todos tengan plena conciencia, promuevan «soluciones» militares, a fin de cortar el proceso revolucionario auténtico de nuestro pueblo.

Nuestro Partido se ha pronunciado contra todo tipo de solución militar.

Las Fuerzas Armadas son instituciones del Estado. Si bien los soldados y suboficiales provienen de las capas modestas de la población, los mandos medios y superiores emanan de la burguesía y de la pequeña burguesía. Además, desde hace unos treinta años, los distintos gobiernos, cediendo a la presión yanqui, han tratado, cual más, cual

menos, de incorporar a nuestras Fuerzas Armadas al dispositivo militar de los norteamericanos y de educarlas y entrenarlas para la lucha contra la llamada subversión interna, en defensa de los intereses creados, del orden establecido. Se han empeñado en formar en sus filas una mentalidad antiobrera, anticomunista y antipopular. Sabemos que, pese a ello, un número apreciable de militares mantiene una posición crítica frente al imperialismo norteamericano y concepciones antirreaccionarias. Sin embargo, está fuera de duda que aquella educación malsana ha hecho su efecto.

Si sólo tuviésemos en cuenta la composición de clase de los mandos, una solución militar sería, en el mejor de los casos, una solución burguesa, tal vez un nuevo ensayo reformista y, por tanto, una experiencia que no hay para qué vivir, puesto que de antemano, ya se sabe que no constituiría la salida revolucionaria que quiere el pueblo y que la nación necesita. No se podría afirmar que a los imperialistas les atrae toda clase de gobiernos militares. En alguna medida objetan el que está en Perú. Pero cada vez es más claro que, con tal de mantener sus posiciones fundamentales, no titubean en patrocinar incluso gobiernos militares como aquél, allí donde no tienen otra carta que jugar. Rockefeller, en su informe sobre América Latina, junto con proponer el fortalecimiento del aparato militar del sistema interamericano para encarar «el peligro comunista», exalta el «nuevo tipo de militar que está surgiendo y que a menudo es la principal fuerza de cambios sociales constructivos en la región». «The Finantial Times» es más explícito en revelar el pensamiento de los magnates imperialistas tanto norteamericanos como británicos. «Si el militarismo –dice– pudiera ser persuadido, a través de toda América Latina, que su principal preocupación fuera el desarrollo económico y la revolución social, entonces podría decirse que una de las más importantes batallas de la región ha sido ganada.»

Y por cierto que lo que Rockefeller entiende por «cambios sociales constructivos» y «The Finantial Times» por «revolución social» son de ese tipo de rarezas como la revolución en libertad.

La última palabra dada por Nixon sobre los asuntos latinoamericanos anuncia que Estados Unidos no hará cuestión acerca de si los gobiernos del continente son civiles o militares.

Estos también son hechos que forman parte de la realidad.

El Partido Comunista no tiene un criterio unilateral respecto de las Fuerzas Armadas. No piensa que son simples y obsecuentes apéndices del imperialismo y de las clases dominantes, pero tampoco el brazo armado del pueblo. Lejos, pues, de nuestro Partido están las concepciones antimilitaristas dogmáticas y lejos también se hallan de él las

tentaciones que apuntan a favorecer algún tipo de salida militar. Miramos el problema con objetividad.

Consideramos que la preparación doctrinaria de las Fuerzas Armadas debe impartirse de acuerdo a los intereses de Chile, de la independencia nacional, de la paz y la amistad entre los pueblos y que su formación profesional debe hallarse abierta a todos los aportes de la ciencia militar moderna.

La educación y el entrenamiento que hoy reciben, en tanto están inspirados en la lucha contra la llamada subversión interna, tienden a crear un abismo entre las Fuerzas Armadas y el pueblo, a contraponerlos con perjuicio de la unidad y de la capacidad de defensa que debe tener la nación frente a los peligros reales que amenazan su soberanía desde el exterior y que provienen del imperialismo y de algunos regímenes gorilas.

Hay síntomas de quiebra en la disciplina militar. Esto nos preocupa, no porque los comunistas defendamos todos los valores en que ella se inspira hoy, varios de los cuales son reaccionarios, sino porque los intereses de la defensa de la soberanía nacional exigen que se rechace cualquier intento de convertir a las Fuerzas Armadas en un partido político o en un elemento dirigido a suplantar la voluntad popular. Pensamos que es un deber patriótico atender los problemas que han provocado una crisis en las instituciones armadas. Sobre esta base y mediante la democratización de sus estructuras, debe superarse dicha situación.

Estimamos que va en favor de los superiores intereses del pueblo y de la Patria que el verdadero pensamiento de los comunistas, que hoy suele llegar desfigurado a las Fuerzas Armadas, sea conocido por todos los chilenos, con o sin uniforme.

No al golpe de Estado

Es realista decir que, precisamente a causa de intensificarse la lucha por el poder, de hallarse el imperialismo y la oligarquía dispuestos a recurrir a lo peor y de aparecer en esa lucha nuevos elementos y factores, no hay que tener ninguna ilusión en cuanto a que los acontecimientos se vayan a desarrollar, fatalmente, por los cauces ordinarios. El país ha entrado en un período de inestabilidad política, en un tembladeral que sólo puede tener una solución en un nuevo orden social organizado por el pueblo.

«Hoy por hoy –dijo la Convocatoria a este Congreso– en la pugna por el poder no se puede considerar fatal ni descartar ninguna de

las alternativas, ni tampoco asegurada o desalojada, por tanto, una posibilidad popular.»

El tiempo que viene está lleno de interrogantes.

¿Qué va a pasar?

Lo podría llamarse movimiento militar, ¿tiende a declinar o por el contrario, se trata de un fenómeno propenso a seguir manifestándose de más en más? ¿Habrá o no elección presidencial en 1970? Si no la hay, ¿qué sucederá, qué formas tomará en tal caso la lucha por el poder y quién vencerá en esta lucha? Si a la inversa, se llega al acto electoral ¿cuál será su resultado? ¿Se forjará a su debido tiempo la unidad popular y esta será lo suficientemente amplia, sólida y combativa para atajar a la Derecha, impedir el continuismo demócratacristiano y generar un gobierno popular?

Estas son algunas de las cuestiones que forman parte de todo lo que hay de incierto en el futuro inmediato.

Ante ellas el pueblo no toma ni puede tomar balcón. Asume y debe seguir asumiendo una posición de combate, a fin de que tales problemas se resuelvan en su favor y en interés de la Patria.

El Partido, la clase obrera, el pueblo de Chile deben tener plena conciencia de esto y disponerse a enfrentar los acontecimientos, cualquiera sea el giro que pudieran tomar.

El país ha vivido momentos difíciles ante el peligro de golpe de Estado. La inmensa mayoría de los trabajadores y de la población chilena se pronunciaron en contra de las tentativas sediciosas. En esta lucha coincidieron las más vastas fuerzas democráticas, diversos partidos y corrientes populares y, sobre todo, los obreros, empleados y campesinos organizados en la Central Unica de Trabajadores (CUT).

Los planes de los golpistas, no importa el ropaje con que se vistan, no iban ni van dirigidos a implantar cambios favorables al pueblo, sino todo lo contrario, iban y van destinados a impedir esos cambios. De ahí que nuestra actitud, comprendida y compartida por la mayoría del pueblo, estaba y está muy lejos de implicar la defensa del «status», del gobierno o de su política. A la inversa, hemos partido de la base de que la clase obrera y el pueblo necesitan salvaguardar sus derechos y conquistas para seguir avanzando, para continuar la lucha por un gobierno popular, para tomar en sus manos la dirección de sus propios destinos.

Sean cuales fueren las circunstancias en que se dé la lucha, lo fundamental es y será siempre la presencia del pueblo, el combate de las masas y el papel dirigente que debe jugar la clase obrera.

¡A seguir, pues, oponiendo una valla infranqueable a los designios golpistas, cualquiera sea su procedencia, y a continuar, al mismo tiem-

po, la lucha combativa de las masas populares por sus reivindicaciones inmediatas, contra la política reaccionaria del gobierno, por desbrozar su camino victorioso!

Unidad Popular para vencer

La clave para resolver la cuestión del poder en favor del pueblo está en la unión de sus fuerzas, en la construcción de la unidad popular. La actitud en relación a este problema se va convirtiendo en la piedra de toque para el triunfo del pueblo.

La lucha por la unidad popular ha sido y es una actitud revolucionaria permanente de los comunistas, dentro y fuera de las contiendas electorales. Bregamos por una unidad combativa, que se exprese en todas las batallas, grandes y pequeñas; se forje en torno a un programa común, al margen de caudillos mesiánicos, alrededor de la clase obrera, asegurando al mismo tiempo que las demás clases y capas sociales progresistas y sus expresiones políticas tengan y asuman las responsabilidades correpondientes.

La unidad popular avanza. No pocas dificultades han sido ya vencidas, lo cual permite que en estos instantes todos los partidos y movimientos de izquierda se agrupen en un Comité Coordinador, se reunan en una misma mesa para elaborar un programa común y estén animados por el propósito de dar juntos la contienda presidencial del año venidero. Las dificultades que subsisten pueden y deben ser superadas. Nos dirigimos a todas las fuerzas populares, cuyos representantes se hallan en la sesión inaugural de este Congreso, para expresarles nuestra fundada esperanza de que todos seguiremos haciendo los empeños y hasta los sacrificios que sean necesarios para llevar adelante la unidad popular y enfrentar en un solo bloque todos los combates del presente y del porvenir.

Nos dirigimos en especial a nuestros camaradas socialistas. Casi 14 años han probado la solidez del entendimiento entre nuestros partidos. Ni los reveses inherentes a tan larga lucha, ni las maniobras e intrigas del enemigo han podido romper este entendimiento. El se basa en la lucha por los intereses de los trabajadores, por la revolución antimperialista y antioligárquica y por el socialismo. En estas grandes causas nuestras coincidencias son fundamentales. Esperamos que las diferencias que nos distancian no pongan jamás en peligro la unidad socialista comunista y que los aspectos conflictivos no vuelvan a primar en ningún momento.

Entre las luchas políticas más importantes del período que se abre están las elecciones presidenciales. El pueblo debe dar unido esta ba-

talla. Esta unidad tiene que forjarse en torno a un programa, a una concepción de poder y a un acuerdo sobre gobierno. Todos los chilenos deben saber claramente qué queremos hacer y cómo queremos gobernar. Acerca de esto último, los comunistas declaramos que no estamos por que se entregue a un solo hombre, o a un solo partido, la responsabilidad del poder. Todos somos y debemos ser parte de la oración. De común acuerdo, todos debemos llevar a cabo los cambios revolucionarios.

Hemos proclamado nuestro propio candidato, el camarada Pablo Neruda. Su postulación ha concitado el entusiasmo y el fervor revolucionarios de vastos sectores ciudadanos, más allá de las fronteras partidarias. Neruda representa el Partido, su lucha, su programa, su intransigencia con los enemigos del pueblo, su resuelta política de unidad. Es, además, una figura de la Patria, uno de los valores más grandes que haya tenido la nación. Por todo esto, el Partido y muchos chilenos sin partido desean ardientemente que Neruda sea proclamado candidato de la unidad popular. Pero no decimos ni diremos «Pablo Neruda o ningún otro», ni tampoco «nuestro candidato o no hay unidad popular». Esto no correspondería a nuestra posición.

El carácter de la revolución chilena

El objetivo de la unidad popular es alcanzar el poder y hacer la revolución.

Para los marxistas, el contenido del nuevo poder y el carácter de esta revolución están determinados ante todo por la realidad. No se pueden establecer subjetivamente ni someterse a esquemas artificiales, so peligro de retrasar el proceso. Son configurados por el tipo de contradicciones fundamentales que hay en la sociedad, por el significado concreto de los cambios revolucionarios que están al orden del día, por los intereses comunes del conjunto de las clases que participan en la transformación social y por el cuadro internacional en que está inscrita la revolución chilena.

En virtud de ello, el poder popular que queremos generar y la revolución que necesitamos hacer son, por su esencia y objetivos, antimperialistas y antioligárquicos con la perspectiva del socialismo. De ahí que, dicho sea de paso, no nos parezcan serios y si carentes de rigor científico, aquellos planteamientos que suelen hacerse en el sentido de darle ya un carácter socialista a todo el proceso revolucionario que hoy debemos operar. El camino hacia el socialismo pasa a través de las transformaciones antimperialistas y antioligárquicas. Y no ayudan precisamente al socialismo, sino todo lo contrario, las desfigura-

ciones del verdadero contenido de la revolución chilena, aunque en muchos casos sólo se trate de desfiguraciones verbales. El paso de la revolución antimperialista y antioligárquica a la revolución socialista puede ser muy rápido y constituir un proceso continuo y único, como ocurrió en Cuba, por ejemplo. Por esto mismo y para ello, el acento hay que ponerlo en las tareas concretas que corresponden a cada momento histórico.

Lo más revolucionario es y será siempre poner el dedo en la llaga y propiciar con toda energía los cambios que hoy están planteados objetivamente y en torno a los cuales es posible unir a la mayoría del pueblo y avanzar hacia el socialismo. No hay nada más revolucionario que proponerse ahora la erradicación del imperialismo, la liquidación de todos los centros de poder de la oligarquía y las demás transformaciones que contempla el Programa de nuestro Partido. Se quedan atrás los que no propugnan las transformaciones revolucionarias concretas de ahora o no actuan consecuentemente. Y más allá de quienes planteamos dichas tareas y sostenemos al mismo tiempo la necesidad de abrirse paso al socialismo, no hay nadie que pueda estar adelante, cualesquiera sean las frases que se pongan en uso.

La lucha por la libertad

A fin de llevar agua a su molino y de impedir la unidad del pueblo, el enemigo de clase desfigura nuestra política, la presenta como si ella fuera maquiavélica. Pretende hacer creer a nuestros aliados actuales y potenciales que andamos con un puñal bajo el poncho, que queremos utilizarlos para que nos ayuden a conseguir tales y cuales objetivos y luego dejarlos de lado y aplastarlos, poniendo fin a las libertades y creando un sistema de partido único.

La verdad es que el comunismo es el único movimiento que en la historia se ha planteado correctamente el problema de la libertad.

En el capitalismo la libertad tiene un límite, la propiedad capitalista sobre los medios de producción, en virtud de lo cual hay una distancia sideral entre las palabras de la burguesía y la realidad del régimen burgués, entre lo que suelen proclamar las constituciones y la situación concreta bajo el capitalismo.

En el régimen burgués los trabajadores no disponen ni siquiera de la libertad de vender su fuerza de trabajo. Se hallan muy restringidos o son letra muerta los derechos a la educación, a la cultura, a la recreación, al descanso y a otros de que tanto se blasona. La libertad de prensa se traduce en el monopolio de los capitalistas sobre los medios

de difusión. La libertad de opinión, de reunión, de asociación y todas en general existen sólo en contados países capitalistas, con fuertes limitaciones y únicamente en la medida en que los trabajadores las han conquistado a través de sus luchas y a costa de su sangre.

En cambio, en el socialismo, los citados derechos y libertades son una realidad para el pueblo. Por encima de las deformaciones y errores cometidos en uno que otro país socialista, no cabe comparación alguna entre uno y otro sistema. En el sistema socialista hay más libertad.

La revolución socialista resuelve correctamente el problema de la libertad porque elimina la explotación del hombre por el hombre y abre las puertas para que la sociedad pase al comunismo.

La libertad evoluciona con el perfeccionamiento de las relaciones sociales de producción entre los hombres.

El capitalismo, en sus comienzos, liberó a los esclavos y siervos para disponer de mano de obra asalariada y atacó los derechos y libertades de la monarquía, la nobleza y los señores feudales. A la vez implantó una nueva forma de esclavitud. Hoy en día, restringe, conculca o aplasta las libertades para mantener en pie la esclavitud asalariada, en el afán de perpetuar las viejas relaciones de producción.

El socialismo libera a los trabajadores de la esclavitud capitalista y para ello le niega al capitalista lo que para éste constituye su más sagrada libertad: la de apropiarse del trabajo ajeno y vivir a costillas de los demás. Y, a diferencia del capitalismo, el socialismo no establece nuevas formas de opresión y sólo limita o suprime las libertades de las clases desplazadas del poder, en función de las nuevas relaciones de producción, en función de crear las bases materiales y sociales que permitan ampliar más y más la libertad.

Nuestros puntos de vista sobre la libertad los expresamos, pues, abiertamente, sin hipocresías. No andamos con santos tapados. Somos francos en decir que, a fin de que el pueblo tenga libertades y derechos reales, necesariamente hay que terminar con los monopolios extranjeros e internos y, por tanto, con aquellos instrumentos y canales de que disponen para saquear el país y que constituyen «su» libertad. Del mismo modo, hay que meter en cintura a los reaccionarios que, una vez conquistado un gobierno del pueblo, pretendan alzarse contra los intereses y la voluntad mayoritaria de la nación.

Respecto de las distintas fuerzas que hay en el movimiento popular, estamos por su entendimiento y su colaboración sin ningún límite en el tiempo. De consiguiente, no tenemos segundas intenciones en el trato con ellas.

Naturalmente, a medida que se avance en las transformaciones so-

ciales, se pueden producir cambios en la correlación de fuerzas. Nuevos sectores se sumarán al torrente revolucionario y la mayoría del país querrá siempre seguir adelante, en tanto que ciertos grupos tratarán de marcar el paso o de volver hacia atrás. Este es un fenómeno que se puede dar, sin que nada tenga que ver con supuestas actitudes preconcebidas de nuestra parte en el sentido de abandonar más adelante a algunos aliados de hoy.

De lo dicho se desprende también que en nuestro país debe subsistir el pluripartidismo incluso en el socialismo. El sistema de partido único no es condición indispensable de la edificación del socialismo.

Ante el Centenario de Lenin

Este Congreso se reune en vísperas de la celebración de un magno acontecimiento, el centenario del natalicio de Vladimir Ilich Lenin, el creador del Partido Bolchevique, el artífice de la primera revolución socialista victoriosa, la Gran Revolución de Octubre.

Con este motivo, queremos expresar el profundo orgullo revolucionario que sentimos los comunistas chilenos de ser discípulos de Lenin y de formar en las filas de un Partido Comunista que nació en las entrañas de la clase obrera, al fragor de la lucha de clases y al calor de la Revolución de Octubre.

Permítaseme expresarle a la delegación del Partido Comunista de la Unión Soviética, y a través de ella a todos los soviéticos, la honda admiración que sentimos por el genio de Lenin, el hombre que más ha hecho por la más grande de las transformaciones sociales, por que la Humanidad salga para siempre de toda forma de opresión y los dones de la naturaleza y los frutos del trabajo sean para todos.

El genio de Lenin se expresó en varios campos, particularmente en la economía, la política y la filosofía.

Sacó a luz el marxismo, que después de la muerte de Marx y Engels había sido enterrado por los oportunistas de la Segunda Internacional y lo desarrolló creadoramente. Estudió en profundidad el capitalismo en su etapa monopolista, descubrió y formuló la ley del desarrollo desigual del capitalismo y sentó con ella la tesis de la revolución socialista por separado, incluso en un solo país.

Puso de relieve las leyes generales de la revolución, señaló científicamente los objetivos concretos de la revolución democrático-burguesa y de la revolución socialista, las diferencias y conexiones que hay entre ellas, la posibilidad de hacer de ambas un solo proceso revolucionario si el proletariado toma la dirección en uno y otro caso. En rela-

ción con esto, desentrañó la importancia revolucionaria del campesinado como aliado natural de la clase obrera y enseñó a considerar atentamente y con realismo las complejidades que presenta la vida y la necesidad de dominar todas las formas de lucha.

Desarrolló la teoría del Estado en general y de la dictadura del proletariado en particular. Esta teoría marcó la diferencia entre los que tomaron la senda de la revolución o el camino de la colaboración de clase, entre los reformistas y los revolucionarios en el campo de los partidarios del socialismo.

Dio una solución teórica –y también práctica en el vasto ámbito del viejo imperio zarista– al problema de las nacionalidades, a la cuestión nacional.

Comprendió la fuerza revolucionaria de los pueblos oprimidos por el imperialismo, la importancia de su lucha liberadora y su conexión con la revolución socialista mundial.

Le dio al principio del internacionalismo proletario todo el valor teórico y práctico que tiene en la lucha contra el imperialismo, por el paso del capitalismo al socialismo.

Creó un nuevo tipo de partido capaz de organizar, orientar y dirigir a las masas, de encabezar el asalto a la bastilla capitalista y de construir en seguida el socialismo.

Le confirió a la lucha ideológica una gran significación revolucionaria, y él mismo, personalmente, enfrentó a los enemigos abiertos y encubiertos del marxismo, desenmascaró a los oportunistas tanto de izquierda como de derecha. Esta lucha ideológica librada por Lenin le dio al Partido Comunista de la URSS y a todos los partidos comunistas que se guían por el leninismo, la firmeza de principios, la solidez ideológica, la unidad política y la capacidad revolucionaria que los caracteriza.

En todo el mundo se prepara la celebración del centenario de Lenin.

Lenin se merece los más grandes homenajes de admiración y cariño, las más efusivas expresiones de gratitud por su obra gigantesca.

Pero no se trata sólo de esto. Se trata ante todo de celebrar el centenario de Lenin en actitud de combate. Para ello, junto con aplicar todas las tareas del Partido que emanarán de este Congreso, hay que levantar más alta la bandera del leninismo en la lucha por la ideología proletaria. El genio de Lenin no ha muerto. Sus aportes teóricos a la revolución permanecen vivos y actuales.

Lenin enfrentó dificultades colosales, tanto en el período de preparación de la revolución, como en la revolución misma, en el afianzamiento del Poder Soviético y en los primeros pasos de la edificación socialista. Pero él depositó una fe ilimitada en las fuerzas revoluciona-

rias del pueblo con pleno dominio de las leyes del desarrollo histórico. ¡Y venció!

Este es un ejemplo de inmenso valor para el movimiento revolucionario de todo el mundo y, por lo tanto, también para nosotros.

«*El Siglo*», 24 de noviembre de 1969

II

Mañana debemos triunfar

Discurso por cadena nacional de radioemisoras.
3 de septiembre de 1970.
(Fragmentos)

Nunca como ahora las perspectivas de victoria popular son tan grandes y de tanta significación. Mañana debemos triunfar.

El pueblo será gobierno y creará un nuevo orden social.

Los sueños más vehementes de la población chilena se harán realidad. Chile forjará su independencia económica. Sus riquezas básicas pasarán a ser de su propiedad y se pondrán al servicio del pueblo. Los centros de poder de la oligarquía, sus bancos y monopolios, y también los latifundios, serán extirpados como tumores malignos. Se harán las transformaciones institucionales dirigidas a darle a Chile un sistema político al servicio de la mayoría, el gobierno más democrático de toda la historia nacional. El pueblo gobernará a través de sus partidos y de sus organizaciones de todo tipo, representadas en los organismos y los escalones correspondientes del Estado.

...Cierto es que el nuevo Chile no se podrá construir de la noche a la mañana; pero, desde el primer día se empezará a gobernar, por fin, en favor del pueblo. Nuestros adversarios han hecho irrisión del medio litro de leche que hemos dicho se le entregará a cada niño chileno. En su mentalidad no les cabe que la primera preocupación sea la infancia y que pueda haber un gobierno capaz de satisfacer sus necesidades vitales. Ya lo verán. Así también se terminará con la reajustabilidad de la vivienda y se cumplirá con cada una de los primeras cuarenta medidas. Y esto, sí, repito, se hará desde el primer instante.

El momento que vivimos es favorable al triunfo y al éxito del nuevo gobierno. Se sabe que hay peligros, que las viejas clases reaccionarias no abandonan sin lucha los privilegios que detentan, y por eso hay que estar vigilantes, pero es tanto o más claro que en el pueblo hay fuerzas para abrirse paso y para que la victoria tenga que ser reconocida nacional e internacionalmente.

El día de mañana es decisivo. De la movilización masiva y a primera hora hacia las urnas, de la vigilancia de los apoderados en cada mesa del control de los cómputos, del desbaratamiento de toda martingala, de la actitud de cada uno de nosotros puede depender, en último término, el resultado que arrojen las urnas.

...En las manos del pueblo está su futuro. El Partido Comunista lo llama a emplearse a fondo en la batalla de mañana, a elegir a Salvador Allende Presidente de la República y a seguir caminando unido en pos de sus nuevos destinos.

«El Siglo», 4 de septiembre de 1970

Nada hay más revolucionario que luchar por el éxito del Gobierno Popular

Informe al Pleno del Comité Central del Partido.
26 de noviembre de 1970.
(Texto íntegro)

Queridos camaradas:

Nada hay más importante en estos días, nada hay más revolucionario que actuar en función del éxito del Gobierno Popular que encabeza el compañero Salvador Allende, en función del cumplimiento de su programa.

El Partido Comunista considera que su deber principal consiste, precisamente, en trabajar junto a los demás partidos de la Unidad Popular, junto al Presidente de la República, dentro y fuera del gobierno, tras el propósito común de realizar los cambios revolucionarios.

No hace todavía un mes que se constituyó el nuevo gobierno y ya se puede ver que no se trata de un gobierno más sino del Gobierno popular y revolucionario que necesita la nación para encarar con firmeza la solución de sus problemas primordiales.

Por primera vez en la historia del país hay un Gabinete integrado por cuatro obreros y en el cual están ausentes los personeros del im-

perialismo, de las grandes empresas y del latifundio, los apellidos elegantes.

Sin pedirle permiso a nadie, el nuevo gobierno reanudó las relaciones con Cuba, retiró al representante chileno de la llamada Comisión de Reunificación de Corea, estableció relaciones diplomáticas con Nigeria, oficializó y amplió las relaciones comerciales con la República Popular de Corea, votó por la incorporación de la República Popular China y la ONU y puso término a las alzas quincenales del precio del dólar. Tomó, pues, una serie de medidas que demuestran claramente la dignidad e independencia con que actúa y actuará frente a los intereses y presiones del imperialismo.

Reincorporó a los obreros y empleados despedidos de El Salvador, de la Empresa Nacional de Minería y de la Línea Aérea Nacional. Retiró de la Contraloría veintitantos decretos de alzas de precios que venían del gobierno anterior. Derogó el alza de las tarifas eléctricas. Echó a andar la tarea de dar medio litro de leche a cada niño. Acordó la gratuidad de la atención médica en las postas y policlínicas. Disolvió el Grupo Móvil de Carabineros, reforzando en las poblaciones la vigilancia contra los maleantes y transformando los guanacos en carros cisternas para repartir agua donde ésta falta. Puso en marcha un conjunto de medidas de probidad y honestidad administrativas. Intervino las industrias NIBSA y Purina a fin de hacerlas trabajar. En la construcción del subterráneo de Santiago dispuso que primero se atiendan las necesidades de los barrios populares. Resolvió crear el Consejo Nacional de Economía con representantes de las organizaciones sindicales y sociales. Abrió las puertas de los Ministerios y de todas las reparticiones públicas a la intervención del pueblo organizado. Inició un nuevo estilo de dirección del país, en contacto y de acuerdo con las masas.

Para los gobiernos precedentes, el reajuste de las remuneraciones fue siempre un dolor de cabeza. Ahora no. El reajuste será transformado en un medio destinado a hacer justicia social y a elevar la actividad industrial.

Los sueldos y salarios en general serán reajustados en el cien por ciento del alza del costo de la vida. Las rentas más bajas, los salarios y pensiones mínimos, el sueldo vital y las asignaciones familiares de los obreros, de los campesinos, del personal civil de la administración pública y de los miembros de las Fuerzas Armadas se fijará en un monto superior. Se pondrá tope a los sueldos altos y no se permitirá que ningún chileno reciba paga en moneda extranjera.

Los gobiernos anteriores ponían luz verde a cualquier petición de alza de precios y tomaban todo reajuste o aumento de remuneraciones

como un justificativo indiscutible de su política alcista. Ahora no se actúa ni se actuará así. Se plantea como norma general que los reajustes y el mejoramiento de las rentas sean absorbidos por las empresas o el Estado, según los casos, y se tratará por todos los medios de cortar las alzas de precios.

El ex Presidente Frei y, del mismo modo, sus antecesores, mantuvieron un ejército de desocupados cuya sola existencia hace bajar el precio de la mano de obra. Hoy se estima que la absorción de la cesantía es una de las primeras y más importantes tareas a cumplir. Se comenzará a resolver este dramático problema mediante inversiones adicionales en viviendas y obras públicas y a través del aumento de la producción industrial como consecuencia del aumento de la demanda.

Las tareas más grandes

La política del Gobierno Popular va, pues, dirigida a dar más trabajo y trabajo mejor remunerado, a producir una redistribución de rentas en favor de vastos sectores asalariados, a contener el proceso inflacionista, a aumentar el poder de compra de las masas, a utilizar plenamente la capacidad instalada de la industria.

Tal política corresponde por entero a los intereses de los trabajadores, a las conveniencias generales del país y a los compromisos programáticos de la Unidad Popular.

Ella sería, sin embargo, un mero intento anti inflacionista, de redistribución de ingresos y de recuperación económica, y tendría apenas un carácter reformista, si no pasara más allá, si fuera toda la política económica del Gobierno Popular. Felizmente no es así. Esta política es más amplia, más completa y apunta a la reestructuración total de la economía y al cambio del sistema. Su verdadero alcance, su hondo sentido revolucionario, queda de relieve si se tiene en cuenta que en los próximos días se abordarán también las tareas más grandes, como son la nacionalización del cobre y de la banca, la estatización de un grupo de industrias monopólicas y de importantes rubros del comercio exterior, así como una transformación más profunda y acelerada del campo.

La realización de estas tareas vitales, el cumplimiento del programa, exige un incesante batallar del pueblo, del gobierno y de las clases populares, caminando en una misma dirección, golpeando siempre al mismo blanco.

En relación a cada problema, a cada tarea del Gobierno Popular, es indispensable la presencia combativa de las masas. Por esto saludamos la actitud de la Central Unica de Trabajadores de resuelto

apoyo a la política económica del gobierno, el acuerdo de las organizaciones juveniles de la Unidad Popular de movilizar cincuenta mil jóvenes para realizar trabajos voluntarios en la construcción de canchas deportivas, piscinas, parques, casas y caminos, y la decisión de la Federación de Estudiantes de Chile de participar masivamente en las tareas de alfabetización y reforestación.

Los intereses de los trabajadores y de las masas populares en general ya no dependen tan sólo ni tanto del éxito de tales o cuales luchas reivindicativas, sino de la suerte que corra el Gobierno de la Unidad Popular, del cumplimiento de sus objetivos programáticos.

Lo fundamental pasa a ser ahora participar activamente en las realizaciones del gobierno.

Mayor responsabilidad de la clase obrera

Una nueva y más alta responsabilidad le corresponde a la clase obrera. Por su número, por su conciencia política, por el desarrollo y solidez de sus organizaciones y por hallarse enclavada en los centros vitales de la economía, puede y debe actuar con una disciplina, una actitud de combate y un espíritu creador capaz de influir decisivamente sobre toda la marcha de los acontecimientos.

El Gobierno que preside el compañero Salvador Allende es ante todo una conquista de la clase obrera. Por su composición social y su Programa ofrece la posibilidad real de marchar al socialismo, el cual pondrá fin a la explotación del hombre por el hombre. Vale pues la pena que la clase obrera, en alianza con los campesinos y demás capas de la población trabajadora, se juegue entera por el éxito de este gobierno.

El cumplimiento de este papel exige en algunos casos un cambio de mentalidad y de actitud, el abandono de las posiciones de apoliticismo, de economicismo y de estrecho gremialismo, la plena toma de conciencia sobre las maravillosas perspectivas que ofrece este momento.

La victoria alcanzada por nuestro pueblo se inserta en el cuadro de una nueva situación que se está creando en América Latina, de auge de las fuerzas progresistas, y es una expresión elocuente de este fenómeno.

La América Latina no es un mundo congelado sino en ebullición y en marcha hacia un destino mejor. Las puertas de la nueva etapa histórica que abrió en el continente la Revolución Cubana no han podido ser cerradas por el imperialismo. Más aún, los imperialistas yanquis no se han encontrado precisamente en condiciones de intervenir en la

forma acostumbrada. Tienen demasiado que hacer en otros rincones de la Tierra, particularmente en el sudeste asiático, donde el pueblo vietnamita, con el apoyo decidido de la Unión Soviética, de los países socialistas y de las fuerzas revolucionarias del orbe entero, rechaza la agresión y les propina aplastantes derrotas. Y saben que un ataque frontal contra Chile alzaría al combate a todos los pueblos del hemisferio que ya han expresados sus simpatías y su apoyo a este nuevo Gobierno Popular y revolucionario que ha nacido en América.

En consecuencia, contamos y contaremos con la solidaridad internacional de todos los pueblos. Pero somos nosotros, los chilenos, los que en primer término tenemos el deber de afianzar y llevar adelante la victoria lograda. Este es el deber principal que tenemos con nuestra patria, con los pueblos hermanos de América Latina y con la causa progresista de toda la humanidad.

El pueblo ha conquistado el Gobierno, que es una parte del poder político. Necesita afianzar esta conquista y avanzar todavía más, lograr que todo el poder político, que todo el aparato estatal pase a sus manos en una sociedad pluralista. Se requiere, además, erradicar al imperialismo y a la oligarquía de los centros del poder económico y poner todo el poder político y el poder económico al servicio del progreso nacional, del bienestar de las masas, de la cultura y de una nueva moral.

Esta es una empresa gigantesca que sólo podrá ser fruto de la lucha de todo el pueblo, de la movilización de millones de chilenos.

El enemigo no nos dejará expedito el camino. Ya se sabe cuánto hizo y trató de hacer por impedir, primero, el triunfo popular en las urnas y luego, la formación de este nuevo gobierno. Llegó hasta el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider.

Acorralado y repudiado por la mayoría nacional, bajó la guardia en los primeros días que siguieron a la ratificación por el Congreso Pleno del triunfo del compañero Allende. Pero de nuevo levanta cabeza y organiza una fuerte resistencia.

Para la Derecha, la existencia de la Democracia Cristiana ha sido una verdadera desgracia. Por momentos la ha querido aplastar. Ahora la cerca, la quiere envolver en su red. Ha puesto en práctica un plan dirigido a impedir que apoye algunas medidas gruesas del Gobierno Popular. Con la derrota de Alessandri perdió su última opción electoral, perdió su caudillo. Por eso, ahora quiere convertir al ex Presidente Frei en el jefe de la oposición.

Estas maniobras reaccionarias han encontrado algún eco en un sector dirigente de la Democracia Cristiana. De otra manera no se explica que ésta haya terminado por confabularse con la Derecha en la Comi-

sión Mixta de Presupuesto o que haya recibido sin chistar el apoyo momio en las elecciones de la FECH.

Algunos demócratacristianos se han deslizado ya por la pendiente de una abierta y deleznable oposición. Tal es el caso de quienes inspiran al diario «La Prensa».

Hay otros que, aprovechándose de las urgencias habitacionales de mucha gente y del hecho de que el actual Gobierno no hace ni hará lo que se hizo en Puerto Montt, no usa ni usará las balas contra el pueblo, se han dedicado a organizar la ocupación de casas y departamentos destinados a profesores y personales de las Fuerzas Armadas y de la Línea Aérea Nacional. En estas andanzas se ha distinguido el genuino dirigente de pobladores, habitante de «callampilandia», el «muerto de hambre», diputado Jorge Lavandero.

Les ha salido al camino el propio Presidente de la República, compañero Allende. Debemos salirles todos. En el seno mismo de las poblaciones hay que desenmascarar sus maniobras. En especial nosotros, comunistas, podemos y debemos actuar de cara a las masas y derrotar políticamente a los farsantes.

La mimetización de «El Mercurio»

«El Mercurio» hace lo suyo vestido con nuevo ropaje. Ha cambiado sus ejecutivos y su lenguaje. Se mimetiza para tratar de meter su cola en el Gobierno. Durante largos años combatió ferozmente al compañero Allende. Ahora pretende aparecer como su amigo. En la campaña electoral sostuvo que el triunfo del actual Presidente de la República sería el acabo de mundo, la victoria de los partidos Comunista y Socialista. Recientemente, en su comentario político del día 8, ha tenido la soltura de cuerpo de afirmar: «Sea como fuere, la opinión pública no ve en el triunfo del Dr. Allende la buena fortuna de un grupo de partidos sino la victoria de un líder que luchó valientemente para ocupar el cargo que ha conquistado.» A renglón seguido se va lengua y dice: «El carácter mismo de la institución presidencial chilena impulsa a quien recibe tan alta investidura a emanciparse de los intereses partidarios estrechos.»

Este tiro le fallará al vocero de los clanes.

Todo el país recuerda, porque lo escuchó muchas veces, que el compañero Salvador Allende fue incansable en afirmar que su victoria no sería la victoria de un hombre, ni siquiera de un partido, sino el triunfo de la Unidad Popular, el triunfo del pueblo.

Los diversos grupos empresariales han rivalizado entre sí para ofrecerle colaboración al gobierno. Es claro que en esto hay que hacer dis-

tingos. Hay capitalistas medianos y pequeños que no tienen motivos reales para adoptar una actitud distinta y que, por tanto, pueden colaborar en el terreno del desarrollo de sus actividades económicas. Pero hay otros que andan con un puñal bajo el poncho. Son los que hoy ofrecen colaboración en la esperanza de escapar a las medidas que el Gobierno debe tomar en el plano de la reestructuración económica y que buscan la forma de llevar a la Unidad Popular por la pendiente de la conciliación.

Maniobran en vano. También este tiro les saldrá por la culata.

La «UP» es clave de la victoria

Los grandes combates sólo ahora comienzan.

Vendrán nuevos enfrentamientos de clase. La nacionalización del cobre y la estatización de toda la banca, para citar sólo dos cosas, se transformarán en una seria lucha contra el imperialismo y la oligarquía.

Estos defenderán con dientes y muelas sus bastardos intereses. Tratan y tratarán de sembrar la confusión, la desconfianza, la intriga, la dispersión de las fuerzas populares, la corrupción de partidos y dirigentes. No habrá carta que no pongan en juego. Un cable de Washington informa que el diario «The National Observer» pronostica el asesinato del compañero Allende y, creyendo ocultar la mano de la derecha, sostiene torpemente que será cometido por alguien de la izquierda. La subversión reaccionaria y el golpe de Estado están también en la baraja de los imperialistas y oligarcas, con lo cual pueden obligar al pueblo a algún tipo de enfrentamiento armado. Por lo tanto y en primer término, hay que hacer todo lo posible por ponerles camisa de fuerza.

La Constitución Política, los Códigos, la organización institucional responden ante todo a los intereses de la burguesía. Ello contribuye a que en el Parlamento, en la judicatura y en los medios de comunicación de masas, la burguesía y la oligarquía detenten aún fuertes posiciones políticas. En el Congreso Nacional, la Unidad Popular sólo tiene la primera mayoría relativa, no la mayoría absoluta. Estos son también obstáculos que debemos tener en cuenta.

Esperamos que la Democracia Cristiana no pierda la brújula y dé apoyo a la nacionalización del cobre y a otras medidas que necesitan sanción legislativa y que coinciden con postulados programáticos de ese partido. Y confiamos sobre todo en la movilización del pueblo, de todas las fuerzas patrióticas que son y serán capaces de superar las dificultades.

La última reforma constitucional le confiere al Presidente de la Re-

pública el derecho a convocar un plebiscito para disolver el parlamento en caso de conflicto entre ambos poderes. En un momento determinado habrá que hacer uso de esa facultad y abrir paso a una nueva Constitución y a una nueva institucionalidad, a un Estado Popular.

Frente a la resistencia del enemigo, a los obstáculos que pone y, en general, a las magnas tareas de la realización del Programa, resuenan con fuerza imperativa las palabras que el compañero Allende pronunció el día 5 de noviembre en el Estado Nacional. Dijo en esa oportunidad:

> «Sostuve y reitero que en la unidad de los partidos que integran este movimiento tan nuestro, tan profundamente nacional y patriótico, está la fortaleza granítica para arrasar con las dificultades artificiales que quieran imponernos y avanzar en el camino, sin desmayo, a fin de hacer posible una vida mejor para todos los chilenos.»

El Partido Comunista recoge este llamado y lo hace suyo. Hoy como ayer, la Unidad Popular es la clave de la victoria.

La unidad socialista-comunista es y seguirá siendo la base de nuestra política unitaria. Pero al mismo tiempo nos entregamos y nos entregaremos por entero a la Unidad Popular, a la unidad entre todas las fuerzas antimperialistas y antioligárquicas, entre todos los componentes del Gobierno. Y tratamos y trataremos de atraer nuevas fuerzas al cauce del pueblo para hacerlo cada día más ancho y caudaloso, más fuerte y capaz de sortear los escollos, derrotar al enemigo y realizar el Programa.

Sólida mayoría nacional

Pese a las dificultades, el momento que se vive es plenamente favorable a la acción transformadora y revolucionaria del Gobierno Popular. Este representa hoy a la inmensa mayoría del país. Nacional e internacionalmente tiene una gran autoridad. Vastos sectores populares que ayer no estuvieron con la Unidad Popular cierran hoy filas en torno al nuevo Gobierno. En la lucha contra el imperialismo y la oligarquía, por el cumplimiento del Programa, es perfectamente posible plasmar una nueva correlación de fuerzas, agrupar a una más sólida y fuerte mayoría nacional.

Aprovechar al máximo las condiciones favorables y actuar de consiguiente con energía y prontitud es hoy por hoy una cuestión fundamental. Sólo tomando el toro por las astas, encarando la solución de

los problemas, se logrará consolidar las victorias logradas, avanzar más y hacer irreversible el proceso.

Sería erróneo minimizar las fuerzas del enemigo y sus posibilidades de maniobra. Pero sería tanto o más erróneo subestimar nuestra propia capacidad, la capacidad del pueblo y de su gobierno para vencer las dificultades y llevar adelante la transformación de la sociedad.

Las empresas imperialistas y los diversos grupos de la oligarquía sueñan con ver al Gobierno Popular entreteniéndose con medidas insubstanciales. Pero éste será un sueño y nada más. Somos y seremos capaces de gobenar, de hacer los cambios fundamentales, de cumplir con el Programa de la Unidad Popular.

La importantísima cuestión de las prioridades y del ritmo en la realización del Programa, en la toma de las decisiones principales, debe ser fruto del análisis realista de cada momento. Pero éste es, repetimos, un instante favorable para la acción.

En los pocos días que han transcurrido desde la instalación del Gobierno ha primado –y deberá seguir primando– la acción conjunta, el entendimiento y la solidaridad entre todas las fuerzas de izquierda. Pero también han aparecido algunas actitudes caudillistas, resistencias y tentativas de imposiciones unilaterales que han sido aprovechadas por la reacción.

Papel de los Comités de Base de la Unidad Popular

En un movimiento tan vasto y pluralista como es el de la Unidad Popular, puede darse el caso que uno que otro de sus militantes tengan una opinión particular y divergente respecto de una que otra de sus decisiones. Pero si éstas han sido tomadas por todo el Gobierno, por todos los integrantes de la Unidad Popular no cabe más que compartirlas o acatarlas. Esta disciplina política y social es indispensable para el éxito del Gobierno Popular.

A fin de asegurar la acción conjunta de todos los partidos y movimientos de la Unidad Popular, tanto en el Gobierno como fuera de él, a fin de garantizar la labor creadora y eficiente de este Gobierno, a fin de lograr la más plena identidad que sea posible entre el Gobierno y las masas, se hace necesario, indispensable, la aplicación rigurosa de las normas unitarias que rigen las relaciones entre las fuerzas de izquierda.

El pacto político de Gobierno y de la Unidad Popular, documento anexo al Programa, establece que los partidos y movimientos de izquierda, «más allá de septiembre de 1970, proseguirán unidos con la firme decisión de enfrentar juntos todas las etapas indispensables para

liberar a Chile del imperialismo, la explotación y la miseria». Y añade: «En definitiva, la Unidad Popular ha surgido como una unión política consecuente y estable, que se irá reforzando cada día al participar en común en los múltiples combates del pueblo por la solución de sus problemas y la realización de los cambios revolucionarios.»

En relación con esto resalta, en primer término, la importancia de los comités de base de la Unidad Popular. Catorce mil ochocientos de estos comités se crearon en el curso de la campaña presidencial. Acaso no todos puedan mantenerse en pie. Algunos de ellos sólo fueron comités electorales. Pero los más no surgieron simplemente al calor de la elección y tienen suficiente consistencia y una gran labor que desarrollar. En las industrias, servicios, poblaciones y haciendas hay que asegurar el funcionamiento regular de estos comités. En tales lugares, la magnitud de los problemas y de las tareas que se presentan imponen la necesidad del entendimiento cotidiano entre socialistas, radicales, comunistas y demás fuerzas de izquierda.

Los comités de la Unidad Popular fueron pieza vital de la victoria del 4 de septiembre. Ahora, en las condiciones del Gobierno Popular tienen una responsabilidad muy grande que asumir. Donde quiera que estén deben considerar, con las organizaciones de masas y con las autoridades de Gobierno, las tareas concretas relativas al cumplimiento del Programa en los lugares y niveles correspondientes a cada caso. Por lo tanto son y serán verdaderos organismos motores de la realización del Programa y órganos a través de los cuales se exprese la ingerencia del pueblo en las tareas del Gobierno. Misión propia de los comités de Unidad Popular es también la vigilancia contra las maniobras y planes sediciosos de la reacción y el imperialismo. El cumplimiento de estos deberes tiene que realizarse sin suplantar en absoluto a las organizaciones de masas ni a las autoridades que tienen sus propias responsabilidades.

Acción conjunta es decisiva

El Gobierno se ha constituido sobre la base del pluripartidismo en todos los rangos de la administración estatal. Se ha evitado la parcelación política. En cada Ministerio, en cada repartición pública, en todos los niveles de trabajo, están presentes para actuar en forma coordinada los representantes de todas las fuerzas que contribuyeron a su generación.

Los comunistas le asignamos una importancia capital, decisiva, a esta acción conjunta, a esta labor armónica, que tiende no sólo a evi-

tar roces intestinos sino a aprovechar al máximo todas las capacidades y a garantizarle al país una administración democrática y eficiente.

Desde el primer momento los ministros y funcionarios del nuevo régimen están trabajando de acuerdo con las respectivas organizaciones de los trabajadores del Estado y de los obreros y empleados del sector privado y se han caracterizado también por su continua vinculación con las masas. Esto es fundamental. El Programa de la Unidad Popular establece que: «Las organizaciones sindicales y sociales de los obreros, empleados, campesinos, pobladores, dueñas de casa, estudiantes, profesionales; intelectuales, artesanos, pequeños y medianos empresarios y demás sectores de trabajadores, serán llamadas a intervenir en el rango que les corresponda en las decisiones de los órganos de poder.» Se ha empezado a actuar así.

La entrada del pueblo al Gobierno no sólo a través de los partidos de izquierda, sino, también de los representantes de sus organizaciones sindicales, gremiales y sociales permitirá la más amplia expresión de las urgencias, de las inquietudes y de la sensibilidad de las masas en el seno del aparato estatal, darle una batida a la inercia y al burocratismo, llevar a la administración pública opiniones concretas con vistas a la solución de los problemas y, al mismo tiempo, tomar conocimiento directo de las posibilidades y dificultades reales de gobenar.

En las nuevas condiciones, la Unidad Popular debe ser de arriba a abajo, en todos los niveles, más sólida y operativa. Sin perjuicio de que cada partido mantenga sus propios perfiles y muestre su propia fisonomía se hace necesario que todos en conjunto actúen cada día más cohesionados en el pensamiento y en la acción.

Este es un requisito básico para el éxito del Gobierno Popular.

Camaradas:

La vida ha demostrado la justeza de nuestra política. Teníamos razón al propiciar la unión de todas las fuerzas de izquierda. Estábamos en lo cierto al sostener la posibilidad real de conquistar el Gobierno por una vía no armada. No fue precisamente equivocado el enfoque que hicimos del «Tacnazo»[1] y de los puntos que calzaba su principal protagonista. Nuestro constante combate ideológico contra las posiciones de derecha y de la ultraizquierda fue elemento sustancial en la lucha por la unidad del pueblo.

Nuestra línea política no fue siempre comprendida por algunos sectores. Pero lo cierto es que, de no haberse logrado el entendimiento

[1] Se llama «Tacnazo» al intento de golpe de Estado promovido por el General Roberto Viaux, en octubre de 1969, quien se atrincheró en el Regimiento Tacna de Santiago.

de socialistas y comunistas con radicales y otras fuerzas de izquierda; de no haberse mantenido una actitud firme contra Viaux, y a no mediar nuestro combate ideológico contra los ultras, no habría habido Unidad Popular ni tendríamos hoy un Gobierno Popular.

Si hablamos de esto no es por fanfarronería ni por subestimar el papel que jugaron los demás partidos y hombres de la Unidad Popular. Una vez más expresamos nuestro reconocimiento a la contribución de cada uno de ellos. En definitiva, la victoria es el fruto del esfuerzo de todos. Cada aporte resultó indispensable y decisivo. Hablamos, entonces, del rol de nuestro Partido sólo para subrayar su responsabilidad y la necesidad de fortalecerlo cada día más, y para señalar el deber de los comunistas de seguir sosteniendo con firmeza su probada línea política, que es, ante todo, una línea de amplia y combativa unidad popular.

Actitud poco clara

Queremos decir algunas palabras más acerca de la llamada ultraizquierda.

Reiteramos lo que dijimos en el Pleno anterior, en el informe rendido por el compañero Millas: «Nosotros, que hemos mantenido la lucha ideológica contra las desviaciones oportunistas de derecha e izquierda y por nuestros principios, nos atendremos objetivamente al comportamiento de cada cual y, sin prejuicio, juzgaremos de acuerdo a los hechos.»

Hasta ahora, los hechos indican que el principal grupo de ultraizquierda, el MIR, le hizo daño a la causa popular con sus prédicas en contra de las elecciones, en contra del entendimiento con los radicales y en favor de una lucha armada fuera de foco. También causó daño con los asaltos de bancos y otras exhibiciones que la prensa de derecha magnificó y usó en contra de toda la izquierda. Se debe reconocer, ciertamente, que en las semanas anteriores a la elección, el MIR vio la posibilidad de la victoria electoral y se abstuvo de continuar por ese camino. Con posterioridad al 4 de septiembre su actitud no ha sido clara. Por una parte, dio su aporte al denuncio de los planes terroristas de la ultraderecha y, por otro lado, gente suya hizo nuevas provocaciones. Y, lo que es tanto o más inaceptable, ha tenido la pretensión de administrar la victoria. Es curioso, para decir lo menos. Fracasó en su línea y sin embargo se siente con autoridad para dictar rumbos a toda la Unidad Popular y al Gobierno. La modestia y el sentido de la autocrítica, tan propias de los revolucionarios, no se ven allí.

No tenemos frente al MIR ni frente a nadie una actitud sectaria. Nuestro deseo sincero es que todos los que están por la revolución, cualesquiera sean los errores que hayan cometido, contribuyan al éxito del Gobierno Popular, a la realización del Programa antimperialista y antioligárquico. Pero al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Si bien a nadie se le puede negar el derecho a expresarse, no pueden tener la pretensión de dirigir y orientar quienes precisamente han dado tan contundentes muestras de desatino y desorientación.

Han entrado a colaborar con el Gobierno algunos periodistas y técnicos de izquierda que, sin pertenecer al MIR, se caracterizaron ayer por disparar contra la política de la Unidad Popular. Nosotros no objetamos esta colaboración, pero sí tenemos derecho a exigir que se abandonen las actitudes duales y que todos actúen con una sola cara, sin anticomunismo, en una línea consecuente con la Unidad Popular.

Más claro, echarle agua.

Normas compatibles con la moral comunista

Nuestro Partido ha entrado a formar parte del Gobierno de la Unidad Popular. Ha asumido en él serias responsabilidades. No ha buscado posiciones fáciles. Tres miembros de nuestro Comité Central se han hecho cargo de ministerios difíciles, han ido donde las papas queman. Un buen número de otros dirigentes comunistas están desempeñando otros tantos puestos de confianza del Gobierno.

El Gobierno de la Unidad Popular establecerá sueldos máximos en la administración pública, un sueldo único, sin «pitutos», para todos los Ministros y un uso racional y justificado de los automóviles fiscales. Fuera de estas normas de probidad, comunes a todo el Gobierno, nosotros, como Partido, debemos establecer nuestras propias normas compatibles con los hábitos y la moral de los comunistas. Proponemos que los militantes que ocupan cargos en el Gobierno y que tienen jubilación u otras rentas, renuncien, a beneficio fiscal o de la CUT, de algunos de sus ingresos o de una parte de los mismos; que aquellos que vayan a percibir remuneraciones relativamente altas se sometan al mismo sistema que rige para los parlamentarios del Partido y que, sin perjuicio de estas normas generales, se considere cada caso en particular.

En abril próximo habrá elecciones municipales. Serán las primeras elecciones que se realizarán bajo el Gobierno Popular. Somos de opi-

nión que en ellas, además de los problemas específicamente relacionados con las administraciones comunales, se pongan de relieve las grandes tareas del cambio social.

Estas elecciones deben convertirse en una gran batalla política en favor del Gobierno Popular, en apoyo de las grandes tareas programáticas de la Unidad Popular. La lucha por las nacionalizaciones, por la reforma agraria, por las transformaciones institucionales, debe estar en el centro de nuestra actividad.

Se recibe al país con un presupuesto desfinanciado, con una deuda externa superior a los dos mil millones de dólares, con una inflación del 25 por ciento anual, con cientos de miles de desocupados, con un déficit de 500 mil viviendas, con perentorias necesidades en educación y salubridad, con un marcado atraso agropecuario, con equipos industriales anticuados.

Las tareas son grandes. Los obstáculos no son pequeños. Pero el país tiene reservas espirituales para salir airoso de estas pruebas de la historia. Lo demostró en estos meses en una forma que ha despertado la admiración del mundo. Y posee recursos materiales capaces de ser aprovechados para forjar el bienestar de su pueblo y la prosperidad de la nación.

Nos reunimos en los días del sesquicentenario del nacimiento de Federico Engels, el gran amigo y colaborador de Carlos Marx en la creación de la doctrina del socialismo científico.

Cuando estamos en los albores de una nueva etapa en la historia social de Chile, rendimos homenaje a su memoria. Proclamamos con orgullo revolucionario nuestra condición de marxistas-leninistas y traemos el recuerdo de todos los que, desde Lautaro y O'Higgins hasta Recabarren y Lafertte, dedicaron sus vidas a las luchas por la libertad de Chile y la felicidad de los habitantes de nuestra querida patria.

¡Viva el Gobierno Popular presidido por Salvador Allende!

¡Adelante por el camino de la lucha unificada de las masas para hacer realidad el Programa!

¡Viva la Unidad Popular!

¡Viva el Partido Comunista!

«*El Siglo*», 27 de noviembre de 1970

Entramos a un período de agudos enfrentamientos con el imperialismo yanqui

Discurso pronunciado en el acto de masas realizado por el P.C. en el teatro Caupolicán de Santiago.
21 de agosto de 1971.
(Fragmentos)

Cada vez que hay una situación nueva, difícil y compleja, el Partido Comunista se dirige con toda franqueza al pueblo, le dice lo que pasa y lo llama a emplearse a fondo.

Ahora vivimos uno de estos momentos, un instante que exige contar la firme y jugarse entero en la pelea.

El gobierno de Mr. Nixon, que desde el 4 de septiembre se venía haciendo el zorro rengo y estaba al cateo de la laucha, ha empezado a mostrar sus colmillos de lobo imperialista en lo que respecta a Chile.

Concretamente, ha decidido negarnos la sal y el agua. Dos organismos de asistencia financiera que dependen directamente del gobierno norteamericano, la llamada AID y el Eximbank, han recibido instrucciones para suspender los créditos a nuestro país.

Este último organismo se descuadró completamente. Su presidente, el gringo Herry Kearns, comunicó a nuestro Embajador en Washington que no habría créditos para que la Línea Aérea Nacional comprara tres aviones a la Boeing para cubrir la ruta Santiago – La Habana – Frankfort y Santiago – Pascua – Tahiti. Y le agregó, a sangre de pato, que tal actitud permanecería en pie mientras Chile no asegure la debida indemnización a los monopolios norteamericanos cuyas minas de cobre han sido nacionalizadas.

En los primeros días de noviembre Nixon dijo que los Estados Unidos tendrían con Chile las relaciones que Chile desee mantener con Estados Unidos. Nixon ha faltado a su palabra. Chile ha querido y quiere mantener relaciones con Estados Unidos y con todos los países en pie de igualdad y de respeto mutuo. No somos nosotros, los chilenos, los que abandonamos esta línea de conducta.

El asunto de la indemnización a la Anaconda y la Kennecott es cuestión exclusiva de Chile. Las minas de cobre de la Gran Minería han sido nacionalizadas por voluntad del pueblo chileno y a través de una Reforma Constitucional que ha sido aprobada por todo el Parlamento. En esta reforma, es decir, en la Constitución Chilena, queda establecido el procedimiento a seguir en lo que dice relación con la indemnización. Nixon no tiene por qué meter su trompa.

El procedimiento que se establece en la Reforma Constitucional es bastante flexible y nosotros, comunistas, somos partidarios de aplicarlo con la máxima firmeza, tirando lo más posible la cuerda, de manera que este problema se resuelva en las mejores condiciones para el interés chileno.

Si Mr. Nixon y sus boys del Eximbank han querido tantear el ambiente, sepan que Chile no les aguantará el salto. No renunciará a sus derechos soberanos. Esto es tan cierto que la actitud del Eximbank ha merecido la repulsa de todos los partidos políticos, sin exclusión de ninguno, de la Central Unica de Trabajadores, de las federaciones estudiantiles y de la Sociedad de Fomento Fabril, la organización de los industriales.

Sepan también el señor Nixon y el Eximbank que no nos quedaremos sin aviones. Y sepan, además, que si no les agrada que la LAN extienda sus líneas hasta La Habana, de todas maneras LAN llegará a La Habana.

Esta no es fanfarronería. Es una obligación de los chilenos salir adelante con propósitos que son de su exclusiva incumbencia.

Los gobiernos latinoamericanos, a través de CECLA, la Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana, que se reunió en Viña del Mar en mayo de 1969, aprobaron por unanimidad la idea de que «es indispensable que la cooperación financiera externa no esté sujeta a condiciones que limiten la capacidad nacional para adoptar decisiones en el campo de las políticas básicas del país receptor». El gobierno imperialista de Nixon se sienta en esta resolución latinoamericana.

Ya con anterioridad a la negativa del Eximbank, Estados Unidos había bloqueado un crédito a Bolivia y otro a Guyana por considerar que estos países no han indemnizado a pedir de boca las empresas norteamericanas que nacionalizaron. Se trata de una política imperialista que no sólo se quiere aplicar contra Chile sino contra todo el continente y, particularmente, contra aquellos países que en una u otra forma emprendan el camino de su independencia. Por esto, el diario El Tiempo de Bogotá, el representante del Perú en las Naciones Unidas y otros voceros de América Latina han criticado duramente la actitud de Estados Unidos respecto de Chile.

Fregado como está en Vietnam, Laos, Camboya y carcomido por dentro por una tremenda crisis económica, Estados Unidos no está en condiciones de aplicar la política del garrote y de los desembarcos de marines, pero la reemplaza por todo un sistema de restricción económica.

Funcionarios del Departamento de Estado han sostenido que la deci-

sión del Eximbank de retener los créditos a Chile «estuvo basada totalmente en factores económicos y no políticos». También han querido hacer creer que esa decisión se debe al hecho de que Chile haría discriminación en su política de nacionalización en contra de los intereses norteamericanos. ¡Estos gringos creen que nos han visto las canillas!

La cosa es clarita y ya dijimos al comienzo que íbamos a hablar con toda franqueza. La actitud del Eximbank marca el comienzo de una nueva etapa en las relaciones con Estados Unidos, que se caracteriza por el hecho de que el gobierno de Nixon quiere, metiéndose en lo que no debe, que le paguemos hasta las ganas a la Anaconda y a la Kennecott y se propone, a partir de esto, poner a Chile de rodillas, provocar la caída del Gobierno que preside el compañero Salvador Allende y sustituirlo por uno de yanaconas. Entramos, pues, a un período de agudos enfrentamientos con el imperialismo yanqui.

No somos los chilenos los que andamos arrastrando el poncho. Sólo hemos deseado y deseamos que nos dejen en paz para llevar adelante nuestro proceso revolucionario. Pero no seremos nosotros los que vayamos a ponernos de rodillas ante las provocaciones o agresiones del imperialismo norteamericano. Así entonces, lo primero, es que tenemos que poner el cuero duro y enfrentar estas presiones imperialistas con toda la fuerza de nuestro patriotismo. Todo Chile de pie contra el imperialismo y junto a su gobierno. Tal es el principal deber revolucionario y patriótico que tenemos.

Queridos camaradas: hombres, mujeres y jóvenes; en forma especial nos dirigimos a ustedes, queridas compañeras, militantes y amigas del Partido, a ustedes se dirige por mi intermedio el Comité Central del Partido.

No está exclusivamente en las manos del Partido Comunista resolver los problemas, pero sí está en nosotros dar el primer paso donde no se ha dado, tomar la iniciativa donde no se ha tomado, en la seguridad de que todo el mundo seguirá este camino de acción y de lucha. Si este camino es justo, como estamos seguros que lo es y nosotros, comunistas, le metemos fierro, el pueblo entero marchará por esta senda.

No es cuestión de opinar, sino de actuar. En vez de lamentaciones, acciones.

En este minuto es fundamental, es decisivo el combate por el abastecimiento y por los precios, porque el enemigo quiere minar al Gobierno del pueblo. Cada cual a su frente de combate.

Junto a la clase obrera, la juventud muestra una maravillosa disposición a dar su cuota de esfuerzo a las tareas de la producción. Hace pocos días, cuando se produjeron en Chuquicamata los hechos de que

ya hablé (un paro de los supervisores, de los ingenieros y técnicos), los 22 alumnos del último curso de ingenieros de minas de la Universidad de Chile partieron para allá a ponerle el hombro al trabajo. Pero hay más. Ayer se dio la partida al cobre y al salitre de 400 alumnos de la Universidad Técnica del Estado y de otros 100 estudiantes de esta misma Universidad que trabajarán en las empresas estatizadas de Santiago, sacrificando todos ellos sus vacaciones de invierno. Además, los 60 alumnos del último curso de Ingenieros industriales de la Universidad Técnica del Estado están a punto de partir a Chuquicamatada y a El Teniente y dispuestos a trabajar allí por el tiempo que sea necesario, aún cuando esto signifique postergar su egreso de la Universidad. Tales decisiones fueron tomadas luego de ser discutidas ampliamente en los centros de alumnos en conjunto con los profesores.

Estas son las cosas nuevas que ocurren en nuestro país y que nosotros, comunistas, saludamos con profunda emoción revolucionaria.

Y bien, la nueva actitud hacia el trabajo que genera el cambio en la situación debe ser aprovechada para cumplir al máximo las tareas de la producción.

En relación a esto queremos plantear algunas cosas más.

En no pocas empresas estatizadas y en la generalidad de los servicios públicos, hay situaciones que conspiran contra un cambio completo en relación al trabajo, en relación a la actitud de los trabajadores, en relación a su esfuerzo en favor de una mayor producción. Permanecen en pie ciertos métodos propios del pasado, métodos de orden y mando, métodos apatronados de dirección y administración de las empresas. Esto no puede ser del agrado de los trabajadores y, por otra parte, favorece la campaña de la reacción contra el Gobierno, contra la política de estatización, campaña que se empeña en sostener que el único cambio que se produce en esas empresas es el cambio de un patrón por otro. Abiertamente, llamamos a los trabajadores, empleados y técnicos a corregir rápidamente estas deficiencias y esperamos que los ejecutivos de las empresas y dirigentes políticos responsables de la Unidad Popular que en ellas existan hagan también sus esfuerzos en esta dirección.

De otro lado, hay que decir que gracias a la política del Gobierno actual y a lo que el país había logrado a través de muchos años, entre el 60 y el 70 por ciento de toda la producción minera e industrial se halla en manos del Estado, considerando por cierto la nacionalización del cobre que es lo fundamental. Esto es muy importante. Esto constituye una gran base material para colocar la economía al servicio del país y seguir avanzando en el desarrollo económico-social. Pero el

socialismo, que es a donde queremos llegar, no se alcanza con la simple transferencia de la propiedad sobre los medios de producción de manos privadas a manos del Estado. Para abrir camino al socialismo se requiere, además, que los trabajadores estén en el poder, no sólo en el Gobierno, sino en la dirección de todo el esfuerzo creador de una nueva economía.

Esta es una cuestión vital, incluso para decidir el problema de la suerte de nuestra revolución. El proceso revolucionario chileno será irreversible en la misma medida en que los trabajadores tengan este poder. Queremos decir que en este terreno se han dado pasos significativos. Pero en general existe un retraso muy grande que hay que superar con rapidez. Es inadmisible que haya empresas estatales o estatizadas hace algunos meses, donde no hay Consejos de Administración con la participación de los trabajadores. Llamamos a todos los trabajadores, obreros, empleados y técnicos de estas empresas, a superar rápidamente este grave retraso en el cumplimiento del Programa de la Unidad Popular.

Estamos porque se amplíe el área de la propiedad social en los términos que se establecen en el Programa. Pero la estatización sin la participación de los trabajadores en la administración de las empresas no tiene suficiente solidez.

En el campo se ha logrado una importante ampliación del área reformada. Cerca de 1.200 fundos han sido expropiados desde fines de diciembre hasta hoy. Aquí la tarea principal de este momento es asegurar la organización de los asentamientos y del trabajo productivo en los fundos expropiados tanto en el Gobierno actual como en el anterior. Los trabajadores organizados de la ciudad pueden y deben prestar una gran colaboración a sus hermanos del campo. Ejemplos tales como el que ha dado el Sindicato Scanavini, que aprovechando sus vacaciones repararon las maquinarias agrícolas de los asentamientos del sector de Las Cabras, en la Provincia de O'Higgins; o los trabajadores de Textil Progreso, que ayudan a los campesinos de Mallarauco; o un grupo de estudiantes secundarios que en sus vacaciones de invierno fueron a ayudar a la siembra del trigo de los campesinos de Melipilla, se deben multiplicar por doquier.

En resumen, la situación actual impone más que nunca una actitud de combate, de acción, de movilización de las masas en todos los frentes para desbaratar los planes del imperialismo norteamericano contra Chile puestos de relieve en la negativa del Eximbank, para pararle el carro a la reacción, para avanzar lo más rápidamente posible hacia la Cámara Unica y otros cambios institucionales, para consolidar, ensanchar y profundizar nuestra revolución.

En ningún tiempo y en ninguna parte de la Tierra la transformación de la sociedad ha sido o ha podido ser la obra de unos pocos, sino el fruto del esfuerzo, del trabajo y la lucha de millones y millones de seres humanos. Desplegar en una sola dirección las energías renovadoras del pueblo: he ahí la cuestión central.

Para seguir adelante en esta gran empresa de renovación social se requiere fortalecer más y más las filas de la clase obrera y del pueblo, la unidad obrera y popular.

El Partido y las Juventudes Comunistas enfrentarán los próximos combates, con toda su capacidad y la máxima energía. Nuestros militantes, entre adultos y jóvenes, pasan de 160 mil. Constituimos una gran fuerza no sólo por el número sino además por nuestra unidad de pensamiento y acción, por la disciplina y los sólidos vínculos que nos unen a la clase obrera y al pueblo, de cuyas entrañas salimos y somos parte.

Queridas compañeras y compañeros:

Esta tarde se ha reunido el Comité Central de nuestro Partido para elegir Subsecretario General, en reemplazo del camarada Oscar Astudillo. Por unanimidad hemos elegido a un cuadro obrero que es de primera calidad. Se trata de un compañero que ya tiene 30 años en el Partido, que fue obrero del cobre en la Mina La Despreciada de Tocopilla, Secretario Regional del Partido de Antofagasta cuando el compañero José González lo era en la provincia de Tarapacá. Se trata de un dirigente obrero que ocupa uno de los más altos cargos en el Consejo Directivo Nacional de la CUT y que es miembro de nuestro Comité Central desde 1945.

El nuevo Subsecretario General del Partido es el compañero Víctor Díaz.

«El Siglo», 22 de agosto de 1971

El abastecimiento, campo de la lucha de clases

Discurso pronunciado en el activo del Partido de dirigentes sindicales, comunitarios, juntas de vecinos, centros de madres y otros, realizado en el Estadio Chile. 19 de octubre de 1971.
Tomado de la cinta magnetofónica.
(Texto abreviado)

Sin mayores rodeos, yo quiero entrar derechamente al tema, al objetivo de esta reunión, cual es el de conversar con ustedes, francamente,

acerca de los problemas del abastecimiento, si ustedes quieren, de los problemas del desabastecimiento, que con razón preocupa a nuestro pueblo, que preocupa extraordinariamente a nuestro Partido, al Gobierno y especialmente al Presidente de la República, compañero Salvador Allende.

Este problema tiene una doble importancia. Porque se trata del alimento del pueblo, de atender lo que para nosotros es fundamental, las necesidades de la población. Y se trata además, de un problema en torno al cual el enemigo realiza, como ustedes saben, una campaña infame contra el Gobierno de la Unidad Popular.

Tomemos en primer lugar el problema de la carne. Aquí están, desde luego, las mayores dificultades.

La escasez de carne responde a causas muy concretas. En primer lugar, hay que dejar claramente establecido que desde hace 35 años, la masa ganadera del país permanece estacionaria, en tanto ha crecido la población en el mismo período.

Y esto es de responsabilidad de la oligarquía, particularmente de la oligarquía vacuna, y de los gobiernos precedentes que no han tomado medidas de fondo para la solución de este capital problema. De allá viene todo esto. Y es por eso que las vedas de carne no fueron establecidas ahora, fueron establecidas en los gobiernos pasados, principalmente bajo el Gobierno demócratacristiano.

En segundo lugar, en tanto triunfó el pueblo el 4 de septiembre, los latifundistas cometieron tres delitos imperdonables. Se llevaron para Argentina doscientas mil cabezas de ganado, realizaron una matanza indiscriminada de hembras y enviaron al matadero novillos con un año de anticipación, antes que alcanzaran el peso necesario para ser beneficiados.

Hay otras causas. El verano pasado fue muy lluvioso. Y en el sur de Chile, no se pudo henificar el pasto en cantidades necesarias. El ganado de engorda encerrado descendió en un 75 por ciento. Además, el Gobierno de la UP dictó el decreto 133, prohibiendo la matanza de hembras. Era necesario dictar este decreto. Era absolutamente indispensable. Pero esa prohibición significa una disminución del orden del 11 por ciento del ganado que llegaba para el consumo de Santiago y Valparaíso.

De otra parte, ha aumentado la capacidad de consumo de la población, gracias a la redistribución de los ingresos, gracias al aumento real en las remuneraciones que ha realizado el Gobierno de la Unidad Popular. El consumo de ganado nacional aumentó en el primer semestre de este año, en un 20 por ciento en relación al primer semestre del año pasado. Por estas dos últimas causas que han contribuido

a agravar la situación de abastecimiento de carne, es decir, por el decreto que prohibe la matanza de hembras y por el aumento en la demanda, por el mayor poder adquisitivo de la población, asumimos por cierto nosotros la responsabilidad. Pero no por lo que han hecho los adversarios, no por lo que ha hecho tradicionalmente la oligarquía, y no por lo que dejaron de hacer los gobiernos anteriores.

Las medidas del Gobierno

¿Cómo se encara este problema de la carne? El Gobierno ha metido mano a través de SOCOAGRO y ECA (Sociedad de Comercialización Agropecuaria y Empresa de Comercio Agrícola). SOCOAGRO controla el cien por ciento de la matanza y de la comercialización en Santiago y Valparaíso y entre el 70 y el 100 por ciento de la matanza y comercialización en Concepción, Valdivia y Temuco. Esto ha sido muy importante, porque se ha arrancado la matanza y la comercialización de manos de determinados industriales, que de haber continuado con este negocio hubieran realizado especulaciones mucho mayores.

SOCOAGRO ha abierto poder comprador, y esto también golpea la especulación. Ha engordado 12 mil novillos a medias con los campesinos, y esto significa eliminar intermediarios, medieros, engorderos.

ECA está importando grandes cantidades de carne de Argentina y otros países. En el primer semestre esta importación fue baja. Fue un 18 por ciento menor que la importación de carne que se realizó en el primer semestre del año pasado. Y esto debido a que inmediatamente después del 4 de septiembre, como explicaba hace un instante, los ganaderos, víctimas de la campaña del miedo desatada por la oligarquía, por su propia clase, no sólo sacaron ganado para Argentina, sino mandaron en cantidades fabulosas ganado a las ferias y los mataderos para convertirlos en dinero.

Pero en este segundo semestre, las importaciones de carne son, compañeros, una locura. Ha debido meses en que se ha importado más de 5 mil toneladas. Ahora se hacen gestiones para comprar ganado en pie en Argentina.

Se necesita importar unos 60 mil novillos, 30 mil de 300 kilos aproximadamente y 30 mil de 400 kilos o menos, para aprovechar los pastos de esta temporada y engordarlos para que el pasto se convierta en más carne en esos novillos y poder atender las necesidades en unos 6 u 8 meses en el invierno próximo.

En los próximos meses se incrementará la compra de carne congelada, que es más barata y más fácil de manejar comercialmente. SO-

COAGRO se empeña en llegar a convenios de compra con los productores nacionales para asegurar el abastecimiento del resto del año y del año próximo.

El pescado

En los primeros siete meses de este año, llegaron a Santiago 23 mil 396 toneladas de pescado y marisco, contra 22 mil 957 en igual período del año pasado. Es decir, se ha dispuesto de 439 toneladas más, lo cual indudablemente es muy poco. En los últimos meses están llegando a Santiago entre 40 y 50 mil kg. diarios de pescada para el consumo de la capital. Esto es insuficiente, pero se toman medidas.

La Pesquera Arauco cuenta con seis barcos para la pesca en alta mar, pero sólo están trabajando tres. En estos momentos se están reparando en el país dos barcos más que entrarán en funciones en los próximos 60 días, lo que permitirá un aumento adicional de 14 mil kilos diarios para el consumo de Santiago.

Barcos cubanos y de la URSS

El barco «Arroyo de Mualtua», enviado por los cubanos para trabajos de investigación, se está dedicando, transitoriamente también a la pesca de merluza, para asegurar el abastecimiento de la capital. Se activan los trámites para traer de España un barco comprado allí, que podría empezar a pescar también antes de fin de año. Y ese barco debe producir unos 8 mil kilos más, adicionales, para el consumo de Santiago.

El 8 de octubre partió de La Habana un segundo buque cubano que está por llegar a Iquique, y que se dedicará a la pesca de bonito y de jurel para la planta conservera de Tarapacá.

Se gestiona otra embarcación cubana para la pesca de merluza y dos o tres embarcaciones soviéticas para el mismo efecto. Se gestiona además el arriendo en España u otro país de algún otro barco. Barcos arrendados, porque comprar barcos nuevos significa esperar dos o tres años.

La pesquera Tarapacá está habilitando además un barco, que destinará a la pesca de anchovetas para conservas tipo sardinas.

Se ha empezado además, a colocar en el mercado de Santiago, una merluza sin cabeza y sin cola, congelada, que produce la pesquera Harling, que estaba dedicada a la exportación. Estos son como 3.250 kilos más.

Se ha resuelto también, crear poderes compradores regionales, para la pesca de alta mar y para la pesca artesanal. Porque ocurre, por ejemplo en Valparaíso, según me informaban los compañeros el domingo pasado, con los cuales yo estuve reunido, que hay días en que los propios pescadores artesanales, los que pescan en bote, traen una cantidad de pescado superior a la demanda en el puerto. No ocurre todos los días, pero ocurre de vez en cuando. No hallan qué hacer con el pescado. Tienen que empezar a llamar por teléfono a los hospitales y a los asilos de ancianos para que vengan a buscar pescado. Allí se necesita abrir un poder comprador, y hay infraestructura, hay capacidad industrial instalada, incluso para colocar en frigoríficos ese pescado.

Se impulsa el convenio pesquero chileno-soviético. Es decir, en este terreno se están tomando medidas muy efectivas.

Producción industrial

La producción industrial aumentó hasta septiembre de este año, en un 7,8 por ciento en relación al mismo período del año pasado. Y se calcula que el aumento de la producción a fines de año va a ser del orden del 8 al 10 por ciento, lo que será un gran éxito del Gobierno de la Unidad Popular, porque la producción estaba prácticamente estancada.

A pesar de esto, hay cierta escasez o síntomas de escasez de productos de la industria. ¿Por qué? En primer lugar por el aumento del poder adquisitivo, pero también por otras razones. Los industriales y comerciantes, si no todos la inmensa mayoría, estaban acostumbrados a formar stocks de mercaderías. Sonaban las campanas de Año Nuevo y tenían en sus bodegas grandes cantidades de mercaderías acumuladas, para ser vendidas a partir de los primeros días de enero del año siguiente, con los nuevos precios, en virtud de la política de alzas tradicional de precios que venían siguiendo los gobiernos reaccionarios. Triunfó la Unidad Popular el 4 de septiembre, y ustedes saben que hubo un verdadero sabotaje de la actividad económica de este país.

La campaña del terror hizo su efecto, no sólo en el terreno político, sino también en el terreno de la economía. Le causó graves daños al país. Fue una campaña verdaderamente antipatriótica.

Bajó la actividad económica a fines del año pasado. Los stocks desaparecieron, la mercadería acumulada salió. Esto también ha afectado al abastecimiento de determinados productos o tiende a afectar

en los últimos meses. Falta hilo; hay cierta escasez de hilo. La industria textil está trabajando a plena capacidad, pero no toda.

Tenemos el caso de la textil Andina, que producía 60 mil kilos mensuales. Su dueño huyó del país y está produciendo menos de la mitad. Se le ha exigido contingentes de producción en diversas oportunidades y los representantes o los socios del dueño principal que huyó del país no responden a estos requerimientos y estas exigencias.

Como ustedes recordarán, el Ministro de Economía, compañero Pedro Vuskovic, declaró hace unos dos meses atrás que el Gobierno consideraba terminado el proceso de estatización de industrias en la rama textil, a menos que se produjeran situaciones tales que obligaran al Gobierno a tomar medidas. No hemos tenido la intención de seguir en el área textil con la política de estatizaciones porque nos parecía que las 19 grandes empresas textiles estatizadas constituían el núcleo fundamental que había que traspasar a poder del Estado. Pero naturalmente no podemos permitir que una industria tal como ésta, la textil Andina, pudiendo producir 60 mil kilos de hilados al mes, produzca apenas 30 mil o 35 mil a lo sumo en estos momentos. Nosotros, comunistas, estamos de acuerdo de que se tomen medidas con esta industria.

Hay ciertos problemas con la crea. A mí me habían dicho que había bajado la producción de crea en Yarur, pero esta mañana un compañero me dio otros datos en el sentido que no hay baja en la producción de crea. Yarur produjo entre agosto y septiembre 441 mil metros, Hirmas 311 mil y las dos plantas de Caupolicán-Chiguayante 240 mil en el mes de agosto. Es decir no habría baja en la producción. Pero hay mayor demanda y hay otras cosas más, que hacen determinados dueños de tiendas. Llega una señora, un cliente: «necesito seis metros de crea. Muy bien señora, pero compre otros seis metros porque no va a haber crea».

Y ese no es un hecho aislado. Esto se repite en relación a otros productos, es una campaña organizada, como la campaña que organizaron los reaccionarios en el gremio de los taxistas, campaña que felizmente ha desaparecido o está muy atenuada en estos momentos. Hace dos meses alguien se subía a un taxi y al oído le soplaba: «esto señora no da para más, el Gobierno no puede durar muchos días más». Ahora, en determinadas tiendas está organizado esto mismo; se va a comprar algo: «señora, compre más porque va a desaparecer este artículo del mercado».

Hay que buscar una salida, hay que darle una salida a esta situación. En primer lugar tenemos que producir más. Tenemos que aumentar la productividad, porque hay industrias, como las textiles estatiza-

das que prácticamente están trabajando a todo vapor. Allí, no obstante, puede aumentarse más la producción a través del mejoramiento de los sistemas de trabajo, de una mayor eficiencia en el trabajo, a través del aumento de la productividad, del rendimiento por hombre, mediante diversas medidas que deben estudiar los propios trabajadores de las industrias. Esta es una obligación de los trabajadores textiles, de los trabajadores chilenos, especialmente de los trabajadores de las empresas estatizadas, y los comunistas expresamos nuestra confianza de que nuestra clase obrera sabrá comprender la importancia revolucionaria del aumento de la producción.

Participación popular

Es fundamental la participación del pueblo, la participación popular, no sólo en las grandes tareas de la producción, sino en las tareas relativas a la solución de los problemas del abastecimiento. En relación con esto tenemos que decir algunas palabras sobre las Juntas de Abastecimiento. Se han creado algunas decenas de Juntas de Abastecimiento, todavía su número es insuficiente, y nosotros tenemos que crear muchísimas más.

En la Población Juan Antonio Ríos donde viven 20 mil personas, la Junta de Abastecimiento llevó la semana pasada 5 mil kilos de pollos y 15 cerdos para el consumo de la población. Detectó el problema, vio que había falta de pollos, se acercó a DIRINCO, SOCOAGRO, ECA, a los organismos correspondientes, y de acuerdo con los comerciantes resolvió este problema.

De este modo se evita la pequeña especulación y el posible negocio o negociado que hacen ciertos distribuidores o ciertos intermediarios de la carne en estos barrios.

Las Juntas de Abastecimiento se pueden crear en todas partes, sin decretos, espontáneamente, libremente. Deben preocuparse de los problemas del abastecimiento. Si hay escasez de carne de vacuno, de pollo, de pescado, se pueden tomar iniciativas. Ponerse en contacto con ECA o con SOCOAGRO o con DIRINCO (dirección de industria y comercio). DIRINCO puede abrir oficinas, como ya ha abierto en algunas comunas. Puede funcionar en el local de un sindicato, en cualquier local cuyos socios y dirigentes estén de acuerdo en ofrecerlos para que el funcionario de DIRINCO atienda por lo menos dos horas en la mañana o en la tarde, los problemas relativos al abastecimiento.

Y en conjunto entonces, se puede resolver muchas cosas.

Llamado a periodistas de izquierda

Es necesario compañeros y compañeras, que recabemos desde esta tribuna, para estas batallas, para la batalla del abastecimiento, para la batalla de la producción, el apoyo de los periodistas de izquierda, de la prensa popular, de la radio que colabora con el Gobierno de la UP y de los canales de televisión.

Yo tengo que decir que a mi me parece que en esa reunión de las 7 Juntas de Abastecimiento que se realizó el jueves en la Población Colón-América, y a la cual asistió el Ministro de Economía, debió estar la TV Nacional.

Porque eso es lo que hay que sacar en la TV. Porque esos son los ejemplos que hay que propagar. Hace poco celebramos una Conferencia Nacional de nuestro Partido. Por la tribuna de nuestra Conferencia pasaron muchos compañeros, compañeros que están donde las papas queman, que están en la Batalla de la Producción, dirigentes sindicales, interventores de industrias, militantes de nuestro Partido, pasaron por nuestra tribuna y dieron datos maravillosos, acerca de las cosas que se están haciendo en las industrias estatizadas, de los progresos alcanzados en la Batalla de la Producción, de iniciativas de los trabajadores, de trabajos voluntarios, y eso es lo que se puede publicitar.

A mi me parece que la temática, por así decirlo, de nuestra prensa, incluso del diario de nuestro Partido, la temática del Canal de TV Nacional, la temática del Canal 9, de los diarios de izquierda, de los diarios que colaboran con el Gobierno, de las radios que están en esta misma actitud, debiera cambiar.

Yo creo que no interesan que vayan tanto a la TV y a los foros de radio, o que figuren en las páginas de la prensa, los politicastros de este país, el señor García Garzena o el señor Rafael Moreno. Incluso nosotros mismos. Lo que interesa y lo que hace falta, es que pase el pueblo por los órganos de publicidad. Lo que hace falta es que se destaque la Batalla de la Producción, los esfuerzos que se hacen por resolver los problemas del abastecimiento, las cosas nuevas y creadoras.

El principal protagonista son los trabajadores, es la clase obrera, es el pueblo, y bajo el Gobierno Popular, los medios de comunicación de masas tienen que estimular los esfuerzos que realizan los trabajadores, y las masas populares por salir adelante.

Hacemos pues un llamado fraternal, franco y respetuoso a todos los periodistas, por cambiar en este sentido y por contribuir de esta manera al éxito del Gobierno de la Unidad Popular.

«El Siglo», 24 de octubre de 1971

Sobre la marcha de las cacerolas

Discurso trasmitido por cadena nacional de radioemisoras.
3 de diciembre de 1971.
(Fragmentos)

El mismo día en que voceros de Washington anunciaron que el Gobierno del Presidente Allende tendría sus horas contadas, aquí, en Santiago, se organizó una asonada de tipo fascista. La llamada marcha de las ollas vacías no tenía «na que ver» con el desabastecimiento.

En primer lugar, las mujeres del barrio alto, que vinieron hacia el centro de la ciudad, en la mayoría de los casos en lujosos automóviles, no han tenido jamás ni tienen hoy ningún problema alimentario.

A lo largo de muchos años, la burguesía organizó la mejor red de comercialización de productos precisamente allí donde ellas viven. Emporios, supermercados, de todo hay en Providencia, Las Condes y Vitacura. Ningún hogar de la burguesía carece de refrigeradores. Y la mayoría de las mujeres que acudieron a tal marcha, además de tener los pulmones vírgenes porque nunca le han trabajado un día a nadie, no tienen idea de lo que es cocinar y lavar ollas. En segundo lugar, queda demostrado que el desabastecimiento servía sólo de pretexto por el hecho de que una vez en el centro, las protagonistas sólo se dedicaron a lanzar consignas contra el Gobierno e insultos y groserías contra Fidel Castro y el Presidente de la República.

Más aún, el carácter fascista de la asonada del miércoles quedó más en evidencia con la aparición y la acción de guardias blancas, de algunos centenares de individuos con cascos, garrotes y cadenas, que al estilo de los «tontonmacoutes» de Duvalier, se lanzaron por el camino de las provocaciones, tratando de sembrar el terror en Santiago, pretendiendo promover un nuevo dos de abril o un bogotazo.

Llamamos la atención sobre el hecho de que todo esto se generó como si fuera espontáneo. Durante días y días nadie apareció patrocinando la llamada marcha de las ollas vacías. No se necesita ser muy avispado para comprender que el estilo de la manifestación del miércoles tiene gran similitud con los movimientos fascistas que se pusieron en marcha en Brasil contra Goulart y en Bolivia contra Torres, movidos por la CIA. El hecho de que un grupo de empingorotadas manifestantes se hayan dirigido a Tomás Moro, a la residencia del Presidente de la República, marca claramente la dirección del golpe proyectado.

No hay donde perderse. La Anaconda y la Kennecot quieren recuperar Chuquicamata, El Salvador y El Teniente, los Yarur, Sumar y otros

explotadores quieren volver a esclavizar a los trabajadores de sus antiguos imperios industriales. Los terratenientes afectados por la Reforma Agraria sueñan con arrebatar la tierra a los campesinos. Los banqueros anhelan reconquistar sus privilegios. Aquí está la madre del cordero.

Pero el tiro les saldrá por la culata.

Se equivocan medio a medio si creen que debilidades transitorias del movimiento popular indican que hay terreno blando para la consumación de sus planes.

El pueblo comprende que hay dificultades, y en primer término dificultades de abastecimiento, sobre todo en productos cárneos. Pero sabe que ésta es ante todo la herencia del pasado.

Hay también deficiencias que son de responsabilidad nuestra, y una de ellas está en las debilidades con que hemos enfrentado la resistencia del enemigo. Pero los acontecimientos de estos días constituyen una lección que todos hemos aprendido. Estoy seguro que el conjunto de los partidos de la Unidad Popular y el Gobierno que encabeza el compañero Salvador Allende, vamos a encarar con mayor energía y decisión el cumplimiento de las tareas de la revolución chilena.

En las masas populares prevalece el ánimo de pelea. Y este ánimo de combate se expresará como corresponde, golpeando fuerte a aquellos que hay que golpear: los imperialistas, los oligarcas y los grandes especuladores.

La clase obrera y el pueblo de Chile están dispuestos a no permitir que vuelvan a salir bandas fascistas a la calle. No permitiremos otra asonada como la del miércoles. Estas no son simples palabras. Esta es la voluntad de millones de hombres y mujeres del pueblo, voluntad que compartimos plenamente los ciento cincuenta mil militantes de nuestro Partido y el medio centenar de miles de aguerridos jóvenes comunistas.

Cada destacamento popular está resuelto a cumplir con su deber. En lo que respecta a nosotros, comunistas, podemos decirle al país que hoy, como en otro momentos de prueba de la historia de Chile, nos comportaremos precisamente como comunistas, fieles a la causa de nuestro pueblo, fieles a la tradición revolucionaria de Recabarren y Lafertte.

En los próximos días realizaremos numerosas concentraciones a lo largo y ancho de nuestro territorio para que todo el pueblo se ponga en pie de combate, dispuesto a cualquier sacrificio por la causa de Chile.

«*El Siglo*», 4 de diciembre de 1971

Los trabajadores deben tener plena participación en la administración de las empresas

Intervención de Resumen en el Pleno del Comité Central del Partido. 18 de marzo de 1972.
(Texto abreviado)

Una información cablegráfica proveniente de Washington anuncia el propósito de Estados Unidos de hacer fracasar la tercera reunión del Club de París, donde con nuestros acreedores se va a considerar la renegociación de la deuda externa chilena. El hecho confirma el diagnóstico del Informe rendido por el compañero Millas, en el sentido de que determinados círculos imperialistas acentúan la aplicación de un plan dirigido contra el Gobierno Popular y la independencia de nuestra patria.

Por su lado, respaldada por el imperialismo, la reacción interna se orienta al derrocamiento del Gobierno. Está claro que no todos los opositores están guiados por este afán. Muchos de ellos aspiran a la reconquista del gobierno a través de los canales democráticos. Pero la verdad de las cosas es que el estado mayor de la oposición, los que actúan en la sombra, los que dan la pauta, se empeñan en crear una situación insostenible que conduzca a la ruptura del orden constitucional y amenazan al país con múltiples dolores y quebrantos.

Lo primero que queremos dejar en claro es que este Pleno reafirma la posición del Partido, que corresponde al interés y al espíritu del pueblo, en orden a no permitir por ningún motivo que las clases reaccionarias salgan con la suya.

Las principales tareas del Gobierno son: profundizar y extender el proceso revolucionario, lograr la rentabilidad de las empresas del área social, aumentar la producción y la productividad, avanzar rápidamente en el terreno de la planificación económica, evitar el desborde de la inflación, asegurar el abastecimiento de la población, obtener una alta y consciente disciplina laboral, atacar el burocratismo, dar paso a una política de la más severa honestidad y austeridad en la administración del Estado y de la economía y crear mejores condiciones para abordar cuanto antes los cambios democráticos de orden institucional.

Lo más importante de este Pleno radica en el hecho de que estas tareas de Gobierno las plantea ante todo como tareas de las masas. Y de ahí por qué hemos dicho que lo principal radica en hacer mucho más efectiva y amplia la incorporación del pueblo en toda la obra de

la transformación social; la participación de los trabajadores en la administración de las empresas, en la batalla de la producción, en el mejoramiento de los servicios y la incorporación de la población consumidora al combate por el abastecimiento y contra la especulación.

Abrir todas las compuertas

Y entonces, compañeros, la orientación principal de este Pleno consiste en colocar a todo el Partido, de arriba abajo, en la lucha por el cumplimiento de las tareas concretas de la revolución chilena y en trabajar, junto a los demás partidos de la Unidad Popular, a fin de que toda la clase obrera, todos los trabajadores, todo el pueblo se incorporen activamente a esta lucha.

Las formas de esta incorporación son realmente múltiples. Se trata de crear los Consejos de Administración y demás organismos de participación contemplados en el Convenio Gobierno-CUT. Y como se dijo en el Pleno, no es mil por mil obligatorio apegarse a cada letra de ese Convenio. Si las modalidades de una empresa determinada o incluso las dificultades políticas que en tal o cual empresa puedan surgir obligan a una ligera modificación, hay que obrar en consecuencia. Lo importante es que salgan los organismos de participación que ya se han convenido. Pero, además, como también ha quedado claro en el Pleno, se trata de crear todos los organismos de participación que sean necesarios, que sean estrictamente necesarios, para atender los más variados problemas relacionados con la cultura, el deporte, las salas cunas y otras que no competen tanto a los Consejos de Administración o a los Comités de Producción. Se trata de considerar a los sindicatos y a sus dirigentes como la principal organización llamada a tener una destacada participación y no cometer el error que se había cometido en Chuquicamata donde el sectarismo había conducido a negarle a los sindicatos incluso la cabida en la radio y en el periódico de la empresa. Se trata de abrir todas las compuertas, de crear todos los canales de la participación de los trabajadores, de modo que estos conozcan todo el rodaje de la empresa, de modo que vibren con sus problemas, con sus tareas, de modo que sientan que realmente la situación ha cambiado y que ahora no sólo están trabajando para ganar el pan de cada día, sino también para contribuir al progreso general del país, sin que el fruto de su esfuerzo sirva para enriquecer a unos pocos. Se trata, en fin, de un nuevo estilo de administración, de abrir paso a nuevas relaciones de producción, de crear la nueva disciplina laboral, de lograr que los ejecutivos se comporten como trabajadores, convivan con el resto de los trabajadores, planifiquen con ellos las tareas, par-

ticipen en el trabajo voluntario y juntos encaren la solución de los problemas, antes que en las oficinas, en los mismos sitios de trabajo.

Es un hecho que el enemigo cuenta todavía con demasiado poder político y dispone de vastos recursos financieros y publicitarios y los usa con perversa inteligencia. Por su parte, el Gobierno y la Unidad Popular no utilizan de la mejor manera los medios de que disponen, aunque en el último tiempo hay signos de superación. Hemos sido y somos críticos intransigentes de este aspecto de la labor del Gobierno. En general su publicidad es deficiente y está en algunos casos a cargo de personas no idóneas, insensibles, que sólo se dedican a destacar la actividad del Jefe del Estado, lo que por cierto está bien, pero tienen un desprecio olímpico por la actividad del pueblo, por los esfuerzos que hacen los trabajadores en la producción, por las proezas de la juventud en el trabajo voluntario y por todo lo nuevo y creador que existe y surge en la lucha por la nueva sociedad.

Orientar y dirigir a la clase obrera

Nuestra obligación es sostener los principios revolucionarios y la verdad en todas partes. En el seno mismo de los trabajadores hay que dar la batalla ideológica y política contra las ideas opuestas a sus verdaderos intereses de clase. En virtud de esto hemos sostenido que en las condiciones actuales la política del «tejo pasado» en los pliegos de peticiones no corresponde a dichos intereses. No todos comprenden esta situación y los reaccionarios y los ultras de izquierda se aprovechan de estas incomprensiones. Y crean, como sucede en una Planta de Hirmas, una situación de anarquía. Pero nuestro deber consiste en hacer claridad, en hacer educación política, en orientar y dirigir a la clase obrera, y no caer en el oportunismo. Ser vanguardia significa dirigir, esforzarse por elevar a la masa de los trabajadores al grado de conciencia del Partido y no ser empujado por el espontaneísmo y las posiciones erróneas.

Este Pleno ha sido, como nos habíamos propuesto, profundamente crítico y autocrítico. Como dice el Informe, estamos en condiciones de decir sin ambages que el Partido como tal no ha caído en la pasividad, el acomodo, la indolencia, el burocratismo, la conciliación de clases, el sectarismo, la desvinculación con las masas o la falta de esfuerzos para comprender la nueva situación o las nuevas tareas. Pero sí, hay compañeros, incluso miembros del Comité Central y funcionarios políticos de Gobierno, que en una u otra medida son presas de tales fallas.

Este Pleno inicia la lucha para erradicar estos defectos y lograr que

todos nos comportemos como revolucionarios. En razón de los intereses superiores del Partido, hemos hecho y haremos cuantos cambios sean necesarios en la composición de nuestros órganos dirigentes y en los cuadros destacados en cargos de Gobierno, de acuerdo naturalmente, en el último caso, con el Presidente de la República.

El Gobierno del cual formamos parte ha hecho grandes cosas. Pero a veces su imagen ante las masas se desmejora por descordinación, por personalismo y por ineptitudes funcionarias. Es hora de que todos tomemos medidas para corregir.

Desde que el Partido asumió responsabilidades de Gobierno, puso en práctica las normas propias de la moral comunista en materia de remuneraciones. En los últimos meses hemos ido más lejos. Sin perjuicio de los aportes que entregan al Partido los funcionarios que ganan altos sueldos, estamos entregando arriba de 200 millones de pesos mensuales a la Junta Nacional de Jardines Infantiles, de una parte de esas rentas elevadas.

Esto en el caso de la Administración Pública. Los compañeros que trabajan en las Empresas del Area Social devuelven a esas mismas empresas lo que podríamos llamar el exceso de sus remuneraciones.

Hemos invitado a los demás partidos de la Unidad Popular a tomar medidas semejantes, convencidos de que éste es un deber de todos, no sólo de los comunistas.

Hemos realizado este Pleno con el propósito de poner toda la fuerza, toda la capacidad del Partido tras el propósito vital de producir un vuelco en la actual situación política, un vuelco que conduzca a la derrota de los planes de la reacción, y a vencer las dificultades para llevar adelante la revolución chilena.

Salimos de esta Sesión Plenaria del Comité Central del Partido con el compromiso que hemos asumido ante el país de saber responder a las finalidades que motivaron esta reunión.

«*El Siglo*», 19 de marzo de 1972

La reforma agraria es tarea de todo el pueblo

Informe al Pleno del Comité Central sobre problemas agrarios. 13 de agosto de 1972.
(Texto abreviado)

El Comité Central del Partido Comunista dedica este Pleno a los problemas de la agricultura.

Han llegado a este amplio teatro miles y miles de trabajadores de la tierra. Vienen de los asentamientos, de los Centros de Reforma Agraria, de los Centros de Producción y de aquellos fundos expropiados que están dirigidos por Comités de Campesinos. Están con nosotros centenares de pequeños agricultores, comuneros del Norte Chico y de San Pedro de Atacama, una delegación de mapuches y un representante de la lejana Isla de Pascua. También se encuentran aquí numerosos funcionarios del agro, ingenieros agrónomos, médicos veterinarios, ingenieros forestales, técnicos agrícolas.

Permitanme saludar a todos los hombres y mujeres que en el campo chileno se esfuerzan por sacar los mejores y los máximos frutos de la tierra.

Con este Gobierno se ha logrado un gran avance, un cambio verdaderamente histórico en el régimen de tenencia de la tierra.

En estos últimos días, se han tomado diversas medidas destinadas a lograr un reordenamiento económico y financiero para resolver importantes problemas que preocupan al pueblo y al país.

Más producción en área reformada

En el área reformada podemos observar algunos fenómenos. Se puede afirmar, como una ley general, que en el primer año que los campesinos trabajan la tierra, la producción del predio expropiado aumenta apreciablemente. Liberados del patrón, laboran con entusiasmo, le ponen pino al trabajo, aumentan el área cultivada. Pasado el primer año, la tendencia es al descenso de la producción, aunque no estamos en condiciones de afirmar que vuelve a los bajos niveles que registraba durante la explotación de la tierra por el latifundista.

¿Cuáles son las causas que determinan este fenómeno?

El latifundio, con todos sus vicios, no obstante las injusticias y hasta crímenes que lo acompañaban, era después de todo una organización

centralizada y jerarquizada. Había en él una capacidad empresarial, con patrón, administrador, capataces, llaveros, contadores, que manejaban la producción del predio y tenían en sus manos las relaciones con los bancos y la comercialización. Al expropiarse un fundo y tomarse posesión de él, dicha organización desaparece virtualmente por completo, pues la tendencia de los campesinos, por cierto comprensible, es no aceptar que siga trabajando con ellos ni siquiera el más modesto de los empleados por el hecho de haber estado o haber aparecido vinculado al explotador.

La sustitución de la organización latifundista por otra superior, por la organización de los propios campesinos no ha sido fácil, tanto menos cuanto que el campesinado ha estado sometido al atraso y al analfabetismo por generaciones, la Democracia Cristiana llevó al campo el paralelismo sindical y nosotros —por qué no decirlo— nosotros, los de la Unidad Popular, hemos tomado no pocas decisiones en la oficina de la ciudad, al margen de la realidad.

De los antecedentes recogidos en el terreno mismo se pueden sacar algunas conclusiones. Ni los asentamientos establecidos por la Democracia Cristiana, ni los CERA (Centros de Reforma Agraria) creados bajo el actual Gobierno, satisfacen íntegramente a los campesinos, ni constituyen, como están, las formas más adecuadas de organización transitoria del sector reformado. Ultimamente ha surgido una nueva forma de organización transitoria, los Comités Campesinos, como una manera de iniciar el proceso productivo y evitar el conflicto en torno a si deben constituir CERA o Asentamientos. Nos parece fundamental y urgente revisar todas estas formas orgánicas y tener indispensablemente en cuenta la opinión e interés de los campesinos, única manera de contar con ellos para el cumplimiento de las grandes tareas que tenemos en el campo. Lo anterior no significa que seamos partidarios de someternos a cualquier idea o interés que surja del seno de los campesinos, tanto menos que entre ellos opera el enemigo y que nuestra obligación consiste en ayudarlos a esclarecer problemas y a elevar su nivel político. Significa sí, lo reiteramos, considerar «impajaritablemente» sus opiniones y buscar con ellos las soluciones que más convengan y que por cierto estén de acuerdo con el interés del país.

Los campesinos no aceptan, por ejemplo, que los excedentes de su producción vayan a un fondo común, ni que el derecho a talaje se fije arbitrariamente, sin considerar la situación real de cada predio reformado. Creemos que tienen razón y que sería funesto imponerles normas que van contra sus intereses y también contra los intereses nacionales. El aporte que hoy por hoy tienen que entregar al país está fundamentalmente en el aumento de la producción y en la devolución

de los créditos y las inversiones. Mañana se podrán aplicar otras formas de contribución en una agricultura más desarrollada.

El área reformada constituye la base fundamental para organizar la nueva agricultura, para cumplir las tareas de la producción.

¿Qué hacer en este sentido?

No hay más que echarle para adelante y no para atrás.

Y a este respecto tenemos que plantear con mucha fuerza que la falla principal no ha estado en los propios campesinos, sino en nosotros mismos, en el hecho de que hemos bajado la guardia en el campo. Hasta hoy hemos considerado que la reforma agraria es una tarea de los campesinos y de las instituciones del agro. Y esto no es así. Es una tarea nacional, de todo el país, de todo el pueblo y, en primer lugar, de la clase obrera del campo y de la ciudad.

Puedo decirles que el fin principal que persigue el Partido Comunista al celebrar este Pleno del Comité Central es, precisamente, dar un vuelco en este sentido, es decir, meternos en la cabeza y en la sangre el contenido revolucionario y el carácter decisivo que tiene la batalla de la producción en el campo y la idea de que para asegurar la marcha hacia el socialismo hay que estrechar más y más la alianza obrero-campesina, y esto no con palabras ni buenos propósitos, sino con hechos concretos.

Es claro que hay muchos compañeros que dejan las suelas de sus zapatos recorriendo los campos y que hay Direcciones regionales que tienen una real preocupación por los problemas agropecuarios. Pero hay también otras, que se dan vueltas sólo en torno a los problemas de las ciudades no obstante que el campo suele ser en sus zonas más importante desde todo punto de vista.

Al que le venga el sayo que se lo ponga, y que corrija como comunista.

También es claro que no se trata sólo del trabajo del Partido, aunque este trabajo y su actitud serán decisivos. Se trata de impulsar la acción de la clase obrera organizada. Hay, como se sabe, valiosos ejemplos de sindicatos y de trabajadores de empresas estatizadas que prestan ayuda efectiva a sus hermanos del campo. En la discusión del Pleno podemos y debemos volver sobre estos ejemplos, pero no para sacarnos los balazos, porque esta tarea no corresponde a algunos sindicatos, a un sector relativamente reducido del proletariado, sino al conjunto de la clase obrera.

Invitamos fraternalmente a los demás partidos de la Unidad Popular a empujar, con más fuerza y unidos, el cumplimiento de estos deberes revolucionarios.

Un papel muy importante les corresponde a los funcionarios del

agro. Apreciamos sinceramente su trabajo. Destacamos como un hecho positivo la labor responsable y eficiente que realizan miles y miles de estos funcionarios, incluida la mayor parte de aquellos que no pertenecen a los partidos de gobierno.

Centenares o miles de funcionarios van a menudo a terreno. Pero no basta. Se requiere que una parte importante, algunos centenares o miles de agrónomos, veterinarios y técnicos vivan y trabajen en el campo. Y si para ello hay que dar algunos incentivos, bien vale la pena hacerlo.

La Comisión Agraria del Partido tiene la idea de organizar grupos de vanguardia de trabajadores del campo y de la ciudad para empujar ciertos trabajos agrícolas. Apoyamos resueltamente esta iniciativa.

En el mes de octubre celebra su Congreso Nacional la Confederación Nacional Campesina Ranquil. Pensamos que este congreso, así como las reuniones provinciales previas, deben realizarse rodeados del apoyo de los trabajadores y en función del cumplimiento de las tareas concretas.

En este momento hay alrededor de 300 mil trabajadores del campo organizados en sindicatos. La importancia de este número de organizados no sólo es grande en comparación a la población activa del agro, sino al hecho de que hace apenas 10 años los trabajadores sindicados no eran más de 5 mil. Nos pronunciamos por la acción común de todas las organizaciones campesinas y el fortalecimiento de los Consejos Campesinos a través de los cuales los trabajadores del campo deben alcanzar una mayor participación en las decisiones sobre la política agraria y el aumento de la producción.

Pues bien, tenemos que aprovechar el ímpetu inicial de los campesinos en los predios expropiados en este último año y acelerar la toma de posesión de los quinientos y tantos predios que aún no han pasado a sus manos no obstante existir la resolución correspondiente.

Aunque ya han corrido algunos meses del presente año agrícola y los planes de cultivo están más o menos determinados, hay que hacer un esfuerzo extraordinario con vista a ampliar aquellas siembras que aún es posible expandir.

El camino a seguir para asegurar el mayor aumento posible de la producción en este año exige la inmediata rediscusión de los planes de cultivo en todos los niveles, la discusión de estos planes por la masa misma de los campesinos, la toma de medidas oportunas para asegurar el suministro de semillas y fertilizantes, la eliminación de las trabas burocráticas del Banco del Estado para la otorgación de créditos y la firma de contratos de producción respaldados por la rápida fijación de una política de precios.

Hemos tenido en cuenta, ante todo, nuestras obligaciones con el sector reformado de la agricultura. Pero existe otro grupo social, los pequeños y medianos propietarios, que son hombres de trabajo, que usan la tierra con una intensidad entre 2 y 4 veces mayor que el latifundio, que producen casi la totalidad de las hortalizas, gran parte de la chacarería, tienen las lecherías más intensivas y una parte apreciable de las plantaciones frutales del país.

Los gobiernos dominados por los banqueros y latifundistas no les permitieron gozar del crédito, de la asistencia técnica, de las ventajas que ellos se fabricaron. Ahora los buscan, quieren sacar las castañas con la mano del gato, e impulsarlos contra el Gobierno Popular. Hay más de 200 mil propiedades menores de 40 hectáreas básicas. Centenares de miles de Chilenos esforzados viven en ellas. No podemos abastecer al país si prescindimos de su producción. El Gobierno Popular ha ampliado su ayuda crediticia hacia ellos, pero es insuficiente. Es preciso ayudar a su organización en cooperativas, otorgarles créditos, ampliar en forma efectiva los poderes de compra para que no caigan en manos de los intermediarios, asegurarles un transporte que cumpla un objetivo social, desarrollar proyectos que diversifiquen y absorban la producción a precios realmente remunerativos y, sobre todo, establecer en los hechos la seguridad de la tenencia de la tierra.

Los pequeños y medianos agricultores deben convertirse en aliados del proceso histórico que vive Chile y es contrarrevolucionario quien, con su torpe acción, los empuja al otro lado.

En el área reformada de la agricultura sólo han sido beneficiadas directamente 70 familias campesinas. Quedan más de 30 mil familias sin tierra o con muy poca tierra. El problema de tierra para los mapuches está virtualmente sin solución. La reducción de la cabida máxima a 40 hectáreas o menos, cuestión con la que estamos de acuerdo y sobre la cual fuimos los primeros en pronunciarnos cuando se discutió la actual ley de reforma agraria, no resuelve, sin embargo, este problema. Sólo permitiría darles tierra a no más de 30 mil nuevas familias campesinas. Por eso, colocar hoy el acento en la reducción de la cabida máxima es algo así como poner los bueyes detrás de la carreta. Ya lo dijimos: habrá que hacer esa modificación. Pero lo que tiene prioridad y lo que, en definitiva, conduce a resolver el problema de toda la población campesina es la utilización racional de nuestro suelo, ahora en forma extensiva e intensiva y mañana sólo intensiva.

Bajo el Gobierno de la Democracia Cristiana hizo escuela la idea de dejar en los asentamientos sólo a los trabajadores que laboraban en el fundo expropiado. Esto ha conducido a que sólo un sector minoritario de los campesinos sea favorecido directamente con la reforma

agraria, afirmándose en muchos de ellos la resistencia a incorporar a esas unidades reformadas a otras familias campesinas, no obstante que en muchos casos hay cabida inmediata para ellas. Ahora surge en algunos grupos, particularmente de parte de la ultraizquierda, la idea de que en los fundos expropiados debe meterse todo el mundo. Se trata, a nuestro juicio, de dos posiciones igualmente equivocadas.

Nosotros sostenemos que hay solución para todos los problemas sociales del agro, para que todos los campesinos tengan trabajo y eleven su nivel de vida. Pero esto no se logrará de la noche a la mañana y no depende sólo de los cambios en la tenencia de la tierra, sino, como queda dicho, del mejor uso de los suelos y de la agro-industria.

Con todo, somos partidarios de que se haga hoy cuanto se pueda hacer en favor de los mapuches, afuerinos, minifundistas y comuneros, que aparecen al margen de los beneficios de la reforma agraria. Por ejemplo, somos partidarios que se avance en la solución del problema mapuche a través de la compra por el Estado de las tierras usurpadas y de su restitución a las comunidades indígenas, tal como establecía el proyecto de ley que la mayoría del Senado ha hecho tiras. Es necesario que el Estado les asegure un poder comprador de la papa y de la artesanía. Se trata de una artesanía que por su belleza puede ser colocada a precios altos en las ciudades y también en el exterior. Y nos parece que no admite más dilación la puesta en práctica de una política dirigida a estimular también los otros aspectos de la cultura mapuche, asegurándoles desde luego la enseñanza en todos los niveles en su propio idioma.

La cuestión agraria es lo más complejo en toda revolución. En la transformación del campo influyen cientos de factores y problemas. Son tantos que ni siquiera hemos podido abordarlos todos y algunos apenas los hemos conocido. Entre ellos están el transporte, el almacenaje de productos, la capacidad de carga y descarga en los puertos, la red de frigoríficos, la investigación tecnológica, la educación técnica de los propios campesinos de cuyos hijos deben salir en el futuro los agrónomos, veterinarios y demás profesionales del campo; la política de créditos, el papel de los Consejos Campesinos, la necesidad de que los centros de producción se transformen en Haciendas Estatales modelos, la organización del uso racional de la maquinaria agrícola, el cuidado y manteción de esta maquinaria, la participación de la mujer y de la juventud campesina, etc. Esperamos, sin embargo, que en el desarrollo de este Pleno se aborden o discutan más a fondo estos asuntos.

«*El Siglo*», 14 de agosto de 1972

El Gobierno tendrá todo el respaldo popular si aplica una política firme contra los sediciosos

Carta al Presidente de la República compañero Salvador Allende. 29 de agosto de 1972.
(Fragmentos)

Estimado compañero y amigo:

Hubiésemos deseado que la Unidad Popular diera respuesta oficial y directa a la carta que, con fecha 31 de julio, Ud. envió a los representantes máximos de los partidos que la integran. Pero estos partidos, en una actitud que respetamos plenamente, han preferido responderle por separado a fin de expresar no sólo el pensamiento común de las fuerzas populares, sino también los puntos de vista particulares que sustentan sobre uno que otro asunto. Por este motivo hemos decidido contestar su carta a nombre de nuestro Partido y hacer también públicos nuestros planteamientos.

Como Ud. bien sabe, desde el primer instante los comunistas dimos nuestro decidido apoyo a su valioso documento. Lo hicimos a través de varias declaraciones de miembros de nuestra Comisión Política, interrogados a propósito por los periodistas, en comentarios editoriales del diario El Siglo y, especialmente en el discurso pronunciado por el camarada Volodia Teitelboim en una asamblea que se realizó a teatro lleno en el Caupolicán. Este discurso fue publicado íntegramente en nuestro diario del día 6 de agosto. En el Informe al último Pleno de nuestro Comité Central ratificamos nuestro apoyo al contenido de su referida carta.

En consecuencia, estamos seguros que Ud. comprenderá por qué aún no le habíamos contestado formalmente y, sobre todo, por qué en esta respuesta pensamos que es innecesario opinar sobre cada una de las cuestiones planteadas por Ud. en la oportunidad de que se trata.

El espíritu esencial que anima sus reflexiones es lograr una mayor cohesión de la Unidad Popular en todos los niveles. Ello exige, como Ud. anota, «claridad y definición» respecto «del camino revolucionario que está siguiendo el movimiento popular y que orienta la acción del gobierno», en relación a los verdaderos enemigos que enfrentamos, a las tareas que tenemos por delante, a la importancia decisiva de la lucha que sin «espectacularidad» libran miles y miles de hombres y

mujeres, modestos combatientes de la causa del pueblo, y a la necesidad de que cada partido se preocupe «de elevar el nivel ideológico de sus militantes, de su disciplina, e impulsar la estrategia común de la Unidad Popular» rechazando «con resolución y energía los sucesivos ensayos divisionistas» y denunciando «pública y oportunamente a quienes de modo deliberado buscan alterar nuestra línea política programática».

Una vez más expresamos nuestro pleno apoyo a tales planteamientos.

No patrocinamos la ilegalidad ni la arbitrariedad, sino la resuelta aplicación de la ley. Ud. sabe, compañero Presidente, que hemos tenido y tenemos una posición muy definida en cuanto al reconocimiento de los derechos de la oposición que se ejerzan dentro de la ley. Por eso, hemos sido partidarios de que se autoricen los actos públicos de los partidos de oposición, sin perjuicio de que, en relación a ellos, se apliquen las atribuciones que tiene el Poder Ejecutivo a fin de evitar que los grupos fascistas los aprovechen para caer en desbordes que minen la autoridad del Gobierno y cometan desmanes y alteraciones inaceptables del orden público. Pero el reconocimiento de los derechos de la oposición no puede llevarnos a aceptar toda clase de excesos y fechorías. Ciertos opositores creen que se puede hacer cera y pabilo de la ley. Hay diarios y radios de la oposición, que han convertido en pan de cada día la mentira, la injuria, la calumnia, las publicaciones falsas y alarmistas. Como dice el pueblo: «De frente pelea el Buin». Por ello creemos indispensable que por estos delitos, antes que por incumplimiento de formalidades, se adopten las medidas legales correspondientes. El Gobierno nunca será criticado por el pueblo si aplica medidas enérgicas contra los enemigos que se salen de la ley, que mienten descaradamente, acaparan mercaderías, crean el mercado negro, hacen contrabando con el exterior y especulan con los productos alimenticios. Por estas mismas razones ha recibido con júbilo las decisiones que en Punta Arenas, en Arica y Santiago se han tomado contra acaparadores y contrabandistas y las que acaba de anunciar el Ministro del Interior, compañero Jaime Suárez, en orden a denunciar a la Justicia las actividades delictuosas de Patria y Libertad y del Comando Rolando Matus y a clausurar la radio Agricultura de Los Angeles por su responsabilidad en la instigación que culminó con el asesinato de un campesino de esa provincia. Pensamos que cada medida de este tipo que se vea obligado a tomar el Gobierno se estudie atentamente desde el punto de vista legal y político a fin de mantenerla contra toda presión.

Nuestra primera y principal obligación con el pueblo y el país es po-

nerles camisa de fuerza a los que quieren arrastrar a Chile a un baño de sangre.

La necesidad de mantener y asegurar el desarrollo de la libertad y la democracia nos impone el deber de aplicar la ley contra quienes incurren en delitos en busca de la caída del Gobierno y de la implantación de una dictadura fascista.

Al mismo tiempo, nos pronunciamos, una vez más por mantener a raya a los provocadores de la ultraizquierda, sobre la base de la lucha ideológica y política contra sus posiciones aventureras, sin perjuicio del legítimo derecho de autodefensa del Gobierno revolucionario y popular, evitando por todos los medios que tal política se confunda en lo más mínimo con afanes de represión.

Cualquier vacilación de nuestra parte frente a las actitudes delictivas de la ultrarreacción o a las provocaciones y planteamientos aventureros de la ultraizquierda iría en perjuicio de la autoridad del Gobierno y de la cohesión misma de la Unidad Popular.

Damos por descontado que «El Mercurio» tratará de especular con estas ideas, presentándonos como patrocinadores de una dictadura totalitaria. Pero éso nos tiene sin cuidado. Lo que defiende ese diario no es la libertad, puesto que siempre le negó al pueblo este derecho y aplaudió todos los Gobiernos despóticos, las masacres y leyes liberticidas. La libertad que reclama ese diario es la que quieren los traficantes del mercado negro, los acaparadores, los calumniadores, los grandes explotadores.

Creemos que la situación ha llegado a un punto tal que, o pasamos a la ofensiva, actuando dentro de la ley, o el enemigo hace tabla rasa de toda autoridad. Por otra parte, bien sabe Ud. que no sólo los comunistas, sino todos los partidos de la Unidad Popular, coincidimos en estas ideas. Además, consideramos que calzan con el contenido de su carta, con su decisión expresa de «asegurar las generosas ventajas que ofrece la convivencia chilena a los que respetan la decisión del pueblo de darse un Gobierno y hacerlo respetar cabalmente».

Comprendemos que la fuerza o la debilidad del Gobierno dependen en grado considerable de la correlación de clases y, en particular, de lo que la Unidad Popular logre en materia de mayor cohesión de sus filas y de más alto de movilización de las masas.

Sobre el particular, queremos manifestarle que a nuestro juicio estamos seguros que todos los partidos de la coalición popular haremos nuevos y fructíferos esfuerzos en dicha dirección. Es cierto que en este terreno se pueden observar debilidades, pero el espíritu que nos anima a todos, según nuestro entender, es superar las fallas y empujar más el carro de la unidad y las luchas populares. Consideramos tarea

ineludible apresurar el tranco de la participación de los trabajadores en la dirección de la economía y de la administración general del país y ampliar el diálogo con los sectores medios, arribando a acuerdos concretos que contemplen sus intereses y las conveniencias de la nación.

En su carta, Ud. se refirió expresamente «a la maniobra divisionista» que surgió en Concepción con el nombre de Asamblea Popular. Con posterioridad a sus palabras condenatorias, algunos de los patrocinantes de esa asamblea han dicho que no pretendían establecer un doble poder, un poder paralelo al actual Parlamento y mucho menos al Ejecutivo. Bien. ¿De qué se trataba entonces? ¿De buscar nuevas formas de organización popular y de poder popular en apoyo del Gobierno? No. Se trataba, al menos, de sustituir la alianza y el Programa de la Unidad Popular, cuestión que no se puede tolerar porque la Unidad Popular y su Programa no han perdido vigencia.

La Unidad Popular es una coalición de varios partidos, con raigambre en diversas clases y capas sociales y distinta formación política. Es una coalición pluralista. Ello explica el hecho de que cada una de las fuerzas que la integran tenga sus propios perfiles. Esto es natural. Pero es también un hecho que debemos cuidar y fortalecer esta unidad y en especial el entendimiento socialista-comunista, porque el enemigo trata de separarnos, de lanzarnos unos contra otros, de apartarnos del propio Jefe del Estado y, sobre todo, porque férreamente unidos no nos podrán derrotar. Representamos los auténticos intereses del pueblo y de la patria y actuando en un solo bloque, somos capaces de hacerlos prevalecer.

Somos partidarios de que los partidos de la Unidad Popular busquen efectivamente nuevas formas de organización y de poder del pueblo en apoyo del Gobierno. Por eso hemos contribuido a la formación de las JAP, apoyamos los Consejos Campesinos y de Salud, la incorporación de los estudiantes de la Enseñanza Media a los Consejos de Profesores y trabajamos por la formación de los Consejos de Administración de las empresas del área social, de los Comités de Producción y de las Comisiones de Vigilancia en todas las áreas de la economía. Puede que la vida haga necesario el surgimiento de otros organismos. Como van las cosas, acaso nos veamos obligados, por ejemplo, a crear comisiones de autodefensa por cuadra o Unidad Vecinal para aplastar cualquier intento de sedición. La actitud, no precisamente aislada, del Ministro de la Corte de Apelaciones que dejó en libertad a todos los protagonistas de los delitos de la noche del lunes antepasado, indica que gran parte de los jueces no constituyen ninguna garantía seria en resguardo de la tranquilidad de la ciudadanía ni menos de la estabilidad del Gobierno legítimamente constituido.

Pensamos que los partidos de la Unidad Popular deben tomar las medidas pertinentes para cumplir con el acuerdo de celebrar sus asambleas comunales y provinciales que han de culminar en una gran asamblea nacional. En tales reuniones deben considerarse estos problemas, éstas y otras sugerencias que se puedan hacer, consultándose la opinión de los militantes y simpatizantes de base del movimiento popular. Tal vez podamos convenir también en que se hace necesario estructurar el Partido Federado de la Unidad Popular a todos los niveles.

Pero hablando con toda franqueza, lo que hace más falta es fortalecer las organizaciones existentes de obreros, campesinos, empleados, pobladores, etc. En particular, debemos trabajar más en el seno de las Juntas de Vecinos y de los Centros de Madres, uniendo y movilizando sus efectivos, por encima de las diferencias políticas, en torno a la solución de problemas que les son comunes.

Exceptuando las naciones socialistas, Chile es tal vez el país que tiene proporcionalmente un más alto grado de organización popular. Más de un millón de obreros están organizados. Más de 600 mil mujeres tienen sus centros de madres. Gran parte de la población está en las Juntas vecinales. Cientos de miles de comerciantes, pequeños agricultores, artesanos y otros grupos de las capas medias y todos los profesionales y técnicos tienen sus organismos específicos. Es cierto que no pocos de ellos se hallan bajo la influencia de la oposición, tienen una orientación reformista o son proclives al paternalismo. Pero el deber de los revolucionarios es actuar con las masas, en sus propias organizaciones, impulsando sus luchas, elevando su nivel político, ganándolas para la revolución. Recabarren fundó el movimiento obrero revolucionario, conquistando la dirección de la FOCH, que hasta 1919 estaba en manos de los conservadores. Y socialistas y comunistas ganamos la Confederación de Sindicatos Legales, creada en el primer Gobierno de Ibáñez como una organización reformista en oposición a la FOCH. Es una expresión de sectarismo la subestimación que impera entre nosotros respecto de las citadas organizaciones de masas. Y en esto debemos cambiar de actitud.

El papel de los partidos de la Unidad Popular debe ser, en nuestra opinión, fundamentalmente el de organizadores y orientadores de las luchas de masas. En cuanto a su participación en el Gobierno, la concebimos, en todo lo que tiene que ver en las tareas concretas, con estricta sujeción a las decisiones que tomen los respectivos órganos colegiados como el Comité Económico de Ministros y los Jefes Administrativos. El Comité Nacional de la Unidad Popular, principalmente por iniciativa suya mantiene con Ud. un permanente contacto, en-

teramente justo en el plano del intercambio de opiniones sobre orientación política. Esta es una buena práctica. No obstante, nos parece que en el Presidente de la República y en su Consejo de Gabinete se debe concentrar la suma de las decisiones gubernamentales. Este es un procedimiento más operativo.

En el presente, el deber fundamental de los partidos es movilizar a las masas en contra de la sedición y en apoyo a los nuevos rumbos de la política económica y financiera del Gobierno, en estrechos vínculos con las tareas básicas para impulsar el proceso revolucionario.

Complica el panorama la proximidad de elecciones parlamentarias, puesto que los partidos de oposición colocan sus mezquinos intereses por sobre los del país y guian sus actos tras el afán de agravar la situación para pescar votos a río revuelto. Su objetivo confeso es ganar los dos tercios en ambas ramas del Parlamento, para enseguida ponerle la pistola al pecho al poder Ejecutivo, no dejarlo gobernar y exigirle la entrega del Mando Supremo de la Nación.

Tenemos plena confianza que el pueblo frustrará tales intentos reaccionarios. En los próximos días, el Partido Federado de la Unidad Popular presentará sus listas de candidatos y enfrentará la batalla electoral del 73 con toda energía y voluntad de triunfo.

Ud. afirma que el triunfo del Partido Federado de la Unidad Popular en las elecciones de marzo próximo «permitirá impulsar los cambios institucionales y legales para sacar al país del subdesarrollo y acabará con el poder obstaculizador de una oposición revanchista que ampara los intereses de la reacción y llega a favorecer los planes del imperialismo».

Nosotros también pensamos que ello «permitirá impulsar» tales cambios; pero, en definitiva, creemos que éstos se harán realidad si, ante todo, modificamos la correlación de fuerzas a nuestro favor y hacemos más conciencia acerca de la necesidad de reemplazar el actual Estado de Derecho por otro superior.

Resumiendo, las tareas principales dirigidas a modificar la correlación de fuerzas consisten, según nuestra opinión, en la aplicación de una política firme contra los sediciosos, en hacer nuevos y más eficientes esfuerzos para aumentar la producción y en lograr que todos los trabajadores y las capas medias apoyen resueltamente la política económica y financiera del Gobierno.

En los sindicatos, en todas las organizaciones populares, en todos los sitios de trabajo y residencia hay que explicar urgentemente el proyecto de reajustes, los cambios en el sistema tributario, las nuevas orientaciones de la política del Gobierno.

Tenemos confianza, compañero Presidente, que con el apoyo y una

mayor participación del pueblo en todas las instancias y en todos los frentes, Ud. y su Gobierno saldrán adelante.

«*El Siglo*», 31 de agosto de 1972

La pugna por el poder

Intervención ante el VII Congreso Nacional de las Juventudes Comunistas de Chile. Septiembre de 1972.
(Fragmentos)

Queridos camaradas:

Las compañeras Gladys y Julieta me pidieron que yo no pronunciara un discurso por escrito y hablara a pulso, sólo con algunos apuntes. En nuestro país, en nuestro Partido, en la Juventud Comunista, sobre todo en la Jota, las mujeres están adquiriendo una influencia creciente (risas y aplausos). Y aunque estas debilidades ante el llamado sexo débil, que se está transformando en sexo fuerte, suelen ser la perdición de los hombres (risas), yo voy a seguir sus consejos (aplausos).

Ayer, durante una recepción que el Comité Central del Partido ofreció a las delegaciones que provienen de cerca de 40 países, la compañera Julieta Campusano, miembro del Secretariado del Comité Central de nuestro Partido, dijo que la Juventud Comunista constituía para nuestro Partido motivo de orgullo. Sí, constituye un motivo de legítimo orgullo revolucionario.

El Partido de mañana

La Juventud Comunista es una gran organización. Entusiasta, alegre, sana, luchadora, llena de iniciativas, responsable, con garra y corazón ardiente, que educa a la juventud en los principios del marxismo leninismo, en las ideas y la práctica del internacionalismo proletario, en el amor a las mejores tradiciones revolucionarias de la clase obrera y a los más altos valores de nuestra Patria, en el cariño entrañable hacia el Partido que fundara Luis Emilio Recabarren hace ya más de medio siglo. Educa a la juventud en el trabajo, en la lucha, en el estudio. Se identifica plenamente con la línea del Partido, que sabe aplicar correctamente en el vasto y complejo campo de la juventud chi-

lena. Trabaja codo a codo con las demás organizaciones juveniles de izquierda. Es fuerte ideológica y políticamente. Está animada de la decisión irrevocable de enfrentar la resistencia del enemigo y de contribuir con todo su empuje y, como dijo Gladys en su informe, entregando hasta la última gota de su sangre si fuera necesario, al triunfo de la revolución chilena. A esta Juventud Comunista que es el Partido de mañana, saludamos de todo corazón en su VII Congreso y en su cuadragésimo aniversario. La saludamos a nombre del Comité Central, de la Comisión Política y de los 175.000 hombres y mujeres que militan en las filas de nuestro Partido (aplausos prolongados).

El Partido Comunista apoya cien por ciento el Informe rendido por la Compañera Gladys Marín, y está contento del desarrollo de este Congreso, del alto nivel político demostrado en las intervenciones, del espíritu de combate, de iniciativa, puestos de relieve por todos los delegados que han pasado por esta tribuna.

Yo no voy a hablar particularmente, sobre los problemas de la juventud. Voy a responder o voy a tratar de responder a una pregunta que me formulara hace dos días un compañero de la Jota, que forma parte de la guardia. Yo salí a fumar, traspasando las cortinas del escape, y este compañero José León, que a pesar de tener un apellido tan grande es más pequeño que yo (risas), me preguntó: ¿Qué dice el Partido sobre la situación actual que estamos viviendo? Pienso que esa pregunta acaso se la formulan muchos compañeros, y aunque está respondida en el Informe de la Compañera Gladys, yo quiero decir al respecto algunas cosas.

La lucha de clases se agudiza

En primer lugar, quisiera señalar que la situación actual podría caracterizarse por la agudización de la lucha de clases. Por una parte el enemigo se encabrita, corcovea, cae en la insolencia y la prepotencia, en el sabotaje, trata de crear el caos económico, se lanza por el camino de las provocaciones callejeras, por la senda de los asesinatos de campesinos, de luchadores del pueblo; una parte del mismo busca deliberadamente la guerra civil, el baño de sangre; la oposición en general se endurece, llama a acumular rabia, llama a la desobediencia civil. Por otro lado, la clase obrera y el pueblo se cruzan en su camino, cierran filas y exigen del Gobierno y de los Partidos de Gobierno una política firme, enérgica frente a los sediciosos.

Muchas consignas se gritaron durante la gigantesca marcha del lunes. Pero la que se gritó con más frecuencia fue aquella que decía: «Allende seguro, al momio dale duro».

Muchas son las dificultades por las que atravesamos, muchos los problemas que angustian a nuestro pueblo. Baste acaso decirles que en el mes de Agosto el costo de la vida subió en un porcentaje muy superior al que había experimentado en los 7 meses primeros del año. Esas dificultades, ya dije, angustian a las masas populares, les preocupan, pero el pueblo chileno, como todos los pueblos, y eso lo saben muy bien los compañeros que vienen de países donde ya se han hecho las revoluciones, es capaz también de soportar muchos sacrificios. Y yo les diría a Uds. que lo que más le preocupa a nuestra gente, y hasta a veces la exaspera, no es la falta de tal o cual producto, sino las debilidades que tenemos frente al enemigo de clase.

En la tarde del día lunes, mientras decenas y decenas de miles de trabajadores o centenares y centenares de miles de trabajadores convergían hacia Providencia, Radio Portales, encabezando una cadena de emisoras, con puestos móviles entrevistaba a mucha gente. Le preguntó a un obrero su opinión. Y este obrero, glosando una famosa frase de Dolores Ibárruri dijo a través de la radio: «Nosotros venimos a esta concentración, a pesar de las dificultades, a defender a este Gobierno porque preferimos comernos de pie un pedazo de pan y no un pollo de rodillas» (prolongados aplausos).

No es una opinión aislada. Como dijo el compañero Salvador Allende en el acto del día lunes, la revolución despierta y crea otros valores, y no sólo ese obrero sino el conjunto de los trabajadores y del pueblo chileno están dispuestos a pasar por todas las vicisitudes propias de todas las revoluciones y seguir adelante. La clase obrera ha dicho su palabra contenida en una frase, en una consigna incorporada al Informe de la compañera Gladys: «la industria estatizada, jamás será entregada».

Hacer irreversible el proceso

La nacionalización del cobre, la creación del área social de la economía, todo lo que se ha avanzado en Reforma Agraria se puede considerar que forma parte ya de lo irreversible del proceso, porque el pueblo de Chile y la clase obrera están decididos a enfrentar en cualquier terreno los planes del enemigo enfilados a hacer que gire atrás el reloj de la historia. Estamos convencidos que lo que sucede en nuestro país tiene vastas proyecciones, en primer lugar para los destinos de nuestra Patria. Y que después de Cuba, Chile es el escenario principal de América Latina de la batalla contra el imperialismo y contra las oligarquías del continente. La lucha de clases se agudiza, decía al comienzo, y este es el rasgo característico principal del momento que

vivimos. Se agudiza en torno a la cuestión central de toda revolución, a la cuestión del poder. El enemigo trata de desalojarnos de las posiciones conquistadas y nosotros de hacernos fuertes en ellas, y de continuar avanzando. Tenemos una parte del poder político, el Poder Ejecutivo, la parte más importante en el caso chileno. Fuimos los primeros en precisar, en este aspecto, el sentido y el alcance, la dimensión de la victoria del 4 de Septiembre de 1970. En un artículo aparecido en la Revista Internacional que se edita en Praga, órgano de los Partidos Comunistas y Obreros del mundo, que enviamos desde Chile con fecha 24 de Octubre de 1970, 6 ó 7 días antes de que el compañero Allende asumiera la Presidencia de la República, precisamos, repito, los alcances de la victoria del 4 de Septiembre, la dimensión de aquella jornada, en la que habíamos conquistado una parte del poder político.

En esto estamos de acuerdo todos los partidos de la Unidad Popular, cosa que no deja de ser, por cierto, interesante.

Una de las particularidades de la revolución chilena, consiste precisamente en que comienza por la conquista de esta parte del Poder Político, del Poder Ejecutivo, de esta trinchera de que hablaba Gladys en su informe.

Una segunda característica reside en el hecho de que prosigue con el cambio en las estructuras económicas. Esta es la parte más activa, más dinámica, de las transformaciones revolucionarias que se operan en nuestra Patria.

El itinerario, el camino, la cuestión de por dónde empezar los cambios revolucionarios no se elige al azar, sino de acuerdo con las condiciones objetivas y subjetivas.

Tenemos que continuar avanzando por el camino de los cambios de la estructura económica, completar el área social de la economía, vencer la resistencia del enemigo a este respecto, avanzar todavía más en la Reforma Agraria, y nos planteamos ya una segunda Reforma Agraria. Ustedes saben lo que se ha hecho en este país en este orden de cosas, y yo no voy a repetir entonces cuánto se ha logrado en este terreno. Una gran tarea aún no resuelta, y que tenemos que resolver, es el cambio en la institucionalidad del Estado, pero yo quiero decirles a ustedes con toda franqueza, que en este minuto preciso las condiciones no son favorables para hacerlo.

De otro lado, y este también es otro rasgo característico de la revolución chilena, y los hechos así lo han demostrado, se puede gobernar, se puede echar a caminar la revolución en los marcos constitucionales y legales actuales.

Chile es en este aspecto, un país que sin duda presenta ciertas

singularidades, con una tradición democrática, democrático-burguesa si ustedes quieren, con un régimen de partidos más que centenario, con un Congreso que es el más antiguo de América Latina, y con un régimen presidencial que, de acuerdo con la Constitución, hace que el Presidente de la República, el Poder Ejecutivo, sea también un poder co-legislador, y que pueda sacar adelante leyes contando sólo con la tercera parte del Congreso.

La institucionalidad y los cambios

En la institucionalidad chilena no sólo hay que ver el sello de las clases dirigentes; no se podría aplicar mecánicamente aquello de que la Constitución y las leyes se han hecho en nuestro país sólo a imagen y semejanza de las clases dominantes, porque en alguna medida está también reflejada en la Constitución y en algunas leyes, el sello del proletariado, de sus luchas y de las fuerzas progresistas de nuestra Patria.

Ofrece algunas posibilidades; nosotros nacionalizamos el cobre a través de una Reforma Constitucional. Hemos vivido ciertamente períodos de arbitrariedad y de ilegalidades. Nuestro Partido vivió muchos años en la ilegalidad, y miles y miles de nuestros compañeros sufrieron las torturas de la policía y estuvieron en el campo de concentración de Pisagua, confinados en las islas más inhóspitas. Pero nuestro Partido recobró su legalidad también a través de la ley, de este mismo Parlamento. Ofrece pues, repito, esta institucionalidad algunas posibilidades, es claro, no sólo en virtud de lo que dicen la Constitución o lo que dicen ciertas leyes, sino en razón o en relación directa con la lucha de las masas, con la lucha de clases, porque nosotros reconquistamos nuestra legalidad peleándola en la calle, y en una ocasión triste, cuando tuvimos que sepultar los restos del camarada Galo González, habiendo sacado a la calle mucha gente, acumulado mucha fuerza, habiendo ya hecho conciencia en todo el país acerca de la necesidad de devolverle la legalidad al Partido, proclamamos en aquella ocasión que el Partido Comunista había ya conquistado de hecho su legalidad, y que ahora correspondía y exigíamos conquistarla, reconquistarla de derecho, y así ocurrió (aplausos).

Esta institucionalidad constituye al mismo tiempo un obstáculo, un freno al desarrollo del proceso revolucionario chileno, y de ahí que tenemos que cambiarla, ponerla al servicio de los cambios revolucionarios. Pero esto es ante todo cuestión de correlación de fuerzas. Tenemos que acumular la fuerza necesaria para modificar estas viejas instituciones, para modificar la vieja superestructura, para cambiar el

actual estado de derecho, por otro estado de derecho superior, más democrático, de acuerdo con las exigencias sociales del momento que vivimos.

En las elecciones presidenciales de 1970, nosotros logramos la primera mayoría relativa en las urnas, el 37 por ciento de los sufragios, y de acuerdo con la Constitución Chilena, el Parlamento podía elegir en ese caso al que obtuvo la primera mayoría, Salvador Allende, o al que había obtenido la segunda, Jorge Alessandri. El Parlamento tuvo que reconocer la victoria de Salvador Allende –a pesar del complot montado por la ITT y por la CIA, revelado ante el mundo hace pocos meses, a pesar de las conspiraciones de los reaccionarios–, porque nosotros movilizamos a las masas populares. Y así, movilizando a las masas populares, colocando el acento en la lucha y en la movilización del pueblo, hemos logrado otras victorias como la nacionalización del cobre ya mencionada, y ahora en estos días, la Cámara de Diputados, donde no tenemos mayoría, ha tenido que aprobar la nacionalización de la ITT, del gran Consorcio Norteamericano de Teléfonos y Telégrafos.

En las elecciones municipales de 1971, crecimos y pasamos del 37 al 50 por ciento y fracción. Pero, hablando francamente, desde hace unos 8 a 10 meses a esta parte, nosotros observamos un deterioro en la situación chilena, erosión en el propio prestigio del Gobierno. Este es nuestro lado debil. Nuestro lado fuerte, está constituido por varios factores: en primer lugar, porque contamos con la inmensa mayoría de la clase obrera chilena, que tiene un nivel político y una conciencia de clase relativamente altos, y que es, como todos sabemos, la principal fuerza motriz de la revolución; en segundo lugar como factor favorable, contamos con el hecho de que el Programa de la Unidad Popular corresponde por entero a las exigencias sociales, a las conveniencias, a los intereses de clase de la mayoría de los chilenos, a los intereses presentes y futuros de la revolución chilena. Los cambios revolucionarios contemplados en el Programa de la Unidad Popular, constituyen verdaderos imperativos históricos, y al fin y al cabo los problemas, los graves problemas que tiene este país, no tienen solución sino precisamente a través de la realización, de la materialización en la práctica de los cambios revolucionarios contemplados en el Programa de la Unidad Popular. Un tercer factor favorable reside en el hecho de que más allá de la Unidad Popular hay fuerzas que están por los cambios. No creo necesario entrar a dar más ejemplos a este respecto; el informe de la compañera Gladys es muy claro y muy objetivo, y en no pocas intervenciones de compañeros que han pasado por esta tribuna, ha quedado también demostrado el hecho de que

más allá de las filas de la UP, sobre todo en el seno de la DC, en los sectores juveniles de la DC, entre los trabajadores de la ciudad y del campo, que influye la DC, hay gente que está también por los cambios. Casi nadie se atreve a hablar contra los cambios, ni siquiera los momios, y esto tiene su importancia, esto quiere decir algo. Esto indica que podemos modificar la correlación de fuerzas, que es la cuestión central en este momento para decidir a nuestro favor la cuestión del poder, definitivamente, y seguir avanzando en el camino de tránsito hacia el socialismo. Para esto, ¿qué tenemos que hacer?, ¿cuál es la opinión de los comunistas? En primer lugar nosotros sostenemos que se requiere de una política revolucionaria, firme ante los elementos más ultramontanos, más retrógrados de la Derecha chilena. No se trata de negar, en las condiciones de nuestro país, los derechos de la oposición, pero la oposición se sale de la ley a cada minuto, y nuestra obligación, nuestro deber es someterla al marco de la ley. En la radio y en la prensa adversaria, se han convertido en pan de cada día la mentira, la calumnia, la infamia, la injuria hasta contra el propio Presidente de la República, las noticias alarmistas y falsas. Y todo esto es penado por la ley chilena. Somos partidarios, y así lo hemos planteado públicamente en la carta que le hemos dirigido al Presidente de la República, y en las conversaciones personales que hemos tenido con él, en las reuniones de la UP, en todas partes, de que nosotros asumamos frente al enemigo de clase, una posición más firme, más dura, sometiéndolos al marco de la ley chilena (aplausos).

Repito, no se trata de negar los derechos de la oposición que se encuadren en los marcos de la ley, pero estamos convencidos que no se puede llevar adelante un proceso revolucionario sin que tengamos por lo menos una gran fuerza en materia de medios de comunicación de masas; esa es una de nuestras tareas urgentes, algo hemos avanzado, y algo hemos hecho y algo se hace. Dos radios sediciosas fueron clausuradas recientemente por el Gobierno pero se requiere mayor decisión y energía.

La clase obrera, fuerza dirigente

Una segunda cuestión, una segunda tarea fundamental consiste en abrir de par en par las puertas para el acceso de la clase obrera a las posiciones dirigentes del Estado, en la administración pública, en la economía, en todos los órdenes de cosas. No poco se ha hecho en este sentido, pero la cuestión de la conquista de la hegemonía por parte del proletariado, no se da, como bien se sabe, de la noche a la mañana; en todo caso aquí también acusamos debilidades y somos

partidarios, repito, de apresurar el tranco para que la clase obrera, fuerza principal de la revolución chilena, fuerza principal generadora de la victoria de Septiembre de 1970, base principal de sustentación del actual Gobierno, asuma cada vez más posiciones de dirección en toda la marcha del proceso revolucionario, del Gobierno, del Estado.

La tercera cuestión, y todo esto no lo estoy mencionando en el orden que corresponde a un análisis científico, reside en la necesidad de resolver problemas concretos que preocupan a las masas, de vencer las dificultades que tenemos, dificultades no creadas por nosotros, que heredamos del pasado, dificultades que nos crea el enemigo de clase, el imperialismo norteamericano que nos ha cortado las líneas de créditos, dificultades que provienen de una coyuntura internacional transitoriamente desfavorable en cuanto a precios, en cuanto al precio del cobre, y en cuanto a precios de todos aquellos artículos que necesitamos importar y que hay que pagar al contado, para suplir los déficits de la producción agropecuaria chilena. Hemos contado con la ayuda generosa de los países socialistas y también de algunas naciones capitalistas que se niegan a sumarse al bloqueo norteamericano, contamos especialmente con la ayuda de la Unión Soviética, no sólo en créditos a largo plazo, en maquinarias y equipos, sino hasta en divisas para poder resolver algunos problemas apremiantes relacionados con el abastecimiento alimentario de la población chilena, pero estamos convencidos que, ante todo, nosotros debemos hacer el gran esfuerzo. De ahí la importancia de este Congreso, donde se ha puesto tanto énfasis en la necesidad de ganar la batalla de la producción; de ahí también la importancia del reciente Pleno del CC de nuestro Partido, dedicado a los problemas de la agricultura, donde nos trazamos objetivos muy concretos para aumentar la producción agraria, principalmente la producción de maíz, de trigo, de papas, de cebollas, de ajos, de artículos que necesitamos para el consumo del pueblo, como base para los alimentos concretados de aves y porcinos o como mercancías de exportación.

Como ustedes pueden ver, nosotros, comunistas chilenos, pensamos que la revolución en nuestro país, como en todos los países, ofrece ciertas singularidades y ciertas particularidades, pero al mismo tiempo, nosotros estamos convencidos hasta la médula de los huesos de que ninguna de estas singularidades niega las leyes generales del marxismo, y para alcanzar éxito necesitamos tenerlas rigurosamente en cuenta y trabajar con ellas. Por eso es que nosotros tenemos muy clara la película en cuanto a la necesidad, sobre todo, de golpear fuerte al enemigo principal, y repito una vez más, darle a la clase obrera el papel que le corresponde, abriendo diversos canales, diversas formas

de dirección del proletariado para que, al fin de cuentas, la dirección y la hegemonía del proletariado, garanticen la irreversibilidad del proceso y el paso de la sociedad chilena del capitalismo al socialismo (ovación).

Contradicciones en la oposición

Cuando hablé de que lo característico de la presente situación está en la agudización de la lucha de clases, en torno a la cuestión del poder, tal vez pinté las cosas en blanco y negro, y todos sabemos que la vida y los procesos revolucionarios no tienen sólo dos colores. No, la situación es más compleja y más rica.

¿Qué pasa por ejemplo en el campo enemigo? El es fuerte, pero allí no hay sólo coincidencias sino también diferencias. Una parte de los enemigos busca el derribamiento del Gobierno, y esto quiere decir que no todos están por la caida del gobierno. Algunos, sobre todo en el seno de la Democracia Cristiana, se orientan ciertamente a recuperar las posiciones que perdieron, pero por otros caminos; es la diferencia de matices si ustedes quieren, porque al fin y al cabo ambos quieren derrotarnos, pero es una diferencia de matiz que tiene su importancia. Por lo menos en las condiciones de nuestra Patria, algunos buscan el camino de la sedición, otros el camino constitucional, algunos la oposición abierta, otros hasta formas de entendimiento parcial, algunos quieren agudizar todavía más la situación del momento, otros levantan bandera blanca. Desde el punto de vista de los intereses de clase, hay en la oposición gente que debiera estar con nosotros; basta citar que en la Central Unica de Trabajadores, la Democracia Cristiana tiene una representación relativamente fuerte.

En cuanto a la Izquierda, a la Unidad Popular, ésta es una coalición de fuerzas sociales y políticas, un frente de partidos que tienen distinta formación social, distinta formación ideológica y política; por lo tanto en la Unidad Popular hay coincidencias y naturalmente algunas diferencias. Esto es comprensible y no nos puede extrañar de ninguna manera.

Hablando francamente, uno puede observar rasgos reformistas, tendencias oportunistas de derecha, tendencias oportunistas de izquierda, burocratismo, y aún en el seno de nuestra clase obrera, alguna tendencia al economicismo. Pero yo diría que la gracia consiste o la tarea consiste en articular y unir todas las fuerzas colocando las cuestiones en que coincidimos, las cuestiones que nos unen, los intereses comunes del pueblo, por encima de las cuestiones que nos separan, y esa ha sido la política del Partido Comunista. Y permítanme decir, compañe-

ros, a riesgo de que puedan pensar que faltamos a una de las virtudes propias de los comunistas, que es la modestia, que si algún mérito tenemos los comunistas chilenos, este mérito consiste precisamente, y también es mérito de nuestra Juventud Comunista, en haber sabido trabajar pacientemente durante decenas y decenas de años hasta lograr la unidad de la clase obrera y de nuestro pueblo, de las fuerzas revolucionarias y de izquierda de nuestra Patria (ovación).

El daño de la ultraizquierda

En este cuadro, yo tengo que decir que la ultraizquierda es un factor negativo, es un fenómeno que crea dificultades objetivas.

Ustedes vieron desfilar al MIR el lunes. ¿Cuántos son?, ¿3 mil, 4 mil, 5 mil los que marcharon? Yo no sé, cada uno puede hacer sus cálculos, pero si hablamos de quién es quién en cuanto a fuerza, recurramos a hechos objetivos, concretos. Hace pocos meses hubo elecciones en la Universidad de Chile para elegir 100 personas integrantes del Consejo Normativo de la Universidad. Los comunistas elegimos 27, de los cuales 7 son miembros de la Juventud Comunista, la primera fuerza de la izquierda de la Universidad de Chile; el MIR eligió uno sólo. Hubo elecciones recién en la Federación de Estudiantes de Chile, luego en la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado, y los resultados son más o menos los mismos. No tengo todos los datos en la memoria, pero el MIR no sacó ninguno en la UTE ni en la de Chile; en ambos casos triunfó la izquierda con presidentes comunistas. Hubo elecciones en la CUT, con gran propaganda del MIR, gran despliegue publicitario y sacó uno sólo, ocupando el último lugar entre las fuerzas políticas. Del punto de vista cuantitativo, no son entonces gran cosa; pero hacen daño. Quieren hacer la revolución en un día, sin tomar en cuenta que hasta Dios se demoró seis en hacer el mundo (risas). No tienen en cuenta a los enemigos principales y plantean la lucha frontal, virtualmente contra toda la burguesía y no sólo en forma verbal sino en la práctica. Nosotros hemos pasado muchas empresas al área social, hemos expropiado fundos, pero de acuerdo con nuestro programa, con la ley chilena, con legislaciones de excepción dictadas en este país, en épocas pasadas que permiten que cuando hay un conflicto en industrias se pueden intervenir o cuando hay desabastecimiento se puede requisar una fábrica. En esto hemos operado teniendo en cuenta la necesidad de crear una sólida base dominante en la economía, un área social dominante para seguir avanzando hacia el socialismo, neutralizando a ciertas capas de la población, ganando a otras. La tarea del MIR ha consistido en echar agua

al molino del enemigo porque ha impulsado tomas de pequeñas industrias, de pequeñas fábricas de jabón o de perfume, que creo que no tienen para un revolucionario gran significación desde el punto de vista del desarrollo del proceso. Hacen ostentación de trabucos y matagatos. Ustedes comprenden compañeros, que nosotros los comunistas, Partido que nació para hacer la revolución chilena, que la estamos haciendo y la haremos junto a los demás partidos aliados, no somos vegetarianos, pero la ostentación y la fanfarronería sólo sirven al enemigo.

Nosotros hemos sostenido, y la práctica ha indicado que teníamos razón al decir que, en las condiciones de nuestro país, ese no era el camino. Si hubiéramos seguido sus consejos, no nos hubiéramos abierto paso hacia la conquista del Gobierno, parte importante del poder político.

Aquí tengo, y no resisto la tentación de leer, unos versos de la canción del compañero Jaime Caicedo, que está aquí entre nosotros, de la Juventud Comunista de Colombia, una canción que yo escuché en Bogotá y que me gustó mucho. Se llama «La Bala». Tiene muchas estrofas. Es una canción polémica contra la ultraizquierda. Una de sus estrofas se las voy a leer con los bis correspondientes. El compañero Caicedo la podrá cantar más adelante. Dice: «La bala nos advirtió y no es la primera, no es la primera, que la vanguardia en la lucha es la clase obrera, es la clase obrera, y acabando con la bala» —es decir con la canción que se llama «la bala»— «y acabando con la bala, ella no es mala, ella no es mala, todo depende de cuándo y quién la dispare y quién la dispara (aplausos prolongados).

Entonces el MIR no tiene en cuenta esto, estas realidades, estas verdades elementales del marxismo-leninismo, se empeña en protagonizar casi a diario hechos que implican transgresión a la ley chilena y que entonces debilitan al Gobierno moralmente ante gran parte de la ciudadanía, lo debilitan, y en cierto modo lo inhabilitan para aplicar medidas firmes contra los reaccionarios, porque gran parte de los chilenos, educados en la mentalidad chilena, no entiende cómo el Gobierno puede aplicar medidas a los que se salen de la ley porque son del Partido Nacional o de la Democracia Cristiana y no a los que se salen de la ley porque son de la izquierda. La actitud del MIR, legitima la sedición, le da armas al adversario.

En la actitud de los comunistas frente al MIR, y a los demás grupos de ultraizquierda, no hay nada que no sea del convencimiento estricto de la necesidad de nuestro deber revolucionario de combatir estas posiciones y estas tendencias. Estamos absolutamente convencidos de que es indispensable combatir estas tendencias y estas posiciones.

Se ha recordado en este Congreso, lo recordó Gladys en su Informe, que los ultraizquierdistas no creyeron en la posibilidad de la victoria del 4 de Septiembre. Le echaban baldes de agua helada al entusiasmo y a la fe combativa del pueblo, atornillaban al revés, como se dice en lenguaje chileno. Sostenían que no había otro camino que la lucha armada, fomentaban la incredulidad en la posibilidad del triunfo, se dedicaban a desarmar moralmente a nuestro pueblo y trataban de influir en las posiciones de otros partidos de izquierda. Sin la lucha del Partido Comunista de Chile, y de todo aquellos otros hombres que comprendieron lo erroneo de esas posiciones, sin la lucha que nosotros libramos contra la ultraizquierda no habríamos triunfado el 4 de Septiembre, no habríamos tenido Gobierno de la Unidad Popular en Chile, el cobre seguiría en manos de los norteamericanos, no habríamos convertido a nuestro país en un segundo frenen la lucha de América Latina contra el imperialismo (aplausos).

Quiero terminar esta intervención, que se me ha alargado más allá de la cuenta, diciendo muy en resumen algunas cosas que me faltan. Quiero decirles que tenemos que combatir el sectarismo en las propias filas de la UP, sin excluir a nuestro Partido y a nuestra Juventud Comunista, a pesar de la amplitud de nuestra política. Todos los compañeros conocen una expresión despectiva; suele decirse entre nosotros: ese que está ahí, ese es UP 5. Se los voy a explicar a los compañeros del exterior. Triunfamos el 4 de Septiembre de 1970. Después de la victoria hay gente que se sumó a nosotros. Como la victoria fue el 4 de Septiembre, entonces a todos los que se han sumado después se les denomina en forma despectiva los UP 5. Esa es una expresión de sectarismo. Nosotros triunfamos con el 37 por ciento de los votos, obtuvimos en Abril, ya dije, del año 71, el 50 por ciento. Gran victoria. ¿Por qué? Porque, obtuvimos muchos UP 5. Necesitamos modificar la correlación de fuerzas más a nuestro favor, aislar a los enemigos principales. Esto quiere decir que necesitamos muchos UP 5. Los procesos revolucionarios, acontecimientos tan grandes como la victoria del 4 de Septiembre y el surgimiento de un gobierno Revolucionario que empieza tomando medidas contra el imperialismo que empieza a pocos días por restablecer las relaciones con Cuba, sin pedirle permiso a nadie, por establecer relaciones con la República Popular China, con la RDA, con la República Popular de Corea, con la República Democrática de Vietnam y hoy, con el Gobierno Provisional de Vietnam del Sur, un Gobierno que surge tomando esas medidas, producen conmoción y hace a mucha gente abrir los ojos y se logra que masas, hasta ayer pasivas o engañadas, despierten y se incorporen al vendaval de la lucha. Esos son los UP 5. Que entre ellos vengan algunos oportunis-

tas, yo no tengo dudas, pero es otra cosa. Ojo con los oportunistas, vigilancia con los oportunistas o con los carreristas, con los que se embarcan en el carro de la victoria, eso es otra cosa. Pero necesitamos muchos UP 5, y uno de los méritos de este Congreso, del trabajo de la Juventud Comunista y del Informe de Gladys consiste precisamente en que pone también el acento en la necesidad de trabajar con aquellos sectores juveniles que no están en la UP pero que coinciden con nosotros, con Uds. en la necesidad de cambios y que no quieren por nada que se devuelva el cobre al imperialismo norteamericano, ni las empresas estatizadas a los antiguos imperios industriales. Tenemos que ganar más fuerza, lograr una nueva correlación de fuerzas, fortalecer mucho más la unidad socialista-comunista y la UP en general.

En el terreno de la juventud se han logrado avances; entre los Partidos, ya expliqué, hay problemas, hay dificultades, pero lo que impera es el espíritu unitario. Particular atención debemos prestar al entendimiento socialista-comunista, por ser los dos Partidos que tienen más influencia en la clase obrera y porque la clase obrera es la principal fuerza en torno a la cual tenemos que agrupar a todas las clases y capas sociales interesadas objetivamente en el proceso revolucionario.

Documentos del VII Congreso Nacional
de las Juventudes Comunistas de Chile. Septiembre 1972

Debemos cerrar filas en torno al Gobierno y no minar su autoridad

Carta a Carlos Altamirano,
Secretario General del Partido Socialista.
6 de febrero de 1973.
(Fragmentos)

A decir verdad, estábamos preocupados por el giro que habían tomado las relaciones entre los partidos de la Unidad Popular, particularmente a raíz del proyecto presentado por el Ejecutivo para legislar sobre el área social de la propiedad. A nuestro juicio, dicho proyecto tiende a ampliar y no a restringir el área de propiedad social, a avanzar y no a retroceder sobre la materia. Así también lo ha entendido el enemigo, que empezó a combatirlo desde el mismo día 13 de enero en que fue anunciado oficialmente por el Ministerio del Interior.

Son varias las razones que han inspirado la presentación de este proyecto. Entre otras podríamos mencionar: a) la necesidad de que el Gobierno mantenga en sus manos la bandera de la lucha por la creación y desarrollo del área social; b) la conveniencia de legislar el traspaso al área social de algunas empresas que están sólo requisadas y sobre las cuales pesan órdenes de devolución a sus antiguos propietarios, emanadas de algunos Juzgados del Crimen; c) el interés de Chile de regularizar cuanto antes la situación existente, con miras a su traspaso al área social o al área mixta, de aquellas empresas donde hay capitales de diversos países de Europa Occidental con los cuales tenemos y debemos tener buenas relaciones; d) la urgencia de insistir ante el Parlamento en una definición de las diversas áreas de propiedad, y e) el hecho de que es indispensable hacer inversiones en diversas empresas que hoy están en estado de requisición o intervención y tales inversiones no se pueden efectuar mientras dichas empresas no pasen jurídicamente al área social.

La verdad es que, en mayor o menor medida, en una u otra etapa de la elaboración del proyecto, participaron personeros de todos los partidos, con excepción del API, aunque no todos estuviesen representados en sus más altos niveles. No obstante, es también cierto que la Comisión Política del Partido Socialista le expresó al Presidente de la República su desacuerdo con dicha iniciativa.

El Partido Comunista estima que no hay razón de fondo para objetarla y que cualquier vacío o error pueden corregirse por la vía de las propias indicaciones del Ejecutivo o de los parlamentarios de la Unidad Popular.

El deber supremo de los revolucionarios

Usted sabe, tanto como yo, que el Gobierno que preside el compañero Salvador Allende está en la mira del imperialismo y de la oligarquía. Cualesquiera sean las debilidades de este Gobierno, hay un hecho claro: el enemigo quiere terminar con él, quiere derribarlo por cualquier medio, sea mediante la acusación y destitución del Presidente de la República o simplemente a través de algún tipo de golpe de Estado o de movimiento sedicioso como el de octubre último. Nadie ignora esto dentro ni fuera del país. Nadie ignora tampoco que con ello se busca una marcha atrás en el proceso de transformación social, y pocos pueden ser los que no se den cuenta que si se abriera paso uno u otro de esos propósitos se arrastraría al país a la guerra civil.

No es sólo el Gobierno, es Chile el que está bajo el fuego de la agresión del imperialismo norteamericano y de sus aliados y sirvientes.

En tales circunstancias, los comunistas consideramos que el deber supremo de los revolucionarios consiste en frustrar los designios criminales del imperialismo y la reacción, en aislar y derrotar a los que buscan el baño de sangre, en defender los derechos soberanos de Chile a construir una nueva sociedad. Para ello no hay otro camino que el de fortalecer la unidad y la lucha de la clase obrera, la unidad socialista-comunista, el firme entendimiento de todos los partidos de la Unidad Popular y, al mismo tiempo, darle al Gobierno el máximo respaldo posible, cerrar filas en torno a él, avanzar y no retroceder en los cambios bajo la dirección del Gobierno actual.

Por eso nos ha preocupado sobremanera que en los últimos tiempos se hayan producido hechos que implican cierto deterioro en nuestras relaciones. Me refiero, entre otros casos, a lo sucedido en la Confederación del Cobre donde se designó presidente de la misma al representante de una tendencia que logró elegir un solo consejero, mientras el Partido Comunista, que eligió 6, el más alto número de dirigentes, se le haya negado el derecho a ocupar el cargo principal.

Hay otro hecho que debe merecer nuestra atención. El MIR descalifica por completo al Gobierno actual. Mientras ustedes y nosotros consideramos que trabaja por los cambios y quiere abrir paso al socialismo, el MIR sostiene que se propone «la reafirmación del orden burgués». Y afirma que: «Sólo avanzará la clase obrera y el pueblo si crece y se fortalece un poder popular independiente del Gobierno.»

¡Un poder popular independiente del Gobierno! ¡He aquí el objetivo del MIR!

Pero ocurre que quien está, como ya se ha dicho, bajo el fuego granedado del imperialismo y la oligarquía, de los Jarpa y de los Frei, y a quien éstos quieren derrocar, no es el fatnasmagórico «poder popular independiente del Gobierno» de que habla el MIR y que sólo existe en la cabeza calenturienta de sus dirigentes, sino al Gobierno del Presidente Allende, que es un hecho real, concreto, una conquista del pueblo que por sobre todo hay que defender para seguir avanzando de más en más.

Es un hecho conocido que los planteamientos suicidas del MIR han encontrado eco en sectores de la Unidad Popular.

Sin embargo, la carta que usted nos ha dirigido, así como otros pronunciamientos y actitudes recientes de los demás partidos de la UP y, desde luego la conducta y la opinión del pueblo que una vez más, en el Estadio Nacional, nos ha dado una lección de combatividad y clarividencia política, indican que tales desvaríos no prosperarán.

Naturalmente, los comunistas estamos en favor del fortalecimiento de todas las formas de poder popular y de la creación de nuevas formas

de ese poder que nazcan de la iniciativa de las masas, a condición de que, como es lógico, tiendan a fortalecer al Gobierno de la UP y no a debilitarlo, siempre y cuando no se planteen como alternativas a él, porque esto último significa echar agua al molino del enemigo y contribuir al logro de su sueño predilecto, el de tumbarlo.

Ratificamos nuestro pleno apoyo a las JAP en el entendido de que deben constituirse con la máxima amplitud, incorporar a ellas el mayor número de comerciantes que sea posible y lograr que participen en la distribución y el control de precios, tal como lo hacen hoy, sin discriminación alguna. Somos partidarios de ir abriendo nuevos canales de comercialización y distribución, ganando y no perdiendo fuerzas para el Gobierno Popular.

Nos pronunciamos por la formación de los comandos comunales como órganos de poder popular formados por representantes de todas las organizaciones de masas que quieran adherir a ellos y siempre que su labor se realice, como lo hemos concebido desde el comienzo, en colaboración con las autoridades de Gobierno con vistas a la solución de problemas que interesan a toda la población. No son ni pueden ser organismos estrechos, apéndices de la Unidad Popular, sino instituciones que vinculen a la Unidad Popular a otros sectores modestos de la ciudadanía.

Creemos que los Sindicatos deben tener más poder en las industrias, principalmente en las del área social, y que los administradores o interventores de las empresas deben ser removidos, cualquiera sea el partido al que pertenezcan, allí donde tengan manifiesta responsabilidad por el desfinanciamiento de las mismas y se hayan comportado como gerentes de viejo cuño y no como revolucionarios. Consideramos que los aumentos de salarios deben vincularse a un mayor rendimiento y a una mayor producción.

Queremos manifestarle también que las tareas en la esfera de la economía adquieren cada vez una importancia más decisiva.

Usted conoce tanto o más que yo los problemas que enfrentamos. Consideramos vital que cada chileno sepa cuáles son estos problemas y de dónde vienen. Tanto el llamado Partido Nacional como la Democracia Cristiana, retorciéndole el pescuezo a la verdad, tratan de cargar todas las dificultades a cuenta del Gobierno. No podemos permitir que la mentira se imponga sobre la verdad. Somos y debemos ser los acusadores, los que señalemos con el dedo a los responsables del endeudamiento del país, del atraso agropecuario, de la escasez de divisas, de la especulación y del mercado negro. En este último aspecto, el pueblo está escribiendo páginas brillantes de iniciativa y coraje en defensa de su propio pan.

En 1973–74 debemos aumentar sustancialmente la producción agrícola, sobre todo en trigo y maiz.

Del mismo modo, debemos aumentar la producción de cobre y de otros rubros exportables.

También debemos lograr aumentos en la producción industrial y la rentabilidad de las empresas del área social.

Se podría afirmar que el éxito en estos terrenos nos abrirá el principal camino que nos permitirá modificar fundamentalmente la correlación de fuerzas y marchar hacia la plena conquista del poder.

La Unidad Popular representa diversas corrientes, y es natural que entre ellas afloren de vez en cuando diferencias de opinión. Pero toda vez que estamos unidos por un programa común y hemos asumido responsabilidades de Gobierno, responsabilidades ante el país, ante la historia y ante muchos pueblos que miran con interés nuestro proceso de cambios, tenemos el deber de colocar siempre, por encima de todo, lo que nos une y no lo que nos pueda separar.

«*El Siglo*», 7 de febrero de 1973

Se necesita dirección única del Gobierno en la lucha política y en la esfera de la economía

Informe al Pleno del Comité Central del Partido.
28 de marzo de 1973
(Fragmentos)

La gran victoria popular del 4 de marzo crea nuevas y mejores condiciones políticas para llevar adelante el cumplimiento del programa de Gobierno y superar las dificultades que se han venido presentando en el camino de la revolución chilena.

Las fuerzas reaccionarias han sufrido una derrota de proporciones. Los objetivos que se habían trazado –lograr los dos tercios en el Parlamento, reducir la votación de la Unidad Popular a un porcentaje inferior al que obtuvo en las elecciones que dieron origen al actual gobierno– fueron por completo pulverizados por la lucha y la conciencia del pueblo.

Una vez logradas sus metas electorales, los reaccionarios se pro-

ponían ponerle al Presidente de la República la pistola al pecho, acusarlo ante el Parlamento y destituirlo o exigir por cualquier otro medio hiciera abdicación del mando.

Fracasaron.

La revista «Qué Pasa», de inspiración derechista, no ha podido confesar por menos que «el resultado del 4 de marzo mostró que la alternativa electoral aún no está cerrada para la Unidad Popular».

Por su parte, «El Mercurio» ha sostenido, comentando, asi mismo, los resultados de las elecciones, «que una revolución marxista como la que ha estado desarrollándose en Chile no se detiene con una campaña publicitaria para convencidos ni con las tareas partidistas tradicionales».

Todo esto conduce a que el sector más reaccionario de la oposición no se dé por vencido, no se resigne a acatar el pronunciamiento ciudadano y se dedique a preparar una nueva escalada sediciosa, a buscar por cualquier medio la caída del Gobierno, antes de que éste logre remontar los obstáculos y el proceso revolucionario se convierta en un todo irreversible.

El tiempo trabaja a nuestro favor, a favor del Gobierno Popular y, en consecuencia, el enemigo hará un nuevo intento para derribarlo, combinando la prontitud con la mejor preparación del golpe, para evitar un nuevo fracaso. Los agentes de la CIA han de estar ya trabajando activamente.

A este respecto no hay que hacerse ilusiones. El proceso revolucionario no se desarrollará en forma idílica, plácidamente, sino en medio de un forcejeo constante entre las fuerzas partidarias de la revolución y las que están por la contrarrevolución.

Estos y otros antecedentes, que se han publicitado ampliamente ponen de relieve un hecho de la máxima gravedad: la intervención imperialista en nuestros asuntos internos. Esta intervención se ha hecho presente durante los dos años y medio del Gobierno Popular, ora en forma abierta, como en el caso del cierre de líneas de crédito o de los embargos requeridos por la Kennecott, ora en forma relativamente encubierta, como en octubre de 1972, durante el paro sedicioso de los patrones encabezados por Vilarín y Cumsille.

De este modo, la defensa del Gobierno que preside el compañero Salvador Allende se transforma en una causa patriótica y verdaderamente nacional y, por su sentido internacional, recibe el apoyo de los trabajadores y los pueblos de los cinco continentes.

Por esto mismo, el Partido Comunista declara que sigue y seguirá considerando como su primer deber patriótico y revolucionario defender el derecho del pueblo de Chile a marchar por el camino que ha

elegido y a dar su máxima contribución a la lucha contra los siniestros planes del imperialismo y de aquella parte de la oposición que, en defensa de sus intereses, no han titubeado ni tendrán escrúpulo alguno en tratar de arrastrar al país a la guerra civil.

«Los dioses ciegan a quienes quieren perder.» Los enemigos del pueblo no ven o no quieren ver lo que realmente pasa en el país, el hecho de que el Gobierno que encabeza el Presidente Salvador Allende lleva a cabo la transformación revolucionaria de la sociedad en interés de la nación y administra al país teniendo en primer lugar en cuenta las conveniencias de los trabajadores y del pueblo en general. Por eso mismo se sorprenden y no alcanzan a comprender por qué los partidos de Gobierno, no obstante las dificultades que existen, obtienen tan alta votación.

La fuerza real y potencial de los partidarios de los cambios sociales es verdaderamente gigantesca. En esta lucha, el proletariado cuenta con inmensas reservas, con grupos sociales que todavía están bajo la influencia del enemigo, pero que pueden y deben ser atraídos al cauce de la revolución.

Desde el punto de vista constitucional, el Gobierno puede administrar al país sin tener la mayoría absoluta de los sufragios ni de las bancas parlamentarias. Más aún, los hechos han demostrado que, en estas condiciones, y teniendo en cuenta que más allá de la Unidad Popular hay gente proclive a los cambios, se puede llevar adelante la transformación social. Sin embargo, se debe trabajar por unir a la mayoría del país alrededor de la clase obrera y en apoyo resuelto al Gobierno de la Unidad Popular. Esto es fundamental para asegurar el triunfo de la revolución y la derrota de los contrarrevolucionarios.

Superar la situación

Hablando francamente, en la acción del Gobierno hay situaciones que no pueden prolongarse más. No es posible que todavía se observen dos o más orientaciones, dos o más líneas respecto a las formas de encarar cuestiones vitales referentes, por ejemplo, a la conformación de las diversas áreas de propiedad o al problema de la distribución. Y tanto o más intolerable es que no siempre se cumplen las resoluciones adoptadas en conjunto o las decisiones de los jefes superiores.

En fallas como éstas, todos los Partidos tenemos mayor o menor responsabilidad. Lo importante es que con el esfuerzo de todos, superemos tan dañina situación.

Se pueden anotar no pocos éxitos en el campo de la producción. Pero son insuficientes. Y lo que es más serio, el ascenso económico,

el aumento de la producción y del empleo que se logró en 1971 y en gran parte de 1972 tienden a declinar desde hace algunos meses. En ello ha influido el criminal paro de los dueños de camiones. Sin embargo, hay razones más de fondo que explican esa tendencia.

No nos referimos, por cierto, a lo que antes anotamos, al aumento de los precios de importación, al bloqueo yanqui y otras causas conocidas. Nos referimos a una serie de otras cuestiones que son de nuestra responsabilidad y que plantean tareas inaplazables, obligaciones ineludibles para la clase obrera, la Unidad Popular y el Gobierno.

En concreto, se trata de entrar seriamente por el camino de la planificación económica, de la plena utilización de los recursos disponibles, del aprovechamiento total de las capacidades instaladas en la industria y la minería, de las inmensas posibilidades que ofrece el desarrollo del Trabajo Voluntario, del movimiento de los innovadores, de fabricación de piezas y repuestos, de la emulación y el estímulo en el trabajo, de la estrecha vinculación que tiene que haber entre el aumento de la producción y de la productividad y el mejoramiento de los salarios y de las condiciones de vida de los trabajadores.

Dirección clara

La verdad es que hasta ahora no hemos logrado crear una dirección económica claramente estructurada y definida. Muchos administradores e interventores de empresas y de bancos estatizados actúan «por la libre»; se han convertido en una especie de señores feudales que hacen lo que quieren y no le dan cuenta a nadie, no responden ante nadie de su gestión. En materia de salarios, de contratación de empleos y en muchas otras cosas hacen lo que les da la gana, lo que estiman conveniente a su partido político o a sus posiciones personales. Reiteramos la opinión del Partido en orden a remover a los funcionarios de cualquier nivel o filiación política responsables de tan graves fallas.

Existen problemas en los cuales la falta de dirección y decisión hacen realmente crisis. Uno de ellos es el transporte terrestre. Tenemos posibilidades de resolver este serio problema mediante créditos a largo plazo y bajo interés desde distintos países socialistas y capitalistas. La Unión Soviética nos ofreció, por ejemplo, mil camiones cuando estuvo allá el compañero Allende. De ello han pasado más de tres meses y todavía nadie decide nada. Mientras tanto, hay falta de transporte para la minería, para la agricultura, para sacar la mercadería que se atocha en los puertos.

En la mayoría de las empresas del área social o mixta no se ve un

cambio real en las relaciones de producción', a pesar de que éste es, después de todo, el asunto principal. Si una clase, la burguesía, o una capa social más o menos homogénea, la oligarquía financiera, dirigía ayer el proceso económico, lo que corresponde es que otra clase social, en nuestro caso el proletariado, pase a desempeñar ese papel. Por eso, entre otras cosas, somos partidarios de revisar y modificar las formas de participación de los trabajadores puestas en prácticas hasta hoy. Insistimos en que los sindicatos y los dirigentes sindicales, junto a los ejecutivos designados por el gobierno, asuman la plena dirección de las industrias. Ello permitirá avanzar realmente en el cambio de las relaciones de producción, desterrar las tendencias economicistas, vincular aún más el interés de los trabajadores al progreso y a la buena marcha de la industria. La base principal para lograr una dirección única y planificada de la economía está en la toma de mayores responsabilidades por parte de los trabajadores.

Las enormes potencialidades de los recursos básicos nacionalizados, del área de propiedad social, de la Banca Estatal, de la nueva economía que nace, ampliando más su alcance y profundidad, unido todo ello a los resultados de las elecciones del 4 de marzo, al fortalecimiento del Gobierno, al mejoramiento del precio del cobre y al deseo vehemente que anima a la población de superar cuanto antes las dificultades que la afligen, crean condiciones favorables para darle un fuerte impulso a la producción y a la productividad, corregir los errores que ya nadie puede desconocer y lograr una dirección eficiente y orgánica de la economía nacional.

Fuertes inversiones

El país necesita fuertes inversiones para el desarrollo de la minería, la industria y la agricultura, en energética, instalación portuaria, transporte y otras obras de infraestructura. Sin embargo, sostenemos enfáticamente que lo fundamental es hoy por hoy aprovechar racionalmente los recursos existentes, sin perjuicio de la inversión intensiva que se realice en la propia empresa para incrementar la producción a corto plazo. La forma de impulsar eficazmente la batalla de la producción reside en la aplicación práctica de unas pocas ideas simples, claras para todos, capaces de ser comprendidas y acogidas de inmediato, como tareas concretas y esenciales, por los trabajadores y el pueblo en general.

Por ejemplo, se trata de:

1. Lograr una organización del trabajo que asegure el aprovechamiento total y óptimo de los equipos con que se cuenta y de las ma-

terias primas de que se dispone. Los tractores que tiene el país se utilizan en un 55 por ciento de sus posibilidades. Hay fábricas donde se podría establecer un segundo o tercer turno de trabajo.

2. En cada unidad productiva estatal, mixta o particular, no debiera hacerse ninguna inversión adicional en tanto no se agote la capacidad instalada existente. Las inversiones que allí se pudieran hacer deben facilitar, ante todo, el uso pleno de los equipos, más que a orientarse a aumentar equipos que puedan quedar subutilizados.

3. Nadie mejor que los trabajadores conocen, junto a los técnicos, todas las potencialidades que guardan sus instrumentos de trabajo. Cuando se planteó la batalla por el ahorro de divisas –que sigue plenamente vigente– florecieron mil iniciativas que hoy se están aplicando y que han ahorrado millones de dólares al país. Ahí está, entre otros, el caso de Textil Progreso que, en colaboración con la Escuela Industrial de Puente Alto, se propuso y logró fabricar en Chile una serie de repuestos. Entre los ejecutivos, los técnicos y los trabajadores se debe establecer una relación cotidiana que permita discutir y resolver en conjunto muchos problemas en el terreno mismo, en el lugar de la producción.

4. Se debe obligar a los administradores, interventores y jefes de empresas y servicios, a considerar las proposiciones que surjan de los trabajadores y a responder por escrito a sus sugerencias, en el plazo máximo de 15 días, si son aceptadas o por qué no son acogidas.

5. Se deben establecer estrechos contactos entre los trabajadores de distintas unidades productivas y, en especial, de la misma rama de producción, a fin de intercambiar experiencias y, si cabe, resolver en común los problemas comunes. Como dicen los camaradas de la República Democrática Alemana, no hay inversión más barata ni de rendimiento más inmediato que el intercambio de experiencias.

6. En cada unidad productiva o rama de producción se deben establecer estímulos morales y materiales en razón de las iniciativas positivas que surjan de los trabajadores, de su rendimiento, de su asistencia al trabajo, etc.

7. El aprovechamiento óptimo de los equipos y materias primas, de las iniciativas de los trabajadores y demás ideas esbozadas en los puntos anteriores, tiende a lograr y/o a aumentar la rentabilidad de las empresas. Se debe luchar contra toda tendencia a sostener que la rentabilidad de éstas es sólo una cuestión de precios. Sin desconocer que hay situaciones de precios necesarias de corregir, el acento fundamental hay que ponerlo en la disminución de los costos y en lograr por este camino y por una mayor productividad el aumento de la rentabilidad. Los problemas de la producción nunca podrán solucionarse

por la vía de emitir moneda para financiar los déficit; ello sólo conduce al aumento de la inflación y a la desarticulación de la estructura productiva.

8. Es necesario establecer convenios que liguen producción y productividad con salarios; producción y productividad con créditos, etc., todo en el marco del autofinanciamiento de las empresas y el aumento de la rentabilidad. En estas condiciones, la mayor producción dará origen al aumento de salarios, al fondo para gastos sociales y al establecimiento sano de un fondo de inversión que permita la ulterior reproducción ampliada, tanto en la empresa en particular como en la economía en su conjunto.

9. El carácter obligatorio del cumplimiento de las decisiones adoptadas es una cuestión decisiva. La lucha por el cumplimiento de las tareas es y tiene que ser de cada día.

10. También debe ser obligatoria la rendición periódica de cuentas por parte de los ejecutivos ante sus superiores jerárquicos y la Asamblea de los trabajadores de sus respectivas empresas.

Estatuto para el área social

Pensamos que las ideas anteriores, junto a otras que pudieran surgir, deben servir de base para la dictación de un estatuto de normas comunes de administración de empresas del área social y mixta. El personal de estas empresas y, ante todo, los ejecutivos, debieran guiarse rigurosamente por tales normas.

Los sindicatos, los trabajadores, técnicos y ejecutivos de las empresas debieran discutir desde ya estas ideas y luchar por su aplicación. Creemos que no cometemos el pecado ni siquiera venial si los comunistas salimos de este Pleno a promover esta discusión y la práctica inmediata de los acuerdos a que se pueda arribar.

Al formular estas proposiciones e ideas no nos mueve otro espíritu que el de contribuir a lograr una dirección económica común con la participación masiva de los trabajadores, una dirección democrática, que surja de todos los niveles y no se imponga desde arriba.

Proponemos comenzar desde ya la elaboración del Plan de la Economía para 1974 y, en su proceso de elaboración, ir estableciendo planes parciales para el presente año, particularmente un plan financiero para el segundo semestre de 1973. Se trata de establecer planes al comienzo muy simples, con unos pocos indicadores, pero que aseguren un funcionamiento cualitativamente distinto de la economía y un ordenamiento inmediato en tanto se van elaborando. El plan deberá comprender cada unidad productiva y ser la expresión resumida

de la batalla por la producción, en un marco de control de las responsabilidades por las tareas fijadas.

Uno de los rasgos de este Plan es que él debe estar compuesto por planes regionales, que planteen tareas específicas y pongan de relieve las potencialidades de cada una de las zonas del país. En función de estas tareas se irá progresivamente descentralizando la economía nacional.

En la batalla por la producción y la distribución, en la detención de la inflación, en la transformación de las relaciones de producción y en el desarrollo ulterior de la economía, el sector estatal juega el papel decisivo. La lucha entre lo viejo y lo nuevo se expresa en el terreno de la economía como el fortalecimiento del sector estatal y su predominio creciente. Esto no supone la desaparición del sector privado, sino que, al contrario, su mantención en una dependencia armónica y no contradictoria con el área social. Los pequeños y medianos productores tienen un rol importante que jugar en la batalla de la producción y el desarrollo general de la economía.

La única forma científicamente correcta de combinar las relaciones entre el sector estatal y el privado, de establecer las proporciones adecuadas entre las diversas ramas de la economía, de asegurar movimientos financieros proporcionales a las necesidades de la producción y, sobre todo, de orientar y definir con precisión las metas y directrices para el desarrollo económico, se encuentran en la confección y aplicación de un Plan. Justamente un elemento que distingue al socialismo del capitalismo es el funcionamiento planificado de la economía frente al funcionamiento anárquico.

Rigurosidad en el cumplimiento

Nos asiste la convicción de que obtendremos avances importantes en la cohesión política de la Unidad Popular y del Gobierno y en materia de dirección económica. Nos interesa, sin embargo, dejar claramente establecido nuestro pensamiento en el sentido de que los planes que vayamos elaborando, las metas que nos tracemos y cada uno y todos los acuerdos que se tomen deben ser rigurosamente cumplidos. La lucha por su cumplimiento es un deber de todos.

El aparato estatal es el instrumento principal en la construcción de la nueva sociedad. En nuestro país se da el caso particular de que el Gobierno Popular, empeñado en la realización de profundas transformaciones revolucionarias, actúa con un aparato estatal de tipo burocrático burgués. Su reemplazo, su sustitución es una necesidad. Pero la forma de lograr este objetivo no pasa por la creación de nuevas

relaciones de producción y de diversos organismos populares que vayan tomando en sus manos tareas y funciones que ese aparato burocrático burgués es incapaz de cumplir.

Tarea pendiente

Está claro que la victoria popular del 4 de marzo, con ser importante, deja pendiente la tarea de ir a la formación de un tipo de Parlamento que facilite y no frene el proceso revolucionario. Del mismo modo, sigue pendiente la transformación del Poder Judicial y de la Contraloría General de la República, cuyo jefe no puede continuar siendo un todopoderoso y que, para colmo, actúa como tranca al cambio social. La clase obrera y el pueblo de Chile no abandonan ni abandonarán jamás la lucha por estos objetivos que le ayudarían a alcanzar la plenitud del poder.

A este respecto, tal vez vale la pena insistir en un concepto que hemos expresado en otras oportunidades. Nos referimos al hecho de que el enemigo trata de desalojarnos de las posiciones de poder que hemos alcanzado y nosotros de afianzarnos en ellas y de conquistar las que aún conserva él.

Esto lo podemos lograr.

Sería simplificar el problema si dijéramos que el logro de nuestros objetivos revolucionarios es sólo una cuestión de votos. No. Jamás hemos considerado que la vía de la revolución chilena es una vía exclusivamente electoral. Es un camino de constantes enfrentamientos, de aguda lucha de clases y en el cual lo fundamental es la movilización, el combate de las masas y la creciente elevación de su conciencia revolucionaria. Pero, lo cierto es que sobre esta base se abre la perspectiva de que ganemos a la mayoría, de que la Unidad Popular tenga a su lado a la mayoría de los electores. Ello depende de varios factores, sobre todo de cómo resolvamos lo que hoy por hoy y este año es lo fundamental: lograr la cohesión política y la dirección económica única que nos permita superar con éxito las dificultades y llevar adelante nuestra revolución.

Teniendo en cuenta lo antes señalado podemos afirmar que sostener a todo trance el Gobierno, contra cualquier tentativa de echarlo abajo, es nuestra primera obligación.

La segunda es lograr, en forma simultánea a la anterior, extender y profundizar el proceso revolucionario.

Cada base y organismo dirigente del Partido tiene que tener la cabeza y también los pies en el terreno donde se libran las batallas principales, ante todo en la producción.

El 25 de enero anunciamos públicamente que quedaba suspendida la incorporación al Partido de funcionarios de la administración pública y que, en tal período, haríamos allí una revisión de los militantes reclutados en los últimos tiempos por si algunos hubiesen creído que se podía ingresar a nuestras filas por ventajas personales u otros intereses que no sean los de la clase obrera y de la revolución. Se revisaron 215 casos. Como producto de esta revisión hemos acordado 5 expulsiones, 10 separaciones de las filas del Partido y 4 remociones de cargos de responsabilidad administrativa. Con anterioridad, en el curso de 1972, hicimos decenas de cambios en puestos de responsabilidad en organismos de Gobierno y en empresas del área social.

La medida de suspender el reclutamiento en la administración pública queda terminada. Pero hemos resuelto que en este sector se estudie prolijamente cada caso, cada solicitud de ingreso al Partido y que ésta sea avalada al menos por dos militantes.

Proponemos también que procedamos a cambiar el carnet del Partido que no se renueva desde hace 4 años. Creemos que ésta es una medida saludable. Debemos trazarnos como perspectiva que la totalidad de los militantes renueve su carnet antes del Congreso.

Cumplir el programa

Los resultados del 4 de marzo refuerzan la autoridad del Gobierno y la obligación del mismo para seguir marchando, resueltamente, por el camino del cumplimiento integral del Programa, aplicar una política más firme frente al sector sedicioso de la oposición, golpear con más fuerza a los especuladores y traficantes del mercado negro y tomar las medidas necesarias para resolver los graves problemas económicos y financieros que afronta el país.

Un obrero, Javier Meneses Zúñiga, de la población «Alborada» de Santiago, ha expresado en carta a «El Siglo» el sentimiento de su clase. En esa carta dice: «En su afán de provocar el pánico, los sinvergüenzas se han venido abasteciendo desde hace mucho tiempo, dado que ellos tienen el dinero suficiente como para comprar y guardar sin pasar penurias económicas. ¿Un obrero puede hacer eso? Imposible, porque los obreros viven al día. Entonces, los momios, después que acaparan, orquestan la campaña en la radio y prensa que tienen, anunciando la escasez, provocando de inmediato la especulación y el mercado negro.»

Y luego agrega: «Entonces uno se pregunta, compañero, ¿hasta cuándo vamos a aguantarles a estos bellacos la sinvergüenzura? Yo pienso que no hay que andarse con chicas y hay que meterles mano.

A veces se observa mucha blandura, incluso protección para los sinvergüenzas. Ya está bueno, compañero, que nos dejemos de patillas. El 44 por ciento de votos que sacamos hay que aumentarlo, y eso se logra, creo yo, dándole seguridad a nuestra gente con respecto a las cuestiones esenciales. Si nosotros vemos que el Gobierno nos protege, vamos a estar firmes, pero si flaquea, hay muchos que se pueden echar para atrás y eso estaría malo. Si le echamos para adelante juntos, esta pelea la vamos a ganar de aquí a Penco, compañeros, y estoy seguro que así va a ocurrir.»

El Partido Comunista piensa, como ese obrero, que precisamente así va a ocurrir si, tal cual él dice, actuamos con firmeza frente a la reacción.

«*El Siglo*», 29 de marzo de 1973

Estamos por el diálogo que propone el Presidente

Intervención de Resumen del Pleno del Comité Central del Partido. 27 de julio de 1973.
(Fragmentos)

Anoche fue asesinado el Comandante Arturo Araya, Capitán de Navío, Jefe de la Casa Militar, Edecán Naval del Presidente de la República. Muchos de nosotros tuvimos el agrado de conocerlo. Era un oficial meritorio, afable, inteligente, de nuestra Marina de Guerra. En su honor, en la sede del Comité Central de nuestro Partido flamea desde las primeras horas de hoy la Bandera Nacional a media asta. Permítanme que les invite a rendirle un homenaje a su memoria guardando de pie un momento de silencio.

No se trata de un asesinato fortuito. Forma parte de la escalada sediciosa, de los planes terroristas de quienes buscan derribar al Gobierno y arrastrar a Chile a una guerra fratricida. Por eso hay que estar alerta y vigilantes.

Ayer mi hija mayor recibió por correo un sobre con este impreso: «Yakarta se acerca». No es la única, son muchas las personas que están recibiendo por carta o por teléfono la amenaza de muerte.

El estado mayor de la sedición ha lanzado un nuevo paro de transportistas. Catorce mil camiones están paralizados. El pretexto es el supuesto incumplimiento de lo convenido al término del paro de octu-

bre. Pero, ¿a quién engañan? Este es sin discusión un paro sedicioso que apunta, como otras acciones de la derecha facciosa, al derribamiento del Gobierno.

Quisiera llamar la atención acerca de las graves consecuencias que este paro, de proseguir, traerá a toda la población. Durante el que tuvo lugar en octubre había stock de mercaderías de tal magnitud, que los efectos de aquel movimiento sedicioso no se sintieron entonces, sino meses después. En cambio, ahora, no disponemos de esos mismos stocks, de manera que las dificultades, sobre todo en el abastecimiento, se sentirán de inmediato, principalmente en la próxima semana.

Esto hay que decirlo y hacérselo saber a todo el país a fin de que cada chileno, cada hogar del pueblo sepa ubicarse bien y entregar su aporte a la lucha de las masas dirigido a desbaratar este movimiento sedicioso. Hay que tomar medidas para que todas las organizaciones de masas de todo género se pronuncien contra los Vilarín y aquellos que inspiran sus actos criminales. Hay que poner en práctica toda la experiencia de octubre, teniendo en cuenta las nuevas condiciones de hoy. Muchas de las iniciativas que fueron aplicadas entonces, tienen plena validez. Esperamos que el Movimiento de Voluntarios de la Patria repita en la carga y descarga de mercaderías la epopeya de la ocasión anterior; que funcionen también los frentes patrióticos que surgieron y actuaron aquella vez; que se pongan en práctica nuevas iniciativas de masas; que el movimiento popular adquiera una nueva dimensión.

Como lo destacó el compañero Millas en su informe, la movilización de los trabajadores el 15 de junio, en medio de una lluvia torrencial, el paro y la movilización del 21 de junio y la actitud de combate asumida el 29 del mismo mes durante el «Tancazo», mostraron que la clase obrera constituye una fuerza colosal que, si se mantiene unida, movilizada y en alianza con otras capas sociales, es y será un dique que los sediciosos no podrán franquear. Por eso, hoy más que nunca, nuestra preocupación fundamental está y ha de estar en el fortalecimiento de la Central Unica de Trabajadores, en la cohesión del proletariado, en la unidad socialista-comunista, en el entendimiento sin sectarismo entre los trabajadores de todas las tendencias.

Entre socialistas y comunistas habíamos llegado hasta antes del «tancazo» a una coincidencia casi total en la apreciación de la situación política y en las soluciones que se les debía dar. Entre todos los partidos de la Unidad Popular existía también un alto grado de unidad. Posteriormente han surgido algunas desinteligencias que esperamos y creemos son transitorias. Debemos prestarles la máxima atención a fin de superarlas.

Ayer sostuvimos una importante entrevista entre socialistas y comunistas; en ella afloraron las diferencias, pero también no pocos puntos de vista coincidentes. Por ejemplo, el Partido Socialista, al igual que nosotros, piensa que los cordones industriales son o deben ser bastiones del proletariado bajo la dirección de la CUT; en tales cordones, creen ellos, y también nosotros, que deben participar los sindicatos del sector correspondiente y tener una generación democrática. Además, ambos partidos, así como todas las colectividades que integran la UP, concebimos esos cordones como órganos de poder que no son ni pueden ser paralelos, ni menos opuestos, al Gobierno Popular. Coincidimos también en cuanto a que en los cordones industriales sólo deben participar los sindicatos, quedando margen para que en los comandos comunales, que son otra cosa, estén representadas otras organizaciones como las Juntas de Vecinos, centros de estudiantes, JAP y otros organismos que existan en cada lugar. Se trata de una coincidencia fundamental entre socialistas y comunistas, a base de la cual hay que trabajar, hay que poner manos a la obra, para que los cordones industriales no se desfiguren en su contenido y en su orientación.

El Presidente de la República, recogiendo una necesidad nacional y haciéndose eco de la opinión mayoritaria de la nación, se ha dirigido al Partido Demócrata Cristiano proponiéndole el diálogo «frente al pueblo y al país todo, desde una posición de principios».

El Presidente del Partido Demócrata Cristiano ha respondido en un discurso plagado de afirmaciones inexactas, de interpretaciones erróneas o antojadizas de la realidad nacional, al mismo tiempo que ha hecho en él acertadas consideraciones y, lo que más importa, ha dado una respuesta afirmativa al llamado del Jefe de Estado.

Ha dicho, no sin razón, que la principal responsabilidad está en el Presidente de la República. Así es. Pero para que fructifique un diálogo, cada cual debe asumir su responsabilidad y actuar con responsabilidad, esté en el Gobierno o en la oposición. Así lo hicimos nosotros cuando estuvimos en la oposición, y esperamos que así lo haga la DC. Por esto mismo no aparece afortunada, para decir lo menos, la afirmación del Presidente del PDC, cuando sostiene en su discurso que ellos partirán de la necesidad de impedir que en Chile se establezca una tiranía comunista. Aquí hay que partir de la necesidad de evitar la guerra civil, que es un peligro real, y de asegurar que los cambios revolucionarios prosigan, como dice el Episcopado, buscando una forma chilena, original, creadora, que nos transforme en una sociedad moderna y progresista. Y esa ha sido y es la posición del Partido Comunista.

En un momento como el actual, podemos suscribir las palabras del Cardenal Silva Henríquez, contenidas en la carta de respuesta a la que nosotros le dirigiéramos a él, en cuanto a la fe que expresó en el buen sentido y en el patriotismo de los dirigentes políticos chilenos.

Pero, sobre todo, los comunistas expresamos nuestra fe en el pueblo, en que éste sabrá imponer su voluntad, y subrayamos nuestra opinión en el sentido de que, siendo indispensable el diálogo en las alturas para tratar de concertar alguna solución, lo fundamental es el diálogo en el seno de las masas para fortalecer y ampliar su unidad, darle una base social sólida a eventuales entendimientos y hacer imposible la guerra civil.

Desde el punto de vista de los principios, los revolucionarios —como se sabe— nunca han sido contrarios al diálogo y al acuerdo. La historia de nuestro propio movimiento social, ofrece no pocos ejemplos de diálogos y entendimientos que han favorecido los intereses del pueblo. En 1958, por ejemplo, se formó lo que se dio en llamar el Bloque de Saneamiento Democrático. Se llegó a un acuerdo entre la mayoría de los partidos políticos de aquel entonces, y este acuerdo permitió una reforma electoral muy importante, el establecimiento de la cédula única y la derogación de la «Ley Maldita», de la mal llamada Ley de Defensa de la Democracia.

Nadie puede decir que el diálogo y el entendimiento que condujo a la creación de la cédula única, a la reforma de la Ley Electoral y a la derogación de la «Ley Maldita», fue un paso en falso del movimiento popular, del Partido Comunista y los demás partidos populares que suscribimos los compromisos correspondientes en aquel entonces. Dígase lo que se quiera, pero el llamado Estatuto de Garantías constituyó también otra forma de diálogo, de entendimiento y de compromiso, que aseguró la constitución del Gobierno de la Unidad Popular, el acceso del compañero Allende a la Presidencia de la República. La misma reforma constitucional que permitió la nacionalización del cobre, abrió paso al diálogo y al entendimiento entre los partidos de la Unidad Popular y la Democracia Cristiana.

Es claro, hay diálogos y diálogos y acuerdos y acuerdos, y nosotros estamos en Chile por un diálogo constructivo, creador, que no le exija a ninguno de los interlocutores que renuncien a sus principios o a sus programas. El Gobierno no está dispuesto a renunciar en modo alguno a sus objetivos programáticos, ni le exige a la Democracia Cristiana que renuncie a los suyos. No estamos dispuestos a renunciar a nuestros principios ni les pedimos a los demócratacristianos que renuncien a sus principios. No estamos dispuestos a que nos pongan de rodillas ni queremos poner de rodillas a ningún interlocutor. Se trata de un

diálogo en que se parte del respecto a las posiciones de cada cual, en busca de las posibles coincidencias o convergencias, y estamos convencidos de que en las condiciones de hoy existe la posibilidad de alcanzar éxito en este terreno.

El diálogo no es ni será tarea fácil, aunque ya de por sí se ha vencido la primera dificultad y se han logrado los primeros éxitos: que se haya llamado al diálogo, y que este llamado haya tenido una respuesta afirmativa. Pero las conversaciones recién empezarán el lunes y, obviamente pueden surgir obstáculos.

No se necesita ver bajo el alquitrán o bajo el agua para comprender que el paro de los camioneros y el asesinato del Comandante Arturo Araya, no sólo forman parte de la escalada sediciosa, sino también son hechos preparados y perpetrados precisamente para echar a pique la posibilidad del diálogo y el éxito del diálogo.

Por eso, repito, tenemos que considerar que no será fácil llegar a un acuerdo, y esto mismo me permite que reitere la necesidad de que le prestemos la máxima atención a lo que hemos dado en llamar el diálogo en el seno del pueblo, y que libremos a este respecto la lucha política e ideológica correspondiente, aislando y cercando a los reaccionarios que están cegados por el afán de encender la guerra civil.

«*El Siglo*», 29 de julio de 1973

Ante la intentona golpista del 29 de junio

Discurso pronunciado en el Teatro Caupolicán.
8 de julio de 1973.
(Fragmentos)

Hace apenas 8 días, el país fue conmovido por una intentona de golpe de Estado. Conocidos personeros fascistoides y de ultraderecha habían proclamado ya, semanas antes, su propósito de derribar al Gobierno. El viernes 29 se trató de materializar esta idea siniestra. A fuerza de tancazos se quiso tomar La Moneda, el Palacio de Gobierno. El motín fue rápidamente conjurado, gracias a la acción decidida y oportuna de la Comandancia en Jefe del Ejército, a la lealtad de las Fuerzas Armadas y de Carabineros e Investigaciones, y al hecho de que la clase obrera, apenas supo la noticia, se atrincheró en las industrias, dispuesta a tomar su parte en el combate si la situación lo hubiese requerido.

Hoy por hoy, está claro que los protagonistas del tancazo no actuaron solos.

La derrota de los amotinados es una gran victoria del pueblo, un triunfo de Chile. Pero el peligro no está totalmente conjurado, ni mucho menos, porque la referida asonada sólo fue una manifestación de una política que sigue fríamente la derecha sediciosa. Por eso, el Partido Comunista llama a permanecer alerta, a dormir con un solo ojo, a no adormecerse en los laureles de aquella victoria.

Siempre hemos sostenido –y lo reiteramos hoy a pesar de los sucesos recientes– que en las condiciones de Chile existe la posibilidad real de llevar a cabo la revolución antimperialista y antioligárquica y de marchar al socialismo sin guerra civil, aunque, naturalmente, en medio de una intensa lucha de clases.

El enemigo trata de tapiar por completo esta posibilidad. Nosotros debemos hacer lo contrario. Mientras ella no esté del todo cerrada, debemos trabajar por mantenerla abierta y ensancharla.

Recabarren decía en su tiempo, cuando el imperialismo inglés campeaba por sus fueros, que el capitalismo no tenía patria y que su bandera sólo era la libra esterlina. Sus discípulos podemos decir hoy día que los hechos ponen cada vez más de relieve que un sector de la oligarquía ha caído en la antipatria y que sólo adora el dinero, sus privilegios de casta, la moneda etranjera. Por eso, resulta una ilusión pensar en un entendimiento entre absolutamente todos los chilenos. En el país se desarrolla una lucha de clases insoslayable. La paz social es imposible. No tiene cabida la tregua con «El Mercurio», los Jarpa, los Pablo H. Rodríguez, con los que quieren devolver las grandes fábricas a los antiguos imperios industriales, con los que quieren revertir o paralizar el proceso de transformación del campo. Pero cabe el diálogo en el seno de la mayoría ciudadana. Hay gente que no está con el Gobierno, pero que tampoco está por derribarlo, está convencida que no se debe volver al pasado, que los cambios son necesarios y que la guerra civil debe evitarse. Entre los que así piensan, sí que cabe el diálogo y eventualmente, uno que otro entendimiento.

Queremos dejar plenamente establecido que no renunciamos ni podemos renunciar a los cambios institucionales. Los reaccionarios nos acusan de pretender la totalidad del poder. Sí, señores. Pretendemos que todo los poderes estén al servicio del pueblo, cada cual desde su órbita de acción y conforme a los límites que fije la ley, manteniendo el pluralismo y el reconocimiento de los derechos a quienes sean opositores, siempre que sus acciones se encuadren dentro de las normas jurídicas vigentes o de las que se dicten. ¿Qué pecado es éste?

Si las clases hasta ayer del todo dominantes tenían en sus manos

la suma de los poderes, ¿por qué el pueblo no puede aspirar a lo mismo? Derecho tiene a hacerlo y necesidad hay de que así suceda. Una revolución debe expresarse en todas las esferas de la vida, en la estructura y en la superestructura de una sociedad dada. Así han sido y serán todas las revoluciones. Así fueron las revoluciones burguesas y así son y deben ser las revoluciones proletarias.

¿Cómo dejar incólume el Poder Legislativo o el Poder Judicial, si, como hemos dicho, se han convertido en trincheras de los enemigos del progreso, no funcionan de acuerdo con los tiempos, huelen a naftalina y andan con polainas?

Si, como se decía en el regimen pasado, todo tiene que cambiar, ¿por qué ahora se defiende esto, que es el sumun de la antidemocracia? El pueblo no renuncia, ni podrá renunciar jamás, a las modificaciones que se hacen necesarias en las instituciones del Estado.

Volvamos a lo del comienzo, a los últimos acontecimientos que han puesto en evidencia que la guerra civil es un peligro real.

Hemos dicho y reiteramos hoy que hacemos y haremos todo lo que esté de nuestra parte para evitarla. A ello puede y debe contribuir el diálogo, en los términos que hemos expuesto. Pero hay un sector de las clases reaccionarias con el cual, como ya dijimos, no cabe diálogo y no entiende de razones. Por esto, a la razón que tiene el pueblo, hay que unir la fuerza del pueblo. Por lo mismo hay que convertir cada fábrica, cada hacienda, cada servicio público, cada población, cada sindicato, cada organización de masas, en un baluarte del movimiento popular. Lenin decía que cada establecimiento industrial debía convertirse en una fortaleza de la revolución. Desde hace ya más de una semana, ante el golpe reaccionario en el Uruguay, los trabajadores se han parapetado en sus fábricas. Desde aquí los saludamos, les trasmitimos toda nuestra solidaridad y declaramos que, ante cualquier nueva emergencia, como la ocurrida en estos días, el proletariado chileno se hará firme en sus sitios de trabajo y, como también ya lo dijimos, si es necesario salir de allí a combatir, saldrá a hacerlo.

El Partido Comunista junto a los demás partidos de la Unidad Popular y a todos los revolucionarios dispuestos a actuar bajo una sola dirección responsable y no como francotiradores o por la libre, pondrá en el platillo de la balanza toda la fuerza de su organización, su disciplina y coraje.

«*El Siglo*», 9 de julio de 1973

Carta al Cardenal Silva Henríquez

Santiago, 17 de julio de 1973.
(Texto íntegro)

«Señor
Cardenal don Raúl Silva Henríquez,
Presente.
Señor Cardenal:

Me permito dirigirme a Vuestra Eminencia para manifestarle que el Partido Comunista de Chile da una respuesta positiva a la exhortación del Comité Permanente del Episcopado dirigida 'a la gran mayoría de los chilenos que tenemos hambre y sed de justicia' y que está inspirada en el noble propósito de evitar a nuestra Patria una guerra fratricida.

Usted bien conoce que desde el punto de vista filosófico no tenemos las mismas ideas y ello, en alguna medida, se refleja en la concepción de cada cual sobre el peligro mencionado. No obstante, pensamos que por sobre tales diferencias es posible buscar y lograr un consenso mayoritario para garantizarle a Chile un desenvolvimiento conforme a los precedentes que han prevalecido en su historia. Como muy bien dice el documento del Episcopado, 'la voluntad de realizar urgentes y profundos cambios sociales, con diversas concepciones ideológicas, la encontramos en millares de hermanos nuestros que, intuitivamente, u organizados en frentes sociales o políticos, de Gobierno o de oposición, anhelan un Chile nuevo, construido en el respeto a cada ser humano'.

Nuestro pensamiento sobre la materia ha sido expresado más ampliamente en el discurso que me correspondió pronunciar el día 8 de julio y en la alocución radial de ayer del senador compañero Volodia Teitelboim.

Tenga Vuestra Eminencia la seguridad plena de que el Partido Comunista seguirá haciendo todos los esfuerzos que estén a su alcance para evitarle a Chile el drama de una guerra civil.

Lo saluda respetuosamente,

Luis Corvalán L.
Secretario General del Partido Comunista de Chile

«*El Siglo*», 18 de julio de 1973

III

La revolución chilena: sus grandes méritos y las causas de su derrota

Informe al Pleno del Comité Central del Partido.
Agosto de 1977.
(Fragmento)

Compañeros:

Desde hace ya varios años Chile es uno de los países que concita la atención del mundo. Fue así, primero por la simpatía y el interés que despertó nuestra Revolución. Más tarde –y hasta hoy– por la extrema brutalidad de la contrarrevolución.

La Revolución chilena fue un acontecimiento de importancia internacional. Fue la primera «experiencia prolongada de desarrollo pacífico de la revolución en la situación actual»[1]. En su gestación participaron corrientes democráticas: marxistas, racionalistas y cristianas. Esta particularidad amplió su audiencia en el campo internacional.

En nuestro país, en la práctica, quedó demostrada la posibilidad de que la clase obrera y el pueblo llegaran al Poder –mejor dicho a una parte del Poder– por una vía no armada y de hacer realidad una serie de transformaciones revolucionarias por dicha vía.

La materialización de esta posibilidad se produjo no sólo en virtud de condiciones específicas de orden nacional, sino también, y sobre todo, en razón de los cambios operados en la arena internacional. El socialismo, convertido en sistema mundial, ejerce influencia sobre mi-

[1] Boris Ponomariov: «Algunas cuestiones del movimiento revolucionario». Praga 1975, página 270.

llones de seres humanos, en primer término sobre la clase obrera, pero también sobre otras capas de la población. La mayoría de los pueblos de los países capitalistas ve su porvenir en el socialismo, tanto más cuanto que las la – cras del capitalismo son cada día más evidentes e incurables. Al mismo tiempo, y principalmente, la correlación de fuerzas y la tendencia del curso histórico son favorables al socialismo, a la democracia, a la paz y a la independencia nacional. En estas condiciones se han acrecentado las posibilidades de la clase obrera de agrupar en torno suyo a sectores muy vastos, a la abrumadora mayoría. Y de este modo, en circunstancias determinadas, –como las que se dieron en Chile–, el proletariado y el pueblo pueden constreñir, aislar y derrotar a las fuerzas reaccionarias por una vía pacífica.

En los tres años que duró la Revolución chilena se hicieron grandes cosas.

El Gobierno Popular puso en práctica una política exterior independiente, que se inició con el restablecimiento de las relaciones con Cuba a las 24 horas de asumir Salvador Allende la Presidencia de la República. Nuestra patria alcanzó durante esos años una significación internacional como no la había tenido nunca. Las relaciones de Chile dejaron de regirse por los dictados del Departamento de Estado.

El Gobierno Popular recuperó para Chile la totalidad de lasriquezas naturales del país. Fueron nacionalizadas las empresas de la gran minería del cobre, del hierro, del salitre, del carbón y del cemento.

Fueron nacionalizadas también setenta de las más grandes empresas monopolistas del país, incluyendo la industria siderúrgica, centros textiles, electrónicos, de la industria alimentaria, de manufactura de cobre, de la distribución y servicios.

El Estado asumió la dirección de 16, de un total de 18 bancos comerciales, nacionales y extranjeros. Controló más del 90 por ciento del crédito, garantizando el acceso a él de medianos y pequeños propietarios. Tomó también en sus manos el 90 por ciento del comercio de exportación y el 60 por ciento de las importaciones.

Sobre estas bases se estructuró el área de propiedad social, centro fundamental de una nueva economía.

El Estado expropió también 6 millones de hectáreas de tierras cultivables –el doble de lo expropiado en el sexenio demócratacristiano– con lo que culminó la expropiación de todos los predios de más de 80 hectáreas de riego básicas.

La política del gobierno produjo una fuerte redistribución de ingresos, elevando, desde un 55 por ciento, aproximadamente, hasta un 65 por ciento, la participación de los asalariados de todo tipo en el ingreso nacional.

Dicha redistribución de la renta nacional condujo al aprovechamiento pleno de la capacidad instalada de la industria, lo cual hizo posible un aumento considerable de la producción fabril, superior al 20 por ciento en los dos primeros años, y una disminución vertical de la cesantía, que al inicio del Gobierno Popular era del 8,3 por ciento.

Cuando asumimos el Gobierno, el 50 por ciento de los niños de Chile estaban desnutridos. El 40 por ciento tenía disminución intelectual relativa. Atendiendo a esta realidad, el Gobierno Popular organizó su Plan Nacional de Leche. En 1970, antes del Gobierno Popular, habían recibido leche gratuitamente 650 mil personas. En 1972 se beneficiaron con medio litro de leche gratuito diario 3 millones 347 mil personas.

La educación se convirtió en una preocupación primordial del Gobierno. En 1973, el número de estudiantes en todos los niveles de la enseñanza alcanzó a 3 millones 600 mil, lo que significó, en sólo ese año, un aumento de 270 mil en los niveles básico y medio. Fue resuelta la distribución gratuita de 8 millones de textos escolares para favorecer a 2 millones 600 mil estudiantes de enseñanza básica.

Las universidades recibieron a 130 mil alumnos, la cifra más alta alcanzada nunca antes en Chile. Por primera vez abrieron sus puertas a los hijos de obreros y campesinos y a los obreros directamente. Sólo en 1973, 2 mil 500 trabajadores ingresaron con becas especiales a la Universidad Técnica del Estado.

La salud de los chilenos fue objeto también de atención preferente. La creación del sistema de consultorios periféricos, a razón de uno por cada 40 mil habitantes, permitió un mejoramiento sustancial de la atención sanitaria. Bajaron significativamente los índices de mortalidad infantil.

Setecientos veinticinco mil chilenos que carecían de toda previsión, —en especial trabajadores independientes, pequeños comerciantes y pequeños empresarios—, fueron incorporados a ese sistema. Se mejoraron sustancialmente las pensiones mínimas de orfandad, vejez, invalidez y viudez de los beneficiarios del Servicio de Seguro Social, que percibían antes de 1970 ingresos miserables.

La cultura estuvo al alcance de millones de personas. Se creó una poderosa editorial estatal, quimantu que en sólo dos años lanzó doce millones de ejemplares de publicaciones de diversa índole, que incluían las obras más importantes de la literatura chilena, latinoamericana y universal. A la par, adquirió mayor auge el movimiento musical que funde los valores auténticos del folklore con la experiencia de músicos de preparación académica, y surgió un rico y variado movimiento pictórico que alcanzó caracteres de masas.

Todos los medios de que disponía el país para la construcción de

viviendas fueron utilizados para resolver el problema habitacional. Las cifras de construcción aumentaron en un promedio de 8 por ciento durante el Gobierno del Presidente Allende. Se alcanzaron las más altas cifras históricas en este rubro.

Cientos de miles de trabajadores tuvieron por fin acceso a bienes que hasta entonces eran un lujo. Consumir carne, vestir adecuadamente, calzar a los niños, disponer de catres y colchones, poseer un televisor o un refrigerador o una estufa de gas licuado, se convirtió en una aspiración realizable.

Todo esto es la obra de Allende, de los partidos de la Unidad Popular. Pero, sobre todo, es la obra del pueblo de Chile.

El triunfo electoral y la obra de la Revolución fueron el resultado de un esfuerzo multitudinario. Ciento de miles de trabajadores, movilizados por cerca de 15 mil comités de base, dinamizaron la batalla política que culminó en la victoria del 4 de Septiembre. Financiada con los recursos de las familias del pueblo, brotalea en todas partes la propaganda en favor del candidato y de las ideas del programa popular.

En el curso de toda la campaña electoral, hombres, mujeres, jóvenes y niños concurrían a mítines y marchas a expresar su decisión de hacer posible un cambio de rumbos en el país.

En los sesenta días, llenos de tensión, anteriores a la toma de posesión de la Presidencia de la República, el pueblo vigiló día y noche y forjó desde la base, con inteligencia y pasión, las condiciones que hicieron posible el acuerdo para ratificar en el Parlamento la elección de Allende.

Iniciado el Gobierno, los trabajadores comenzaron a tener arte y parte en el presente y en el futuro de su país. La clase obrera, la clase más numerosa, la clase más trabajadora, la que crea los bienes materiales, las más avanzada y patriótica, asumió posiciones de poder para regir los destinos del país junto a las otras clases y capas interesadas en el progreso social, en el desarrollo cultural y, en definitiva, en la justicia y en la libertad verdaderas.

Se produjo un cambio profundo en la actitud de los hombres y mujeres del pueblo. Los trabajadores y las masas populares sintieron que el Gobierno de Allende era su Gobierno; que ellos tenían algo que hacer en Chile más allá de vender su fuerza de trabajo en una fábrica o taller o de lavar ropa ajena en una artesa de población. Los humillados y postergados por tantos años visualizaron y empezaron a sentir que tenían derecho a vivir de otra manera y a ser considerados con dignidad.

Por primera vez en la historia de Chile, los obreros podían opinar libremente en las fábricas, sin temor al despido. Los trabajadores en-

traron a participar en el funcionamiento de numerosas empresas, muchos de ellos a ocupar puestos de gerentes y administradores de industrias, a dirigir servicios estatales, a integrar consejos de bancos, a representar al Presidente de la República, al Poder Ejecutivo, en subdelegaciones, gobernaciones e intendencias y a desempeñar cargos de Ministros y Embajadores.

Más aún. Miles de obreros se empeñaron en el aumento de la producción. Desarrollaron innovaciones en los procesos productivos para elevar su rendimiento y para economizar divisas. Organizaron la fabricación de repuestos para mantener la industria en funcionamiento. Promovieron diversos métodos para economizar materias primas. Impidieron la paralización de numerosas empresas abandonadas por los dueños. Impulsaron nuevos usos de las instalaciones para encarar los problemas que generaba el boycot económico y el sabotaje de la reacción y el imperialismo.

En los años de la Revolución surgieron nuevas formas de organización de los trabajadores y el pueblo para abordar las responsabilidades que asumían en la dirección del país. Se constituyeron consejos de administración en las empresas estatales, comités de vigilancia en numerosas empresas privadas y en servicios. Nacieron las Juntas de Abastecimiento y Control de Precios, las JAP, para resolver, con el esfuerzo del pueblo, los problemas de distribución de los artículos de primera necesidad y para combatir el mercado negro organizado por el enemigo. Centenares de obreros se convirtieron en inspectores voluntarios de la Dirección de Industria y Comercio para supervigilar, junto con las JAP, la producción, la distribución y los precios. Se constituyó una serie de oficinas comunales de DIRINCO en donde entraron a asumir responsabilidades administrativas e inspectivas los dirigentes de los Consejos Comunales de la CUT, de las Uniones de Juntas de Vecinos, de las Uniones de Centros de Madres y de las JAP.

Se constituyeron los Cordones Industriales, los Consejos Campesinos y, en algunos lugares, los Comandos Comunales, organismos —estos últimos— creados con el criterio de unificiar las diferentes organizaciones populares en cada lugar.

Cada una de estas organizaciones se constituía en embrión de nuevo Poder, del nuevo tipo de Estado que se quería construir.

En resumen, el pueblo chileno hizo esfuerzos gigantescos por echar a andar la Revolución y por salvarla en los instantes de peligro. La movilización popular de octubre de 1972, durante el primer paro del transporte organizado por la CIA y la reacción, se inscribe entre las más grandiosas acciones de las masas populares chilenas. Los trabajadores hicieron funcionar todas las industrias, caminar al país; organi-

zaron la distribución; resolvieron un ceremil de problemas; demostraron una conciencia, una responsabilidad y una disciplina ejemplares. A esta acción se unieron cientos de miles de jóvenes que, organizados en el maravilloso Movimiento de los Voluntarios de la Patria, conducían sobre sus hombros las mercancías inmovilizadas por el paro patronal.

Esta actitud de millones de chilenos era posible porque –digan lo que digan nuestros enemigos– el Gobierno del Presidente Allende tuvo una sola preocupación, la más noble de todas: servir a su pueblo, atender las necesidades de los humildes, de los obreros, de los campesinos, de los pobres de la ciudad y del campo, de los niños, de la sufrida mujer chilena, de los pequeños y medianos empresarios. Al mismo tiempo, para crear bases reales de justicia y bienestar, su único norte fue hacer de Chile un país plenamente independiente, desarrollado, moderno.

Por eso la imagen de Allende y su Gobierno está firmemente arraigada en la conciencia y en el corazón del pueblo chileno y se agranda con el tiempo. Hubo errores. Pero lo sustancial, lo que recoge la historia, es el esfuerzo inmenso que se hizo por superar el atraso y la miseria, por lograr la liberación nacional y social de Chile.

Los méritos de la Revolución chilena se pueden apreciar en su verdadera dimensión si se tienen en cuenta las condiciones de su inicio y las dificultades con que tropezó desde el primer día. No hay que olvidar que el compañero Salvador Allende obtuvo en las elecciones presidenciales sólo el 36,3 por ciento de los votos. Esta era ciertamente la primera mayoría relativa; pero una mayoría relativa precaria que, por otra parte, no resolvía por sí sola su elección como Presidente.

El imperialismo norteamericano y la reacción chilena hicieron todo lo posible por impedir lo que era tradicional en el país: que el Parlamento optara por el candidato que había obtenido el primer lugar cuando no se lograba en las urnas la mayoría absoluta. Se ideó y proclamó una maniobra formalmente constitucional: que el Parlamento eligiera al segundo, en este caso el candidato de la derecha, Jorge Alessandri, el que luego renunciaría para dar paso a una nueva elección en la cual todos los reaccionarios se cuadrarían tras la candidatura de un demócrata-cristiano, Eduardo Frei. Y la Central de Inteligencia de los Estados Unidos, la Embajada yanqui en Santiago y la ITT tramaron, simultánea y alternativamente, otra conjura dirigida a provocar la toma del Poder por las Fuerzas Armadas, para lo cual planearon el rapto y perpetraron el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider. Ello debía ser el detonante de un golpe militar. Por su parte, el Ministro de Hacienda de ese entonces pintó un cuadro apocalíptico acerca de las repercusiones que en la

economía y las finanzas del país se estarían ya produciendo como resultado de la victoria electoral de Allende. Tales anuncios creaban un clima propicio al escamoteo del triunfo popular.

Desde el día mismo de la elección presidencial, hasta el derrocamiento del Gobierno Popular, el imperialismo norteamericano y la reacción chilena conspiraron incesantemente. Dicha conspiración comprendió el sabotaje en las minas del cobre, la suspensión de los créditos de corto y largo plazo del BID, del Banco Mundial y de la banca privada norteamericana; el embargo de nuestras exportaciones de cobre, luego de ser éste nacionalizado; la suspensión de ventas de trigo a través de la AID, el bloqueo a la importación de respuestos indispensables para el funcionamiento normal de la industria, las trabas para renegociar la deuda externa, el acaparamiento y la organización del mercado negro, la fuga de capitales, el contrabando masivo de ganado hacia Argentina, la guerra psicológica y todo un conjunto de acciones de «desestabilización» que comprendieron, en especial, dos largos paros en el transporte carretero.

A esto se sumaron otras dificultades objetivas. El Gobierno Popular recibió el país con una deuda externa de 4 mil millones de dólares, con un parque industrial en gran parte anticuado e insuficiente para las necesidades del país, con un fuerte déficit de producción agraria, con graves carencias en viviendas, educación y salud. Paralelamente sufrió los impactos de una coyuntura internacional muy desfavorable en el terreno comercial. Mientras el precio del cobre, nuestro principal producto de exportación, cayó por debajo de los 50 centavos de dólar la libra, los precios de las importaciones, particularmente las de alimentos, tuvieron alzas exorbitantes.

Hay que considerar especialmente el hecho –que luego analizaremos– de que la clase obrera y las otras fuerzas motrices de la revolución no alcanzaron todo el poder. Iniciaron las transformaciones contando sólo con una parte de él y debiendo operar en un marco institucional que si bien ofrecía posibilidades al mismo tiempo limitaba la acción revolucionaria.

La revolución era impulsada por fuerzas de diversa procedencia social y de ideologías distintas. Esta singularidad, que reflejaba la amplitud de la alianza construida en torno a la clase obrera, y que era y es un hecho positivo, determinó a la postre evaluaciones y posiciones distintas sobre muchos asuntos capitales. Ello no era fatal. Se debió a la insuficiencia y discontinuidad de la hegemonía de la clase obrera y del pensamiento común de dicha alianza.

El curso de la revolución chilena debe ser apreciado, reiteramos, teniendo en cuenta todos estos factores.

La revolución chilena fue el fruto de una larga lucha, de muchos años de combate. Vencimos en 1970 y conquistamos una parte del poder gracias a una apreciación correcta del proceso social chileno, a una definición acertada de los enemigos principales, del campo de alianzas posible de la clase obrera, de las transformaciones maduras que era necesario materializar y del diseño general de una vía para llevarlas adelante.

En un combate político sostenido y tenaz en favor de la unidad de la clase obrera, del entendimiento socialista-comunista, de la agrupación de los partidos de izquierda, estas apreciaciones se convirtieron en criterios y acciones de masas.

Toda lucha de un pueblo por su destino se entronca hasta con su pasado más remoto. Pero si se ha de buscar un punto de partida de nuestra lucha por la conquista de un gobierno popular, habrá que fijar la atención en 1952, año en que se levanta por primera vez la candidatura de Allende a la Presidencia de la República –entonces por el Frente del Pueblo– configurándose así una alternativa, construida en torno a la clase obrera, ante las diversas variantes burguesas.

El Frente del Pueblo se convertirá luego, con nuevas fuerzas, con el Partido Socialista reunificado, en el Frente de Acción Popular. Sobre esa base se construye más tarde la Unidad Popular. Al movimiento unitario se incorpora el Partido Radical, partido de larga tradición en la vida política de Chile, vinculado a sectores de trabajadores y de capas medias de pensamiento racionalista y laico. También se integran fuerzas cristianas de avanzada.

En la lucha por la unidad del pueblo hubo que vencer muchas resistencias y ganar no pocas batallas políticas. Los radicales se desembarazaron de políticos burgueses de sus propias filas que profitaban de la desunión de la izquierda, en tanto que fue necesario derrotar las posiciones sectarias de quienes sostenían que concertar alianzas amplias significaba entregar la hegemonía a la burguesía.

Todos los partidos populares contribuyeron a la victoria. Sus aportes fueron necesarios, más aún, indispensables. Si hubiese faltado alguno de ellos, la revolución no se habría iniciado entonces. Desde el punto de vista electoral, por ejemplo, si hubiese faltado cualesquiera de las fuerzas que integran la Unidad Popular no hubiéramos logrado la victoria del 4 de Septiembre. La importancia de la contribución de cada cual está fuera de duda. Fuera de duda está también que todos hicieron su aporte a las transformaciones que se llevaron a cabo durante los tres años de gobierno popular. Todos se mantuvieron unidos y leales hasta el fin y, más aún, bajo la brutal represión del fascismo, han mantenido su lealtad y su dignidad.

Pero hay un hecho histórico que es preciso anotar: nuestro Partido, el Partido Comunista de Chile, por su experiencia, su capacidad y su influencia de masas, fue el artífice principal del movimiento unitario que culminó en la victoria, el que mantuvo con mayor pasión y fuerza la bandera de la unidad de todos los partidos de la izquierda, el que vislumbró la posibilidad de conquistar el Gobierno por una vía no armada y señaló el camino para materializarla.

En 1956 tuvo lugar nuestro Décimo Congreso. En él se puso en evidencia la posibilidad de hacer la revolución chilena por una vía no armada. Esta idea fue enriqueciéndose con las experiencias de la lucha real del pueblo de Chile para abrir paso a los cambios revolucionarios. A ella se unió, como un objetivo de masas, la necesidad de conquistar un Gobierno Popular capaz de llevar adelante la revolución antiimperialista y antioligárquica con vista al socialismo.

En 1962, el Décimosegundo Congreso del Partido se realizó bajo la consigna: «¡A la conquista de un gobierno popular!» y planteó la necesidad de construir una alianza suficientemente vasta para lograr dicho objetivo. Durante el Gobierno demócratacristiano, en las condiciones de una experiencia reformista que buscaba, con métodos y lenguaje nuevos, salvar el capitalismo en Chile e impedir la revolución popular y el socialismo, nuestro Décimotercer Congreso levantó la consigna: «La clase obrera, centro de la unidad y motor de los cambios revolucionarios.» Con este lema propiciamos la unión de todos los que estaban por los cambios, incluso de aquellos que habían sido seducidos temporalmente por el reformismo. Esta política contribuyó a evitar el enconamiento de las divisiones en el seno del pueblo y a facilitar así la posibilidad de alianzas en torno a la clase obrera, condición básica para generar una correlación de fuerzas favorable al proceso revolucionario. Finalmente, el último Congreso Nacional del Partido, celebrado en 1969, pudo alzar como consigna de factibilidad inmediata: «Unidad Popular para conquistar un gobierno popular.» Ella se materializaría antes de trascurrir un año.

No logramos, es cierto, unir a todas las fuerzas democráticas. Por eso, en la elección de Salvador Allende no obtuvimos la mayoría absoluta. Pero la línea aplicada, que colocaba en el centro la unidad en torno a la clase obrera en la lucha por los cambios, la actitud a la vez firme y flexible frente al reformismo, permitió generar una mayoría y volcar a nuestro favor la correlación de fuerzas apenas culminó la batalla electoral.

La política patrocinada por nuestro Partido, orientada a consolidar la unidad del pueblo y a aislar a los enemigos fundamentales, y la fuerza de las ideas de cambio promovidas por la Unidad Popular, pro-

ducían efectos no sólo en los sectores agrupados en la alianza, sino más allá de ellos. Nuestra orientación había contribuido a separar de la oligarquía y de la alta burguesía a vastos sectores medios, incluso burgueses, que se identificaban con la Democracia Cristiana y que en el pasado se habían unido a la reacción en contra del movimiento popular. Los que no estaban con nosotros, estaban separados y no todos contra nosotros. No era una desinteligencia, ni una circunstancia fortuita derivada de un error de cálculo, sino un hecho político producido por la forma y el contenido de las luchas del movimiento revolucionario. En estas condiciones se inició el mismo 4 de septiembre una nueva batalla, caracterizada por enconados enfrentamientos de clases.

Esta batalla, que se desarrolló en los sesenta días que transcurrieron desde el 4 de septiembre al 3 de noviembre de 1970, se convirtió en una verdadera epopeya del pueblo, y decidió la instalación del Gobierno Popular. Mostró que la clase obrera era capaz de reunir en torno suyo a la mayoría del pueblo y del país para los objetivos maduros en la situación chilena y que era capaz también, en circunstancias tales, sobre la base de esa mayoría y de una actividad de masas fuerte y tenaz, de impedir el desencadenamiento de la violencia reaccionaria. Al resolver correctamente la cuestión de quién aisla a quién, asunto decisivo en la correlación de fuerzas, la derecha aislada se vio impedida de ahogar en su cuna la revolución. Fracasaron sus iniciativas en el terreno militar, sobre todo porque estaba derrotada políticamente.

Desde ese momento, más que nunca, la lucha por la revolución se convirtió en la lucha entre el pueblo y la reacción por cambiar la correlación de fuerzas en favor de uno u otro. Esta disputa preside todo el período, se extiende a lo largo de los tres años del Gobierno Popular y a ella estaban ligadas cuestiones tan importantes como la conquista de la mayoría del pueblo, el problema militar, la conducción política única y acertada y, en definitiva, la suerte de la revolución.

Los éxitos logrados en los sesenta días cruciales que van desde la elección presidencial hasta la toma de posesión de la Presidencia de la República, y los que se obtuvieron en todo un primer período, durante aproximadamente un año, respondieron, por una parte, al vasto apoyo nacional que tenían los objetivos inmediatos que se trazaba el movimiento popular, a la movilización de masas desarrollada para alcanzarlos, a la unidad y cohesión demostrada en lo fundamental y en ese período por la Unidad Popular y, por otra parte, a que ésta buscó y logró con otras fuerzas acuerdos y compromisos que resultaban objetivamente necesarios. Entre estos tienen especial significación el pacto de garantías constitucionales y la reforma constitucional que per-

mitió la nacionalización del cobre. El primero de estos acuerdos implicó compromisos. Pero el pacto de garantías fue un requisito indispensable que puso la Democracia Cristiana para confirmar en el Parlamento la elección de Salvador Allende. Dicha condición era aceptable. Más aún, constituyó en los hechos una victoria del pueblo. Las concesiones que implicaba, de tipo menor, eran más que compensadas con la concesión de la otra parte. Por esto, todos los partidos de la Unidad Popular estuvimos contestes en que había que entrar en tal compromiso. En el acuerdo UP-DC relativo a la nacionalización del cobre no hubo ninguna concesión. Ello es explicable. Se trataba, en primer lugar, de una reivindicación nacional, patriótica, que compartían casi todos los chilenos y, en segundo lugar, la correlación de fuerzas favorecía más a la Unidad Popular en este caso.

Hay gente empeñada en torcerle el pescuezo a la verdad con versiones falsas sobre esta política de compromisos, con lo que inducen a error a personas honestas y que tienen gran afecto por nuestra Revolución. Respondiendo a tales deformaciones debemos decir que, por ejemplo, es falso que el Estatuto de Garantías haya establecido derechos de los partidos de oposición para disponer de espacio en la TV del Estado –cuestión establecida en una ley del gobierno anterior– o que en dicho estatuto esté el origen de la prohibición legal de constituir organizaciones militares paralelas a las FF.AA. (Fuerzas Armadas), lo cual estaba en la Constitución.

Aplicando su política unitaria, basada en el programa aprobado, la UP alcanzó el 50 % de la votación en las elecciones municipales de abril de 1971. Los hechos probaban que las posibilidades de hacer avanzar la revolución residían en una orientación común y acertada.

Cabe aquí una reflexión general. ¿Había algún otro camino posible de recorrer para la revolución chilena en ese período y en esas condiciones?

Estamos convencidos que no. Dicho de otra manera, en esos momentos, la alternativa a la vía pacífica no era la vía armada. No había otra alternativa revolucionaria posible.

Nuestro Partido tenía claro, sin embargo, que la situación podía cambiar. Apenas se inició el Gobierno del Presidente Allende, el 26 de noviembre de 1970, el Pleno del Comité Central advirtió:

> «El enemigo no nos dejará expedito el camino. Ya se sabe cuánto hizo y trató de hacer para impedir primero el triunfo popular en las urnas y luego la formación de este nuevo Gobierno.»

Dos meses después, ante el Congreso del Partido Socialista, en febrero de 1971, insistíamos:

«Podríamos afirmar que las dificultades más grandes recién comienzan. Los que ayer no vacilaron en fraguar el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, no vacilarán en nada en el futuro.»

La forma de enfrentar y derrotar estos peligros consistía en llevar adelante la lucha política como lo veníamos haciendo. El camino recorrido mostraba que acumulábamos fuerzas, que obteníamos una correlación crecientemente favorable y que, sobre esa base, era posible seguir conteniendo y derrotando a los contrarrevoluciona – rios.

Apoyándonos en una correlación de fuerzas favorable eran posibles las adecuaciones necesarias de la línea general a una situación cambiante y, como preveíamos, más exigente.

En septiembre y octubre de 1970, la reacción había buscado el golpe de Estado. Fracasó. Ante esta tentativa el país se unió; se produjo el encuentro de todas las fuerzas democráticas.

Los enemigos observaban con pavor la fuerza que adquiría la Unidad Popular, la simpatía que despertaba entre los pequeños y medianos industriales y comerciantes la reactivación económica del país y las posibilidades de nuevos acuerdos coyunturales con la Democracia Cristiana. Entonces pusieron en práctica un esquema de largo aliento que empezaba con el plan de desestabilización y que contemplaba el uso de cualquier medio, por inmoral que fuese. Fue asesinado Edmundo Pérez Zújovic, político demócrata cristiano conservador, con la intención de crear una barrera de sangre entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana. Aunque los autores materiales de este crimen militaban en un grupo de ultraizquierda, nadie puede dudar a estas alturas que allí estuvo la CIA. Como éste, los contrarrevolucionarios organizaron una cadena de actos terroristas a lo largo de los años 1971, 1972 y 1973, a la vez que publicitaban profusamente las actividades de la ultraizquierda, presentándolas como acciones de las fuerzas del Gobierno, para amedrentar con todo ello a las capas medias. Incluyeron en el plan acciones «reivindicativas» y asonadas callejeras. Pusieron en práctica un refinado modelo de guerra psicológica.

Todos estos empeños tenían como objetivo modificar la correlación de fuerzas a su favor.

A pesar de esta situación se hicieron grandes cosas. Muchas de las conquistas del pueblo que han dado jerarquía histórica al Gobierno Popular se materializaron actuando bajo el embate del enemigo. Sin embargo, a medida que arreciaban las dificultades y se fortalecía el campo de la contrarrevolución dejó paulatinamente de operar una dirección común en el frente revolucionario. Surgieron criterios dispares

en el seno de la coalición popular. Las desavenencias se ahondaron. En asuntos importantes se hacía cada vez más difícil el acuerdo, la política y la acción comunes. Por ejemplo, en relación a la nacionalización de empresas, al destino de las tierras expropiadas, a las formas orgánicas de la producción en el área reformada de la agricultura, a la importancia de la batalla de la producción industrial y agrícola, a los problemas de la distribución, a la política salarial en las empresas del Area Social, y a la manera de encarar la ofensiva del enemigo, se hicieron presentes desinteligencias y a veces posiciones contrapuestas que dieron motivo a interminables y vanas discusiones que afectaron la capacidad realizadora del Gobierno y contribuyeron a sembrar confusión y a bajar la moral en nuestro campo.

La política trazada, la de unir fuerzas alrededor de la clase obrera, era bombardeada desde posiciones de «izquierda» y de derecha en el seno de la Unidad Popular; se aprovechaban situaciones difíciles para la clase obrera y para el Partido Comunista, se acentuaban las discrepancias con nuestra línea unitaria, se dificultaba el desarrollo de una dirección homogénea. El revolucionarismo pequeñobugués y las tendencias de derecha asumían cierto grado de autonomía, se separaban de la dirección unitaria. En el fondo, al atentarse contra la orientación obrera, se incurría en posiciones suicidas, ya que se socavaba la fuerza real del proceso, su única posible dirección consecuente. En esto pesaba, con diversas expresiones, cierto grado de oportunismo y de anticomunismo, lo que fue muy dañino.

En el curso del proceso revolucionario chileno se puede destacar una sucesión de hechos que marcaron hitos cruciales en la lucha por la correlación de fuerzas y en relación con los cuales no siempre hubo un criterio común en la Unidad Popular. Más aún, en algunos de estos momentos decisivos surgieron grandes discrepancias.

Entre los episodios más importantes a que aludimos están:

- la batalla de sesenta días dada, entre el 4 de septiembre y el 3 de noviembre de 1970, por asegurar la conquista de la Presidencia de la República;
- el período inicial caracterizado, entre otros hechos, por el establecimiento de Relaciones con Cuba, la RDA, Vietnam, República Popular China y República Popular de Corea; por la política de reactivación económica, la nacionalización del cobre, del carbón y varias empresas industriales;
- las elecciones de abril de 1971, que dan a la UP el 50,1 por ciento de los votos, sin considerar los sufragios nulos;
- el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, en junio de ese año;

- las elecciones de Rector de la Universidad de Chile y las de un diputado de Valparaíso, que comienzan a conforun bloque opositor cualitativamente distinto;
- la «marcha de las cacerolas» en diciembre de 1971, que indica el inicio de una ofensiva de ribetes fascistas;
- los acontecimientos de Concepción, en mayo de 1972, donde el MIR y los partidos de la UP, a excepción del Partido Comunista y del API, se opusieron a una marcha de la DC autorizada por el Gobierno y constituyeron una llamada Asamblea Popular con cierto contenido opositor. El Presidente Allende y la directiva nacional de la UP desautorizaron tales hechos, no obstante lo cual estos pesaron negativamente en la situación;
- los acontecimientos de Lo Hermida, en agosto de ese mismo año, donde tiene lugar la provocación ultraizquierdista organizada por el Comandante Raúl, que aparecía como dirigente de los pobladores. Se trata, como se sabe, de Osvaldo Romo, uno de los peores torturadores de la DINA;
- la promulgación de la ley de control de armas, el 21 de octubre de 1972;
- el paro patronal de octubre de ese mismo año, la ejemplar reacción de la clase obrera y el pueblo frente a él y la Constitución del Gabinete encabezado por el General Prats;
- el proyecto de ley de nacionalización de 107 grandes monopolios, presentado en enero por acuerdo unánime del Gabinete Prats;
- las elecciones de marzo de 1973;
- la salida del Gabinete ministerial del General Prats y otros militares;
- el intento de golpe de Estado del 29 de junio;
- el asesinato del Comandante Arturo Araya;
- el diálogo Gobierno-Democracia Cristiana en julio-agosto de 1973;
- la conspiración en el Ejército contra el General Prats, que culminó con su retiro y el de los generales Sepúlveda y Pickering, y
- el proceso contra el grupo de marinos constitucionalistas.

Analizando estos hechos se puede concluir que las cosas marcharon de modo que el desarrollo de la correlación de fuerzas se dió en favor de la revolución cuando hubo unidad de criterios al interior de la Unidad Popular, se actuó con fidelidad al programa, se abrió paso a la movilización popular y el Gobierno se apoyó en ella, se dirigieron los fuegos contra los enemigos principales y se tuvo en cuenta por tanto las diferencias que había en la oposición.

Al revés, cuando las condiciones mencionadas no se reunieron, cuando primaron las diferencias en el seno de la coalición, cuando se pretendió pasar por encima del programa, cuando se quiso contra-

poner al Gobierno Popular a sectores –aunque fuesen minoritarios– del pueblo, cuando los sectores medios fueron convertidos en enemigo principal, el Gobierno Popular sufrió derrotas, el enemigo aprovechó nuestros errores y desmejoró la correlación de fuerzas.

Como Unidad Popular y como Gobierno cometimos dos tipos de errores, unos de derecha y otros de izquierda, que en buena medida se entrelazaban, se alimentaban y condicionaban mutuamente y que, siendo de uno u otro carácter, se originaban muchas veces en los mismos sectores sociales y políticos.

En la actividad de la Unidad Popular los éxitos fueron comunes y también comunes no pocos de sus errores. Al referirnos a algunos de ellos no la hacemos, pues, excluyendo nuestra responsabilidad.

El principal error de derecha fue nuestra debilidad en cuanto a tolerar y no impedir las actividades sediciosas del enemigo y el abuso que hacía de las libertades consagradas en la Constitución. En este aspecto prevalecieron en el Gobierno criterios reformistas y no revolucionarios. Los contrarrevolucionarios usaban descaradamente la prensa, la radio y la televisión para preparar el derribamiento del Gobierno. Sin ningún tapujo proclamaban que «los únicos marxistas buenos son los marxistas muertos» y anunciaban que «Yakarta viene». El Gobierno tomó ciertas medidas. Se clausuraron temporalmente algunas radios y una medida similar se aplicó contra «El Mercurio». Además, fueron detenidos y sometidos a proceso unos pocos terroristas y sediciosos. El Poder Judicial, con el respaldo de la mayoría del Parlamento y de la oposición, anulaba tales acciones.

Sin atenuar la responsabilidad que a todos nos corresponde en las debilidades del Gobierno, queremos decir que el Partido Comunista –y también el Partido Socialista– hizo esfuerzos reiterados dirigidos a lograr que se adoptaran medidas enérgicas contra el enemigo.

En carta dirigida al Presidente de la República, en agosto de 1972, expresamos públicamente criterios que habíamos venido exponiendo en forma reiterada en el seno de la Unidad Popular y del Gobierno. Decíamos:

«Nuestra primera y principal obligación con el pueblo y el país es ponerles camisa de fuerza a los que quieren arrastrar a Chile a un baño de sangre.»

«La necesidad de mantener y asegurar el desarrollo de la libertad y la democracia nos impone el deber de aplicar la ley contra quienes incurran en delito en busca de la caída del Gobierno y de la implantación de una dictadura fascista.»

«El reconocimiento de los derechos de la oposición no puede llevar-

nos a aceptar toda clase de excesos y fechorías. Ciertos opositores creen que se puede hacer cera y pabilo de la ley. Hay radios y diarios que han convertido en pan de cada día la mentira, la injuria, la calumnia, las publicaciones falsas y alarmistas... Por ello, creemos indispensable que por estos delitos, antes que por incumplimiento de formalidades, se adopten las medidas legales correspondientes. El Gobierno nunca será criticado por el pueblo si aplica medidas enérgicas contra los que se salen de la ley, que mienten descaradamente, acaparan mercaderías, crean el mercado negro, hacen contrabando con el exterior y especulan con los productos alimenticios.»

Pero no se trató sólo de palabras, ni sólo de actuar enérgicamente conforme a la ley. En diciembre de 1971, luego de «la marcha de las cacerolas», nuestro Partido expresó su decisión de no dejarle libre la calle a los fascistas, y sus militantes y los militantes de las Juventudes Comunistas y de otros partidos de la UP, los batieron muchas veces.

Habíamos señalado ya en noviembre de ese año que la desmoralización se apoderaba de algunos sectores populares al no tomarse medidas contra la reacción y que, para lograr una nueva disciplina social y mayores esfuerzos en el terreno de la producción, no podían quedar sin castigo y operar impunemente los infractores de la ley y los saboteadores.

Más aún, en el mes de julio de 1973, nuestro Partido consideró necesaria una modificación sustancial en el Gobierno; concretamente constituir un nuevo Gabinete con mayor representación de la clase obrera y, al mismo tiempo, con una relevante participación de militares comprometidos ya con el programa popular y dispuestos a doblarle la mano a la mayoría parlamentaria, que se transformaba en el centro de la sedición.

Esta idea se la propusimos al Partido Socialista y juntos, en una delegación socialista-comunista, se la planteamos al Presidente de la República. Este la aceptó y nos pidió que la pusiéramos a consideración del General Prats, quien se mostró también de acuerdo con ella. Estimó, sin embargo, que debían agotarse los esfuerzos para llegar a un entendimiento con la Democracia Cristiana en el diálogo que estaba ya planteado. Pero, en definitiva, nuestra proposición no prosperó. La discrepancia en torno al citado diálogo en el seno de la Unidad Popular y la ofensiva de los generales golpistas contra el propio General Prats hicieron imposible su materialización.

Es claro que para adoptar medidas enérgicas y contundentes contra el enemigo de clase se precisaba una correlación de fuerzas que hiciera posible esas medidas. La correlación de fuerzas ya se había

deteriorado. Pero, para modificarla en favor del pueblo y del Gobierno, jugaba también su papel la decisión de los revolucionarios y ésta no se expresó de modo suficiente.

La experiencia de todas las revoluciones, y particularmente de la revolución rusa, demuestra precisamente la importancia de la decisión revolucionaria, de la audacia y firmeza de la vanguardia en los momentos cruciales. Esta no es, sin embargo, una cuestión de simple deseo y voluntad, pues se requiere también la consideración objetiva de la situación concreta, de todos los factores que la componen, comprendida la fuerza real del Partido de vanguardia y las posibilidades reales de que la mayoría del pueblo marche tras sus banderas en una acción dirigida a resolver el pleito en el terreno que ya está planteado o que está configurándose.

Como quiera que sea, queremos subrayar que esto de tolerar las demasías de los contrarrevolucionarios constituye un error capital. Nuestra experiencia indica que los revolucionarios debemos luchar por la libertad para el pueblo y no para sus enemigos. La revolución le da y debe darle más libertad al pueblo y, a la vez, no debe permitir que la contrarrevolución se abra paso. Permitir esto último conduce al fracaso de la revolución, al triunfo de la contrarrevolución y al terror sangriento. No hay otra alternativa. Por eso no compartimos las posiciones de quienes estiman que la libertad es indivisible y que la revolución y el socialismo deben darle los mismos derechos a todos, comprendidos sus enemigos. Los capitalistas no lo hacen, ni siquiera en los países de democracia burguesa más desarrollada.

Los comunistas chilenos nunca hemos pretendido imponerle a nadie nuestra experiencia. Pero la de cada partido pertenece a todos, y el conjunto de ellas es lo que precisamente forma el bagaje de la experiencia internacional. Nosotros hemos aprendido de otros partidos y revoluciones. Creemos que es nuestro deber exponer nuestra experiencia para que la consideren, si así lo estiman, los demás.

El compañero Leonid Ilich Brezhnev en su informe al XXV Congreso del PCUS hizo una alta valoración de la revolución chilena, calificándola como

> «una brillante expresión del vehemente anhelo del pueblo de este país de emanciparse de la opresión y de la explotación de la burguesía propia y de los monopolios extranjeros».

Al mismo tiempo señaló que:

> «la tragedia de Chile en modo alguno ha descartado la deducción

de los comunistas de que son posibles vías distintas de la revolución, incluida la pacífica, si para ello existen las condiciones requeridas».

Efectivamente, a pesar de haber sido ahogada en sangre la revolución chilena, creemos que nuestra derrota no desaloja la posibilidad de la vía pacífica en una serie de países. Al mismo tiempo deducimos también de nuestra experiencia que las leyes generales de la revolución rigen en toda circunstancia, cualesquiera sean las vías de que se trate.

Otro error de derecha, también de gran importancia, se refiere a la política militar de la Unidad Popular y del Gobierno.

Apenas conocido el resultado de las elecciones del 4 de septiembre de 1970, el enemigo buscó afanosamente el golpe de Estado para impedir que Salvador Allende asumiera la Presidencia de la República. Con tal fin, confió en el carácter de clase de las FF.AA. y trató de usarlas a su favor.

En esas circunstancias, Salvador Allende y los partidos de la Unidad Popular entraron en un diálogo activo con las diversas instituciones militares. A nuestro Partido le correspondió un papel especial en este diálogo en relación con el Ejército. Los compañeros Volodia Teitelboim, Américo Zorrilla y José Cademártori mantuvieron diferentes reuniones con varios generales y fueron los principales intermediarios entre ellos y el compañero Allende. El compañero Allende tuvo en alta estima estos contactos.

Constituido el Gobierno, el esfuerzo por cerrar el abismo de recelos e incomprensiones entre los partidos de izquierda y las Fuerzas Armadas, producto de las presiones imperialistas y reaccionarias, se transformó en una constante de la actividad del Presidente y de la Unidad Popular.

Allende tuvo clara comprensión de la posibilidad y de la necesidad de hacer participar a los militares en el proceso transformar.

Los esfuerzos no fueron en vano. No pocos de los integrantes de las Fuerzas Armadas empezaron a mirar con otros ojos, con interés y hasta con simpatía el proceso de cambios. Algunos llegaron a considerar como propio el proceso, al que veían plenamente identificado con sus aspiraciones patrióticas.

El General Prats, hombre sensible e inteligente, que terminó por tener un gran afecto al Presidente y a la obra del pueblo, es el caso más conocido. Pero no es el único.

Para nombrar sólo a los caídos, abrigaron persamientos y sentimientos semejantes el General Bachelet de la Fuerza Aérea, el Coronel Cantuarias del Ejército, el Comandante Araya de la Marina. No eran tampoco los únicos. Muchos han pasado por las cárceles o permanecen

en ellos; han conocido el exilio. Y otros que han permanecido en las filas, de todos los rangos, han tenido que callar sus sentimientos reales cuando se desencadenó el fascismo.

La línea de la Unidad Popular y del Presidente Allende, de apoyarse en los sectores democráticos de las Fuerzas Armadas, buscaba una identificación creciente de los militares con el pueblo, pero no se aplicó a fondo. Y ese era el terreno más favorable para combatir las tendencias reaccionarias en el seno de las instituciones castrenses, bloquear el golpismo y, en el caso de que este se desencadenara por parte de los oficiales reaccionarios, contar con fuerzas militares al lado del Gobierno, de la clase obrera y del pueblo para abatirlos. Así lo probó octubre de 1972. Entonces se logró la contribución decisiva de los cuadros constitucionalistas de las Fuerzas Armadas en la derrota del intento sedicioso que tuvo lugar en esos días. El Gabinete encabezado por el General Prats permitió acumular fuerzas suficientes al Gobierno y al movimiento popular para poner fin al paro patronal.

Vinieron las elecciones de marzo. En ellas la Unidad Popular obtuvo el 43,8 por ciento de los votos. Este resultado constituyó una importante victoria del pueblo y una derrota para la reacción que fracasó en su empeño de obtener los dos tercios del Parlamento, mediante los cuales pretendía destituir al Presidente Allende, haciendo uso de un resorte constitucional que exigía ese quórum.

En estas circunstancias, la derecha volvió de nuevo a colocar el golpe de Estado al orden del día. Precisamente entonces se resolvió prescindir del concurso militar en el Gobierno. Esto constituyó un grave error, en este caso concreto, un error sectario, de «izquierda». El General Prats como jefe del Gabinete aglutinaba a un significativo sector leal al Gobierno y dispuesto a jugarse por él. Su salida del Ministerio debilitó al Gobierno, alentó a la reacción y facilitó la conspiración en el seno mismo del Ejército. A los ojos de muchos militares se dió la impresión de que el Gobierno recurría a ellos sólo cuando los necesitaba en determinadas coyunturas políticas, que eran objeto de uso y que no había real disposición de integrarlos al gran proceso nacional de modernización del país.

Nuestro Partido estuvo en desacuerdo con la salida de Prats. Pero, a decir verdad, no nos jugamos enteros para evitar su dimensión.

De acuerdo con la Constitución, el Poder Ejecutivo tenía la facultad de llamar a retiro a cualquiera de los más altos jefes de las Fuerzas Armadas. Esta era una facultad que usaron discrecionalmente todos los Presidentes de la República, los jefes de Estado burgueses. En la práctica, Allende actuaba con limitaciones en este sentido –limitaciones de hecho y no de derecho– por tratarse de un Presidente y de un

Gobierno que habían proclamado abiertamente su proyecto revolucionario, y de FF.AA. donde predominaban los intereses y la ideología reaccionarios. A pesar de ello, pudimos y debimos promover aunque hubiesen sido algunos cambios, eliminar a los elementos más reaccionarios, buscando el apoyo de los sectores más proclives al nuevo régimen. Esto era particularmente posible en los primeros meses, así como inmediatamente después de las elecciones municipales de 1971 y a continuación del «tancazo». Hay que reconocer que en este terreno no actuamos como correspondía. Apenas se eliminó de las filas a los coroneles Soupper y Labbé y a los generales Canales, Stuardo y Ruiz Danyau, lo que, dicho sea de paso, no fue ninguna gracia porque éstos se habían enfrentado abiertamente al Gobierno. Hay que agregar que socialistas y comunistas propusimos algunos cambios, particularmente en Aviación y Carabineros, pero no pudieron prosperar.

En el comportamiento del Gobierno y de la Unidad Popular en este terreno, influyeron, sin duda, concepciones erróneas y muy arraigadas en la mentalidad chilena que, de una u otra forma, y en mayor o menor medida, alcanzaron a todos los partidos. Nos referimos, obviamente, a la creencia de que las Fuerzas Armadas de Chile se singularizaban por su subordinación al Poder Civil y por su prescindencia, por su sentido profesionalista.

Sin pretender afirmar que nosotros, comunistas, estábamos completamente inmunes a dichas concepciones, es preciso dejar en claro que nunca participamos, por ejemplo, de la idea de que el Ejército era «el pueblo con uniforme» y así lo dijimos públicamente. Además, en nuestro XIV Congreso, en noviembre de 1969, después del intento golpista de Viaux, expresábamos:

> «Se puede decir que el periodo de prescindencia de las Fuerzas Armadas en la vida política –prescindencia que nunca fue absoluta, pues durante varias décadas fue rota por uno que otro grupo de oficiales– ha terminado o tiende a terminar.»

Agregábamos en esa misma ocasión que

> «no somos defensores de la estructura ni de todos los preceptos que norman la vida de nuestros institutos armados»

y que

> «los partidos de la burguesía han buscado siempre puntos de apoyo en las Fuerzas Armadas. Y hay que dar por descontado que ahora

el imperialismo y la oligarquía manejan los hilos para que uno que otro sector político, aunque de ello no todos tengan plena conciencia, promuevan 'soluciones militares', a fin de cortar el proceso revolucionario auténtico de nuestro pueblo.»

Estamos convencidos que pese a todos los errores o insuficiencias de nuestro trabajo hacia las Fuerzas Armadas, había en ellas, como ya está dicho, importantes contingentes con los cuales podíamos haber contado en cualquiera circunstancia. Así lo comprobamos en nuestros contactos con militares de todos los niveles. Pero el deterioro en la correlación de fuerzas repercutió también en los institutos armados y dichos contingentes se redujeron se sintieron confundidos, frustrados y paralogizados. Esto fue lo fundamental. A esto se agregó que ni el Gobierno ni la Unidad Popular habíamos elaborado un plan operativo –que merezca tal nombre– con los militares leales, para aplastar el golpe de Estado si se desencadenaba. Y así llegó el 11 de septiembre. El golpe nos pilló desprevenidos en cuanto a defensa militar.

Al sostener desde 1956 la posibilidad de la vía no armada en nuestro país tuvimos en cuenta, primero, que se trataba sólo de una posibilidad y, segundo, que de abrirse paso la revolución por dicha vía, en algún momento podría surgir la alternativa de la lucha armada.

Esta justa consideración debió ir acompañada de una política militar que, en primer término, debía contemplar el estudio, el conocimiento de las instituciones armadas de nuestro país y un trabajo dirigido a promover en su seno las ideas democráticas, el interés por la lucha del pueblo. Dicho trabajo, para producir frutos significativos, efectos de importancia, debió desarrollarse desde hacía muchos años, en definitiva, haber sido una constante en la línea del Partido.

Esto no lo vimos sino en el último tiempo, lo que constituyó una insuficiencia más que grave de la política del Partido. En ello influyó el hecho de que hacíamos enfoques parciales. Considerábamos la neutralización del Ejército, su no intervención contra el movimiento popular, como condición necesaria y suficiente para la conquista del Gobierno, como ocurrió efectivamente. Luego, con el Gobierno en las manos, pensábamos que seríamos capaces de modificar el carácter de las FF.AA. contando con una correlación de fuerzas favorable en el país y apoyándonos en los sectores democráticos de las instituciones militares. Esta concepción se demostró insuficiente. De hecho, aunque tenía en cuenta el carácter de clase de las FF.AA., lo subvaloraba.

Nos preocupamos, en cambio, desde 1963, de la preparación militar de miembros del Partido, no para derribar al gobierno de turno que era el de Alessandri, ni al siguiente que era el de Frei, sino para contribuir

a defender las conquistas del pueblo chileno que, estábamos convencidos, alcanzaría el poder.

Logramos contar con alrededor de mil militantes que sabían manejar armas automáticas de distinto tipo, algunos de los cuales tenían cierto conocimiento de táctica y estrategia militares y nociones en otros terrenos. Otros 2 000 compañeros habían aprendido el manejo de armas cortas, la defensa personal y diversas formas de lucha callejera. Estos últimos desempeñaron un importante papel en la vigilancia de los locales y de los actos del Partido, y en el cuidado de los dirigentes.

También logramos disponer de una cantidad limitada de armamentos. Examinando estos problemas desde el ángulo de nuestras responsabilidades, es evidente que no nos habíamos preparado adecuadamente para la defensa del Gobierno Popular en cualquier terreno. No sólo teníamos el vacío histórico de la falta de una política militar, sino que el tratamiento del problema no lo enfocábamos desde el punto de vista de tarea de todo el Partido y por tanto de dominio de sus organismos y cuadros.

Cuando después de las elecciones de marzo de 1973 estaba claro que la reacción buscaría el derribamiento del Gobierno a través del golpe de Estado, lanzamos la consigna de «No a la guerra civil» y, simultáneamente –como se desprende de lo ya dicho– intensificamos la preparación combativa de aquellos militantes que ya trabajaban en este frente y los pertrechamos de algún armamento.

Por aquellos días la Central Unica de Trabajadores llamó, por su parte, con el resuelto apoyo de comunistas y socialistas, a la formación de las comisiones de defensa de las industrias. El objetivo que se perseguía era defender las fábricas de los sabotajes y actos terroristas que los fascistas perpetraban sistemáticamente y, al mismo tiempo, convertir dichas comisiones en unidades de combate, de hecho Milicias Obreras, para defender al Gobierno ante la eventualidad de una agresión reaccionaria. Alrededor de diez mil obreros alcanzaron a organizarse en esas comisiones.

Pero está visto que todos estos esfuerzos resultaron insuficientes. La preparación que en este terreno había en la clase obrera y la que tenían algunos partidos, especialmente nosotros y los socialistas, podría haber sido útil y acaso decisiva para conjurar un golpe de tipo tradicional, pero no el que se dio.

Por lo visto el enemigo estaba enterado de esto, y ello influyó sin duda en la determinación de sus planes. Llegó a la conclusión de que el golpe debía ser fulminante, descargando todo el poder de fuego y de terror e impidiendo al mismo tiempo la acción de toda fuerza militar regular en defensa del Gobierno. Hay que reconocer que el

plan de los contrarrevolucionarios, con la asesoría de la CIA, fue concebido y ejecutado de manera tal que les permitió, en horas, controlar la situación y desarticular el movimiento popular.

Respecto del comportamiento del Partido y del movimiento popular frente a estos hechos, existen opiniones contrapuestas. Algunos piensan que la consigna de «No a la guerra civil» fue equivocada o debió ser retirada en algún momento porque, a su juicio, desarmaba al pueblo. Se suele afirmar que después de las elecciones de marzo de 1973, cuando, vale la pena repetirlo, la reacción enfilaba rumbos hacia el golpe, el movimiento popular debió cambiar de táctica y prepararse para pasar a la otra vía o, más aún, pasar sin más demora ni preparación al enfrentamiento armado, tomando la iniciativa. Por último, no faltan quienes estiman que el día 11 de septiembre debió presentarse resistencia armada de masas en contra de los fascistas.

Estas opiniones existen, en mayor o menor medida, en algunos militantes de la Unidad Popular y en algunos de nuestros compañeros. Existen también en ciertos analistas de la experiencia chilena que tienen o no filiación comunista.

Que quede una cosa clara. Ni estas ni otras observaciones o críticas, independientemente de que las estimemos o no justas, las rechazamos a priori. Creemos de nuestro deber evaluarlas a la luz de los hechos.

La consigna «No a la guerra civil» la lanzamos precisamente después de las elecciones de marzo, cuando se acrecentaba el peligro de golpe y estaba dirigida a unir fuerzas más allá de la Unidad Popular. Dicha consigna tuvo profundo eco en el país. Numerosas organizaciones de masas la hicieron suya. Además contó con el apoyo de una parte de la Democracia Cristiana y de la Iglesia Católica. Y, como queda dicho, paralelamente nuestro Partido hizo esfuerzos por intensificar su preparación militar.

La citada consigna tenía en cuenta –además del objetivo ya dicho de unir fuerzas– el propósito de hacer transformaciones revolucionarias por la vía menos dolorosa para nuestro pueblo y, por otra parte, el convencimiento de que, de desencadenarse la guerra civil, no teníamos ninguna posibilidad de victoria.

Esta era la cuestión. Dicho en otros términos –y volviendo a una de las tesis fundamentales que estamos sosteniendo–, la correlación de fuerzas no nos permitía en esos momentos ganar en ese terreno ni se veía la posibilidad real de modificarla a favor del pueblo tomando entonces el camino de las armas.

Más aún, la posibilidad de volcar la correlación de fuerzas en favor del pueblo y del Gobierno pasaba por el éxito de esa consigna y del diálogo UP-DC que estaba vinculado a ella.

El hecho de que paralelamente hayan sido insuficientes nuestros preparativos para un eventual enfrentamiento armado y que no pudiéramos o no creyéramos conveniente hacer público lo que hacíamos en este terreno, han permitido probablemente las dudas que han surgido con posterioridad respecto de tal consigna.

Quiero recordar la apreciación de nuestro Partido de la situación creada en aquellos días y nuestra posición política.

He aquí algunos de nuestros planteamientos principales:

En mayo dijimos:

«Observamos con preocupación el hecho de que en el país se abre camino a una división que no corresponde a los verdaderos intereses de clase que están en juego y, por eso, pensamos útil cualquiera contribución dirigida a desarrollar el diálogo que permita el debate político creador, se supone que entre los chilenos que no quieren el derramamiento de sangre y sin perjuicio de que unos estén firmes en el gobierno y otros en la oposición.»

Después del «tancazo», en julio del 73, expresamos:

«Siempre hemos sostenido —y lo reiteramos hoy a pesar de los sucesos recientes— que en las condiciones de Chile existe la posibilidad real de llevar a cabo la revolución antiimperialista y anti-oligárquica y de marchar al socialismo sin guerra civil, aunque, naturalmente, en medio de una intensa lucha de clases.»

«El enemigo trata de tapiar por completo esta posibilidad. Nosotros debemos hacer lo contrario. Mientras no esté del todo cerrada, debemos trabajar por mantenerla abierta y ensancharla.»

«Los últimos acontecimientos... han puesto en evidencia que la guerra civil es un peligro real. Hemos dicho y reiteramos que hacemos y haremos todo lo que esté de nuestra parte para evitarla. A ello puede y debe contribuir el diálogo en los términos que hemos expuesto. Pero hay un sector de las clases reaccionarias con el cual, como ya dijimos, no cabe el diálogo y no entiende razones. Por esto, a la razón que tiene el pueblo hay que unir la fuerza del pueblo. Por lo mismo, hay que convertir cada fábrica, cada hacienda, cada servicio público, cada población, cada organización de masas en un baluarte del movimiento popular.»

«Hay que estar preparados para todas las circunstancias, dispuestos a combatir en todos los terrenos. Si la sedición reaccionaria pasa a mayores, concretamente al campo de la lucha armada, que a nadie le quepa dudas que el pueblo se levantará para aplastarla con

prontitud. En una situación tal que no deseamos, que no buscamos, que peremos evitar, pero que se puede dar, no quedará nada, ni siquiera una piedra que no usemos como arma de combate.»

Tales apreciaciones sobre la correlación de fuerzas y la situación eran realistas. Pero las cosas siguieron evolucionando en términos negativos, a pesar de nuestros esfuerzos. El enemigo también hacía lo suyo, la ultraizquierda le ayudaba y el diálogo con la DC fue torpedeado desde distintos ángulos y terminó en el fracaso. Llegó a haber una correlación de fuerzas aún más negativa dentro de la cual no fue posible ni siquiera lo que era correcto plantear y disponerse a hacer en julio, esto es, enfrentar al enemigo en cualquier campo. Lo decimos con franqueza porque es un asunto de fondo. La situación, que ya era difícil y grave en julio, se hizo insostenible en septiembre.

Por todo esto es que no pudimos traducir en realidad nuestra disposición a echar mano hasta de las piedras el día del golpe.

Las cosas se presentaron en forma tal que no debíamos lanzar al combate las fuerzas de que disponíamos. La mortandad habría sido varias veces mayor, habrían caído miles de militantes de nuestro Partido en un combate perdido de antemano, porque, como todos sabemos, no se trataba de luchar contra una fracción alzada. Lo que ocurrió en Chile se asemeja mucho a lo que pasó en Europa en vísperas y al comienzo de la II guerra mundial, cuando los ejércitos de Hitler invadieron y coparon por completo algunos países, como fue el caso de Checoslovaquia. En Chile las fuerzas militares ocuparon el país, lo invadieron, por así decirlo, como si se hubiese tratado de una guerra sobre otra nación casi indefensa.

La forma en que se dio el golpe, en particular el bombardeo de La Moneda, el uso de los Hawker Hunter, no era indispensable para lograr la caída del Gobierno. Pero si se hizo eso fue en función de un plan minuciosamente concebido para hacer lo que hacía Hitler, usar el terror psicológico y físico como un arma fundamental. Se desató una verdadera cacería humana; se fusilaba a la gente en las calles y en las fábricas; hubo más de cien mil arrestos y a los detenidos se les calificó de «prisioneros de guerra»; miles de ellos fueron asesinados en los centros de detención o en los campos de concentración instalados en estadios y cárceles; en bandos especiales se puso precio a la cabeza de los dirigentes populares; en otros, se estableció que por cada soldado herido o muerto serían fusilados diez prisioneros; se llamaba a la delación y se autorizaba e incitaba al fusilamiento inmediato; se tomó como rehenes a mujeres y niños y se estableció que el país estaba en estado de guerra. Y no hay que olvidar que el día

11 estaba la escuadra norteamericana frente a las costas de Chile y que en el curso del mes de agosto, con pasaportes diplomáticos, habían entrado al país mil agentes norteamericanos que, ciertamente, fueron la pieza fundamental en la concepción y organización de la operación de guerra.

Para combatir contra los golpistas no habrían faltado luchadores. Había espíritu de pelea.

Pero una vanguardia responsable no puede tener en cuenta solamente ese factor. La verdad es que esa decisión de pelea estaba limitada por una impotencia real. Numerosos de nuestros compañeros, y militantes de otros partidos y sin partido se batieron guiados por su propia, heroica y respetable decisión. Objetivamente no fue posible organizar una resistencia vertebrada.

El compañero Allende comprendió muy bien la situación. El mundo entero conoce su último discurso. Al dirigirse por última vez a su pueblo él sabía que le quedaban minutos de vida. Con mucha calma y profundidad se dirigió a los trabajadores:

> «Colocado en un trance histórico, –dijo– pagaré con mi vida la lealtad del pueblo... Tienen la fuerza, podrán avasallar. Pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza... El pueblo debe defenderse pero no sacrificarse. El pueblo no puede dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse... Tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile!, ¡Viva el pueblo!, ¡Vivan los trabajadores!. Estas son mis últimas palabras. Tengo la certeza que mi sacrificio no será en vano.»

¿Qué se puede objetar de nuestro comportamiento del día 11?. Se pueden hacer algunas objeciones. Por ejemplo ese día quedaron en evidencia defectos en nuestro aparato orgánico que produjeron cierto grado de desconexión y esto nos impidió promover siquiera algunas acciones de resistencia con vistas a que el repliegue se hiciera sin una brusca caída de la moral de las masas, en una forma más o menos consciente.

Habíamos dicho, también, que la primera respuesta de la clase obrera sería el paro general y la ocupación de las fábricas. En muchas partes se trabajó con esta orientación. Pero ocurrió lo siguiente: el enemigo se aprovechó del conocimiento de tal propósito para suspender las actividades laborales durante los días 11, 12, 13, 14, 15, durante

toda la semana del golpe. Luego el 16 era domingo y 17 y 18 correspondían a feriados de Fiestas Patrias. La Junta suspendió el feriado del día 19 y ordenó ese día la reanudación del trabajo, con la particularidad de que esta orden expresamente no regía para las industrias donde nosotros éramos fuertes, ni para las universidades. En estas condiciones, consolidado el golpe, la orientación general del Partido fue la de acudir a los lugares de trabajo para tratar de impedir una nueva victoria de los fascistas: desarraigar por completo al Partido de sus contactos con las masas. Téngase también en cuenta que en algunas de las industrias que el día 11 fueron ocupadas por los obreros, se produjeron horrorosas masacres en el día del golpe y los posteriores. Estamos seguros que el comportamiento de los demás partidos de la Unidad Popular correspondió a estas mismas consideraciones y realidades.

Prosiguiendo en el análisis de los errores principales, corresponde poner de relieve aquellos que pueden definirse como claramente de «izquierda».

Los errores de «izquierda» derivaron básicamente de no haber abordado de modo correcto una serie de problemas que dicen relación con el papel de la clase obrera como fuerza motriz y dirigente de una alianza muy amplia y con la significación de las capas medias.

Estos errores emanaban de posiciones sectarias, estrechas, y afectaron, como hemos dicho, gravemente la correcta conducción política de la Unidad Popular y del Gobierno.

Tales errores implicaron una vulneración del programa de la Unidad Popular en materia de expropiaciones de tierras y de expropiaciones o requisiciones de industrias.

El programa establecía la formación de tres áreas en la economía: el área de propiedad social, que debía estar constituída por alrededor de 150 grandes empresas; el área de propiedad mixta, donde el Estado se asociaría con los industriales principalmente de tipo mediano, y el área de propiedad privada, constituida por casi treinta mil pequeñas empresarios, incluidos los artesanos.

Creemos innecesario entrar en detalles. Todos sabemos que el MIR y otros grupos y tendencias de ultraizquierda, aprovechándose del clima revolucionario y de la generalizada voluntad de cambios, del revolucionarismo pequeño burgués que existe también en los movimientos revolucionarios, del espontaneísmo y de la presencia de un Gobierno que por su naturaleza no podía emplear métodos represivos contra los trabajadores, promovieron y lograron ocupar pequeñas y medianas empresas industriales y predios agrícolas que no pertenecían a los latifundistas.

También otros sectores de capas medias fueron tratados incorrectamente, entre ellos algunas categorías de profesionales.

En materia de política económica, era necesario contar con un plan articulado de gobierno y encarar el problema del aumento de la producción. Sin embargo, no tuvimos tal plan y pesó en la Unidad Popular la consigna ultraizquierdista de que el aumento de la producción era un asunto del que debían preocuparse los capitalistas, así como el criterio de que era imposible llevar a cabo las transformaciones estructurales sin que ello condujera, fatalmente –si no a la paralización– al menos a gravísimas perturbaciones de la economía. Uno y otro de estos criterios conducía inevitablemente al conformismo y a la pasividad, con lo que se facilitaba las maniobras de desestabilización del enemigo y el esfuerzo de éste por hacer cargar al Gobierno Popular con la responsabilidad por las dificultades objetivas que en materia de abastecimiento y en otros aspectos experimentaban las masas.

El incremento de la ofensiva reaccionaria hacía necesario meter en cintura, como dijimos, a los que se deslizaban por el camino de la subversión. Y en el cumplimiento de esta tarea indispensable surgieron también dificultades por el lado de la izquierda. Mientras nosotros proponíamos golpear duro a los fascistas, prohibir sus actividades –la mayoría de ellas abiertamente ilegales– y a la vez diferenciar entre el fascismo y las demás expresiones burguesas, en una parte de la UP se acentuó la tendencia a dirigir los fuegos sobre todo contra la Democracia Cristiana, por el hecho de ser la fuerza más numerosa de la oposición. No se comprendió, entonces, adecuadamente, que el frente de lucha principal se desplazaba al aplastamiento de las notorias expresiones fascistas en ascenso, que aunque numéricamente inferiores, representaban efectivamente al enemigo principal. Con criterios parecidos se dificultó permanentemente el diálogo con la Democracia Cristiana.

Estas y otras actitudes semejantes empujaron al campo de la contrarrevolución a vastos sectores de las capas medias, por otra parte vinculados ideológicamente con la burguesía.

Tales hechos causaron profundo daño porque en la Unidad Popular no había un criterio común respecto al verdadero carácter de la revolución, a las etapas de la revolución. Para algunos se trataba ya de una revolución socialista. De otro lado, en dichos sectores no había tampoco una concepción clara acerca de la necesidad, en el momento del paso al socialismo, de buscar el acuerdo con las capas medias, teniendo en cuenta sus propios intereses, mediante una serie de resortes y sistemas puestos en práctica en otras revoluciones, como la creación de cooperativas, empresas mixtas y el aprovechamiento de las

capacidades y conocimientos de los propios capitalistas pequeños y medianos.

Todo esto influyó decisivamente en el cambio de la correlación de fuerzas que, insistimos una vez más, constituyó desde el comienzo hasta el fin de los tres años de Gobierno de la Unidad Popular la cuestión central en torno a la cual giraba o debía girar la política de la Unidad Popular y giró la política de la reacción.

Queremos precisar nuestro pensamiento. El concepto de «una correlación de fuerzas favorable» no es sinónimo de «mayoría». Es claro, la mayoría es importante y hay que buscarla siempre, pero ella no basta por sí sola y en determinados instantes históricos hasta puede faltar transitoriamente. Además lo que pesa verdaderamente, hablando de mayoría, es la mayoría activa. El concepto de una correlación de fuerzas favorable es, entonces, más rico y más complejo. Comprende también la moral de combate, el nivel de organización, la capacidad de movilización, la homogeneidad de pensamiento de la coalición y, obviamente, de una manera relevante, el componente militar.

Se ha dicho, y se ha dicho con razón, que nosotros hicimos una buena elaboración de nuestra línea durante todo el período de lucha que condujo a la conquista del gobierno y se puede agregar que también en el período inicial del mismo, pero que no elaboramos suficientemente nuestra línea en relación a cómo resolver los problemas del tránsito de la conquista del Gobierno a la conquista de la totalidad del Poder, y del tránsito de una etapa a otra de la revolución para llegar efectivamente al socialismo.

Por lo menos durante el último año de Gobierno trabajamos al día, atendiendo los problemas cotidianos, abrumados por tareas prácticas, en tanto que la reacción tenía su plan bien proyectado. Tal situación condujo a la perdida de la iniciativa lo que, unido a todos los errores y complicaciones ya descritas, hizo que la revolución chilena pasara a la defensiva y esto, se ha comprobado una vez más, termina inevitablemente en la derrota.

Con todo, se puede afirmar que, en último término, la cuestión de la conquista de la totalidad del Poder estaba fundamentalmente relacionada con la cuestión decisiva de la correlación de fuerzas. Hay que añadir que, contrariamente a lo que algunos opinan, la conquista del cincuenta por ciento de la votación en las elecciones municipales de 1971 no creaba por sí sola condiciones para resolver el problema del Poder por la vía del referéndum si, como hemos dicho, la correlación de fuerzas favorable no es sinónimo de mayoría y si tenemos, además, en cuenta que por una larga deficiencia de nuestro trabajo político, no había claridad en el país, a esa altura, acerca de la necesidad de

transformar las estructuras estatales, ni siquiera de terminar con el vetusto Poder Judicial y generar una verdadera justicia.

Se debe considerar también que en la elección municipal, en los resultados de la UP, concurrió un sector del Partido Radical que después se retiró de él y en seguida del Ministerio y que, en aquella elección, actuó no alzando precisamente la bandera de los cambios, sino ofreciendo garantías para moderar la acción del Gobierno. Se trata del sector del PIR.

No obstante, creemos que luego de las elecciones tanto el Gobierno como la UP debieron aplicar más iniciativas de las que se pusieron en práctica, incursionar en otros terrenos, tanteando el vado, con vista a desbrozar el camino, a ensanchar nuestras posibilidades y, según fueran los resultados, plantearnos tareas de mayor envergadura y proyección.

Entre las iniciativas que se llevarón a cabo estuvo en esos días la toma de grandes fábricas por sus trabajadores para facilitar la política del Gobierno de nacionalización de los grandes monopolios. Y dieron precisamente sus frutos en este terreno, pero no abrieron posibilidades para resolver lo que es la cuestión central de toda revolución, la cuestión del Poder.

Nuestra idea es que lo principal para llevar adelante la revolución y resolver sus problemas —en primer término la cuestión del Poder— reside, junto a la existencia de condiciones favorables, en la acertada conducción política. Cuando esta conducción política falla, no sólo no se hace la revolución, aunque haya condiciones, sino que hasta se puede perder el poder revolucionario ya conquistado. Lo sucedido en Hungría en 1956 así lo demuestra. Dicha revolución se salvó fundamentalmente por la acción internacionalista de la Unión Soviética.

En mayo de 1972 nuestro Partido debía constatar públicamente:

> «La Comisión Política del Partido Comunista de Chile estima que estamos viviendo un momento realmente difícil. Difícil no tanto por la ofensiva del enemigo, del imperialismo y de la reacción interna, sino difícil porque, hablando francamente, nosotros vemos una crisis muy seria en la Unidad Popular. Una crisis de orientación política, una crisis de conducción política, que está afectando la marcha misma del Gobierno.»

Un ejemplo concreto. Ya hemos dicho que en el curso de la revolución surgieron gérmenes de poder popular: las JAP, los cordones industriales, los comités campesinos, los comandos comunales, los comités de producción, las brigadas de vigilancia, etc. Algunos de estos organismos fueron de nuestra iniciativa y estuvimos por desarrollarlos todos y

por crear otros más. Pensábamos, con razón, que debían ser embriones de un nuevo poder, pero no en oposición al Gobierno de Allende, sino apoyándolo resueltamente. Como se sabe, en este campo proliferaron, o tuvieron cierta influencia, otras tendencias que se orientaban a crear un poder popular alternativo y en contra del Gobierno de Allende y no fuimos capaces de derrotar esas tendencias en toda la línea. No todo dependía, pues, de nosotros.

De esto debemos sacar una conclusión. No fuimos capaces, como Partido Comunista, de llevar la Revolución chilena junto a nuestros aliados hasta el fin.

Es claro, si nuestro Partido hubiese sido mucho más fuerte, mucho más capaz teórica, ideológica y políticamente hablando, la situación habría sido seguramente diferente porque en tales condiciones habríamos podido, efectivamente, ser o convertirnos en esos días en la vanguardia reconocida de la clase obrera y del pueblo en general. Dicho sea de paso, esta es tal vez una de las más grandes lecciones que debemos extraer con vistas a construir un Partido todavía más grande y cualitativamente mejor.

La cuestión se plantea entonces de la manera siguiente: solos no podíamos conducir la revolución y debíamos hacerlo, como lo buscamos siempre, en entendimiento con todos los partidos de la Unidad Popular y particularmente con el Partido Socialista. Pero ya se sabe cuáles eran las dificultades que habían a este propósito y cómo se ahondaron.

Esto nos lleva a reafirmar el concepto de que la conducción política única y acertada —indispensable para forjar la correlación de fuerzas siempre favorable y resolver los problemas cardinales de la revolución— presentaba grandes dificultades y, al final, estas terminaron por imponerse y fueron la causa de la incapacidad del Gobierno y del movimiento popular para enfrentar con éxito a la contrarrevolución.

Ahora bien, no obstante todos nuestros errores, insuficiencias y debilidades, lo fundamental de la Revolución chilena está en los éxitos que alcanzó y, en este sentido, a nosotros, los comunistas, nadie puede negarnos el papel decisivo que desempeñamos.

En virtud de su conocimiento de la práctica social y de la vida política del país, nuestro Partido visualizó, como ya hemos dicho, la posibilidad de conquistar una parte del poder político, concretamente el Poder Ejecutivo, para iniciar desde allí grandes transformaciones revolucionarias y marchar a la conquista plena del Poder. Dicha posibilidad era al comienzo desestimada por otros sectores y atacada y considerada imposible por la ultraizquierda. Los hechos le dieron la razón a nuestro Partido. El Partido no consideró nunca la vía no armada como una vía

exclusivamente electoral. Lo principal era su concepción como lucha de masas. Siempre puso el énfasis en el combate de las masas populares por sus propias reivindicaciones y en aquellos objetivos antiimperialistas, anti-oligárquicos y anti-monopolistas que intereseban a la mayoría ciudadana y ayudaban por tanto al entendimiento de todas las fuerzas democráticas. Comprendió, al mismo tiempo, que esta lucha debía darse también en el terreno ideológico y político, esclareciendo constantemente los objetivos de la revolución y de la unidad del pueblo y saliendo al paso de los deformadores de nuestra politica.

Un aporte del Partido Comunista de Chile a la teoría y a la práctica de la revolución por una via no armada constituyen sus formulaciones acerca de la relación que hay entre esa vía y la violencia.

El Partido supo establecer, y actuar en consecuencia, que la vía pacífica no es sinónimo de pasividad; que se recorre en medio de una aguda lucha de clases, de combates permanentes, de constantes enfrentamientos, que no desalojan sino presuponen no pocas acciones violentas, como tomas de tierra, ocupaciones de terrenos para viviendas, luchas callejeras, huelgas ilegales, etc.

Fue la concepción correcta del carácter de la Revolución chilena, la apreciación justa de la posibilidad de la vía no armada y de las formas concretas en que podía desenvolverse y, paralelamente, la tenacidad del Partido en la lucha por su linea lo que le permitió al pueblo de Chile lograr la resonante victoria de 1970 y abrir paso a las transformaciones revolucionarias.

Ya está visto que el trabajo del Partido no está desprovisto de errores. Los principales del período de la Unidad Popular ya han sido analizados. Pero el Partido aprende tanto de sus éxitos como de sus reveses y asimila la experiencia de toda la práctica social, comprendidos los aciertos, errores e insuficiencias cometidas por el conjunto del movimiento popular.

Los grandes éxitos logrados por nuestro Partido se deben en gran medida, insistimos, al hecho de haberse compenetrado de los problemas cuya solución maduraba en la sociedad chilena; de haber comprendido ciertas peculiaridades nacionales y tenido en cuenta las situaciones concretas. Sin ello no habría podido lograr mayores triunfos, no se habría convertido en un gran partido nacional y popular, ni habría podido entregar el aporte que dio a la Revolución chilena.

Nada de eso habría sido posible si el Partido se hubiese regido por criterios dogmáticos o aplicado mecánicamente otras experiencias. En la elaboración y aplicación de su línea ha actuado de acuerdo al principio de la autonomía de cada partido que es principio del movimiento comunista.

El principio de la autonomía de cada partido se suele presentar como algo nuevo, o como una invención de algunos destacamentos. Pero la verdad es que es de la esencia del marxismo-leninismo. Fue Engels, en el siglo pasado, quien acuñó la conocida y certera afirmación de que el marxismo no es un dogma sino un guía para la acción. Esto es de una importancia fundamental y significa, precisamente, que el marxismo, como arma de interpretación y transformación de la sociedad, sólo puede aplicarse teniendo en cuenta los momentos y las realidades históricas concretas y los escenarios particulares, es decir, la diversidad. En consecuencia, la autonomía de cada partido es fundamental. Lenin y el Partido Bolchevique son los que dieron el más alto ejemplo de autonomía, es decir, de aplicación viva del marxismo, a la vez que creadora, teniendo rigurosamente presente la existencia de leyes generales y las particularidades de su país y la situación histórica.

Cada partido comunista elabora su línea, define su estrategia y su táctica soberanamente. Al mismo tiempo, todos están ligados por una doctrina común y por deberes de recíproca solidaridad, de no ingerencia en los asuntos de cada cual y de respeto mutuo. Por esto el Partido Comunista de Chile rechaza las presiones de quienes desearían que demostrara su autonomía formulando críticas que al menos linden en el antisovietismo.

Reafirmamos, pues, que no hay partidos dominantes ni partidos subordinados y, también, nuestra convicción de que todos los partidos comunistas debemos poner, en nuestras relaciones, en primer lugar, nuestros deberes internacionalistas.

Una de las constantes principales de la vida del Partido ha sido la estrecha amistad con el Partido Comunista de la URSS y su alta valoración del significado de la Gran Revolución Socialista de Octubre y del papel de la Unión Soviética en el mundo de hoy.

Esta conducta viene desde los tiempos de Recabarren, que declaró su apoyo decidido a la Revolución de Octubre y vio en ella «la base inconmovible de la revolución mundial».

Finalmente, para cerrar este capítulo queremos referirnos a la figura del Presidente Allende, que encabezó este proceso y que ocupará en la historia un sitial preeminente por la magnitud de su obra y su lealtad.

En relación a la orientación del Gobierno de la Unidad Popular, se suele identificar la política del Partido Comunista con la política de Salvador Allende. Nuestro Partido consideró desde el comienzo hasta el fin, un asunto esencial de su política la necesidad de afirmar el Gobierno del compañero Allende. Con él tuvimos siempre buenas

relaciones, basadas en la amistad, la franqueza y el respeto mutuo. Pero, como es comprensible y natural, no teníamos las mismas concepciones, no siempre coincidimos en todo. Disentimos, por ejemplo, de su criterio de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluiría o haría innecesaria la dictadura del proletariado en un período de transición determinado. Se lo dijimos. De su lado, él nos expresó sus opiniones discrepantes cada vez que lo consideró necesario. Sin embargo, lo cierto es que, al margen de estas y otras diferencias, hubo una gran coincidencia en la línea gruesa, en cuanto al carácter de la revolución, a sus etapas, a la política de alianzas, a la combinación de la presión de masas desde abajo con la actividad del Gobierno desde arriba para llevar adelante los cambios revolucionarios, a la aplicación irrestricta del programa.

La ultraizquierda acusó muchas veces a Allende de reformista. Nosotros dijimos alguna vez, que en el Gobierno había rasgos reformistas. Pero esto no era lo que caracterizaba al Gobierno. Era un Gobierno revolucionario y lo era también gracias a su personal contribución.

Por el conocimiento que de él tuvimos podemos decir que los actos de su vida estaban inspirados por un amor muy grande por su pueblo, nuestro pueblo. Su deseo de que los humildes, los desamparados, los humillados pudieran llevar una vida digna, guió su actividad política. Todo esto y, por qué no decirlo, su sentido de la historia y de su papel en ella, eran sentimientos tan fuertes que le daban capacidad para pasar por encima de cualquiera concepción idealista a la que hubiese adherido, y lo decidían a llevar la revolución hasta el fin.

Salvador Allende no tenía una formación marxista-leninista acabada. Pero era un hombre dispuesto a la lucha sin concesiones para que la clase obrera y el pueblo alcanzaran posiciones de poder. En él pesaba fuertemente una espina del pueblo de Chile: las traiciones de que había sido objeto aquél por demagogos burgueses, las frustraciones que había experimentado tantas veces. No vacilaba para enfrentar con coraje a los enemigos. Lo que hizo y lo que no hizo estuvo ante todo determinado por el afán de dirigir los acontecimientos con miras al acceso del pueblo al Poder. En las últimas semanas, cuando la subversión reaccionaria ponía en jaque al Gobierno y la insolencia de «El Mercurio» llegaba a extremos inauditos, él sentía, por una parte, el deseo de aplastarla y, de otro lado, la impotencia en que ya se encontraba su Gobierno por el deterioro de la correlación de fuerzas. Pero en esos momentos lo escuchamos exigir consecuencia a aquellos críticos de su Gobierno, a los que lo habían calificado más de alguna vez de reformista, diciéndoles: «Yo no puedo, no estoy en condiciones de hacer nada contra 'El Mercurio', pero háganlo ustedes». Esto demuestra

que en él primaban sus propósitos revolucionarios, su gran propósito de hacer la revolución, por encima de las concepciones de tolerancia, a las que nunca se atiene la burguesía, pero que habían formado parte de su ideario.

Salvador Allende fue un consecuente luchador por la paz mundial, amigo del campo socialista, principalmente de la Unión Soviética, de Cuba, de Vietnam y de la República Democrática Alemana. Fue un campeón de la unidad socialista-comunista, de la unidad de la clase obrera y de la unidad del pueblo y fue un gran educador de las masas populares en las ideas de la transformación social. Durante un cuarto de siglo, por lo menos, con lenguaje sencillo, sembró las semillas de los grandes cambios que necesitaba el país, como la nacionalización del cobre y la reforma agraria. No fue el único. Y los partidos, ante todo el nuestro, hicimos en este sentido lo que era de nuestro deber. Pero, considerado como personaje histórico, nadie, después de Recabarren, ha sido un tan grande educador social.

Su último servicio a la revolución fue su holocausto. Le ofrecieron salvar su vida, pero no aceptó tratos con los fascistas, ni siquiera para eso. Su sangre estigmatizó para siempre a los traidores.

Tenemos en alta estima, sentimos un gran orgullo de haber marchado por largos años en un acuerdo tan estrecho con él, en aras de asegurar el éxito del proceso revolucionario, del esfuerzo por conseguir su culminación victoriosa y lo estimamos como un gran símbolo de la unidad socialista-comunista y de la Unidad Popular.

El Pleno de Agosto de 1977
del Comité Central del Partido Comunista de Chile.
Ediciones «Colo Colo».-1978.

Patriotas: ¡Sólo unidos derrotaremos al fascismo!

Documento elaborado por Luis Corvalán, en la prisión y publicado por la Dirección en el interior en septiembre de 1976.
(Texto íntegro)

«La lucha por derrotar al fascismo y restablecer la democracia es la tarea suprema que debe unir y movilizar a todo el pueblo.»

El golpe militar del 11 de septiembre de 1973 se dio para destruir la democracia e implantar una brutal dictadura fascista, cuya misión no es la de servir a todo Chile como pregona Pinochet, sino a unos cuantos ricachones, a los tiburones y pirañas, a los grupos oligárquicos e imperialistas que apoyan a la Junta. En otrás palabras, se trata de restablecer el dominio de los grandes capitales; devolver las industrias monopólicas, los bancos y los fundos que habían pasado a manos del Estado; favorecer a un puñado de especuladores y a determinadas empresas transnacionales.

Con la sola excepción del baño de sangre de Indonesia, el mundo no había conocido desde los tiempos de Hitler tanta bestialidad ni tantos abusos y arbitrariedades descargadas sobre el pueblo. Ello ha respondido al propósito de sembrar el terror para aplicar una política antichilena y reaccionaria. A los generales fascistas y faciosos que se han encaramado al poder no les gusta el país tal como es. Quieren hacer de Chile y a los chilenos distintos de como son. Quieren que en la tierra de Lautaro y O'Higgins, de Balmaceda y de Recabarren, no tenga cabida ningún pensamiento avanzado; que sólo se acaten las órdenes de arriba; que sólo se mande y obedezca sin chistar. Con tal fin embisten en contra de todos los valores que se han incorporado a la nacionalidad. Pretenden terminar para siempre con uno de los rasgos más característicos de nuestro pueblo –su amor a la libertad– y con lo que fue hasta hace poco un motivo de orgullo para los hijos de este suelo, las tradiciones democráticas del país.

Que nadie se engañe: se ha instaurado un régimen fascista, y el fascismo es la antidemocracia, es la dictadura terrorista contra la clase obrera, es la intolerancia y la persecución a todas las ideas progresistas. Los hechos hablan por sí solos. La Junta fascista reprime al

movimiento obrero, arrasa con las conquistas de los trabajadores que constituyen la clase más numerosa y avanzada de la sociedad chilena; ataca al marxismo, las ideas que son la conciencia del proletariado chileno desde hace más de medio siglo y que han enarbolado, entre otras grandes figuras nacionales, Salvador Allende y Pablo Neruda. No acepta el pensamiento racionalista que tiene en Chile raíces centenarias, ni los valores esenciales del amor cristiano. El derecho a predicar una fe religiosa y a practicar el Evangelio –derecho ejemplarmente respetado en el Gobierno de la Unidad Popular y en todos los gobiernos de los últimos 60 años– ha sido reemplazado por la persecución a pastores de distintas iglesias y maniobras cismáticas en su contra, y por el sistemático ataque al Cardenal y a la mayoría de los Obispos chilenos, llegando al extremo de que miembros de la DINA –dependiente directamente de Pinochet– agreden físicamente a los más altos dignatarios de la Iglesia. Esto no es casual. La mayoría de los católicos después del Concilio Vaticano Segundo, y el movimiento ecuménico del protestantismo encabezado por el Consejo Mundial de Iglesias se opone al uso ideologizado de las religiones por las fuerzas reaccionarias, y prestan apoyo a las transformaciones sociales en los países del Tercer Mundo. Al mismo tiempo, denuncian el fascismo y el racismo. Por esto no se puede esperar de la Junta fascista otra cosa que no sea la prosecución de una política de ataque a toda institución, hombre e idea democrática y progresista.

Por otra parte, la Junta fascista abandona el desarrollo industrial autónomo de Chile que vislumbró Balmaceda, surgió espontáneamente en las primeras décadas del siglo, concibió e impulsó con grandeza Pedro Aguirre Cerda –al crear la CORFO– y ha sido y es desde entonces uno de los pilares básicos del progreso nacional. La Junta tiene el propósito de convertir al país en un mero productor de materias primas y exportador de un reducido número de mercancías. Su modelo es Taiwán, Hong-Kong o Corea del Sur, en cuanto a economías de exportación a base de superexplotación de los trabajadores, de un bajísimo nivel del empleo y de misérrimas condiciones de vida. La desnacionalización de la industria, la apertura del mercado interno a la competencia extranjera mediante rebajas arancelarias indiscriminadas y la pecha para que el Pacto Andino otorgue más facilidades al capital y al comercio imperialistas, son elementos sustanciales de la política de la Junta fascista. Dicha política se traduce en cesantías sin precedentes desde la crisis del año 30, en salarios de hambre, en carencia de posibilidades para muchísimos profesionales y técnicos, en la ruina de numerosos comerciantes e industriales, en una nueva concentración del capital, en riqueza para unos pocos, en miseria para

los más. La dictadura existe y reprime para someter al país a estos moldes. Esta es la verdad, la verdadera realidad.

Las modificaciones o correcciones que ha tenido o pueda tener la política económica, los deshagos que se produzcan por el mayor precio del cobre, por inversiones directas o indirectas o por otros factores, no cambian ni cambiarán su carácter de clase ni su esencia antichilena, ni el uso del poder político para aplicar la «manu militari». Los mayores ingresos derivados del alza del precio del cobre y la cuantiosa «ayuda» del imperialismo –de 2 millones de dólares diarios– no se invierte en fuentes de trabajo o en servicios sociales que contribuyan a mejorar la situación del pueblo, sino en armas para reprimir a los patriotas y en sostener el sistema policial, encabezado por la DINA, al servicio del fascismo. Así también ocurre con el aumento de las exportaciones no tradicionales. Esto contribuye a mejorar la balanza de pagos y la balanza comercial; pero, se obtiene mediante salarios miserables, a través de la disminución de los bienes de consumo y del comercio interno y del alza constante en el precio del dólar, lo que origina frecuentemente emisiones y más carestía de la vida.

En consecuencia, la liquidación del régimen democrático no es un problema que atañe sólo a los presos políticos, a los exiliados, a los deudos de los asesinados, a los familiares de los desaparecidos y perseguidos, a las organizaciones obreras y a los partidos políticos (con excepción del Partido Nacional que reina entre bambalinas) sino al 90 por ciento de los chilenos, a todos los hombres y mujeres progresistas de las más diversas ideologías y de distintas condiciones sociales.

Por eso, la lucha por echar abajo la Junta fascista y restablecer la democracia es una cuestión vital, la tarea suprema que debe movilizar y unir a todo nuestro pueblo. Es el deber más patriótico de éste. Es el combate por la vida, por el pan, por la cultura, por el progreso social, por la independencia, por la dignidad nacional, por un futuro luminoso para Chile.

La lucha por las libertades públicas y por la democracia está en el centro de la actividad revolucionaria

El régimen democrático fue en Chile el fruto de muchos esfuerzos que vienen desde los días de la Independencia.

En el siglo pasado y parte del presente, las banderas de la democracia fueron enarboladas por hombres, partidos y movimientos de la burguesía, en franca lucha contra los sectores más conservadores, en

especial contra la oligarquía terrateniente. que usufructuaba de la servidumbre.

La clase obrera, desde que hizo su aparición como tal en la escena política chilena, ha mantenido una posición activa frente a la democracia. Ella se ha traducido, por una parte, en una crítica constante de sus limitaciones y de la inconsecuencia de la burguesía de la cual es su creación histórica. Por otra parte, se ha expresado en un combate sostenido por hacer realidad lo que se proclamaba de palabra, al mismo tiempo que por lograr el reconocimiento de sus propios derechos, como el de sindicalización y huelga, la jornada de 8 horas, la indemnización por años de servicio, las vacaciones pagadas. El logro de estos derechos condujo a una ampliación de la democracia y ha sido el resultado de un largo batallar que viene desde los tiempos de Luis Emilio Recabarren, padre del movimiento obrero y fundador del Partido Comunista. En las últimas décadas, mientras la mayor parte de la burguesía quema los ídolos que antes adoró y pasa y posiciones reaccionarias, el proletariado toma en sus manos, con más vigor, la lucha por la democracia y se empeña en hacer realidad sus postulados, al darle el verdadero contenido social. En los países capitalistas, la lucha por las libertades públicas y otros objetivos democráticos, está en el centro de la actividad revolucionaria del pueblo. A través de esta lucha, la clase obrera agrupa más y más fuerzas a su alrededor, aisla a los sectores más reaccionarios de la burguesía, y desbroza su camino hacia el socialismo.

Gracias a la acción del proletariado chileno y de otros sectores sociales democráticos, se generó en 1938 el gobierno del Frente Popular. Este hizo efectivas las garantías individuales y las libertades públicas, que, para gran parte del pueblo, sólo estaban en la letra de la Constitución.

Los partidos de izquierda y centro, en 1958, formaron el Bloque de Saneamiento Democrático y procedieron a derogar la ley liberticida que negaba a los comunistas los derechos políticos. Reformaron también la ley electoral, establecieron la cédula única, lo que significó un golpe mortal para el cohecho.

El gobierno demócratacristiano promovió y obtuvo una importante reforma constitucional del derecho a la propiedad y, mediante leyes de reforma agraria, de sindicalización campesina y de juntas de vecinos y de otros organismos comunitarios, contribuyó a que millones de campesinos y pobladores de ambos sexos, se sintieran ciudadanos chilenos.

Durante el Gobierno del Presidente Allende, los cambios operados en el régimen de tenencia de la tierra, en las grandes empresas mineras, industriales, comerciales, de los bancos, y la extensión del derecho

a voto de los analfabetos, a los no videntes y a los jóvenes a partir de los 18 años, ensancharon e hicieron todavía más efectivo el régimen democrático.

Hay pues, una línea de continuidad desde O'Higgins a Salvador Allende en las luchas de las fuerzas progresistas de Chile en favor de la libertad y la democracia.

Nuestro país alcanzó gran prestigio en América y en todo el mundo precisamente por sus tradiciones y su vida democrática; pero, el golpe de Estado del 11 de septiembre los ahogó en sangre. De ahí el repudio mundial a la Junta fascista y la gran solidaridad con nuestro pueblo.

El amor a la libertad y a la democracia está en el corazón y en la conciencia de los habitantes de nuestra tierra y no han renunciado ni renunciarán jamás a estos valores.

Cierto es que continúan las oleadas represivas, los asesinatos, los desaparecimientos de ciudadanos, las torturas físicas, morales, las detenciones arbitrarias, las arremetidas contra toda expresión de pensamiento que disgueste a Pinochet y a su comparsa. Dramáticos hechos recientes así lo comprueban una vez más. El asesinato de Carmelo Soria, funcionario de las Naciones Unidas y militante del Partido Comunista; la detención y posterior «desaparición» de destacados políticos, dirigentes gremiales y distinguidos profesionales; el fracasado atentado contra la persona del ex Presidente Frei; la expulsión del país de los juristas Eugenio Velasco L. y Jaime Castillo V. despejan toda posible duda. El pánico va desapareciendo. La protesta, al comienzo muda o manifestada sólo en círculos de mayor confianza, es cada día más abierta y generalizada. Hay quien estuvo contra la Unidad Popular y apoyó al golpe de Estado y ahora, sin embargo, abre los ojos ante la realidad y se siente engañado, al mismo tiempo que es afectado por la política económica de la Junta fascista. Más aún, el rechazo a la política represiva y a la violación flagrante de los derechos humanos se extiende de más en más hasta encontrar objeciones entre los propios partidarios del régimen. En el seno del Ejército, de la Marina, de la Aviación, de Carabineros, es patente el descontento y se observa el deseo de que, cuanto antes, se termine con la represión, se cierren los campos de concentración y se libere a los presos políticos.

Las permanentes exigencias de los trabajadores para que se restituyan sus derechos, principalmente para elegir las directivas de los sindicatos, presentar pliegos de peticiones y volver a la negociación colectiva; las múltiples acciones desplegadas por los partidos de la Unidad Popular, la Democracia Cristiana y el PIR, en defensa de los derechos humanos; los reiterados pronunciamientos de la Iglesia Católica en favor de estos mismos derechos; la activa resistencia de estudiantes y

profesores universitarios a la intolerancia y persecución fascista; y las diversas presentaciones hechas por el movimiento sindical, abogados, mujeres y jóvenes durante la reunión de la OEA en Santiago, son algunos de los tantos hechos que demuestran que la lucha por la democracia está en el centro de la preocupación de los chilenos y es la causa que los une, superando los alineamientos políticos que prevalecieron hasta el 11 de septiembre de 1973 y que, paulatinamente, van pasando a un segundo plano.

Pinochet y compañía le temen al pueblo, le temen a la democracia. Por eso no permiten, siquiera, que el Colo-Colo elija a sus dirigentes. Saben que la democracia y la libertad son incompatibles con la dictadura. Por eso continúan la política represiva, no cumplen con el decreto-Ley 1.009 ni con el decreto supremo 187 que ellos mismos dictaron para el consumo externo. Tras cada liberación, viene una nueva ola de detenciones. Cada cierto tiempo se ven obligados a ceder ante la presión de la opinión pública democrática del país y del mundo entero. Pero a continuación vuelven a la carga, en ocasiones con más furia.

No hay que hacerse ilusiones. Los que están detrás del trono, el imperialismo y la oligarquía, pueden inclinarse por cambios de fachada, pero sin modificar en absoluto la naturaleza dictatorial del régimen. En la mente de los asaltantes del poder no está el retorno a la vida democrática ni cosa que se parezca. Las actas constitucionales de las cuales tanto hablan, no representan más que el propósito de la dictadura de institucionalizarse. Y le han declarado la guerra a la democracia y a la distensión. Consideran que el mundo está equivocado, que ellos son los poseedores de la verdad y los pioneros de la política que debieran seguir todos los países capitalistas. En realidad son simples desenterradores del fascismo que, al fin y al cabo, correrán la suerte de Hitler y Mussolini.

Los generales fascistas han hecho suya la doctrina de la «seguridad nacional» basada en la seudo ciencia de la geo-política, que han puesto de moda el Pentágono y los militares brasileños. En función de la «seguridad nacional» pretenden justificar sus crímenes contra el pueblo y le declaran la guerra a todo pensamiento democrático. Con justa indignación por los atropellos de que ha sido objeto la Iglesia, el Comité Permanente Episcopal ha declarado recientemente que «invocando siempre el inapelable justificativo de la seguridad nacional, se consolida más y más un modelo de sociedad que ahoga las libertades básicas, conculca los derechos más elementales y sojuzga a los ciudadanos en el marco de un temido y omnipotente Estado Policial». Es una doctrina que atenta contra la verdadera seguridad nacional,

pues divide más a la nación, debilita la capacidad de defensa del país y no tiene nada que ver con la verdadera función de las instituciones armadas.

La dictadura aún se mantiene en pie debido a la dispersión de las fuerzas antifascistas y a la ayuda económica y militar del imperialismo; pero, su debilitamiento ha comenzado y seguirá acentuándose. Los últimos hechos políticos demuestran que la dictadura fascista recurre, una vez más, a la represión debido a que entra en una fase caracterizada por su desesperación al constatar su fracaso económico y su creciente aislamiento en el país y fuera de él. Sin embargo, su derrota no es cuestión de días: depende principalmente de la unidad, organización y lucha de las fuerzas democráticas y populares. El combate está en desarrollo y va en aumento y nada ni nadie podrá impedir la victoria del pueblo chileno.

Al pasado no se vuelve, se requiere crear una nueva democracia

El derrocamiento del Presidente Allende fue el resultado de la conjura del imperialismo norteamericano y de la reacción chilena, a la cual se sumó en gran parte la Democracia Cristiana, en la creencia de que el gobierno volvería a sus manos. Pero ello fue posible también por los errores cometidos, por la acción de la ultraizquierda que llevó agua al molino del enemigo y porque la democracia chilena era, en buena medida, inoperante y varias de sus prácticas y de sus instituciones se hallaban desprestigiadas.

De allí que no se trata de reconstruir el sistema político vigente tal como era hasta el 11 de septiembre de 1973. Al pasado no se vuelve.

Cuando una casa se derrumba se reconstruye con los mejores materiales que tenía y se dejan de mano o se refuerzan aquellos que fallaron. Ni el Parlamento ni el Ejecutivo, ni el Poder Judicial, ni la Contraloría, ni la administración comunal, ni el sistema electoral, ni nada pueden ser restablecidos sin modificaciones profundas y es obvio que las Fuerzas Armadas de mañana no pueden ser las mismas de ahora. Sus altos mandos faltaron a sus deberes, violaron los preceptos constitucionales que la ley les confería. Su reorganización y democratización son indispensables para que puedan de verdad estar al servicio de su país y nunca más sean usadas contra el pueblo.

Se requiere crear una nueva democracia. A nuestro juicio debe contemplar el irrestricto respeto a los derechos humanos; el sufragio universal y secreto desde los 18 años; el pluripartidismo; la organización del pueblo en sindicatos, federaciones, centros de estudiantes, juntas de vecinos, centros de madres, etc.; la participación de estas organiza-

ciones en todo aquello que les atañe directamente; la democratización de todas las instituciones del Estado; el reconocimiento de los derechos de la oposición; la erradicación y proscripción del fascismo; la autonomía universitaria en una universidad democrática; el gobierno comunal con más recursos y atribuciones; el gobierno regional; la educación pública y privada, así como los medios de información, inspirados en los valores del patriotismo, de la democracia, la fraternidad entre los pueblos, y orientados hacia el trabajo productivo, la técnica y la ciencia y el cultivo de las artes.

Dicho en otros términos, se trata de construir un régimen político más democrático que el anterior, que de más libertades, y que al mismo tiempo no permita el restablecimiento del fascismo, no dé margen para que otra vez el país pueda ser sometido al despotismo de la dictadura. Y para quienes se preguntan si nosotros, comunistas, propugnamos un sistema político en el cual algunos deben estar marginados, respondemos afirmativamente y recordamos que incluso, el ex Presidente Frei, en un conocido opúsculo, ha escrito estas palabras: «En su práctica concreta el totalitarismo de derecha ha generado experiencias políticas caracterizadas por la existencia de enormes y costosos aparatos represivos; la entrega de la economía a pequeños grupos de grandes monopolios; el dominio de las mentes, a través del manejo de la propaganda, la cultura y los medios de comunicación de masas y la destrucción o aniquilamiento del movimiento obrero. Estamos contra esta ideología y sistema que con el tiempo ha terminado siempre en estrepitosos fracasos. Postulamos que, más allá de los partidos, como una tarea que compromete la responsabilidad de cada chileno, debemos desterrar esta perversión ideológica, extraña a nuestra historia e idiosincracia y de la cual el país no puede esperar sino la regresión en su sistema político y social y el establecimiento de un régimen económico que, repetimos, sólo favorece a las minorías, cuando no empobrece y arruina a la nación.»

Insistimos en que el nuevo régimen democrático no puede dejar las cosas como están hoy en ninguna esfera de la vida nacional. Desde luego, tendrá que retomar en sus manos las tareas de las transformaciones económicas que estaban en marcha. Los bancos, las grandes industrias y todas las palancas fundamentales del progreso económico y social deben ser puestos al servicio del pueblo y del país. Las tierras que la Junta ha devuelto a los terratenientes deben ser entregadas de nuevo a los campesinos y la Reforma Agraria debe ser completada. Esto no significa, claro está, que haya que restablecer todo lo que había en este terreno y seguir el mismo camino que se usó ayer. Sólo es indispensable, para que la nueva democracia sea real, asegurar

que las riquezas de Chile, y el futuro del trabajo de los chilenos estén al servicio del pueblo, de la mayoría nacional.

Naturalmente, los comunistas seguimos pensando que, en último término, el socialismo le ofrece a Chile la posibilidad de una verdadera justicia social. Pero el socialismo no es el objetivo de hoy. A su debido tiempo, el país se encaminará hacia él, de acuerdo con la voluntad del pueblo, desarrollando todavía más la democracia y manteniendo el pluralismo político.

Nuestra proposición para construir la Unidad Antifascista

El gran objetivo de hoy, lo decimos una vez más, es derribar a la Junta fascista y crear un nuevo régimen democrático. En la lucha por este objetivo pueden y deben unirse la mayoría abrumadora de los chilenos. Toda actitud sectaria, venga de donde venga, respecto a la amplitud que debe alcanzar la unidad patriótica antifascista, no hace más que prolongar los sufrimientos del pueblo y el dominio de la dictadura.

Pensamos que la clave para una salida democrática está en la acción de la clase obrera, en el desarrollo de un poderoso movimiento de masas, en el entendimiento entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana.

El régimen fascista de Portugal y la Junta de Grecia fueron derribados por la lucha multitudinaria de las masas, por la acción de todas las fuerzas democráticas, sin exclusión. En nuestro caso, la Unidad Popular no puede ahora y por sí sola restaurar la democracia. Tampoco lo puede hacer el Partido Demócratacristiano. Una solución como la que ha patrocinado el ex Presidente Frei, con exclusión de los partidos marxistas, hoy no es realista y, lo que es más grave, es un intento de componenda con la dictadura, el imperialismo y la oligarquía, a expensas de los trabajadores y, por consiguiente, se puede calificar de reaccionaria y antidemocrática. Por eso, si se quiere realmente luchar por restaurar la democracia se hace indispensable el entendimiento entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana que, juntas, son la mayoría y tienen fuerzas para imponerse.

Nuestra primera proposición:
Actuemos unidos para derribar a la dictadura

Esto es lo primero, por así decirlo, también, es nuestro primer planteamiento.

Como lo hemos dicho tantas veces, la dictadura se mantiene en pie y hace cuantas fechorías es posible, más que por la fuerza de las armas,

por la dispersión de las fuerzas democráticas. Si la Unidad Popular y la Democracia Cristiana se entendieran sólo para terminar con la dictadura, sería por cierto un hecho muy importante. Al efecto se podría decir: ya que estamos en contra de la dictadura, actuemos juntos sólo para terminar con ella; y una vez logrado esto, dejemos que el país decida su futuro y elija a sus gobernantes a través de algún procedimiento democrático, sin ningún compromiso previo entre nosotros. Si hubiera acuerdo sólo para este efecto, y nada más, habría que concretarlo.

Nuestra segunda proposición:
busquemos el consenso que permita construir la nueva democracia

Consideramos, además, que la Unidad Popular y la Democracia Cristiana podrían ponerse de acuerdo, también, acerca del Sistema político que habrá de sobrevenir. Si esto no se hiciera, si sólo hubiera acuerdo para echar abajo la Junta, el país buscaría de alguna manera su camino hacia adelante. De esto no hay duda. Sin embargo, sería mucho mejor trabajar desde ahora en la búsqueda de ese camino. Como decía el editorial de la revista Mensaje del 19 de octubre de 1975: «la democracia que Chile necesita no es un modelo que ya esté hecho o que podamos mandar a hacer fuera. Vamos a tener que crearlo aquí, usando, por supuesto aportes de otras partes. Es una tarea larga, pero que se debe empezar hoy.» De no actuar así, si se dejara todo a la improvisación o si cada sector democrático elaborara separadamente su proyecto político para mañana, sin comunicación con ningún otro sector, el país correría el riesgo del retorno a las pugnas entre las fuerzas democráticas, que primaron en el pasado reciente. Y esto no lo quiere la nación y no va en su interés. Socialmente, el país está constituído por sus hombres y mujeres de todas las edades. ¿Por qué su mayoría democrática no podría desde ya buscar un pensamiento común con respecto a la democracia renovada que se necesita construir?

En segundo lugar, nos pronunciamos, pues, por el diálogo entre todos los sectores democráticos acerca de qué hacer, por lo menos en cuanto al sistema político desde el mismo día en que Chile avente la dictadura.

Nuestra tercera proposición: constituyamos un gobierno con representación de todas las fuerzas antifascistas

En tercer lugar, pensamos que un gobierno en el que mañana esté sólo la Unidad Popular o sólo la Democracia Cristiana, en el supuesto

que ello sea factible, no correspondería a los sentimientos mayoritarios de la nación, no garantizaría la necesaria unidad a los chilenos, no afrontaría con éxito las tareas del porvenir. Y ésas serán de una magnitud colosal, no sólo en relación con la creación de un régimen democrático y el desarrollo económico, la solución de problemas tan graves como los de la habitación, el empleo, la salud, la educación, sino también en lo que se refiere a las grandes cuestiones planteadas ante toda la humanidad por el agotamiento de recursos no renovados o renovables, el crecimiento de la población, la contaminación de la tierra, el aire y las aguas, y la revolución técnico-científica que está en pujante desarrollo. Por ello, nos pronunciamos también porque el gobierno que suceda a la Junta militar, sea ampliamente democrático, representativo de la mayoría nacional, y esté constituído en base al entendimiento entre la Unidad Popular, la Democracia Cristiana y todas las fuerzas antifascistas.

¡A vencer los obstáculos que impiden forjar la Unidad Antifascista!

En varios períodos de nuestra vida política se han forjado bloques, se han constituído alianzas de partidos y de clases, que han agrupado al pueblo y han permitido importantes victorias y avances sociales. Ellos se han logrado venciendo dificultades de distinto orden. Las ambiciones, los prejuicios, los intereses de clases o capas sociales puestos por encima del interés general, han constituído siempre obstáculos a la unidad. Pero esos obstáculos, una vez más, se puede superar.

Que haya o no haya unidad entre las fuerzas democráticas, aunque sólo sea para echar abajo la dictadura, no depende de la simple voluntad de quienes hoy aparecen reacios a dichos entendimientos. Los comunistas tenemos una rica experiencia en este terreno. Sabemos que, en más de una oportunidad, han tenido que entrar por un buen camino gentes y grupos que han sido contrarios a la unidad.

Hay una cosa clara: la clase obrera y el pueblo saben que el hambre, el desempleo, los bajos salarios y la represión no hacen distingos políticos; por eso, quieren el entendimiento de todos los que sufren, de los que tienen sed de justicia, de todos los que aman la libertad.

De esto hay que sacar la conclusión de que el trabajo tenaz, paciente, cotidiano, en el seno de las masas y en estrecho contacto con todos los sectores democráticos, terminará por forjar en la lucha amplia la unidad antifascista que permitirá terminar con la dictadura, con-

quistar la libertad, restablecer la democracia y colocar de nuevo a Chile en la senda del progreso social y en un sitial de dignidad.
¡A construir la unidad antifascista!
¡A luchar por la vida y el pan, por la cultura y el progreso social, por la independencia y la dignidad nacionales!

Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile. Nº 20.
Noviembre–Diciembre 1976.

La Iglesia católica y las persecuciones fascistas

Artículo escrito en el campo de concentración de «Tres Alamos». Noviembre de 1976.
(Fragmentos)

En el largo período histórico durante el cual la Iglesia permaneció unida a los poderosos, se dedicó a tranquilizar a los pobres, a predicar la resignación, poniendo el acento en las venturas del «más allá». Este «Más allá» –para emplear los términos de Egidio Vigano (Mensaje de octubre de 1966)– aparecía como «el refugio feliz al cual había que llegar huyendo de este mundo; donde el 'cielo' era un hogar de gozoso descanso después de haber logrado evadirse de los problemas amargos de la existencia, un nirvana de sueño beatificante como si se hubiera encontrado finalmente la droga del éxtasis; la muerte hundía el buque-cárcel de esta vida para trasladarnos a un paraíso de ensueños tan interesante que en la espera de ello no valía la pena comprometerse a fondo en las tareas temporales; había que aceptar los sufrimientos como un indispensable boleto de entrada».

Pues bien, en ese período o en circunstancias semejantes, la religión opera como un factor alienante del hombre, como opio para el pueblo. Cambia la situación cuando la Iglesia no predica la resignación ni el conformismo y, en vez de servir a las clases dominantes, como sucedió en otras épocas, se preocupa ante todo de la vida y la suerte de los humildes. Hoy, sin dejar de tener una visión escatológica, de ultratumba, de la liberación del hombre, también tiene de ésta una visión terrenal y pone en ella el acento. «La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra» dice *Gaudium et Spes*, el documento constitucional de Vaticano Segundo.

En estas condiciones, la religión pierde su carácter de «opio del pueblo» y, por el contrario, en la medida que la Iglesia se compromete con el hombre, se podría decir que, en vez de alienante, es un factor más de inspiración en la lucha por la paz, la libertad y la justicia.

Por esto último, es en los países donde imperan regímenes reaccionarios, fascistas, racistas o simplemente despóticos, donde la Iglesia sufre hoy las mayores dificultades. Tal es el caso de Brasil, Paraguay, Argentina, Rhodesia, Chile y otras naciones.

La experiencia chilena ofrece claros y objetivos antecedentes acerca de la opinión y la conducta del Partido Comunista y la Unidad Popular respecto de la religión y la Iglesia.

Por de pronto, el movimiento obrero no ha sido nunca anticlerical, mucho menos antieclesiástico. Recabarren, el padre de la organización obrera revolucionaria y fundador del Partido Comunista, dio muestras de profundo respeto por las creencias religiosas. Es verdad que más de alguna vez –hasta no hace muchos años– se ha criticado a ciertos curas cuando, por ejemplo, se negaban a bautizar niños porque sus padres presentaban padrinos comunistas o les ponían a sus hijos nombres de grandes figuras revolucionarias. Pero lo que se criticaba en esos casos eran las actitudes reaccionarias y sectarias y de ninguna manera la religión o la Iglesia.

En los tres años del gobierno del Presidente Allende la Iglesia vivió «en una cooperación leal, y yo diría bastante fácil con las autoridades» dijo el Cardenal Silva Henríquez en una charla que dio en Toledo, España, en junio de 1973. Y agregó en esa oportunidad: «Nosotros estamos en diálogo con un gobierno marxista, que es ateo, pero que hasta este momento no ha sido contrario a la Iglesia. Esa es la verdad. Y la Iglesia tampoco quiere ser contraria al Gobierno.»

Por otra parte, es bien sabido que en los partidos revolucionarios militan miles de creyentes (en verdad, lo son la mayoría de sus miembros) sin que jamás hayan sido conminados a abandonar su fe o sometidos a prédicas antirreligiosas. Así pues, para ser militante de un partido marxista no se exige ser ateo. Si se impusiera esta exigencia, dichos partidos serían meras sectas. Son todavía mucho más los creyentes que simpatizan con ellos. Esto dice más de algo. Significa desde luego que una parte considerable del pueblo de Chile no comparte los juicios de quienes, incluida la jerarquía católica, sostienen que el marxismo es sinónimo de intolerancia y de persecuciones en contra de la Iglesia. Ese pueblo estima, además, –y los hechos demuestran que está en lo cierto– que puede luchar por la revolución bajo la dirección de los partidos marxistas y ser al mismo tiempo cristianos.

En octubre de 1965, en el Informe al XIII Congreso Nacional del Par-

tido Comunista, decíamos: «Los comunistas estamos llanos a marchar del brazo con los católicos y, como lo hemos expresado en ocasiones pasadas, sobre la base de la prescindencia de la Iglesia en las lides políticas (en el sentido de no identificarse con partido alguno), tenemos el firme propósito de hacer todo lo que esté de nuestra parte para que entre ella y el gobierno revolucionario que el pueblo de Chile se dará en el futuro existan relaciones de mutuo respeto».

Cinco años más tarde se constituyó ese gobierno y, como siempre, demostramos consecuencia entre las palabras y los hechos.

No tenemos la menor duda en que, más temprano que tarde, el pueblo chileno dará origen a un gobierno ampliamente representativo y democrático y que, a su hora, marchará hacia el socialismo. Pensamos que la Iglesia, en uno u otro estado social, debe tener las necesarias garantías para el desarrollo de sus actividades. Confiamos en que no se opondrá al avance de la sociedad y tenemos entendido que acepta o puede aceptar y hasta colaborar con un sistema socialista que ha de regirse por un estado de derecho que consagre el respeto y la ampliación de las libertades, incluídas la de profesar una fe religiosa.

En consecuencia, se puede afirmar que, al referirse al marxismo y la religión, el Episcopado Nacional no siempre ha distinguido lo circunstancial de lo que corresponde a la esencia de nuestra doctrina, ni ha considerado suficientemente la realidad chilena, sino más bien situaciones distantes, producidas en otros contextos históricos y desde luego antes de Vaticano Segundo. Por eso, en sus planteamientos aparece a menudo la caricatura y el esquematismo.

Esperamos que estas aclaraciones sean de alguna utilidad para llevar adelante la gran tarea de la unidad de los chilenos.

Corvalán: Un año en libertad
Diciembre de 1977

Los desaparecidos

Informe al Pleno del Comité Central del Partido
Agosto de 1977.
(Fragmentos)

La heroica huelga de hambre sostenida por 24 mujeres y dos hombres —todos ellos familiares de chilenos secuestrados por la DINA—, conmovió recientemente al mundo. Fue un dramático llamado de atención frente

a la tragedia que viven miles de hogares, de padres, esposas, hijos y hermanos de 2.500 desaparecidos, de cuyo destino nada se sabe hasta la fecha y que fueron detenidos a ciencia cierta, casi siempre ante testigos, en estos cuatro años de dictadura fascista.

¿Dónde están estos chilenos? ¿En qué prisiones, en qué campos de concentración, en qué recintos de torturas? Pinochet no podrá hacerlos desaparecer de la atención y de la conciencia mundial. Son 2.500 vidas de hombres y mujeres, de trabajadores, de profesionales, de estudiantes, conocidos por millares de personas, que en muchos casos tuvieron una relevante participación en la vida sindical, política, universitaria, cultural y estudiantil del país. Sus familiares no han cesado de buscarlos en ningún momento y viven en la actualidad una tragedia que un abogado ha calificado como «casi peor que la muerte».

Entre los desaparecidos se encuentran muchos de nuestros más queridos compañeros con los cuales hemos luchado largos años, miembros de nuestro Comité Central, dirigentes sindicales, estudiantiles y distinguidos profesionales con toda una vida de militancia en nuestras filas: Víctor Díaz, Subsecretario General de nuestro Partido, Mario Zamorano, Uldarico Donaire, Fernando Ortiz, Bernardo Araya, Jorge Muñoz, Waldo Pizarro, Horacio Cepeda, Fernando Navarro, Iván Insunza, Eliana Espinoza, Alejandro Rodríguez, José Weibel y tantos otros.

También están desaparecidos los dirigentes socialistas Exequiel Ponce, Carlos Lorca, Ricardo Lagos, Ariel Mansilla; los dirigentes del MIR, Bautista Van Schowen y Edgardo Enríquez, innumerables militantes de base de los partidos de la Unidad Popular y chilenos sin partido.

Es un deber de todos los hombres democráticos no olvidar a ningún desaparecido y arrancarlos de las cámaras de tortura, de los lugares secretos en que se hallan detenidos.

Salvar la vida y lograr la libertad de todos los desaparecidos es la tarea más apremiante a cuya realización nos llama la mente y el corazón de seres humanos.

Pinochet no podrá seguir burlándose del clamor de todo un pueblo y del mundo entero que exigen que dé cuenta de los desaparecidos. Y aunque los dóciles e incondicionales tribunales de justicia de Chile sirven de tapaderas a los crímenes de la tiranía, la verdad terminará por conocerse. En el peor de los casos, esto es sólo cuestión de tiempo.

Ningún crimen quedará oculto. Y los criminales serán llamados a terreno.

El Partido Comunista de Chile contrae el compromiso ante su pueblo, y cada uno de nosotros ante su propia conciencia, de no abandonar jamás la lucha en favor de la vida y de la libertad de nuestros compatriotas desaparecidos.

Contraemos el compromiso de combatir sin desmayo para que el pueblo de Chile pueda estar en condiciones de pedir cuentas a sus verdugos de hoy.

Esto es, también, en el peor de los casos, cuestión de tiempo.

No buscamos la venganza, sino la justicia. Pagarán los grandes culpables. Ningún inocente pagará por ellos.

Habrá tribunales para juzgarlos, tribunales que darán garantías a los acusados y que, a diferencia de los actuales, harán justicia y castigarán a los responsables de todos los crímenes contra el pueblo chileno.

Aunque tendríamos sobrado derecho a pagarles con la misma moneda, no pretendemos recurrir a los métodos repugnantes y anti humanos de la tortura y el crimen.

Pero no habrá borrón y cuenta nueva.

Los viudas de los asesinados, las madres, esposas e hijos de los torturados y desaparecidos, claman castigo.

El pueblo chileno exige castigo, y habrá castigo.

El pleno de agosto de 1977
del Comité Central del Partido Comunista de Chile.
Ediciones «Colo Colo».–1978.

En torno a la Posibilidad de un acuerdo con la Democracia Cristiana

Respuestas a la Revista Chile – América.
(Fragmentos)

P.: ¿Qué viabilidad tiene el proyecto de una «alianza» UP–DC para invertir la actual situación en Chile? ¿Vislumbra Ud. alguna alternativa y en qué se funda tal alternativa?

R.: La alianza entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana es una necesidad de primer orden. Si esta alianza se pudiera concretar hoy como un acuerdo en toda la línea, el pueblo vería una salida clara y de derrocamiento de la dictadura sería cuestión de poco tiempo.

El Partido Comunista plantea esta alianza porque la considera absolutamente justa, independientemente de lo que opine sobre ella la DC. El hecho de que la DC no la acepte, o no la desee, o la estime perjudicial a sus objetivos –todo lo cual se plantea en su pregunta– es un asunto que tenemos en cuenta, pero nuestra política no se guía

por lo que circunstancialmente puede opinar la DC. Trabajamos no sólo para hoy sino también para mañana y tenemos en cuenta la viabilidad de nuestra política no sólo en el día de hoy sino en el futuro. Es cierto que la posibilidad de que tal alianza se produzca no depende sólo de nosotros, pero nosotros hacemos, tras este objetivo, todo lo que está de nuestra parte, y lo hacemos en la convicción de que, si no a corto plazo, a mediano o largo plazo esta alternativa puede materializarse.

Por muchos cambios que se produzcan, y éstos se van a producir, en el Chile de mañana tendrán una gran presencia los partidos políticos de la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, o más concretamente, las corrientes marxistas, cristianas y racionalistas del movimiento democrático chileno. Todo indica que las contradicciones que vive hoy la sociedad chilena y las que vivirá mañana requieren para su solución del concurso de estas tres corrientes, de estas tres fuerzas de la democracia chilena.

P.: Los críticos de la «alianza» UP–DC sostienen que permanecer a la espera de un cambio de actitud de la DC tiene un efecto paralizante para la Unidad Popular y le quita fuerza para conducir la lucha anti dictatorial. ¿Cree Ud. que esta crítica tiene validez?

R.: No hay nada más dinámico que el planteamiento de esta alianza, puesto que tiende justamente a mover las cosas y a darle más envergadura y velocidad al combate contra la dictadura. Al propiciar esta política, ni los comunistas ni la Unidad Popular estamos cruzados de brazos a la espera de una respuesta favorable, entre otras cosas porque pensamos que en la búsqueda de esa respuesta lo fundamental es la iniciativa propia, nuestra actividad dirigida a conseguirla. Más todavía, consideramos que la Unidad Popular y sus partidos se desarrollarán más y no perderán sino que adquirirán más fuerza «para conducir la lucha antidictatorial» en la medida en que apliquen una política de alianzas correcta, amplia, que ofrezca perspectivas.

Por otra parte, es bueno recordar que esta no es la primera vez que el Partido Comunista plantea ampliar el radio de alianzas de la clase obrera. En la primera época de la UP, cuando a ésta no pertenecían los radicales, planteamos el acuerdo con estos y no se nos hizo observaciones semejantes. En esa ocasión, nuestra iniciativa no fue paralizante y no vemos por qué tenga que serlo necesariamente ahora. No lo es respecto a nosotros y no creo que lo sea respecto a nadie.

P.: Su Partido a través de los escritos de Volodia Teitelboim y de Orlando Millas en la «Revista Internacional», sostiene que la Unidad Popular ha sufrido una derrota transitoria y que el concepto de revolución popular es la que mejor define el proceso chileno. ¿Cómo se puede

conciliar un llamado a la «alianza» con la DC si, por otra parte, el Partido Comunista está proponiendo públicamente que la Unidad Popular adopte el modelo de una revolución popular con la clase obrera al centro como fuerza dirigente para lograr la democracia y el socialismo?

Es cierto que Millas sostiene que las etapas democrática y socialista se entrelazan, pero ¿no cree Ud. que la Democracia Cristiana rechaza una revolución socialista aún cuando ésta aparezca como una superación de la etapa democrática?

¿Acaso no fue esta la contradicción principal con la DC durante el régimen de Allende?

R.: Es claro que la derrota de la Unidad Popular, que ha sido la derrota del pueblo, la derrota de la democracia, es eminentemente transitoria. Pensar lo contrario sería creer en la posibilidad de que se eternice la dictadura fascista y no creo que a esto altura nadie pueda imaginárselo. Por otro lado, las tareas, las transformaciones que se planteó como objetivo la Unidad Popular siguen vigentes y las fuerzas llamadas a retomarlas se mantienen vivas, todo lo cual asegura el reinicio del proceso revolucionario chileno. El concepto de Revolución Popular que Orlando Millas y Volodia Teitelboim han usado para definir este proceso me parece correcto. No se podría usar con propiedad el de revolución proletaria o el de revolución democrático-burguesa si al buscar la definición se tiene esencialmente en cuenta la cuestión de clase. También hemos usado el concepto de revolución antiimperialista, antimonopolista y antioligárquica, en atención, más que a las fuerzas motrices de la revolución, al carácter de ésta. Tal concepto es igualmente correcto. Estimo que pueden surgir otras definiciones justas si, con otras palabras, se expresan estos dos enfoques, tanto el contenido de clase de la revolución como la determinación de sus finalidades, más el rasgo antifascista y democrático de nuestra lucha y la perspectiva del socialismo.

Es más fácil entenderse cuando se habla claro. Por eso decimos francamente que, en nuestra opinión, la clase obrera debe ser la clase dirigente. En toda sociedad clasista hay siempre una clase que «corta el bacalao», que tiene el poder o que es capaz de transformarse en el centro de las fuerzas que aspiran a él. Y no veo por qué se le puede desconocer al Partido Comunista su derecho a aspirar a que la clase de la cual emana, a la que sirve y para la cual existe, desempeñe su papel, tanto menos si se trata de la clase más numerosa, más creadora, más dinámica, más consecuentemente patriótica. Aunque no lo digan, otros aspiran a que no sea la clase obrera la que juegue un rol conductor y se empeñan en que otras clases tengan la sartén por

el mango. Yo creo que este es un asunto que debe resolverse democráticamente. Por nuestro lado, al pretender resolverlo en favor de la clase obrera queremos dejar constancia de que, al mismo tiempo, tenemos la consideración que corresponde a las otras clases y capas sociales que en el seno de la sociedad chilena pueden y deben jugar un papel progresista.

P.: Ud. ha sido explícito en sus declaraciones en Italia para señalar que una democracia en Chile no es una postura táctica sino que una determinación estratégica. Sin embargo, con algunas variantes, tanto Ud. como otros dirigentes comunistas chilenos están anticipando una revolución socialista y la han vinculado a una dictadura del proletariado. Tal planteamiento, sin duda, oscurece el problema de una democracia real, levanta un fantasma indigerible para los demócratacristianos y otros demócratas. ¿No cree Ud. que esta formulación, aún cuando sea a un lejano futuro, dificulta un acuerdo con los demócratacristianos?

Es evidente que en la búsqueda de una nueva democracia para Chile, la preocupación central es la forma en que se intente ejercer el poder en el futuro, cómo se garantizarán los derechos humanos y civiles, que el poder sea realmente democrático y que sea el pueblo el que lo genere por la vía del voto libre y secreto. ¿Podría presentar sus puntos de vista sobre esta materia?

R.: Efectivamente, la democracia no es para nosotros un asunto táctico sino un objetivo estratégico. Luchamos por la recuperación de las libertades públicas, no para aprovecharnos de ellas con vistas a instaurar luego un régimen que termine con las mismas. Son valores muy queridos y necesarios al hombre y a través de ellos la clase obrera puede ir ampliando sus conquistas, aumentando su rol dentro de la vida política y social. Son valores que le permitirán a los chilenos desarrollar la cultura, el arte, el pensamiento. Al pasar de una época a otra, al avanzar hacia el socialismo, la democracia se ensancha y sus valores adquieren una base material que les permiten ser más verdaderos y más efectivos.

Si recientemente hemos defendido el principio de la dictadura del proletariado es porque hemos considerado indispensable hacerlo ante la arremetida de quienes nos exigen abandonarlo como condición para llegar a un acuerdo con nosotros. Concretamente, así lo plantean dos destacados demócratacristianos, Genaro Arriagada y Claudio Orrego en el libro «Leninismo y Democracia» del que son autores.

Por lo demás, si la idea de la dictadura del proletariado resulta, como dice la pregunta, «un fantasma indigerible para los DC y otros demócratas», es, fundamentalmente, porque los deformadores de nues-

tro pensamiento, y tal es el caso de los Sres. Arriagada y Orrego, caricaturizan para crear el fantasma.

Como decía Lenin, la dictadura del proletariado es mucho más democrática que el más democrático de los gobiernos (de hecho dictaduras) de la burguesía. La circunstancia de que en uno u otro país socialista y en una u otra época se hayan cometido errores, se haya caído en el autoritarismo, no contradice la validez científica de esta verdad. Para decirlo muy claramente, en todas las instancias del desarrollo social e histórico nosotros propiciamos un estado de derecho, democrático y representativo de la mayoría. No hay razón, entonces, para que alguien suponga que en algún momento pensamos hacer uso de la arbitrariedad. Para mí, la cuestión central en la búsqueda de una nueva democracia para Chile, es el acceso al poder, a la dirección del Estado, de la clase obrera y del pueblo. No otra cosa significan hoy nuestros esfuerzos tendientes a que la derrota de la Junta abra paso a la constitución de un gobierno regido por una coalición antifascista ampliamente representativa. Junto a ello acepto y hago mía la idea de que es de primerísima importancia «la forma en que se intente ejercer el poder en el futuro, cómo se garantizarán los derechos humanos y civiles, que el poder sea realmente democrático y que sea el pueblo el que lo genere por la vía del voto libre y secreto».

En todo esto estamos llanos al acuerdo.

P.: Algunos demócratacristianos, que no son precisamente los actuales dirigentes, creen posible concordancias y hasta un acuerdo con la Unidad Popular para determinar el marco de la institucionalidad que debe reemplazar a la actual dictadura y sostienen que tal institucionalidad debe ser esencialmente democrática, pluralista y no excluyente, o sea, «donde quepan todos» (incluso los comunistas). Pero, al mismo tiempo, no creen que, en un primer momento, por el mero hecho de haberse puesto de acuerdo sobre los marcos de la institucionalidad, puedan llegar o sea posible un Gobierno UP-DC. Ellos hablan de una institucionalidad amplia, pero creen que el problema del Gobierno, pensándolo con realismo y de acuerdo con las condiciones que se den en el interior de Chile en el momento de constituirlo, puede ser restringido.

Ud., en Roma, habló de acuerdo con la DC en torno a la institucionalidad futura y propuso un gobierno con la participación de la Unidad Popular.

¿Qué piensa de estos otros puntos de vista?

R.: Puede ser que al momento de la caída de la dictadura por a, b ó c razones no se puede constituir un gobierno de coalición en que participen todas las fuerzas democráticas. Pero lo importante y lo

honesto es tener a este respecto una posición clara desde ahora y luchar por ella. Las condiciones que hayan mañana dependerán en buena parte de esta lucha. Actuar de otra manera, dejar un asunto tan fundamental en la indefinición y sujeto a «como se den las etapas», antes que realismo es indecisión política.

Chile-América (Roma) Nº 28-29-30
(Febrero, Marzo, Abril 1977)

La unidad antifascista y los compromisos

Declaraciones a la T.V. británica. – Enero 1977.
(Fragmento)

T.V. británica: ¿El Partido Comunista está preparado para hacer sacrificios y compromisos a fin de facilitar el entendimiento con el Partido Demócrata Cristiano?

L. Corvalán: Nosotros estamos dispuestos al compromiso, naturalmente. Yo no sé lo que usted entiende por hacer sacrificios. Pienso que todos los partidos de la Unidad Popular y la Democracia Cristiana deben buscar los puntos que los unen, que son muchos. La Democracia Cristiana es una fuerza de oposición al gobierno, a la dictadura. La dictadura la persigue también. Quiere el restablecimiento de la democracia, quiere que se realicen en Chile transformaciones sociales. Yo creo que hay una vasta gama de problemas que permiten llegar a un entendimiento. Para arribar a este entendimiento, yo estoy convencido de que es innecesario que los comunistas o los socialistas o los radicales o la Democracia Cristiana hagan concesiones de principio, abandonen ciertos principios o hagan sacrificios en este sentido. Yo creo que, cuando usted habló de sacrificios, se refería a esto. Creo que cada partido tiene su propia fisonomía, su propia personalidad y, felizmente, como ya dije, hay posibilidades de acuerdo, sin que nadie abandone nada de lo suyo. Ahora, hay problemas en torno a los cuales existen incomprensiones, dudas –y deben aclararse– entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana. Por ejemplo, yo sé que la Democracia Cristiana está interesada en saber qué pensamos acerca del futuro régimen político de Chile, qué pensamos acerca del destino de las fuerzas armadas, qué tipo de fuerzas armadas debe haber mañana en el país, qué pensamos del Poder Judicial, qué tipo de Poder Judi-

cial, de judicatura debe haber en Chile después de la caída de la Junta. Es posible que, en este terreno, la Democracia Cristiana tenga algunas dudas respecto a nuestra posición. Estamos dispuestos a aclararlas. Nosotros también tenemos algunas dudas respecto a la posición de ella sobre el particular. Queremos que se aclaren también pero a mí me parece que podemos llegar a acuerdo sobre esta materia partiendo de una idea que yo creo que es de la Unidad Popular y también de la Democracia Cristiana, en el sentido de que las cosas no pueden quedar como están. En las Fuerzas Armadas, por lo menos hay que hacer una limpieza, una democratización profunda, y una modificación sustancial del Poder Judicial, que de hecho, ha sido cómplice de la dictadura. A compromiso entonces estamos dispuestos a llegar sobre estas y otras materias.

T.V. británica: ¿Sería legal el partido fascista?

L. Corvalán: No. Somos partidarios de erradicar el fascismo, de proscribir el fascismo de la vida nacional. Esto implica fundamentalmente la adopción de una serie de medidas en el terreno de la democratización de Chile, y de la aplicación, por parte del gobierno que surja mañana, de una política muy enérgica contra los enemigos del desarrollo progresista del país.

T.V. británica: ¿Qué medidas serían necesarias para erradicar el fascismo en Chile?

L. Corvalán: Bueno, creo que he dicho dos o tres veces en el curso de este programa que hay que democratizar muchas instituciones; las Fuerzas Armadas, limpiarlas de los elementos fascistas. Eso tiene su importancia. Abrir juicios, y nosotros estamos dispuestos a llegar a un compromiso, a un acuerdo para que estos juicios se hagan por tribunales competentes, que den todas las garantías del caso, a fin de investigar los crímenes cometidos en este período, que son muchos, y son horrendos, y de castigar a los responsables de estos crímenes: los elementos fascistas. Aquí ya tiene dos medidas que apuntan en la dirección de erradicar el fascismo en nuestro país. Yo le podría señalar más. Ahora, hay que conversarlas. Yo quiero decirle que lo que se haga mañana no será exactamente y sólo lo que digamos los comunistas. También hay otros partidos de la Unidad Popular, y está la Democracia Cristiana.

T.V. británica: ¿Cómo ve usted la caída del régimen de Pinochet?

L. Corvalán: Yo creo que Pinochet tiene los días contados. Cuando le digo que tiene los días contados, no quiero decir que será mañana o pasado, ni que es fácil la tarea, pero es un gobierno eminentemente transitorio que ya ha concitado el odio de la generalidad de los habitantes de mi país. No será fácil echarle abajo, pero caerá, más tem-

prano que tarde. Ahora, ¿cómo lo echaremos abajo? Una cosa general, una respuesta general; a través de la unidad y la lucha de todas las fuerzas democráticas, de la clase obrera y del pueblo. La forma concreta que tomará la caída de la dictadura no se la puedo predecir. No soy mago, pero caerá, con la acción, con la lucha del pueblo chileno.

Corvalán: Un año en libertad
Diciembre 1977.

El régimen es transitorio

Declaraciones a la T.V. italiana. – Enero 1977.
(Fragmento)

T.V. italiana: Pinochet se vanagloria de que existe unidad entre las Fuerzas Armadas?

L. Corvalán: Yo creo que hay una unidad más aparente que real. En conversaciones con soldados, con suboficiales, con oficiales, hemos visto el deseo de buscar algún camino democrático de salida al actual estado de cosas. Ciertamente, entre los militares ha habido torturadores, gente que ha cometido crímenes, fechorías, que ha tratado a los presos muy mal, hay mucha gente responsable de esta política criminal de Pinochet. Esto hay que tenerlo en cuenta; pero nosotros también nos hemos encontrado con militares de todos los grados que han tenido hacia nosotros, los presos, una actitud humana, comprensiva, de simpatía hacia nuestras ideas; eso existe en el país. Yo sé que se ha elaborado una lista negra, pero también podríamos elaborar una lista blanca. Los nombres de esta lista blanca no se podrían dar a conocer ahora, pero nosotros tenemos los nombres de mucha gente que se portó bien; a muchos no les recordamos sus nombres, pero tenemos en cuenta su comportamiento y tenemos en la retina grabados sus rostros, sus figuras; no los olvidamos y creemos que mañana pueden desempeñar un papel importante.

T.V. italiana: Después de la elección de Carter, ¿cuál puede ser la actitud del Gobierno norteamericano frente a la Junta?

L. Corvalán: En primer lugar, el problema chileno tendrá una solución chilena. Yo creo que la Junta va a caer, fundamentalmente, como consecuencia de la lucha del pueblo chileno y, claro, en esto juega un papel muy importante la solidaridad internacional dentro de la cual hay que considerar la participación, que ha sido valiosa, del pueblo

norteamericano. En segundo lugar, la elección de Carter fue como un mazazo para la dictadura porque Pinochet y sus boys habían tomado partido por Ford. Su prensa atacó bastante a Carter cuando era candidato. Pero, sinceramente, yo creo que un cambio fundamental, esencial, no habrá en la política norteamericana respecto a Chile.

Corvalán: Un año en libertad
Diciembre 1977.

Lo principal es la lucha de masas

Intervención de clausura del Pleno del Comité Central del Partido. Abril de 1979.
(Texto resumido)

Se ha aprobado la línea contenida en el informe.

Esta línea coloca en el centro de nuestras preocupaciones la cuestión de qué más hacer para apresurar la caída de Pinochet y de su dictadura fascista.

La mayoría del país está en contra de Pinochet y del fascismo. Esto está claro. Es evidente, sin embargo, que en los componentes de esta mayoría predominan los que tienen una actitud pasiva. Son todavía los más.

Es cierto que mucho se ha avanzado. Reviste una gran importancia el hecho de que decenas de miles de chilenos luchen cada día valerosamente contra el fascismo. Pero esto no basta. Necesitamos que cientos de miles, que millones de compatriotas entren a la pelea. Necesitamos, en primer término, conducir al grueso de la clase obrera a la lucha frontal contra el fascismo. Esto es indispensable para poner en movimiento a otras capas del pueblo que romperán su inercia si visualizan la posibilidad cierta de terminar con la tiranía.

Lograremos esto impulsando la lucha y la unidad en todos los frentes. Para ello, el informe entregado por el compañero Miguel señala una orientación muy clara. De una parte, debemos fortalecer y movilizar todas las organizaciones populares existentes y, de otro lado, robustecer y extender los nuevos organismos de entendimiento y acción que han surgido, llevarlos a la base y crear otros más, todos cuanto sea necesario formar en todos los niveles. Y ello al calor de la lucha por las reivindicaciones más sentidas, es decir, recorriendo con paso

firme el probado camino a través del cual es posible movilizar y unir a las masas.

Todos compartimos esta orientación. Es la opinión de toda la Dirección, de la dirección única del Partido.

A propósito, queremos citar la parte pertinente de un informe rendido ante una reunión del equipo de la Dirección interior, celebrada en enero de este año.

Dice este informe del interior:

«¿Qué es lo principal? ¿en qué debemos fijar nuestro esfuerzo y atención?. Lo principal, en lo que debemos poner el acento es *en la lucha de masas.*

Es necesario elevar el combate. Vivimos un momento en que se necesita pasar a expresiones concretas y superiores de la lucha de masas.

Todo lo realizado hasta ahora tiene gran valor. Lo realizado es lo que nos permite plantearnos aprovechar mejor las condiciones, y exigirnos elevar el combate de las masas.

Las últimas expresiones de protesta, como las declaraciones contra las medidas antisindicales, las exigencias por que se esclarezca lo de Lonquén, todo hecho en un tono de mayor desafío, son muy importantes.

Pero ello es aún insuficiente. Con ésto no botamos la dictadura, se retarda el desplazamiento de Pinochet y, si él se produce sin una activa presencia de las masas, no estaremos en condiciones de imponer una salida democrática y progresista.

Bueno, se trata, entonces, de que todo el Partido se ponga en pie de combate y coloque en el centro de su acción *la lucha de masas.*

El Partido, desarrollando su política unitaria, centrando su atención en la clase obrera, debe dar impulso a las batallas por los problemas concretos.

No es bueno andar etiquetando etapas, pero si tenemos que colocar un nombre a este año 1979, este debe ser el año *de la lucha de masas.*

El Partido, en su conjunto, responde por el trabajo sindical, ya que esto es lo principal en el desarrollo de los combates. Esto significa hacer una discusión concreta y a fondo de cómo estamos en el campo sindical, desde los CC.RR. a la base. ¿Cuántas bases industriales tenemos? ¿Cómo están los cordones industriales? ¿Cuáles son los lugares que nos hemos fijado para desarrollar la protesta y la huelga?

Si estamos desarrollando las acciones con las masas, si tenemos las fuerzas en tensión no nos sorprenderán los acontecimientos y sabremos aprovechar con las masas cualquiera posibilidad, incluso la de una salida burguesa si esta surgiera. Es, pues, muy importante estar preparados para influir en cualquier salida, levantando las exigencias democráticas.

Lo fundamental es mantener firme el movimiento de masas, nos dice una carta enviada por los compañeros de la Dirección que viven en el exilio. Y así es, eso es lo fundamental. Ello nos va a significar algún costo, pero así es la lucha social y así lo dice la experiencia revolucionaria. Ese costo no nos queda más que pagarlo –y a toda honra– pero tratando desde luego, de reducirlo.

Debemos entender que los contragolpes vienen porque el pueblo está actuando y porque enfrentamos a un enemigo brutal que, además y evidentemente, tiene capacidad de maniobra, tiene poder y se defenderá hasta el último.»

Como se puede apreciar, hay plena coincidencia, tenemos una sola línea y una sola dirección, independientemente de que algunos de sus miembros luchen en el país y otros en el exterior.

El informe contiene otro planteamiento de marcado interés. Nos referimos al llamado paso táctico. Este responde también a la necesidad de acelerar el proceso de lucha y unidad para terminar cuanto antes con la tiranía. Se trata de actuar con más iniciativas, con mayor audacia y flexibilidad en el propósito de facilitar los acuerdos entre todas las fuerzas democráticas.

Como aquí se ha dicho, este paso táctico corresponde al planteamiento contenido en la conocida declaración de septiembre de 1976. En ella propusimos entendernos 1) para echar abajo a la tiranía; 2) para elaborar de conjunto un proyecto democrático post-fascista, y 3) para constituir un gobierno de coalición formado básicamente por UP y la DC.

Dijimos en esa ocasión que deseábamos un acuerdo en torno a los 3 puntos citados, pero que estábamos llanos a entendernos aunque sólo fuese en torno al primero, es decir, para terminar con la dictadura.

La DC, renuente a toda unidad de acción con la UP y sobre todo con el Partido Comunista, empezó sin embargo, a mostrar interés por el segundo de nuestros planteamientos, esto es, acerca de qué pensábamos del tipo de régimen político que debería establecerse mañana. No trataba sólo de indagar nuestro pensamiento sino de explorar la

posibilidad de arrastrarnos a compromisos de conciliación de clase. Era el período en que la DC depositaba sus esperanzas en Carter y en gente como Leigh para un recambio bajo su influencia o control.

De nuestra parte, durante un buen tiempo, en las condiciones descritas, pusimos el acento en la necesidad del gobierno provisional de coalición. Con este planteamiento ofrecíamos una alternativa al país y, de paso, salíamos al encuentro de la política de exclusiones en toda la línea que venía sosteniendo la DC.

Ahora, al plantear que nos hallamos dispuestos a considerar diversas fórmulas de gobierno, estamos trabajando por la más pronta caída de Pinochet, teniendo nuevos puentes para la lucha y la unidad antifascista con miras a la victoria.

Si la opción fuese fascismo o democracia burguesa ya no tendríamos por qué vacilar. Pero la verdad es que podemos y debemos plantearnos conseguir que, como alternativa a la dictadura fascista, surja un régimen democrático y popular avanzado, Contamos con una clase obrera que no se distingue precisamente por marchar a remolque de la burguesía y tenemos un Partido Comunista que, en alianza con otras fuerzas, es capaz de llevar las cosas más allá de lo que quiere la burguesía, hacia un profundo cambio democrático y social.

El informe reconoce que todas las fuerzas democráticas juegan y tienen un papel que jugar. Pero subraya, al mismo tiempo, el rol de nuestro Partido.

Desde el mismo día del golpe nuestro Partido se ha dado a la tarea de derrotar al fascismo, de unir y movilizar en su contra a todas las fuerzas democráticas, incluidas aquellas que ayer se enfrentaban con nosotros. Los frutos de nuestros esfuerzos están a la vista. Es cierto que las cosas no han marchado a la velocidad deseada o esperada, pero han caminado de acuerdo a nuestra correcta orientación. Esto es indiscutible. El imperialismo ha deseado y desea, ya que no han podido destruirnos, conseguir, por lo menos, aislarnos. Bajo la influencia del imperialismo y de la gran burguesía la propia Democracia Cristiana ha querido no tomarnos en cuenta, pero, por lo visto se da cuenta que al menos para poner fin a la tiranía y determinar algunas líneas del futuro, de nosotros no se puede prescindir.

Si de nuestro Partido no se puede prescindir hoy, menos se podrá prescindir mañana. Si hoy somos un partido fuerte, más lo seremos en el futuro.

Por mucha que haya sido la mella que nos haya ocasionado la represión fascista, volveremos a ser, aunque no de un día para otro, el gran Partido de la clase obrera chilena.

Nuestro Partido –lo demuestra una vez más esta reunión– es de una

sola pieza, goza de buena salud, está firmemente unido alrededor de sus principios, de su línea política y de su Dirección.

Sin embargo, el informe ha llamado la atención de ciertos fenómenos nocivos que han aparecido en sus filas: tendencia al trabajo rutinario, al acostumbramiento a las condiciones impuestas por el fascismo y brotes de autonomismo, a direcciones propias en algunos frentes de nuestra actividad. Se puede decir que tales fenómenos están dominados o reducidos a mínimas expresiones. Eliminarlas completamente y guiarnos todos por el principio del centralismo democrático es nuestra obligación, es una tarea en la cual no podemos aflojar. Pero esto aún no basta. Se requiere, al mismo tiempo, captar a cabalidad la nueva realidad que enfrentamos. El fascismo ha producido un corte muy profundo en la historia de Chile, cambios en la estructura económica, y también en la mentalidad y en el comportamiento de algunos grupos sociales. Para el desarrollo de nuestra línea tenemos que conocer y comprender bien estos cambios. No podemos medir todo con los mismos cartabones de ayer ni tomar como receta las soluciones que eran correctas en el pasado y que hoy ya no lo son, al menos del mismo modo que antes las formulábamos.

Un mundo que no conocemos bien es el de los militares. Apreciamos todos los esfuerzos que se han hecho y se hacen, para formar nuestra fuerza propia, los primeros planteamientos que hemos elaborado para lograr que las Fuerzas Armadas comprendan nuestra política, los pasos que hemos dado, aunque todavía escasos, para acercarnos a ellas y los avances logrados en la elaboración de una política militar del Partido.

Pero con todo esto no tenemos resuelto, ni de lejos, el problema. Necesitamos conocer los institutos armados por dentro y llegar a tener en ellos al menos un sector en que apoyarnos. A este objetivo dedicarle una atención sustancialmente mayor, formulándonos o reformulándonos líneas concretas de trabajo público y clandestino. Tenemos que precisar más nuestra política respecto al papel y a la función de las FF.AA. en el post-fascismo y a los cambios que deben producirse en su seno.

Debemos examinar seriamente la experiencia que hemos acumulado, lo que hemos hecho en el frente militar y ratificar o modificar las prioridades de las diversas tareas que nos hemos trazado, considerando las más probables líneas de desarrollo de los acontecimientos y las eventuales formas de lucha armada que puedan presentarse en su curso.

(Inédito)

Nuestro proyecto democrático

(Fragmentos)

A) Una nueva democracia para Chile

Los problemas atingentes al mañana de Chile no pueden abordarse de modo subjetivo. Su acertada solución requiere tener rigurosamente en cuenta el pasado y el presente del país. Sus diversos componentes sociales y políticos, las contradicciones principales y secundarias que existen y se expresan en el seno de la sociedad, las exigencias del desarrollo social, el carácter de la época histórica que vive la humanidad, los imperativos de la hora presente, el contenido de la lucha actual.

Considerando el conjunto de estos factores no se plantea, en reemplazo del fascismo, la constitución de un Estado socialista ni la de un régimen típicamente burgués. En otras palabras, el dilema no es fascismo o socialismo, ni simplemente fascismo o democracia burguesa. Lo que corresponde es un nuevo régimen democrático, popular y nacional, que favorezca y promueva los cambios que emanen de las necesidades objetivas del progreso social.

El carácter más o menos avanzado del futuro régimen democrático, dependerá de variados factores y, muy principalmente, de la organización, madurez y fuerza con que el pueblo emerja de las tinieblas fascistas, de la lucha de la clase obrera y de la capacidad de su dirección política.

Los comunistas estamos por llevar las cosas tan lejos como sea posible, siempre en estrecho acuerdo con nuestros aliados de la Unidad Popular y en franco y claro entendimiento con las demás fuerzas democráticas, en primer término la Democracia Cristiana. Esto significa también que, sin abandonar nuestra metas más caras, estamos llanos a considerar las realidades sociales y políticas y a llegar a compromisos más o menos limitados que podrían, sin embargo, tener o alcanzar una gran proyección.

La democracia que conocimos hasta el 11 de septiembre de 1973 fue el resultado de una larga lucha de las fuerzas progresistas y, particularmente, del combate de la clase obrera a lo largo del presente siglo. Cayó por la acción confabulada del imperialismo y de la reacción interna. Pero también porque la mayoría de la Democracia Cristiana se embarcó en una posición ciega y, además, por el anticuerpo que crearon las actitudes aventureras de la ultraizquierda, por

el sectarismo y los errores de derecha de la Unidad Popular y, en vinculación con todo ello, porque el régimen democrático que se había dado el país resultaba insuficiente y estrecho para resolver en sus marcos los conflictos que se habían generado. Más aún, algunos de estos conflictos eran en parte determinados o facilitados por ese mismo régimen. La elección en fechas diferentes del Presidente de la República y del Parlamento contribuyó, por ejemplo, a que determinadas contradicciones sociales se expresaran también en forma de discrepancias entre poderes del Estado. Esto venía ocurriendo en administraciones anteriores e hizo crisis durante el Gobierno del Presidente Allende.

La democracia chilena no era precisamente ejemplar. Pero muchas de sus conquistas y valores le daban cierto prestigio mundial. Del voto censitario y luego indirecto se había pasado a un sistema de sufragio universal relativamente avanzado y democrático. Los tiempos de las encerronas y compra de electores y de la proscripción de los comunistas, habían quedado atrás. La política considerada como preocupación y actividad relacionada con los asuntos públicos, se había transformado en el quehacer cotidiano de cientos de miles o de millones de personas. En ella participaban grandes masas del pueblo. Del seno de éste han surgido miles y miles de hombres, mujeres y jóvenes que sólo tienen como norte el interés por el avance social, por la felicidad humana, por el progreso de su país.

Simultáneamente, algunos políticos burgueses o pequeño burgueses subordinaban los intereses del pueblo y de la nación a las conveniencias de las clases reaccionarias o de reducidos grupos egoístas. Para una parte de esos políticos, alcanzar altas responsabilidades públicas en el Gobierno o el Parlamento era una meta para servir a los poderosos, forjarse una mejor posición social y obtener ventajas personales. Estas cosas –más algunas irresponsabilidades y excesos en la contienda social– contribuyeron también a la erosión del sistema democrático y pesan todavía negativamente, en un sector de la población.

La dictadura fascista se ha propuesto «despolitizar» al país, esto es, convertir a los chilenos en entes sin más preocupaciones que las de carácter personal, terminar con los partidos, desarraigar del pueblo su amor a la libertad y a la justicia, abatir su espíritu de lucha, de organización y solidaridad social. En todo esto ha fracasado y fracasará. Los hechos así lo demuestran. Sin embargo, esa dictadura deja su huella. El Chile de hoy no es igual al de ayer. No sólo se ha modificado regresivamente su estructura económica. Hay también cambios en la mentalidad de muchas personas, algunos positivos y otros no. Mientras determinada gente se deja llegar por sentimientos pequeño-

burgueses, tiende al acomodo y se encandila con los oropeles de la sociedad de consumo, la mayor parte del pueblo se da cuenta de los mitos que empañaban su visión y evoluciona políticamente.

El rol subsidiario del Estado que proclama la tiranía no es, en verdad, tal. El fascismo acentúa al máximo la función coercitiva de todo el aparato estatal en beneficio del imperialismo y de un pequeño grupo de magnates, principalmente de tipo financiero, además de poner a su servicio todos los mecanismos de dirección de la economía.

El Estado, bajo gobiernos progresistas, ha cumplido en Chile un importante papel en el campo de la industrialización nacional, de la educación, de la salud, de la vivienda, de la infraestructura del país. El futuro régimen democrático deberá retomar estas funciones. No obstante, por un tiempo más o menos largo, no estará en condiciones de cumplirlas en la medida de las necesidades reales. Habrá que revisar prioridades, medir la verdadera capacidad del país y modificar algunos criterios.

Teniendo, pues, en cuenta toda la situación, no se podrá retornar a lo mismo de ayer. Sin mengua de la grandeza del período de la Unidad Popular, no se trata de volver a ese tiempo, como tampoco al que le antecedió.

El futuro régimen político deberá, necesariamente, retomar las mejores tradiciones democráticas de Chile, pero también incorporar nuevos valores y edificarse con materiales más sólidos.

Desde hace varias décadas, Chile sufre una crisis de estructura. Ello indujo a ciertas reformas durante el Gobierno del Presidente Frei y a profundas transformaciones revolucionarias en la Administración del Presidente Allende. La contrarrevolución que ha encabezado Pinochet ha agravado todos los factores de esa crisis, haciendo más perentorios los cambios por los que venía luchando la mayoría ciudadana. El acontecer de los últimos seis años ha puesto de relieve la necesidad de otras modificaciones. El Parlamento, por obra de una mayoría, contribuyó al derrumbe del régimen democrático, para ser sepultado enseguida por los mismos a quienes esa mayoría ayudó. Las Fuerzas Armadas, el Poder Judicial y la Contraloría abandonaron hasta las apariencias de instituciones de carácter nacional para erigirse a los ojos de todos como expresiones del poder burgués y luego sostenes de la dictadura fascista. Todo ello significa que han madurado también las condiciones para los cambios en el plano superestructural, para llevar a la práctica un programa de transformaciones radicales tanto en la estructura económica como en la organización institucional.

Los comunistas abogamos por un régimen democrático que contemple cinco áreas de propiedad, a saber: social, mixta, privada, coopera-

tiva y de autogestión o de trabajadores. En dicho régimen se debe poner término a los privilegios imperialistas y oligárquicos y restablecer las normas sobre la función social de la propiedad que imperaban en 1973.

En esto, como en todo, tampoco se trata de repetir lo mismo que hicimos o intentamos ayer. A este respecto aparece razonable, al menos para una primera fase, el planteamiento del grupo de economistas de Caracas, encabezado por Carlos Matus, en el sentido de que lo que ahora se requiere es ir más lejos en los cambios políticos que en los de tipo económico en relación con lo ocurrido durante el Gobierno del Presidente Allende.

El pueblo debe tener el derecho a participar en todos los asuntos públicos, directamente o a través de sus representantes. La participación directa debe expresarse en todos los órganos de la administración del Estado y en las empresas y servicios (...) Un sistema político que limite la participación del pueblo sólo al acto del sufragio universal cada cierto tiempo no es ni podrá ser democrático o lo sería apenas de tipo burgués.

Nosotros queremos que la democracia sea real al máximo de lo posible. Pero no nos deslumbran los espejismos. Le asignamos gran validez a los principios democráticos sin ocultar los desfases que hay en la sociedad de clases entre lo que se predica y se practica, entre lo abstracto y lo concreto. Por ejemplo, apoyamos la fórmula democrática de «un hombre, un voto», pero tenemos presente que, como decía Gramsci, en la democracia burguesa, en el régimen capitalista, no todos los hombres pesan por igual. Los que detentan el poder, los dueños de la riqueza, los que tienen en sus manos los medios de comunicación, gravitan más, forman más opinión, se multiplican electoralmente. Por eso es necesario que el futuro régimen democrático se asiente en una sociedad más justa. Sólo así merecerá con propiedad el nombre de tal.

Buena parte del país desconoce o conoce a medias la verdad. No ha tomado suficiente conciencia de lo que ha pasado en estos años. El monopolio de los medios de información por parte de la Junta fascista y de los clanes económicos que la apoyan han jugado su papel sobre amplios sectores ciudadanos. La manipulación de esos medios y la predisposición de alguna gente a no creer en la brutalidad desatada o a pensar que se exageraban los hechos, ha contribuído también a la inconsciencia o a la incomprensión de un número relativamente importante de personas. Conocemos no pocos casos de compatriotas que sólo al viajar al extranjero han podido conocer, fuera de su país, la verdadera dimensión de los crímenes perpetrados por el fascismo.

Ha sido demasiado dolorosa la tragedia vivida para no sacar de ella, entre otros conclusiones principales, la necesidad de crear un nuevo régimen democrático que no permita las actividades fascistas.

El fascismo debe ser proscrito por constituir un peligro real para la democracia, los derechos y el bienestar del pueblo.

Sería una necedad imperdonable que, después de lo acontecido, se pudiera permitir la existencia de organizaciones como Patria y Libertad que, según confesión de sus propios líderes, llevó a cabo los actos de terrorismo en los años 72 y 73, o que se autorizara la propaganda de aquellos fascistas que públicamente afirmaban que «los únicos marxistas buenos son los marxistas muertos».

Algunas personas objetan la proscripción del fascismo, sosteniendo que no quieren una nueva «Ley de Defensa de la Democracia», al revés. Se trata de gentes que creen en la democracia pura, en la «democracia sin apellido», en la libertad indivisible. Pero, en el marco de una sociedad como la nuestra, donde existen clases sociales antagónicas, eso es ilusión, simple quimera. Así lo demuestra la experiencia.

Nunca ha existido ni existirá libertad por encima de las clases. No ha habido ni habrá jamás libertad absoluta para el individuo. Desde el momento que éste vive en sociedad y tiene no sólo derechos, sino también deberes, existen para él limitaciones. En rigor, la libertad está vinculada al progreso que permita satisfacer las necesidades del hombre, al dominio de las leyes de la naturaleza y de la sociedad y a las normas de convivencia que se establezcan en armonía con todo ello. Tal era el pensamiento de Marx y Engels. A su vez, Lenin puso de relieve que las tendencias antidemocráticas son inherentes a los monopolios y se contraponen a las aspiraciones de las masas y, de otra parte, señaló como tarea de la clase obrera desarrollar la democracia hasta sus últimas consecuencias.

En la sociedad capitalista y en todo Estado dominado por el despotismo de unos pocos, hay una clase o una casta que tiene amplia libertad mientras las otras no la tienen o carecen de ella casi por completo.

En algunas democracias burguesas –que por otra parte no son muchas– los trabajadores han conquistado ciertas libertades. Pero en los hechos esta libertad es muy inferior a lo que se proclama de palabra, es más formal que real, es más ficticia que verdadera. La libertad de trabajo no existe para los millones de desocupados y es menos que relativa para los que tienen empleo. Generalmente éstos no trabajan en lo que quieren, sino en lo que pueden, en muchas ocasiones al margen de sus capacidades personales.

Para no poca gente de los países capitalistas, lo principal es el derecho a la protesta, el derecho a pataleo para decirlo en buen chileno. Esa gente mide el grado de libertad o democracia de su país en relación directa con la posibilidad que tiene de expresar sus opiniones, de reclamar algo, sin parar mientes por lo general en el eco de sus opiniones, en el resultado de sus reclamos, en el ámbito restringido en que puede hacerlo.

No todos comprenden que, en definitiva, la libertad de prensa, por ejemplo, en el mundo capitalista no es otra cosa que la libertad o la capacidad económica de algunos para comprar imprentas y mantener económicamente un diario.

Nuestra experiencia demuestra que la libertad no es indivisible. Más todavía, indica que fue un error del Gobierno de la Unidad Popular poner en el mismo pie la libertad política de expresión que había conquistado el pueblo con los derechos que reclamaba la reacción y que se tradujeron en libertinaje y en que se permitiera que a ojos vista se organizara y desarrollara la contrarrevolución.

Algunas personas polemizan con Pinochet aceptando expresa o tácitamente la falsa idea de que busca una democracia protegida. Tal posición ayuda objetivamente al dictador, pues le regalan de barato una bandera que no tiene en sus manos. Lo que él ha impuesto y quiere institucionalizar no es ninguna democracia protegida, sino simplemente un bestial régimen fascista.

En sí mismo el concepto de democracia protegida no es equivocado. Todos los sistemas sociales se protegen. La cuestión está en determinar bien contra quién o quiénes y cómo se protege. ¡La democracia debe protegerse del fascismo!

B) El fascismo debe ser proscrito

¿Cuántos chilenos comprendieron, desde el primer momento, que el asesinato de Orlando Letelier había sido ordenado por Pinochet y fue obra de la DINA? ¿Cuántos tienen ya claro que el General Carlos Prats y su esposa cayeron por una orden emanada desde el edificio Diego Portales? ¿Cuántos saben que el atentado contra Bernardo Leighton y su señora tuvo el mismo origen?

Los desaparecimientos de centenares o miles de detenidos fueron negados a pie juntillas por Pinochet y los suyos. Según el tirano, se trataba de un embuste de sus adversarios, de un invento de los comunistas. Los desaparecidos eran simples fantasmas o personas que habían salido subrepticiamente del país o se habían sumergido en la

lucha clandestina o, por último, habían caído en enfrentamientos con las «fuerzas del orden».

Estamos convencidos que una parte significativa de nuestros compatriotas ha vivido en el engaño.

Pero la verdad empieza a salir a la luz. El juicio por la muerte de Letelier y el descubrimiento de restos humanos en Lonquén, en Cuesta Barriga y en Cuesta Chada, algunos de ellos enterrados vivos y otros con las manos amarradas con alambres y huellas de balas en el cuerpo, han conmovido a la opinión pública chilena y han comprobado ante el mundo entero los crímenes fascistas.

El ser humano no es proclive a interesarse por conocer cosas desagradables. Pero, en este caso, razones superiores, el deber de hacer todo lo posible por salvar a los desaparecidos que pueden estar con vida y la necesidad de que todo el país y, en especial, las generaciones jóvenes tengan clara conciencia de lo que es el fascismo, nos obliga a luchar por el pleno esclarecimiento de los hechos, de la dolorosa realidad que hemos vivido en estos años. Esto es para nosotros lo fundamental. El pueblo entero de Chile debe saber qué tremenda perversidad y degeneración conlleva el fascismo. Debe quedar vacunado contra él. De ahí que lo primero es poner al descubierto todas las fechorías, todas las atrocidades, todos los crímenes de Pinochet y su Gestapo.

Se requiere, además, que los chilenos de hoy y de mañana conozcan también todo el heroismo popular bajo el terror fascista. Hay miles de luchadores que, sometidos a los más bárbaros tormentos, se mordieron la lengua sin decir una palabra. Muchos de ellos prefirieron la muerte antes que rendirse a los apremios de los torturadores.

Domingo Amunátegui Solar decía hace más de medio siglo que se había escrito «la historia de los gobiernos, de las instituciones, de los hombres notables, de las principales familias, pero no la historia de las clases populares, de los modestos labriegos, de los artesanos, de los empleados domésticos, de los obreros». En las últimas décadas han surgido excelentes investigadores e historiadores de la vida y la lucha del proletariado y del pueblo. Hay también escritores y periodistas que han descrito los campos de concentración y magníficos cineastas que han llevado a la pantalla el drama y la lucha de estos años.

Esto es sólo el comienzo. En su oportunidad, debe salir a la luz la epopeya de la lucha clandestina, la vida de los verdaderos héroes populares de nuestro tiempo. Habrá que erigirle un monumento a Isidoro Carrillo, el primer gerente obrero de la Empresa Nacional del Carbón, y a los compañeros que junto a él fueron asesinados, Danilo González, Vladimir Araneda y Bernabé Cabrera. La compañera Marta

Ugarte, torturada hasta morir, y el campesino Sergio Maureira Lillo y sus cuatro hijos –Sergio Miguel, Segundo Armando, José Manuel y Rodolfo Antonio– asesinados en Lonquén, merecen un homenaje semejante, y así muchos otros a lo largo de todo el territorio.

En cada ciudad y aldea de Chile deberá honrarse los nombres de los caídos para ejemplo de los chilenos del presente y del futuro.

Y por cierto que la gesta de Salvador Allende y de los que con él cayeron en La Moneda quedará no sólo esculpida en la piedra y en el bronce o estampada en la tela de los pintores. Ya entró en la historia de Chile y será un ejemplo eterno de heroísmo y de lealtad al pueblo.

Todo esto ha de formar parte de la justicia de mañana, de la reivindicación moral y política de las víctimas de la tiranía y de la necesaria educación antifascista de nuestro pueblo.

C) Sobre las Fuerzas Armadas

Es verdad que, al tenor de los hechos más a la vista, las Fuerzas Armadas aparecen como principales responsables de la ruptura constitucional y de la represión. Sin excusar su responsabilidad, es más verdad aún que el golpe de Estado –como ya se ha dicho– fue organizado por la CIA y la reacción interna. Hay civiles –oligarcas o sirvientes de la oligarquía– que tratan y tratarán de pasar inadvertidos y cargarlo todo a cuenta de los militares. Debemos preservarnos del peligro de confundir a los uniformados, salvo a los Pinochet y a los Contreras, con los verdaderos enemigos del pueblo y del progreso nacional.

La Carta Fundamental obligaba a las Fuerzas Armadas a acatar el poder constituido, y el Código de Justicia Militar permitía al subordinado representar la ilegalidad e inconveniencia de decisiones de sus superiores jerárquicos. Hubo oficiales, suboficiales y soldados que se atrevieron a ello. Pero fueron aventados de las filas en el primer momento y algunos incluso fusilados o encarcelados.

Los altos mandos que organizaron el golpe incurrieron en el delito de sedición. Producida ésta y derribado el gobierno constitucional, la generalidad de los miembros de las Fuerzas Armadas se sintió entonces, sólo sujeta a la disciplina militar, a la obediencia a sus superiores. Estos hicieron uso y abuso de la verticalidad del mando, la que aplicaron drásticamente. En estas circunstancias, los oficiales, soldados y tropas que tenían simpatías por el Gobierno del Presidente Allende o que simplemente no querían salirse de la Constitución, consideraron que no tenían otro camino que ocultar sus verdaderos sentimientos y

mantenerse silenciosos en las instituciones armadas, en la esperanza de que éstas pudieran más tarde modificar su actitud.

Si queremos comprender la conducta de las Fuerzas Armadas hay que ir más allá de un simple análisis de sus orígenes y vinculaciones de clases. Hay que ver también su carácter de clase que no corresponde del todo a su composición social. Ellas se hallaban y se encuentran adheridas al dispositivo militar del Pentágono. Han sido y son educadas por décadas en la doctrina de una falsa «seguridad nacional», en principios que no tienen nada que ver con los que sustentara el Padre de la Patria y creador del Ejército y la Marina, el Libertador Bernardo O'Higgins. Han sido conscientizadas en la antipatriótica idea de que su misión consiste en combatir el «enemigo interno», no el verdadero —el imperialismo y la oligarquía— sino el supuesto, el inventado, el comunismo y, en definitiva, como lo han demostrado los hechos, su propio pueblo.

La ciudadanía no llamó a las Fuerzas Armadas a intervenir como sostiene a menudo Pinochet. Pero sí lo hizo la reacción. El Mercurio se dedicó a ambientar la idea de la «legitimidad de la intervención militar». Luego de las elecciones de marzo de 1973, sostenía que sus resultados indicaban «que una revolución marxista como la que ha estado desarrollándose en Chile no se detiene con una campaña publicitaria para convencidos ni con tareas partidistas tradicionales». Abría también sus páginas al General Alfredo Canales, que había sido llamado a retiro por conspirador, el cual afirmaba que las Fuerzas Armadas «no pueden seguir ciñiéndose a una constitución que no existe», porque habría sido sobrepasada por el Gobierno Popular.

Nos empeñamos, entonces, en formarnos de las Fuerzas Armadas una opinión no precisamente unilateral. Nos esforzamos por descubrir lo que hay en el fondo de su conducta de ayer y de hoy. Concluimos en considerar que la responsabilidad de lo acontecido recae principalmente sobre quienes han estado y están detrás de ellas, el imperialismo y la oligarquía y de aquéllos que, como Pinochet, ejecutan su política.

No seremos los únicos en la determinación de la justicia. Pero no estamos ni estaremos por la impunidad como tampoco por el castigo general. Creemos que se debe discernir, y que lo imperdonable, lo que debe ser penado, son los crímenes contra la humanidad, definidos como tales por las Naciones Unidas.

La amnistía decretada por Pinochet en abril de 1978, dirigida fundamentalmente a blanquear a los criminales de la DINA, no tiene validez ni moral ni jurídica. Los criminales no pueden juzgar sus propios crímenes. Sin embargo, estamos por una ley de amnistía que

favorezca a quienes delinquieron por cuenta ajena. Pero esa ley debe ser dictada luego de la caída del fascismo, después de haberse destapado la olla de su barbarie y de iniciarse los procesos respectivos.

Cuando fuimos detenidos, a pocos días del golpe, y durante varios meses después, encontramos soldados, suboficiales y oficiales que nos trataron con respeto. Era evidente, incluso, que algunos de ellos no estaban de acuerdo con lo que se hacía. No eran los más. La mayoría había sido «encarajinada» contra la Unidad Popular. Cada vez que llegaba un detenido a los cuarteles esa mayoría tenía expresiones de júbilo por la nueva pesquisa. Pasado cierto tiempo, la situación empezó a cambiar. Al final, la generalidad de los militares que estaban a cargo de los campos de concentración, se comportaba más o menos correctamente y se alegraba cada vez que un prisionero salía en libertad.

¿Qué había ocurrido? Paulatinamente se habían dado cuenta de que no éramos delincuentes como afirmaba Pinochet, que lo del Plan Z era una invención, que lo que les habían dicho sobre Allende y la Unidad Popular estaba, al menos, lejos de la verdad, que la política de la dictadura favorecía a la derecha, perjudicaba al pueblo y separaba de éste a las Fuerzas Armadas, que los problemas del país no se resolvían sino se agravaban más y más y que, por último, la realidad no tenía nada que ver con la democracia y la libertad de que habían blasonado los golpistas.

Todo esto indica que las Fuerzas Armadas y Carabineros, hablando en general, fueron engañados. Demuestra, además, que no pueden ser identificadas con los fascistas, aunque éstos se hayan apoderado de posiciones claves en sus altos mandos.

Sinceramente creemos que la tropa, la suboficialidad, los mandos medios y no pocos de los altos mandos, pueden y deben aportar mañana, bajo un nuevo régimen democrático, sus conocimientos y experiencias a las Instituciones de la Defensa Nacional. De las Fuerzas Armadas sólo deben ser separados los elementos fascistas porque no se puede dejar las armas en sus manos, so peligro de que las vuelvan a utilizar contra el pueblo y la democracia y la propia seguridad del país.

No propiciamos una simple vuelta a los cuarteles. Concebimos a las Fuerzas Armadas consagradas a la misión de resguardo de la soberanía nacional y vinculadas al pueblo y a las grandes tareas que tienen que ver con el progreso de Chile. Sobre esta base debe abrirse paso a una nueva concepción de la seguridad nacional. La adhesión a los valores de la democracia, de la tradición democrática y de los objetivos democráticos del país, deben ser parte sustancial de la educación

militar. Así debe forjarse una nueva relación entre las FF.AA. y el pueblo. La amistad entre ellas y el pueblo es una cuestión fundamental para la defensa del país. Lo es también la necesidad de que el gobierno que mañana surja de la voluntad popular cuente con jefes militares absolutamente fieles.

Las Fuerzas Armadas leales al pueblo requerirán estar equipadas y al tanto de la técnica más moderna. Pero este problema no se podrá resolver sobre la base de que prácticamente toda su oficialidad pase por las escuelas del Pentágono, pues lo que se enseña en ellas no sólo es técnica militar. Es, desde esas escuelas y de la misión militar yanqui establecida en el 6º piso del Ministerio de Defensa, de donde parte la formación ideológica antidemocrática y antipopular. Tal vez lo más procedente sea que estén abiertas a todos los horizontes donde tengan algo que aprender y contratar las mejores asesorías con la sola limitación, en ambos casos, de circunscribirse a lo que directamente atañe al arte militar, puesto al servicio de los intereses de Chile y de su pueblo.

D) Nuestra política es de amplia unidad democrática

¿Qué otra cosa cabe ante un incendio que no sea juntarse para apagarlo? En los países de Europa que avasalló el fascismo hitleriano se unieron en la lucha todos los amantes de la libertad y de la soberanía de sus patrias. Los motivaba un solo propósito: liberar a sus pueblos de la opresión. Nada más justo, entonces, que propiciar, en nuestro caso, después del golpe, la unión de todos los chilenos y chilenas que están por la democracia. Fue lo que hizo el Partido Comunista desde el primer momento.

Pero los fenómenos sociales tienen su propia lógica. Todos sus protagonistas no siempre responden a la razón. Se ha necesitado que el tiempo hiciera su trabajo, que la bestialidad del fascismo quedara al descubierto, que se vieran los resultados desastrosos de su política, que pasara del ataque a la Unidad Popular al ataque a todos los sectores democráticos, que las ilusiones en Carter comenzaran a disiparse, para que, en seguida, la palabra de los comunistas alcanzara más eco y la unión antifascista empezara a plasmarse.

Hoy es evidente que existen bases objetivas para crear un movimiento que abarque a las diferentes clases y capas sociales cuyos intereses y sentimientos progresistas y nacionales son pisoteados por la tiranía.

Al enfrentarse al fascismo, las organizaciones populares, los dirigentes y militantes de los distintos partidos y grupos antifascistas y no fascistas, descubren sus coincidencias, visualizan al enemigo común, traban entre ellos nuevas relaciones y terminan por coordinar esfuerzos, por actuar de consuno. Este es un proceso que adquiere cada vez más envergadura. Llevarlo adelante con toda energía: he ahí la gran tarea. Un pueblo en movimiento será un pueblo victorioso.

Dicha tarea no es, por cierto, una cosa fácil. En el seno del pueblo hay contradicciones y se hacen presente diversas tendencias de clases, ideológicas y políticas. Un sector es presa de prejuicios anticomunistas. Además, el imperialismo se entromete en nuestros asuntos internos, no sólo apuntalando a Pinochet, sino también tratando de asegurar que el desarrollo de la lucha popular no ponga en peligro sus intereses.

En estas circunstancias, ciertos opositores son renuentes a la unidad con todas las fuerzas democráticas, la aceptan o promueven sólo con algunas, pretenden imponerles a otras que renuncien a posiciones de principio e intentan comprometer a los artidos revolucionarios en un proyecto de tipo burgués. Simultáneamente, en la izquierda no faltan quienes todavía mantienen posiciones sectarias. No están por el entendimiento de toda la oposición. Aceptan la unidad sólo con un sector del Partido Demócrata Cristiano sosteniendo que concertarla con todo él sería conciliar con la burguesía, entenderse con gente que ayudó de algún modo a la caída del Gobierno Popular y renunciar a la hegemonía proletaria.

A pesar de todo ello, la unidad de las fuerzas democráticas es tan sentida por las masas y corresponde de tal modo a sus intereses, que ella avanza y tenemos confianza en que se impondrá. Es claro, no depende sólo de los deseos de la vanguardia y de cuantos comprenden su importancia. Pero la presencia y el esfuerzo de éstos es imprescindible. La unidad de un pueblo no se forja por sí sola. Exige un trabajo constante y tesonero demiles de luchadores guiados por una orientación correcta y clara, que parta del conocimiento del complejo cuadro social, tenga en cuenta la necesidad de poner el acento en las contradicciones principales —en lo que une y no en lo que divide— y contemple a la vez la indispensable batalla ideológica contra las posiciones incorrectas, en especial el anticomunismo que es sinónimo de división.

Para avanzar por el camino de la unidad antifascista se requiere sobre todo poner en primer plano las reivindicaciones económicas, sociales y políticas más urgentes de las masas, activar las organizaciones obreras y populares y estimular, en todas las instancias y en todo el

territorio, la formación de aquéllas que recomienda la propia vida para organizar, impulsar y coordinar la lucha tras objetivos concretos.

La posición unitaria de los comunistas ha sido expuesta muchas veces. En primer término, promueve y respalda la unidad de la clase obrera, que es la fuerza social más importante no sólo por su número, sino ante todo porque es parte insustituible en la producción material, tiene un alto grado de organización, de conciencia y de disciplina, sus objetivos presentes y futuros coinciden con los intereses de la mayoría del país y, por todo ello, su rol es decisivo cuando entra en acción. En función de ello nos preocupamos por elevar constantemente su nivel ideológico y político y nos guiamos por el principio de un solo sindicato en cada empresa, de una sola Federación en cada rama industrial o de servicio y de una central sindical en el país. Esta ha sido la forma tradicional de organización y unidad de los trabajadores chilenos y la práctica ha demostrado que no hay otra que les permita enfrentar en mejores condiciones la lucha por sus reivindicaciones y derechos.

Bregamos por la unidad en el movimiento estudiantil y juvenil en general, entre las mujeres, los pobladores, los campesinos, los profesionales, los escritores y artistas, los pequeños y medianos empresarios, sin perjuicio de que, en cada uno de estos y otros estamentos exista la correspondiente variedad de organizaciones unitarias:

En el plano de los partidos, nuestra posición es invariable en favor del entendimiento socialista-comunista y de todos los partidos de la Unidad Popular. Al mismo tiempo, propiciamos el acuerdo entre todas las fuerzas democráticas.

El Partido Comunista se declara contrario a toda política de exclusión de fuerzas democráticas, venga de donde venga. Reitera que la unidad antifascista no requiere que nadie renuncie a sus principios, sino que se ponga en primer plano los objetivos comunes. Sostiene que frente al fascismo, hay que reparar, antes que en el pasado, en la actitud presente de los partidos y de los hombres. Propugna el entendimiento con todos los partidos democráticos y no con sectores de los mismos. Considera que lo fundamental es la unidad en la base, pero le asigna también la debida importancia al diálogo y al entendimiento entre dirigentes, sino lo cual se hace más difícil avanzar. Estima que la hegemonía de la clase obrera no se resuelve con líricas declaraciones ni ingenuas exigencias de reconocimiento previo a ese rol, sino en el proceso mismo de la lucha, mediante el esfuerzo sostenido por interpretar correctamente la realidad y los intereses concretos de la mayoría de la población.

Entretanto, lo tangible es que la Unidad Popular, la izquierda chilena, cualesquiera sean sus debilidades o los avatares por los cuales

ella o sus partidos puedan atravesar, constituye una fuerza vigorosa que cuenta en el presente y contará aún más en el futuro del país.

La Democracia Cristiana es otra realidad, un partido que tiene y tendrá también una apreciable gravitación en la vida nacional e influencia en las capas medias y en el seno mismo de los trabajadores. Las dificultades que hemos tenido con dicho partido y las diferencias que nos separan de él no nos impiden reconocer que muchos de sus hombres, mujeres y jóvenes se baten valerosamente contra el fascismo.

Nosotros propiciamos abiertamente el entendimiento entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, el reencuentro entre todas las fuerzas democráticas, civiles y militares, sin excepción. Lo que ha acontecido es demasiado grave y muy grandes y difíciles las tareas que habrá que enfrentar para que, pudiendo entendernos no lo hiciéramos, para que nos permitiéramos el lujo de dispararnos mañana cada uno por su lado, mientras el enemigo común trataría de agrupar sus fuerzas para conservar o retomar el poder y seguir imponiéndole al país, aunque con otros métodos, una política reaccionaria. Al fin y al cabo el pueblo superaría una tal situación. No obstante, el deber de todos los sectores democráticos es el de facilitar y no torpedear esa unidad.

Ya hemos dicho que hay bases para crear un vasto movimiento social antifascista, para concertar una amplia alianza de fuerzas democráticas en torno a objetivos comunes. Al mismo tiempo que se abren paso las acciones conjuntas se observa, entre esas fuerzas, una aproximación de criterios en cuanto al sistema institucional y a un programa mínimo de orden económico y social para el post-fascismo. Profundizar, avanzar y concretas en estos terrenos sería de una importancia muy grande.

En lo que hasta hoy no se divisa posibilidad de acuerdo es en lo relativo a un gobierno de coalición. La DC lo rechaza. No quiere formar gobierno con la UP y sobre todo con el Partido Comunista. Es ésta una posición que aparece irreductible y que obedece a determinados intereses de clase o a la creencia de que Chile no está en condiciones de darse un gobierno que disguste a los EE.UU. o a los altos mandos castrenses. Es una actitud que no tiene en cuenta la capacidad de lucha de los pueblos ni la nueva realidad del mundo de hoy. A este propósito, el caso de Nicaragua es archi-elocuente. Como en Irán, Estados Unidos se jugó por el déspota. Pero contra éste y su dictadura se alzaron todas las fuerzas democráticas nicaragüenses dirigidas por el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Las armas del imperialismo no han podido aplastarlas. En la OEA, Estados Unidos sufrió una derrota política sin precedentes. El apoyo que han recibido el

pueblo nicaragüense y su Gobierno Provisional de parte de la mayoría de las naciones y gobiernos latinoamericanos y del Caribe es un índice de la nueva situación.

Sean cuales fueren las causas que determinan las posiciones excluyentes, éstas no aparecen consecuentemente democráticas ni desprovistas de sectarismo. Un gobierno sin la Unidad Popular o sin la Democracia Cristiana no será suficientemente representativo ni todo lo sólido y realizador que se requiere. Al propiciar un entendimiento que incluya la constitución de un gobierno amplio, intérprete real de la mayoría ciudadana, demostramos plena consecuencia democrática y bregamos por lo que, estamos seguros, es lo mejor para el pueblo y el país. En efecto, no se necesita precisamente ser un visionario ni cosa que se parezca para comprender no sólo la magnitud de las tareas de mañana, sino también el volumen y fuerza que adquirirán las reivindicaciones de las masas. Ningún gobierno del que esté ausente el pueblo o una gran parte de él podrá abordar con éxito los problemas y tareas que sobrevendrán. Decir esto no es amenazar con agitaciones artificiales ni disponerse a negarle la sal y el agua a nadie. Es simplemente cumplir con el deber de tirar todas las cartas sobre la mesa para que cada cual, responsablemente, a sabiendas de lo que viene, determine su posición definitiva.

Por nuestra parte, aspiramos al poder político en alianza con todas las fuerzas democráticas. Pero, al mismo tiempo, no estamos por integrar cualquier gobierno. Además, como políticos realistas, consideramos y estamos dispuestos a considerar las diversas situaciones y facilitar todo paso que corresponda a los intereses del pueblo si en ello coincidieran los partidos de la Unidad Popular. No perdemos de vista que lo principal es hoy el derrumbe del fascismo. Estamos llanos al acuerdo aunque sólo sea para este efecto.

Estar dispuestos a ver con realismo la situación no significa, sin embargo, renunciar a nuestros puntos de vista. Nosotros luchamos y seguiremos luchando, en cualquier circunstancia, por la constitución de un gobierno ampliamente democrático y representativo y estimamos que es el pueblo de Chile el que, en primer y último término, debe dar su palabra. No desalojamos la posibilidad de que tras la caída de Pinochet, sea capaz de darse un gobierno de ese tipo.

Si la correlación de fuerzas no nos fuera mañana favorable, si al momento del derrumbe de la dictadura surgiera un gobierno distinto al que propiciamos, creemos incluso que la Unidad Popular, manteniendo su cohesión y su independencia, podría prestar alguna cooperación si dicho gobierno se comprometiera en un programa mínimo en favor de los trabajadores, del pueblo y del país. Al mismo tiempo, la Unidad

Popular debería seguir luchando por su propio programa y la formación de un gobierno más amplio, con su plena inclusión.

En el presente, nos parece que se podría arribar a un compromiso democrático dejando la cuestión del gobierno para una ulterior consideración.

E) Nuestro futuro será socialista

Como dice el informe de la Comisión Política a nuestro Pleno de Agosto:

«Nosotros comunistas, así como otras fuerzas políticas, consideramos que la época que vive el mundo, de la que no está marginado ningún país, es la del paso del capitalismo al socialismo. El tránsito de la humanidad al capitalismo fue también un fenómeno universal. Ninguna nación del mundo escapó a sus efectos, aunque éstos no se hayan traducido en todas partes en un desarrollo propiamente capitalista de las fuerzas productivas. La lucha de los patriotas de 1810, las guerras de la independencia de América Latina formaron parte de ese período histórico. El carácter universal, general, de las mutaciones sociales, dicho más concretamente, del camino del mundo hacia el socialismo, es hoy todavía más marcado en virtud de la creciente interdependencia de todas las naciones y del desarrollo de las comunicaciones. No obstante que también en este caso se trata de un cambio al que los países acceden en tiempos diferentes, es de toda evidencia que el socialismo constituye hoy el norte de la humanidad progresista.»

Bien se sabe que el camino del progreso no es precisamente rectilíneo. Está erizado de obstáculos. En los principales países capitalistas la lucha de las fuerzas partidarias del cambio social es difícil y en algunos de ellos las perspectivas a corto o mediano plazo no son claras. En casi todos esos países, vastos sectores populares siguen todavía adictos al «establishment» o se mueven sólo en los márgenes del reformismo. En escala mundial, el imperialismo conserva una capacidad no despreciable para contener la lucha de los pueblos, para golpear y contragolpear. Se juega entero en apoyo de Israel, en contra de la soberanía e independencia de los pueblos árabes. Apuntala a los regímenes racistas de Rhodesia y Africa del Sur. Se opone a la liberación de Zimbabwe y Namibia. Respalda las tiranías de Centro y Sud América. Trata de echar abajo los gobiernos revolucionarios que en la última década han surgido en Africa y en Asia. En este tren alienta toda clase de rivalidades, incluso étnicas y religiosas, que

obstaculizan la unidad de los pueblos y de los países que luchan por el progreso social y su plena independencia.

Pero nada de esto cambia la dirección que llevan los acontecimientos. El imperialismo no está en condiciones de sostener el edificio de la opresión. Es derrotado donde los pueblos se alzan con firmeza y arrojo a la lucha por la libertad. Uno tras otro caen los regímenes más reaccionarios asociados a él. Pierde espacio e influencia en el ámbito mundial. La iniciativa se escapa de sus manos. Su capacidad de acción es cada vez menor.

Los problemas energéticos y monetarios, la inflación y el desempleo son signos de la agudización de la crisis general que afecta todo el sistema capitalista y que en algunos países se traduce en una profunda crisis económica, política y moral. La revolución científico-técnica, que acelera extraordinariamente el desarrollo de las fuerzas productivas creadas por la inteligencia y el trabajo del hombre, agudiza las contradicciones que lo corroen. Los trastornos ecológicos provocados por el crecimiento de la industria y la explotación irracional de la naturaleza, escapan a su control y solución.

El socialismo, en cambio, muestra a los pueblos de todo el mundo el camino del progreso, de la justicia social y de la verdadera libertad, solidariza activamente con todos los movimientos antiimperialistas y presta una ayuda decisiva a los países que han logrado su independencia estatal y enfrentan magnas tareas económico-sociales.

La marcha del socialismo no está exenta de dificultades y problemas. Principalmente, derivan ellos del estado de relativo atraso material con que partió su edificación, de las destrucciones y consecuencias de la segunda guerra mundial, de las tendencias de estrecho nacionalismo que se hacen presente en algunos países que forman parte de este nuevo sistema y de la influencia que en alguna medida ejercen ciertas exterioridades del llamado mundo occidental sobre una parte de la población. Pero nada de esto modifica lo que es fundamental. El socialismo ha liberado al hombre de la explotación capitalista y le ha dado a toda la colectividad, además de un alto grado de bienestar y cultura, la seguridad en el presente y en el porvenir.

El socialismo es hoy una realidad en una serie de países de Europa y Asia. Se construye en América, en la Cuba revolucionaria, en tanto que varias naciones de Africa se orientan a edificarlo. Tanto o más relevante es el hecho de que este nuevo sistema social –y no el capitalista– ejerce una influencia determinante en toda la marcha de los acontecimientos mundiales. Gracias a él, y en primer término a su principal realización y fortaleza –la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas– Europa ha vivido un largo período de paz y se han creado

condiciones favorables para evitar a la humanidad el peligro de una hecatombe atómica.

El triunfo de la revolución rusa y, más tarde, la victoria sobre el fascismo en la segunda guerra mundial, no sólo hicieron posible que otros pueblos tomaran el camino al socialismo sino, además, marcaron el comienzo del fin del mundo colonial. Es harto elocuente el hecho de que, al constituirse las Naciones Unidas, en 1945, entraron a formar parte de ella sólo 51 Estados y hoy la integran sobre 150, más de la mitad de los cuales conquistaron su independencia en los últimos 30 años.

No menos significativo es el triunfo del socialismo en Cuba. Para el imperialismo norteamericano, América Latina era su patio trasero. Su retaguardia segura. Más aún, en la cabeza de no pocos revolucionarios no cabía la posibilidad de una revolución socialista en nuestro continente y mucho menos en las barbas del *Tío Sam*.

Mucho le debe la Revolución Cubana a la inteligencia y sagacidad de Fidel Castro. Pero, como él mismo dijera en su discurso del XX Aniversario de la Revolución que ha encabezado, «no son los líderes los que forjan los pueblos, son los pueblos los que forjan a los líderes». Y el pueblo cubano triunfó no sólo porque forjó los líderes que necesitaba —Fidel Castro, el primero entre ellos— sino porque su revolución correspondía a una exigencia histórica y tuvo lugar en una época histórica que la hacía posible, entre otras razones porque existían la Unión Soviética y el mundo socialista.

En América Latina el socialismo es el ideal de millones de personas. El objetivo hacia el cual se encaminarán todos los pueblos del continente, unos primero y otros después, en el momento de culminar, en cada país, la etapa de la revolución antiimperialista y antioligárquica que está a la orden del día en todos ellos. En los marcos del capitalismo no tienen verdadera solución los problemas que los aquejan.

Si Chile bajo el Gobierno de Salvador Allende se orientaba hacia el socialismo, es porque todas las fórmulas ensayadas en las últimas décadas no satisfacían las necesidades del pueblo ni sus legítimas aspiraciones a vivir libre de la pobreza y del atraso.

Los cambios que se llevaron a cabo durante el Gobierno de la Unidad Popular permitieron vislumbrar la posibilidad de una vida nueva, crear una sociedad más justa y más libre. No tenemos la menor duda que la clase obrera y el pueblo de Chile volverán a marchar por esta senda, aunque ciertamente con las variaciones que impone la experiencia y la nueva situación creada por la dictadura fascista.

El socialismo, en consecuencia, es la sociedad de mañana. Y a ella llegará nuestro pueblo, como todos los pueblos que aún viven bajo el

capitalismo, cualquiera sea el régimen transitoriamente dominante. Ni la democracia burguesa ni el fascismo pueden cerrarle las puertas de su futuro socialista.

F) Patriotas e internacionalistas

Según lo comprueba una vez más el caso chileno, el fascismo arremete contra todo pensamiento democrático y humanista, y hace del anticomunismo su predilecto caballo de batalla. Para Pinochet todo es maniobra de la Unión Soviética, del marxismo-leninismo, del comunismo internacional. Todo sus adversarios, todos los que critican su régimen son comunistas o personas que actúan por cuenta de los comunistas.

La liquidación del Partido Comunista ha sido el principal objetivo del dictador. Este sueño lo tuvieron en vano otros antes que él. Por lo visto, a diferencia de otros animales irracionales, los fascistas vuelven a tropezar en la misma piedra.

Los primeros comunistas nacieron de las entrañas mismas del proletariado, cuando en los centros mineros del carbón y del salitre los obreros eran tratados como bestias y los que se rebelaban iban a parar al chucho de las compañías, donde se les mantenía por días con los pies amarrados a una barra de fierro. Entonces, el fundador de nuestro Partido, Luis Emilio Recabarren y el puñado de hombres que lo acompañaban, se consagraron por entero a organizar a la clase obrera, a despertar la confianza en sus propias fuerzas, a orientar y conducir sus luchas reivindicativas y a defender la soberanía nacional frente a las empresas imperialistas que acuñaban sus propias monedas, mantenían su propia policía y habían hecho de las oficinas salitreras. Estados dentro del Estado.

En la historia de Chile ningún otro partido ha sido y es objeto de un ataque físico, ideológico y político tan implacable. Todas las armas se han disparado contra los comunistas. Se nos ha pretendido y pretende presentar como una fuerza antipatriótica, antidemocrática, foránea, dependiente, con una ideología exótica. Pero los porfiados hechos se encargan de establecer la verdad.

En nuestra época, el patriotismo se prueba o se desmiente ante todo según sea la actitud que se asuma frente al imperialismo. En la historia escrita o por escribir se puede o podrá encontrar hombres que se dejaron sobornar por las empresas imperialistas para facilitar la penetración de su política, pero entre ellos no figura ni podrá figurar jamás un comunista.

El patriotismo está también en el combate por los derechos y el

bienestar del pueblo, por el progreso del país en todos los órdenes, por la defensa de los valores nacionales, por el esfuerzo dirigido a desarrollar el arte y la cultura propios y universales. Y en estos terrenos también marchamos adelante. Pablo Neruda, Violeta Parra, Víctor Jara y tantos otros escritores y artistas, desaparecidos o vivos, militantes o simpatizantes de nuestro Partido –además de ser altas expresiones culturales de prestigio en todo el mundo– constituyen y constituirán ejemplos imperecederos de amor a su pueblo y a su suelo patrio.

El patriotismo verdadero y consecuente exige el apoyo recíproco entre todos los pueblos que luchan por los mismos objetivos y contra los mismos enemigos. Bernardo O'Higgins fue, al mismo tiempo que el Padre de la Patria, un luchador por la independencia de todos los países latinoamericanos. Nos guiamos por su ejemplo. Benjamin Vicuña Mackena fue un adalid de la independencia de Cuba y varios chilenos, jóvenes militares, como el Comandante Sotomayor, el Capitán Marcoleta y el Teniente Gabler, lucharon en las filas cubanas contra el coloniaje hispano. Somos fieles a tan gloriosas tradiciones.

Nos orientamos por la sabia y sencilla palabra de Recabarren: «Yo no quiero que nadie odie a mi patria y por eso amo la patria de todos.»

El pueblo de Chile ha podido apreciar en estos años el valor y la fuerza de la solidaridad internacional. No ha estado solo en su difícil lucha. La humanidad progresista lo ha acompañado. Su causa se ha transformado en una preocupación permanente de las Naciones Unidas. Durante los peores días, cuando no tenía fuerzas suficientes para detener los crímenes fascistas, fue la solidaridad internacional la que salvó muchas vidas. Esta solidaridad se recibe y se da. Es su deber practicarla al máximo de lo que es capaz.

Los comunistas somos producto de una corriente universal que nació a mitad del siglo pasado y alcanzó su primera y gran victoria con la Gran Revolución Sócialista de Octubre. Aunque antes de ésta, las ideas socialistas y comunistas germinaban en Chile, donde ya había cierto desarrollo capitalista y por tanto había surgido la clase obrera, la verdad es que la primera revolución socialista triunfante tuvo en nuestro país y en la formación de nuestro Partido, una marcada influencia. Otro tanto ocurrió en Argentina, Uruguay, México, Brasil, Francia, España, Inglaterra y muchos otros países.

Un fenómeno semejante se produjo, en su tiempo, con la victoria de la Revolución Francesa. Sus ideas se expandieron por todo el mundo. O'Higgins y otros libertadores las hicieron suyas total o parcialmente y por eso no fueron menos sino más patriotas. Los que estaban con Fernando VII, con la monarquía española, con el estado colonial de

Chile los calificaron de «afrancesados». Del mismo modo, hoy los que están al servicio del imperialismo –no obstante las dificultades más superficiales que de fondo, más aparentes que reales, que suelen tener con él– acusan a los comunistas y a todos los opositores de antipatriotas y de servir intereses foráneos.

¡El diablo vendiendo cruces! Por muchas gárgaras de patriotismo que haga el tirano, su condición de sirviente de la Anaconda y otras multinacionales no se la despinta nadie. Sus concepciones geopolíticas, su política económica, su ideología fascista lo retratan, además, como vehículo de importación de lo más podrido y reaccionario que se puede encontrar fuera del país.

Para ser patriotas, los comunistas no necesitamos atacar a nadie que no sea el imperialismo, el neocolonialismo, el racismo, el expansionismo y demás enemigos de la libertad de los pueblos.

Para demostrar nuestra independencia y autonomía, no necesitamos criticar a la Unión Soviética como algunos sugieren. Si en ella todo no es perfecto –y no podría serlo desde luego– son los propios soviéticos los llamados a corregir insuficiencias y errores, como lo han hecho y lo hacen constantemente.

La gigantesca obra de transformación que se ha llevado a cabo en la Unión Soviética y demás países socialistas, ha sido y es un poderoso factor que estimula la lucha de los proletarios y de los pueblos del mundo entero en contra del imperialismo y de toda forma de opresión social o nacional. La divulgación de las magnas conquistas del socialismo ha ayudado siempre al desarrollo de esa lucha. Las debilidades en este terreno y, con mayor razón, toda crítica que tiende a menoscabar el prestigio del socialismo, confunden a los trabajadores y son fuente de dispersión ideológica que atenta contra la unidad en las filas revolucionarias. Para los revolucionarios y los pueblos del mundo entero importa ante todo el hecho de que el gran país multinacional del socialismo –hace seis décadas una nación atrasada– es hoy una gran potencia antiimperialista, que juega un papel decisivo en la lucha por la paz y el progreso, por la independencia y el desarrollo floreciente de las naciones. Del éxito de su política de distensión y de la acción común entre las tres grandes corrientes revolucionarias de la época –los países socialistas, la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional– dependen la suerte de la Humanidad y en definitiva el destino de cada pueblo. Por eso es que el imperialismo se empeña en crear o fomentar grietas en el campo de los revolucionarios. A ello responde el antisovietismo.

Los comunistas chilenos hemos demostrado y demostraremos con hechos que elaboramos autónomamente nuestra propia línea política.

Los embrollos de la propaganda enemiga suelen confundir a algunos. Cuando hace años nuestro Partido denunció la política divisionista de los dirigentes chinos, hubo personas y hasta partidos que pensaron que lo hacíamos por cuenta ajena, alineándonos en lo que consideraban un mero conflicto entre Pekín y Moscú. La actitud china de apoyo a Pinochet y en contra de Cuba, de Angola y otros países liberados a la agresión armada contra el heroico Vietnam, los han sacado de su error.

La revolución china fue acogida por los pueblos de todo el planeta como una victoria antiimperialista. El hecho de que el país más poblado de la tierra se incorporarse al campo del socialismo era de por sí un gran acontecimiento mundial. Por esto, constituye una tragedia para la humanidad que los dirigentes chinos traicionen hoy la causa antiimperialista de los pueblos y se coloquen en el campo internacional en contra del socialismo y del lado del imperialismo y de los regímenes más abyectos.

Todos los Partidos Comunistas somos autónomos e independientes. No podríamos tener éxito si actuáramos de otra manera. La vida nos exige conducirnos como tales; no en el sentido que desea el enemigo, sino en cuanto a lograr la suficiente madurez para dominar las complejidades del presente y pasar de las formulaciones generales al análisis objetivo y a las soluciones concretas a fin de abrir camino a la victoria de cada uno de nuestros pueblos. Nos exige, asimismo, fundirnos con las masas, actuar con el ímpetu revolucionario y el sentido práctico de que hablaba Lenin, labrar nuestros propios perfiles, erigirnos en grandes partidos populares y nacionales. Esto no desaloja sino presupone estrechar filas en torno a nuestra ideología marxista-leninista y a la práctica del internacionalismo proletario y de la solidaridad entre todos los pueblos que luchan contra el imperialismo.

G) El marxismo-leninismo gana más y más adeptos

Se suele afirmar que el marxismo es una ideología obsoleta —en el mejor de los casos válida en el pasado siglo— y el leninismo un fenómeno típicamente ruso. Según sus detractores, el mundo ha cambiado tanto que el marxismo-leninismo ha envejecido. ¡Curioso envejecimiento! El mundo ha cambiado, efectivamente, y con ello nuestra ideología se hace más fuerte y más lozana. Las más profundas y exitosas revoluciones se han llevado y llevan a cabo bajo su bandera. Estas flamean victoriosas en Europa, en Asia, en América, en Africa. Muchos

pueblos que emergen de la esclavitud colonial, de la servidumbre o de la sociedad tribal, iluminan su camino con la doctrina de Marx, Engels y Lenin.

La vitalidad y validez de esta doctrina son tales que ya no sólo los partidos comunistas la hacen suya. En no pocos países, comprendido el nuestro, hay otros partidos y movimientos que adhieren al marxismo-leninismo y buscan orientarse por éste. Es cierto que no basta proclamarse marxista-leninista. Nadie lo es por el mero hecho de declararse en tal sentido. Ningún Partido Comunista nació respondiendo plenamente a su doctrina. Esta exige un aprendizaje constante. Pero no por esto deja de ser significativo que cada vez haya más personas, partidos y movimientos que adhieren a la ideología del socialismo científico.

Bien se sabe que ésta no es una doctrina inmutable. No podría serlo sin negarse a sí misma. Algunas de las formulaciones de ayer no tiene hoy aplicación o la misma validez en todas partes. Por ejemplo, la cuestión de la alianza obrero-campesina no puede plantearse en la misma forma, digamos, en México que en Estados Unidos, en España que en Francia. En los países de más alto desarrollo capitalista, el campesinado representa hoy un exiguo porcentaje de las fuerzas del trabajo productivo. De esta y otras categorías que se manejan en algunos países ni siquiera cabe hablar donde recién se sale de las tribus. Tales realidades no se pueden dejar de tener en cuenta. Pero lo que es de la esencia del marxismo-leninismo no es precisamente la fórmula sino el contenido, en este caso, la necesidad de que la clase obrera entre en alianzas con aquellas capas de la sociedad susceptibles de ser incorporadas a la lucha por la justicia y el progreso sociales. En algunos países la principal de esas capas sigue siendo el campesinado. En otros son diferentes sectores, entre ellos las masas que viven en la extrema pobreza en la periferia de las grandes ciudades, los pequeños y medianos empresarios, los trabajadores por cuenta propia, los hombres de la cultura, el arte y la ciencia. Todos estos grupos sociales y, ciertamente, la vasta y creciente falange de los profesionales y técnicos que cada vez más entran a formar parte de la clase obrera, constituyen para nosotros fuerzas integrantes del pueblo, llamados a tener su propio rol protagónico. El papel hegemónico del proletariado no implica una subestimación de estos sectores y está orientado a darle al movimiento una solidez y consecuencia que va en interés de todos, en pro del éxito por sus aspiraciones comunes.

Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile. Nº 37.
Septiembre-Octubre 1979

Buscamos aliados permanentes y no compañeros de ruta

Entrevista del Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile. Noviembre de 1979.
(Fragmento)

P.: El Partido plantea el entendimiento de la Unidad Popular con la Democracia Cristiana como política estratégica y no táctica. ¿Cree usted posible que los democratacristianos se entiendan indefinidamente con la Unidad Popular o sean sólo compañeros de ruta? En una ocasión usted habló de viajar con ciertos aliados aunque sea hasta Chillán en el tren que va de Santiago a Puerte Montt. ¿Es que ahora piensa que con la Democracia Cristiana se podría viajar hasta el final?

R.: Lo que nosotros decimos y planteamos es qùe, frente al fascismo, no hay otro camino de victoria que el de la unidad y lucha de todos los que están contra él. Si todas las fuerzas democráticas logran entenderse únicamente para terminar con la dictadura, si recorren juntos sólo una parte del largo camino del pueblo, si alguna de ellas, concretamente la Democracia Cristiana no puede o no está dispuesta a viajar con la Unidad Popular más que hasta Chillán, bien, habria jue atenerse a tal situación. En tal caso, no sería la Unidad Popular la que echaría del tren a la Democracia Cristiana sino que sería ésta la que se separaría por su propia voluntad. Y diría más aún, contra nuestra voluntad, pues nosotros queremos marchar con todos nuestros aliados hasta el final. Nos empeñaremos siempre en ello y estamos dispuestos a llegar a acuerdos, a considerar sus legítimos planteamientos, a concertar compromisos, a escucharlos y a actuar en conjunto, guiándonos sólo por los intereses superiores de nuestro pueblo.

Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile Nº 39.
Enero-Febrero 1980.

El derecho del pueblo a la rebelión es indiscutible

Discurso pronunciado el 3 de Septiembre de 1980 con motivo del décimo aniversario de la victoria de la Unidad Popular.
(Texto integro)

Queridos camaradas soviéticos,
queridos compañeros chilenos:

En estos dias, Chile vive momentos de gran tensión politica. Está en vísperas de un acto que implica una burla a sus sentimientos democrá-

ticos. Soberbia y provocadoramente, Pinochet ha elegido el próximo 11 de Septiembre –el séptimo aniversario del golpe militar– para llevar a cabo una nueva farsa plebiscitaria destinada y ratificar una Constitución Fascista que él y su Junta ya dictaron sin más ni más.

Todas las fuerzas populares y progresistas del país y el millón de chilenos que está en el exilio rechazan ese engendro constitucional y declaran, con plena razón, que el Plebiscito ad-portas no tiene validez jurídica ni moral.

Vigorosos contingentes populares desafían la represión y se pronuncian en contra del fascismo y por la libertad. Resuenan vibrantes los gritos de «Fuera Pinochet!» «Democracia ahora» y «El pueblo unido jamás será vencido».

Ante el enemigo común, se avanza por el camino del consenso, del reencuentro de todos los chilenos antifascista y no fascistas. Se gesta la acción común contra la tiranía y su fraude del día 11.

En estas condiciones nos reunimos hoy a 10 años del triunfo de la Unidad Popular, de la elección de Salvador Allende como Presidente de Chile.

El 4 de septiembre es el día que cada seis años los chilenos renovaban al Presidente de la República mediante el sufragio universal. Por lo tanto es también una fecha que congrega a todos los demócratas de nuestro país.

La victoria de la Unidad Popular que hoy recordamos fue un acontecimiento de dimensión internacional. Las profundas transformaciones antimperialistas y antioligárquicas que se llevaron a cabo en los tres años de Gobierno del Presidente Allende constituyeron en su conjunto una revolución de hondo contenido democrático y patriótico.

El golpe fascista del 11 de septiembre de 1973 representó el triunfo de la contrarrevolución. Ese día se encaramó al poder una camarilla militar al servicio de las multinacionales y de los clanes financieros internos.

De la importancia de la revolución chilena da testimonio el hecho de que constituye una fuente de estudio de los revolucionarios de muchos países y un frecuente punto de referencia, tanto en lo relativo a sus aciertos, como a sus insuficiencias y errores. Su análisis no está agotado. Sin embargo, nos parece necesario subrayar en este momento algunas de nuestras conclusiones:

1º En nuestra época, la revolución no sólo es seguida por los propósitos de contrarrevolución de las clases reaccionarias internas, sino también por la intervención del imperialismo. Esto ya está comprobado en el caso de Chile. Ocurrió en Cuba con la invasión de Playa Girón que terminó en un fracaso mayúsculo. Lo hemos visto en los constantes

intentos de echar abajo todas las revoluciones, comprendida la de Afganistán, donde los imperialistas norteamericanos, con la ayuda de Pekín, organizaron y siguen organizando la introducción de bandas contrarrevolucionarias desde Pakistán.

2º Para sostenerse, desarrollarse y vencer, la revolución debe contar con la mayoría activa, con una correlación de fuerzas que le sea favorable y ha de basarse, por lo tanto, en una amplia política de alianzas que pueda incluir el acuerdo y el compromiso entre los más vastos sectores partidarios del progreso social.

3º Las fuerzas revolucionarias deben marchar estrechamente unidas, operando bajo una dirección única que emane de la máxima coincidencia en el carácter del proceso de transformaciones sociales, en la aplicación de una táctica firme y flexible y en la determinación de los objetivos estratégicos, y;

4º La revolución debe resolver el problema del poder en su plenitud. Esto significa que no basta, como ocurrió en nuestro caso, conquistar el Gobierno –una parte del poder político– ni llevar a cabo transformaciones sólo en la estructura económica, sino ser capaces de cambiar, también, y de modo profundo, toda la estructura del Estado. La subsistencia de un aparato estatal cuya misión es la de sostener y defender los intereses reaccionarios termina por transformarse en instrumento de la contrarrevolución. Tal fue, en particular, el caso del Poder Judicial y sobre todo el de las Fuerzas Armadas.

El fascismo se ha dedicado a deshacer los cambios que llevó a efecto el Gobierno de la Unidad Popular. Pero ellos correspondían a necesidades y aspiraciones reales del pueblo chileno y, mañana, aunque no en la misma forma, con las correcciones debidas, tendrán que retomarse.

Quisiéramos hacer una mención especial. El Presidente Allende está sepultado en una tumba familiar en el cementerio de Santa Inés, a orillas del Pacífico. El 26 de junio último, cuando se cumplían los 72 años de su natalicio, fue a ese lugar –donde no hay ni siquiera una lápida con su nombre– un grupo de jóvenes para depositar algunas flores en su memoria. Los esbirros de la policía los detuvieron. Este hecho muestra no sólo la barbarie fascista sino que Allende le pesa a la tiranía. Su ejemplo está vivo y se le teme.

Pinochet tiene la pretensión de eternizarse en el poder, de atornillarse hasta 1997 en el cargo que usurpó, o sea de mantenerse como dictador, impuesto y sostenido por las bayonetas, por un total de 23 años y medio. La Constitución que va a someter a plebiscito así lo establece. Le otorga también a la Junta el derecho de seguir reformándola durante el período de transición, y entre otras disposiciones

tan «democráticas» como las citadas, proscribe los partidos y organizaciones que luchan contra el sistema.

El tirano se ha permitido decir que será la Constitución de la libertad. ¡Flor de Constitución y flor de libertad! La ha redactado un grupo de sus amanuenses y de conspicuos personeros de los clanes, sin que el pueblo o representantes suyos hayan podido decir ni chus ni mus.

El llamado plebiscito se llevará a cabo bajo el imperio del estado de emergencia, con proscripción de los partidos, sin prensa verdaderamente libre, sin acceso de los opositores a los medios de publicidad, sin registros electorales, sin tribunal calificador de elecciones, con presos y relegados, en medio de una nueva oleada de terror y con un millón de chilenos en el exilio. El mentado plebiscito no ofrece alternativas. Es como una carrera de un solo caballo. En cuanto al resultado, el mundo lo conoce de antemano. Será el que Pinochet diga. De seguro que ya lo tiene en un cajón de su escritorio.

Pero habrá otro resultado. Se hacen humo las ilusiones respecto de una presunta liberalización del régimen. Se cierran los caminos para la evolución gradual con que algunos han soñado. En estas circunstancias, no tenemos dudas de que el pueblo de Chile sabrá encontrar el modo de sacudirse el yugo de la tiranía. Las masas irrumpirán de una u otra manera hasta echar abajo al fascismo. Pinochet no podrá mantenerse en el poder por el tiempo que pretende. El derecho del pueblo a la rebelión pasa a ser cada vez más indiscutible.

Todos los opositores están en contra del fraude plebiscitario. El abanico de la resistencia es muy amplio. Representa a la abrumadora mayoría del país. La decisión y firmeza con que se enfrenta estos días a la tiranía tendrá una marcada incidencia en la moral de combate y la fuerza con que el pueblo saldrá de esta prueba.

El retorno a un régimen de democracia se ha venido transformando en exigencia nacional. Esta, más el creciente ánimo de pelea de las masas, el avance de la unidad en la base social, el repudio a la dictadura en el ámbito internacional y la agudización de los problemas económicos, han repercutido en el seno mismo del régimen. Al promulgar su Constitución fascista y convocar a su faramalla de consulta plebiscitaria, Pinochet trata de tapar las grietas de su edificio, de imponer silencio a los críticos de su propia trinchera y de obligar a las Fuerzas Armadas a seguir marchando tras su carro.

Pero, los logros que pueda alcanzar a este respecto serán pasajeros. Día tras día la llave de la situación estará en la unidad y en la lucha de la clase obrera y del pueblo, en su indomable espíritu de combate, en el entendimiento de todas las fuerzas democráticas. No hay tiranía que pueda resistir la avalancha de las masas.

Entre los más preciados legados de Salvador Allende está el de su voluntad unitaria. Fue un consecuente luchador por la unidad de los trabajadores y por la más estrecha alianza de los partidos de izquierda. Además, siempre estuvo abierto al acuerdo con otras fuerzas políticas cada vez que ello era necesario y conveniente para los intereses populares.

El legado de Allende se convierte hoy en un deber imperativo para la Unidad Popular. Esta ha resistido duras pruebas. Respondiendo a una necesidad se ha abocado al análisis de sí misma. Colectiva y separadamente, sus partidos han considerado, sobre todo en los últimos tiempos, las causas de la derrota de 1973, los cambios que el régimen fascista ha introducido en la economía y en la sociedad y los objetivos futuros del movimiento popular.

Coincidimos en cosas fundamentales. Concordamos en la necesidad de fortalecer la Unidad Popular, de que ésta le ofrezca al país su propio proyecto histórico renovado, centrado en las tareas antifascistas, antimperialistas y antimonopólicas de hoy y que muestre también la perspectiva del avance democrático hacia el socialismo. Además, todos estamos en favor del acuerdo con otras fuerzas opositoras para terminar con el fascismo. Compartimos el criterio de que ese acuerdo será más efectivo mientras más se fortalezca y desarrolle la Unidad Popular y los partidos que la integran, entre los cuales caben, a su vez, otras concordancias y entendimientos que, lejos de afectar, fortalezcan su cohesión. Nos parece que ha llegado el momento de apretar más nuestras filas.

El primer deber de los antifascistas es luchar contra el fascismo y plasmar la unidad contra la dictadura.

Son las fuerzas sociales y políticas que allá combaten las que, en primer lugar, están llamadas a determinar qué es y qué no es procedente hacer en estos días.

Según vemos las cosas, la tiranía fascista no ha podido ni podrá hacer de los chilenos un pueblo de borregos. Los días que vienen son de luchas arduas, difíciles e inevitables. Para imponer su política Pinochet seguirá reprimiendo. Y el pueblo, para defender sus derechos, seguirá combatiendo. Este sabrá descubrir en la lucha las formas específicas de expresión de su proceso democrático y revolucionario, dando paso, seguramente, a los más variados métodos que ayuden a desarrollar el movimiento de masas, aislar a la dictadura, aunar fuerzas, abrir perspectivas de victoria. Es el fascismo el que crea una situación frente a la cual el pueblo no tendrá otro camino que recurrir a todos los medios a su alcance, a todas las formas de combate que lo ayuden, incluso de violencia aguda, para defender su derecho al pan, a la li-

bertad y a la vida: O vencer o morir, tal fue la disyuntiva de los patriotas que lucharon por la independencia. «O vivir con honor o morir con gloria», tal fue el lema de O'Higgins. Los pueblos suelen verse enfrentados a situaciones cruciales que no permiten otras opciones. Así ocurrió en Cuba frente a la dictadura de Batista. Así ocurrió en Nicaragua ante la tiranía de Somoza. Como van las cosas, así ocurrirá en Chile frente al régimen fascista de Pinochet.

Los revolucionarios debemos mirar siempre de cara a la realidad. El pueblo de Chile sufre ya siete años un régimen fascista. Miles de nuestros compatriotas han muerto salvajemente asesinados. Miles han desaparecido. Decenas de miles han pasado por las cárceles, los campos de concentración y las cámaras de tortura. Miles y miles han sido expulsados de su propia patria. La dictadura ha modificado la estructura económica de Chile para ponerla al servicio de los Pirañas y otros clanes y de los grandes trusts multinacionales. Un reducido grupo de oligarcas y nuevos ricos se ha dedicado a la especulación usufructuando del crédito interno e internacional, lo que lleva este año la deuda externa a la astronómica cifra de 10 mil millones de dólares, con el consiguiente aumento de la dependencia del país. Todo ello se ha hecho sobre la base de enajenar riquezas, de privatizar empresas y servicios nacionales, de liquidar y afectar industrias montadas por el Estado o por particulares a lo largo de decenios, de crear un gran ejército de cesantes, de liquidar las conquistas más preciadas de la clase obrera y de acentuar su explotación.

El régimen demolió los hornos de Lonquén, pero la imagen de esos hornos, donde se descubrió uno de sus horrendos crímenes no podrá arrancarla de la memoria de los chilenos.

Los asesinatos del General Prats y de su esposa, de Orlando Letelier, de Marta Ugarte, de Isidoro Carrillo y sus compañeros, de Miguel Henríquez, de David Miranda, del profesor Jorge Peña, de Daniel Acuña, de Víctor Jara, de Gastón Lobos, de Eduardo Jara, no serán olvidados, como no son ni serán jamas olvidados los prisioneros políticos desaparecidos.

Los negociados en que se han embarcado conocidos hombres del régimen, los pitutos de que usufructúan numerosos oficiales de las Fuerzas Armadas en servicio activo o en retiro y la proliferación de los prostíbulos elegante, de los clubes nocturnos y de las discoteques de lujo –en todo lo cual aparecen familiares del dictador–, ponen en evidencia la corrupción y la vida licenciosa a que han llegado los círculos que más se han enriquecido con el régimen y que son sus favoritos y sostenes. Esta es la sociedad que quiere prolongar el fascismo mediante la represión y a costa de la miseria del pueblo.

Ahora, el aumento a veinte días de incomunicación de los detenidos en manos de la CNI, el recrudecimiento de las flagelaciones, la aparición de comandos terroristas del propio régimen, los secuestros como nueva forma de represión e intimidación y el engendro constitucional que ya aprobó el tirano, muestran que el fascismo se ha visto obligado a renunciar en buena parte a la operación cosmética con la que pretendía encubrir su verdadera faz.

La dictadura fascista, en su afán de servir a los clanes financieros y a las multinacionales imperialistas, no ha vacilado en atacar los intereses de sectores sociales que contribuyeron a su generación. Más aún, le niega a algunos de ellos, como a los agricultores del sur y a los taxistas de la capital, hasta el derecho de reunirse y los trata con la punta del pie. Al mismo tiempo, las emprende contra la Iglesia Católica sin ninguna consideración.

Estos hechos son elocuentes de por sí. De una parte, muestran el verdadero carácter del régimen fascista y, de la otra, las posibilidades de unir en contra de él a la abrumadora mayoría de la nación.

Los acuerdos entre los sectores de oposición y las valerosas acciones que despliegan, principalmente obreros y estudiantes, indican el rumbo que llevarán los acontecimientos.

Todas las fuerzas progresistas, por imperativo de la vida misma, están llamadas a unirse en la lucha por la libertad. La erradicación de las ideas democráticas y la destrucción de los partidos, son objetivos que el fascismo no ha podido ni podrá lograr.

La experiencia histórica demuestra que los luchadores por la libertad son, en definitiva, imbatibles, porque cada vez que cae uno de ellos, hay otros que siguen su camino y aprenden a moverse como pez en el agua, aún en las más difíciles condiciones de la clandestinidad.

Nuestra lucha antifascista forma parte del combate de los pueblos de América Latina que se alzan contra el imperialismo y las oligarquías, combate que ha alcanzado éxitos históricos en Cuba, Nicaragua y Granada y cuenta con el respaldo de todas las fuerzas progresistas del mundo. Se inserta en la lucha por la paz mundial, cuya fuerza principal está en la Unión Soviética y sus aliados más cercanos, pero que abarca también a otras naciones, pueblos, gobiernos, partidos y personalidades de diversos signos ideológicos y políticos.

El significado internacional del combate de cada pueblo lo demuestra el resuelto apoyo que en el mundo despiertan las luchas nacionales que tienen lugar en los más apartados rincones de la tierra. Nosotros, los chilenos, contamos con una impresionante solidaridad internacional y ella se mantiene en un alto nivel, no obstante que ya han transcurrido 7 años del golpe. Un fenómeno semejante ocurre con relación

a Uruguay, cuyo pueblo es también víctima de una tiranía fascista; en cuanto a Bolivia, donde una facción militar ahoga en sangre un proceso democrático; en lo tocante a El Salvador, donde otra dictadura al servicio del imperialismo mata diariamente a decenas de personas, o en relación a Guatemala, Haití y Paraguay, donde imperan oprobiosos despotismos.

En ocasión de esta farsa plebiscitaria fraguada por Pinochet, las fuerzas democráticas de todos los continentes han vuelto a expresar su decidida condena a la tiranía y su apoyo a nuestra causa antifascista. El pueblo de Chile recibe esta solidaridad como un gran estímulo a sus heroicas luchas que inevitablemente culminarán con su victoria.

Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile. Nº 43.
Septiembre–Octubre 1980.

Avanzar por el camino de la Unidad y de la lucha dominando las mas diversas formas de combate

Discurso pronunciado en Estocolmo el 16 de noviembre, en un acto público, al término de la Conferencia realizada por el Coordinador de los comunistas chilenos residentes en Suecia.
(Texto abreviado)

Queridos compañeros:

En el país, en acción común con otras fuerzas populares, miles y miles de comunistas –hombres y mujeres, adultos y jóvenes– luchan abnegadamente en contra de la tiranía. Nuestro Partido está en pie de combate. Su arraigo e influencia en las masas –principalmente en la clase obrera–, su unidad inquebrantable, su espíritu de sacrificio y disciplina, su combatividad, su decisión revolucionaria y su capacidad de trabajar en la más profunda clandestinidad, son algunos de sus rasgos más singulares.

El Partido se renueva, se incorporan a él nuevos militantes, nuevos cuadros asumen puestos de dirección. Los Comités Locales y Regionales están constituídos por compañeros que han alcanzado altura de dirigentes en este duro tiempo. El Comité Central se ha remozado de acuerdo con las atribuciones que le confiere el artículo 50 de los esta-

tutos. Hoy forman parte de él varios de los más capaces y valerosos nuevos combatientes que en los últimos años se han destacado en la lucha contra la tiranía. La mayoría del Comité Central está en Chile.

Una renovación todavía más profunda se ha producido en las Juventudes Comunistas. Nutren sus filas miles de jóvenes que eran niños ayer y han despertado a la vida política en la lucha contra el fascismo. La compañera Gladys y muchos otros compañeros de su generación han pasado al Partido. El Comité Central de las Juventudes Comunistas es casi todo nuevo. A mediados de este año eligió en el interior al nuevo Secretario General y también al Subsecretario General.

El artículo 52 de nuestros estatutos establece el principio de la dirección única, independientemente de que una parte del Comité Central se encuentre fuera del país. Trabajamos de acuerdo a este principio.

La renovación no es sólo de hombres. El Partido asimila creadoramente la experiencia de los años de la revolución y del período de la contrarrevolución y va superando los errores e insuficiencias. En nuestra política no hay rupturas ni bandazos, no hay cambio de línea, sino permanente desarrollo y enriquecimiento de la misma. Los documentos del Partido, desde su Manifiesto de octubre de 1973 hasta la palabra que ha dado con motivo del 10º aniversario de la victoria popular, hablan por sí solos de la constante elaboración política, de la búsqueda incesante de los caminos que conduzcan a la derrota del fascismo y a reemprender la senda de la revolución.

Nuestra línea ha sido y sigue siendo una línea política firme y flexible, *proletaria, popular y nacional, patriótica e internacionalista*, de lucha de masas, de unidad de la clase obrera, de entendimiento socialista-comunista, de fortalecimiento de la UP, de alianza con los partidos de izquierda, de acción común con todas las fuerzas democráticas, de resuelto enfrentamiento a la tiranía.

El desarrollo de esta línea se expresa en modificaciones tácticas o en formulaciones que la complementan de acuerdo con los cambios que se producen en la situación, de acuerdo a la experiencia que hacen las masas, a los nuevos estados de ánimo, a las acciones y planes del enemigo, a las exigencias del combate y a la maduración de la conciencia revolucionaria en la clase obrera y en el pueblo.

El 11 de septiembre de 1973 se instauró una dictadura fascista que ahogó en sangre al régimen democrático y entró a servir los intereses del imperialismo y la reacción interna.

Bajo esta dictadura se han operado cambios de distinto orden, entre los cuales anotamos:

1. La reconstitución del poder financiero de la oligarquía.

2. La introducción de un enmarañado mecanismo de dominación del imperialismo sobre la economía, las Fuerzas Armadas, los medios de comunicación de masas y demás actividades vitales de la nación.

3. La integración, en un mecanismo fusionado de dirección de la economía y de la sociedad, del poder de los monopolios y del Estado, cuya política está por entero orientada a garantizar un alto nivel de beneficio para los grandes clanes de la oligarquía financiera.

4. La merma de la producción de importantes ramas industriales que abastecían el mercado interno, cuyas puertas han sido abiertas a la concurrencia de la producción extranjera.

5. La enajenación a precio huevo de empresas nacionales creadas por el Estado a lo largo de varios decenios.

6. La reconstitución parcial del gran latifundio y, paralelamente, el desarrollo del capitalismo en el campo y la ruina de los campesinos pequeños y medianos.

7. La desviación de capitales y esfuerzos a actividades meramente especulativas y el afán de incorporar a un sector social minoritario a un consumismo desorbitado.

8. La pauperización de la clase obrera mediante los bajos salarios, la alta tasa de cesantía, la represión y el desconocimiento de sus principales derechos y conquistas.

9. La ruina de vastos sectores de capas medias y el desarrollo de nuevos sectores medios tributarios del gran capital, que se acomodan al sistema.

10. La conversión abierta de las FF.AA. en sostén de la dictadura fascista y en instrumentos al servicio de los intereses del imperialismo y de los clanes financieros.

11. El desmantelamiento de los servicios sociales del Estado y su creciente privatización y;

12. La reducción drástica de la actividad cultural y científica, principalmente a través de medidas coercitivas.

Estos cambios corresponden a la aplicación de una política imperialista formada por las doctrinas del Pentágono y por la llamada escuela económica de Chicago. En virtud de tal política, en la esfera de la economía, el capital financiero –vinculado al gran capital transnacional– ha pasado a tener un papel hegemónico y a comandar la industria, la agricultura, el comercio, el crédito, las operaciones de importación y exportación. Gran parte de las ganancias que se alcanzan en todas estas esferas es absorbida por el imperialismo y por sus socios, los clanes de las finanzas, particularmente por los dos más poderosos, el de los Vial y el de Cruzat Larraín.

Pinochet ha derivado en un déspota absoluto, cegado por la ambi-

ción de mando. De la forma colegiada con que se inició la dictadura no ha dejado nada. Se ha ido deshaciendo uno a uno de los generales que le podían hacer sombra o sostener algunas posiciones democráticas. Ha recurrido a las prebendas como elemento de corrupción de numerosos oficiales de los institutos armados.

Esto es por un lado. Pero, hay también otros cambios. Las masas populares, es decir, los obreros, los empleados, los campesinos, los indígenas, los semiproletarios de las poblaciones marginales, han sufrido en carne propia el odio y la revancha de sus enemigos de clase, la saña de los verdugos y esbirros al servicio del gran capital. Han conocido directamente que el fascismo es la dictadura terrorista y despiadada, la contrarrevolución sangrienta, el extremo recurso del imperialismo y la reacción en contra de los avances democráticos y de las transformaciones progresistas que el pueblo llevaba adelante bajo el Gobierno de Salvador Allende. Todo esto conduce –y no puede dejar de conducir, contando, claro está, con la necesaria actividad de los revolucionarios– al desarrollo de la conciencia de clase y, en definitiva, a una mayor decisión de lucha.

La cabal comprensión de lo que buscaba el enemigo sólo estaba inicialmente en la conciencia de los sectores más esclarecidos. La situación de hoy es otra. La mayoría del país sabe hoy, por propia experiencia, lo que se quería al dar el golpe. La oposición al régimen se ha convertido en popular y nacional. Algunas capas de la población en las que hace efecto la propaganda reaccionaria, tienden insensiblemente a resignarse y acomodarse al sistema; pero, se equivocan los que ven en ello lo característico de la situación. Amplias fuerzas sociales y políticas que estuvieron con el golpe o simpatizaron con él, sin darse plena cuenta de sus objetivos, han cambiado de actitud. Es elocuente a este respecto lo que se observa en el seno de los transportistas y de los comerciantes minoristas. Son conocidos, también, los cambios en la posición de importantes sectores políticos.

Los trabajadores han demostrado una gran capacidad para restablecer y defender sus organizaciones de base, crear algunas nuevas y abrir paso a instancias unitarias. De parte de ellos y de otros sectores sociales ha surgido una variedad muy rica de organismos de convergencia, acción común y movilización en torno a fines y tareas específicas.

Paralelamente, los combatientes populares han venido dando muestras de gran valentía y de heroísmo. El terror no ha podido aplastar su espíritu de lucha. El pueblo se va liberando del miedo y éste penetra en las filas de sus enemigos.

Los cambios en la correlación de fuerzas y la nueva disposición de

combate de las masas quedaron de relieve en la lucha contra el plebiscito. También quedó de manifiesto el avance logrado en el entendimiento unitario, sobre todo en la base social.

Las fuerzas democráticas han venido ganando ciertos espacios de relativa libertad, que defienden y tratan de consolidar y de ampliar. Al mismo tiempo, la dictadura se cierra a toda liberalización y mantiene en sus manos medidas, resortes y recursos que le permiten enmarcar la situación.

El marco que impone la dictadura es demasiado denso y pesado. Para aventarlo se necesita más lucha más unidad, un esfuerzo superior a todos los realizados hasta ahora.

Tal esfuerzo precisa poner en movimiento a las grandes masas en la lucha por sus reivindicaciones concretas y más sentidas, uniendo en un solo todo los objetivos económicos, sociales y políticos. Para que el pueblo entero se alce a la lucha política por el derrocamiento del fascismo, es imprescindible partir de las reivindicaciones en pos de las cuales se incorporen nuevos y nuevos sectores.

El fascismo es la violencia reaccionaria elevada al cubo. Hay que terminar con esta violencia y con el imperio de los clanes en favor de los cuales opera. Para ello caben las más diversas formas de lucha. El escudo nacional dice: «Por la razón o la fuerza». Esto significa que, cuando no bastan las razones o éstas no se escuchan, hay que recurrir a la fuerza.

El derecho a la rebelión es, por así decirlo, un derecho sagrado. No es un invento de los comunistas. Hace ya dos siglos que fue incorporado a la declaración de la independencia de los Estados Unidos. Lo reconoce la encíclica Populorum Progressio frente a las tiranías.

Los voceros de la dictadura que ahora hablan contra la violencia son unos cínicos de siete suelas. ¿Acaso no la usaron y no la siguen usando? ¿Qué quieren? ¿Que ante la violencia fascista el pueblo se cruce de brazos? Esto no puede suceder ni sucederá. Como dice el adagio: «el que siembra viento cosecha tempestades».

Cada pueblo forja su propio camino redentor, lo descubre y crea a través de la lucha. Las tiranías son pasajeras. El final de todas ellas tiene elementos comunes y elementos diferentes. Lo mismo ocurre con las revoluciones. Batista cayó de una manera, Somoza de otra; el Negus de Etiopía de un modo, el Shah de Irán de otro. No está clara aún la forma concreta que revestirá el derrumbe de la dictadura fascista de Pinochet. Lo cierto es que no se desplomará por sí sola. Es el pueblo el que tendrá que echarla abajo y llevar adelante los cambios sociales. Como dijeron Marx y Engels: la emancipación de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos. Las tiranías caen y

las revoluciones se hacen mediante el esfuerzo, el sacrificio, la lucha combativa de las masas.

Los comunistas no buscamos la violencia por la violencia, ni queremos hacer de nuestro país un escenario de terror. Al contrario, queremos terminar con el terror y crear un nuevo orden basado en la justicia social. Para ello propiciamos la unidad y el combate de las masas y el empleo de las más diversas formas de lucha, incluso de violencia revolucionaria ejercida de manera consciente y responsable. Por esto rechazamos los métodos y conductas que llevan agua al molino del enemigo y valoramos, en cambio, aquéllos que favorecen la causa popular.

Al parecer, la Democracia Cristiana sigue creyendo en que todavía puede haber una solución pacífica sobre la base de un acuerdo con las Fuerzas Armadas. No pensamos de igual manera. Ello nos parece ilusorio. Sin embargo, no rechazamos a priori alguna posibilidad, si la hubiera, de una salida pacífica.

Del mismo modo que no negamos a priori la posibilidad de una salida pacífica, ningún demócrata debería objetar por principio la violencia, tanto menos aquéllos que en un momento determinado apoyaron la peor de todas –la única inaceptable– la violencia contra el pueblo.

Tampoco se puede descartar del todo la posibilidad de que en el momento en que la lucha del pueblo –como sucederá inevitablemente– alcance más altos niveles y más envergadura, reaparezcan tendencias al recambio para evitar una solución radical.

Pero decimos de modo categórico: cualesquiera sean las alternativas eventuales que puedan surgir, el pueblo de Chile no detendrá su andar y perseverará en sus grandes objetivos: erradicar por completo el fascismo y crear un nuevo régimen democrático que lleve a cabo cambios profundos en la economía y la sociedad, comprendida la estructura del Estado.

La mejor garantía para asegurar este desarrollo es avanzar por el camino de la unidad y de la lucha, dominando las más diversas formas de combate.

Valoramos el enfoque coincidente que existe al respecto entre socialistas y comunistas, entre los partidos de la Unidad Popular. Esta coincidencia es muy importante pues lo más conveniente es trabajar de conjunto y, de otro lado, ningún partido, por sí solo, es capaz de llevar adelante el movimiento. Este debe ser, en definitiva, unitario y de masas, surgir de abajo y alimentarse y conformarse con la creatividad del pueblo.

Señalamos, en los días previos a la farsa de plebiscito, que se había

creado en Chile una nueva situación. Los hechos así lo confirman. Pinochet logró imponer su engendro de Constitución, pero no pudo impedir que su maniobra se realizara en medio de una gran lucha popular y unitaria de las masas y de una gigantesca ola de solidaridad internacional.

A medida que pasan los días se van conociendo nuevos antecedentes de la escandalosa magnitud del fraude y de los burdos métodos utilizados.

Un monstruoso crimen político ha sido consumado. Sus consecuencias ya las está sintiendo el pueblo. Después de la farsa plebiscitaria ha arreciado la represión, aumentan las detenciones, se cometen nuevos asesinatos y se intensifican las tropelías de los torturadores de la CNI.

Los cobardes esbirros de Pinochet que se ensañan contra mujeres indefensas y prisioneros amarrados de pies y manos, no son imbatibles. La tiranía no es invulnerable. El pueblo puede y debe defenderse, parar en seco a sus perseguidores, pasar a la ofensiva en toda la línea y terminar con el fascismo.

En esta nueva etapa que se inicia en los combates de nuestro pueblo se requiere, más que nunca, de la unidad de todas las fuerzas democráticas y de la más decidida y amplia solidaridad internacional.

Lo que ha quedado en claro, para Chile y la opinión pública mundial, es que mientras siga Pinochet y se mantenga la Constitución fascista no habrá posibilidad alguna de expresión democrática ni de respeto a los derechos humanos en el país.

Pinochet ha saludado con alborozo la elección de Reagan. Pero su euforia puede resultar desmedida, pues no tiene en cuenta la verdadera situación internacional ni las fuerzas de la opinión democrática de todo el mundo, incluída la de los propios Estados Unidos. Lo ocurrido en Suecia el 18 de septiembre pasado, día de la Independencia nacional de Chile, ocasión en la cual el Ministro de Relaciones Exteriores de este país participó en el acto organizado por los exiliados en lugar de concurrir a la Embajada de la Junta, es una muestra de la profundidad que ha alcanzado el aislamiento internacional del régimen fascista de Pinochet, aislamiento que la humanidad progresista mantiene y mantendrá.

Queridos compañeros:

Los que estamos en el exilio vivimos y actuamos en función de la lucha de nuestro pueblo. Participamos activamente en el gran movimiento de solidaridad internacional que la respalda.

A la vez, tanto los luchadores del interior como los exiliados, apoyamos resueltamente a todos los pueblos que enfrentan al imperialismo, que son también víctimas de bestiales dictaduras o emprenden ingentes

tareas de reconstrucción en los países que se han liberado del yugo colonial. Este apoyo se manifiesta en múltiples formas y, en algunos casos, comprende la colaboración de combatientes, profesionales y técnicos.

El exilio nos enseña a valorar más la libertad perdida, a reforzar la entrega a nuestra causa, a superar las ilusiones, a tener una visión más amplia del mundo en que vivimos.

Al mismo tiempo, nos presenta problemas de diversa índole. Hay un drama colectivo y tragedias individuales. Numerosos compañeros que viven en el mundo capitalista son víctimas de la explotación patronal o de la cesantía. En ciertos países no tienen acceso a otros oficios que no sean los de lavar platos, fregar ollas, limpiar pisos y casas. Todo trabajo es noble si no va en daño de nadie. Pero el hecho es que desempeñan estas labores principalmente porque hay discriminación, no obstante que muchos de ellos tienen conocimientos, aptitudes y hasta títulos para actividades en que se sientan realizados.

Con todo, estos compañeros llevan el exilio con dignidad, salen adelante con sus problemas, se esfuerzan por aprender más y realizan una gran labor en el campo de la solidaridad.

En un artículo publicado el 26 de junio de 1874, Federico Engels escribía que «después de toda revolución o contrarrevolución abortada, los emigrados que se refugian en el extranjero despliegan una actividad febril...» para, luego de cierto tiempo, ir de «desilusión en desilusión, y como eso no se relaciona con las inevitables condiciones históricas, a las que no se quiere comprender, sino que se atribuye a errores fortuitos de unas u otras personas, las acusaciones recíprocas se acumulan y todo desemboca en una cizaña general. Tal es –agregaba– la historia de todas las emigraciones, desde los emigrados realistas de 1792 hasta nuestros días; y los emigrados que no pierden el sentido común y la razón procuran apartarse lo más posible de riñas estériles en cuanto se presenta la menor posibilidad de hacerlo con tacto, y se ocupan de algo más útil.»

La época que nos toca vivir es, ciertamente, otra. Los fenómenos anotados por Engels no se dan en la misma medida que él observó en su tiempo, pero se dan en algún grado. Aún así podemos decir que la inmensa mayoría de los exiliados chilenos «se ocupa de algo más útil». Esto es lo que prima y debemos esforzarnos porque siga primando.

Numerosos compatriotas se dedican a la creación y al estudio y/o desempeñan cargos de responsabilidad en universidades y centros científicos en las naciones que los han acogido. En la música, el canto, la pintura, la literatura, el teatro y la danza se destacan muchos otros. La intelectualidad chilena en el exilio se desarrolla creadoramente.

Miles de jóvenes, hijos de familias modestas, aprovechan, especialmente en los países socialistas de estudiar y de adquirir una profesión. Esto se traducirá en una contribución valiosa a la Patria de mañana.

Quisiéramos también destacar el espíritu y la abnegación comunista que caracterizan el quehacer de nuestro Partido. Hay un nuevo hecho que los muestra una vez más. Hemos realizado este año una campaña financiera para ayudar a nuestros compañeros del interior. Vamos a reunir y a sobrepasar los 100 mil dólares que nos propusimos como meta. Pensamos doblarla en 1981.

Desparramados por el mundo, los exiliados estamos insertos en diferentes culturas, conocemos diversas realidades y experiencias. Como es natural, surgen preocupaciones e interrogantes, tanto más cuanto que la magnitud de la tragedia de nuestro pueblo nos ha golpeado a todos y nos ha hecho más reflexivos.

El Partido debe dar respuesta a las inquietudes de sus militantes. Desde luego, todo compañero tiene derecho a plantearlas. Puede hacerlo en su célula. Puede, incluso, de acuerdo con los estatutos, dirigirse al Comité Central. Más aún, el Partido puede y debe realizar reuniones especiales para examinar determinados temas que están en el campo de sus preocupaciones y que exigen análisis exhaustivos y específicos. Tal norma se aplicó muchas veces en Chile para tratar asuntos relativos al movimiento obrero, la situación internacional, problemas agrarios, los derechos y la lucha de las mujeres, cuestiones de la cultura, etc., y se sigue aplicando tanto en el interior como en el exilio. Hemos efectuado, por ejemplo, reuniones especiales para considerar los cambios producidos en la estructura económica y de clase. Más aún, tanto en el país como fuera de él funcionan varios equipos dedicados a la investigación en diversas materias que tienen que ver con la realidad chilena y con problemas atingentes a la estrategia y a la táctica. Generalmente los trabajos que se realizan en el exilio se los enviamos a los compañeros del interior para que los consideren y aprovechen en lo que estimen útil y en la forma que consideren conveniente.

Queremos decir que la labor que realizan varios economistas y cientistas sociales –algunos de los cuales han entrado a los dominios de la informática y la computación– es de gran calidad y constituye una valiosa ayuda a la Dirección del Partido y al Partido en su conjunto.

El Partido es y debe ser un conglomerado vivo, cuyos militantes tienen el derecho y el deber de emitir sus opiniones y la obligación de cumplir las resoluciones que se adopten. Cuando no se opera así, cuando el funcionamiento de la organización es más de tipo administrativo que

político, se da margen a las insatisfacciones y en definitiva, a la discusión en la periferia. Y conste que no pensamos que al comunista le está prohibido intercambiar opiniones fuera de nuestras filas. Es normal, por ejemplo, que en encuentros hogareños se entablen conversaciones políticas y se comente uno u otro asunto. El problema consiste en que la discusión política, dirigida a dominar la línea, profundizarla, enriquecerla y aplicarla, sólo puede y debe hacerse en los cauces orgánicos, y la crítica sólo es fructífera en el seno del Partido.

No se trata, de otra parte, de transformar al Partido en una academia de discusión permanente y de cualquier cosa. El Partido existe para la lucha y las discusiones se hacen en función de la lucha, y de acuerdo con la actualidad, la importancia y la urgencia de los problemas.

Naturalmente, los miembros de nuestro Partido tienen plena libertad no sólo para desarrollar sus aptitudes científicas y culturales, investigar y elaborar, sino también para publicar sus trabajos sin sujeción a revisiones oficiales ni cosa que se parezca, como lo ha sostenido equivocadamente un ex-militante en la revista Chile-América. Esos trabajos son o serán tanto o más meritorios si contienen nuevas ideas que constituyan un aporte a la política del Partido y/o a la ciencia en cualesquiera de sus ramas. Lo único que a todos nos está vedado es propagar posiciones manifiestamente divergentes a nuestra línea y a nuestra ideología.

Los comunistas estamos unidos en torno a principios, nos guiamos por una ideología y una línea política. El enemigo nos ataca también en este terreno. Se emplea a fondo para hacernos siquiera vacilar en nuestras posiciones de clase, tanto en lo que respecta a los problemas nacionales como a los internacionales. La campaña anticomunista, particularmente en su versión antisoviética, tiende a eso. Debemos responder saliendo al paso del anticomunismo, esclareciendo desde posiciones de clase los diversos problemas que surgen, como los acontecimientos de Polonia. No se trata, por cierto, de responder con frases más o menos estereotipadas, sino con argumentos sólidos que exigen estudio y conocimiento, clara comprensión de la complejidad de los procesos, visualizar siempre la acción del enemigo y considerar los errores que se cometen. Nadie está exento de éstos ni tampoco de insuficiencias. Por ejemplo, el camarada Brezhnev, en el reciente Pleno del Comité Central del PCUS, ha destacado los grandes logros del quinquenio que termina y ha puesto también de relieve diversas fallas, planteando una serie de orientaciones y medidas adecuadas para superarlas. Mas, lo principal del socialismo son sus éxitos, el hecho de que ha terminado con la explotación del hombre por el hombre en una

buena parte de la tierra, los conquistas de diverso orden que le ha dado a millones y millones de seres humanos y el papel que juega este nuevo sistema, y particularmente la Unión Soviética, en la lucha por la paz mundial, en favor de la distensión y de la colaboración internacionales y en apoyo de los pueblos que en cualesquiera de las latitudes del orbe se alzan al combate por su plena independencia y el progreso social. Lo que el pueblo de la Unión Soviética y de otros países socialistas aportan a estas causas es inconmensurable. Nunca hay que perder de vista que la sepultación del capitalismo en una serie de países y el derrumbe del imperio colonial se ha logrado no sólo en virtud de las luchas de los pueblos, sino también, y sobre todo, porque existió la Revolución de Octubre y porque existe el gran país soviético. A este país, a la comunidad socialista y a la política que ésta realiza en el ámbito internacional se debe el hecho de que Europa ha vivido 35 años de paz, lo que no había ocurrido en los últimos dos siglos, y de que el mundo no ha sido lanzado a la hecatombe atómica.

Los comunistas estamos abiertos a los nuevos problemas y fenómenos. Pero no todo lo que se presenta como nuevo es verdaderamente nuevo. Se suele repetir hoy, con otras palabras y aderezos, viejos ataques al marxismo-leninismo y al rol del Partido, a la vez que se trata de embellecer la imagen del capitalismo en aquellos países de alta tecnología y niveles de ingreso. Nuestro deber es también enfrentar ideológicamente estas engañifas.

Queridos compañeros:

Hemos observado que en algunas partes las responsabilidades y tareas recaen en muy pocas manos. Esto no es bueno, no ayuda al desarrollo y a la actividad de todo el Partido. Debemos corregir, repartir más el juego, promover nuevos cuadros.

Es claro, pues, que hay defectos en nuestro trabajo. Pero los defectos existen para ser corregidos con el esfuerzo de todos. A propósito, en páginas autobiográficas que ha escrito Víctor Contreras, éste recuerda los tiempos en que llegó a Tocopilla y trabajaba como cargador en el puerto. Cierto día, en un momento de descanso, sobre la cubierta de un barco, sus compañeros empezaron a hablar mal del sindicato, a decir que no se reunía, que no marchaba, que no los defendía. Víctor Contreras se metió en la conversa y les dijo: «Compañeros, el sindicato es nuestro, no de los patrones. Si anda mal debemos arreglarlo. Como es nuestro, hablar contra él es hablar contra nosotros mismos».

Recordamos otro hecho. En una ocasión, el gran dirigente comunista argentino Victorio Codovilla nos hacía presente que en el seno mismo del Partido, se dan a veces fenómenos nocivos que debemos tener en

cuenta. Cuando el Partido va para arriba —nos expresaba— todos hablamos en plural, sintiéndonos, con razón, partícipes de los éxitos. Pero cuando el enemigo logra imponernos retrocesos, suele haber compañeros que ya no hablan en plural, que no se solidarizan de los errores cometidos, no asumen su responsabilidad, por pequeña que sea, y hablan en tercera persona: que el Partido va mal, que ha fallado, que esto y aquéllo.

La actitud de verdadero comunista es la de apechugar en la buena y en la mala, en las duras y en las maduras y la de comprender que lo más grande que tenemos para la causa que hemos abrazado es la organización de nuestro Partido.

Hace nueve años, aquí en Estocolmo, cuando Neruda recibió del rey de Suecia el Premio Nóbel de Literatura, dijo estas palabras:

> «Yo escogí el difícil camino de una responsabilidad compartida y, antes de reiterar la adoración hacia el individuo como sol central del sistema, preferí entregar con humildad mi servicio a un considerable ejército, que a trechos puede equivocarse, pero que camina sin descanso y avanza cada día enfrentándose tanto a los anacrónicos recalcitrantes como a los infatuados impacientes. Porque creo que mis deberes de poeta no sólo me indicaban la fraternidad con la rosa y la simetría, con el exaltado amor y con la nostalgia infinita, sino también con las ásperas tareas humanas que incorporé a mi poesía»...
>
> «Hace hoy cien años exactos —agregaba Neruda— un pobre y espléndido poeta (Rimbaud), el más atroz de los desesperados, escribió esta profecía: Al amanecer, armados de una ardiente paciencia, entraremos a las espléndidas ciudades.»

Ese considerable ejército —del que siempre hablaba Pablo con orgullo— «que a trechos puede equivocarse, pero que camina sin descanso y avanza cada día», es nuestro Partido, y éste, al amanecer, entrará, junto al pueblo, a las espléndidas ciudades.

Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile. Nº 45.
Enero–Febrero 1981.

La lucha es lo primero y la unidad es la clave de la victoria

Discurso pronunciado en el 2º Congreso del Partido Comunista de Cuba, el 18 de diciembre de 1980.
(Texto íntegro)

Queridos compañeros:

Como todos los luchadores latinoamericanos, consideramos que la Revolución Cubana es también nuestra, la primera, la avanzada de una serie de revoluciones que inexorablemente terminarán con el dominio del imperialismo y de las oligarquías en el continente, y abrirán, a su hora, a nuestros pueblos, el camino al socialismo.

Es la primera, pero ya no está sola en nuestra América Latina después del triunfo del glorioso pueblo nicaragüense y del nacimiento del poder popular en la Granada valerosa.

La Revolución Cubana es más fuerte que nunca y tenemos la convicción de que lo será cada vez más en el futuro.

Con estos sentimientos y con profunda alegría acudimos a la cita de vuestro Segundo Congreso, que es uno de los acontecimientos más importantes y conmovedores que hayamos presenciado. Les trasmitimos nuestro más fervoroso saludo. Les deseamos pleno éxito en las grandes tareas que se plantean en el emocionante y rico Informe del compañero Fidel Castro y en el Plan de Lineamientos Económicos y Sociales.

Les agradecemos, de todo corazón, la valiosa solidaridad que nos dieron ayer, durante el Gobierno del heroico Presidente Allende, y la que nos dan hoy en la lucha contra el fascismo.

En respuesta a las agresiones y al bloqueo imperialistas y ante el requerimiento de la causa común, en vez de arrodillarse, prosternarse, o dejarse llevar por lo más cómodo, Cuba ha preferido siempre el camino de la lucha. Por su altivez, por su desprendimiento, por su estilo político, su espíritu de sacrificio, de patriotismo e internacionalismo, ha alcanzado las más altas cumbres de prestigio en los cinco continentes. Una muestra de su autoridad moral ha sido la designación del compañero Fidel Castro como Presidente del Movimiento de los Países No Alineados.

La situación internacional se ha complicado. Ante ella, respaldamos resueltamente los denodados esfuerzos que realizan la Unión Soviética y demás países de la comunidad socialista en favor de la distensión y el desarme y apoyamos las iniciativas que en el mismo sentido emanan del seno de las Naciones Unidas, de los No Alineados y de

cuantos comprenden, en los países capitalistas, la necesidad de resolver los conflictos que amenazan la paz del mundo.

El Partido Comunista de Chile entrega también su aporte, por modesto que sea, redoblando su lucha contra la tiranía que oprime a nuestro pueblo y apretando filas contra los intentos de la reacción internacional de cambiar el curso de la historia. Estima, además, que es parte inseparable de esta lucha el rechazo a la política china de obsesión antisoviética, de entendimiento con el imperialismo, de provocaciones y afanes hegemónicos sobre países vecinos y de apoyo a diversos verdugos de los pueblos, a Pinochet entre otros.

En los planes agresivos del imperialismo Cuba sigue estando en su mira. Pero Cuba le ha demostrado a sus enemigos que, como dijo Fidel, es un hueso duro de roer y, además, estamos seguros que ante cualquier intento imperialista de lesionar su territorio o soberanía contará con la más decidida solidaridad de todos los pueblos.

Los sucesos de El Salvador nos conmueven profundamente. Nos sumamos a la enérgica condena a la Junta militar y anticristiana que allí opera y que tantos crímenes ha cometido con la asesoría norteamericana. Repudiamos, con todas nuestras fuerzas, el alevoso asesinato de Enrique Alvarez y sus compañeros y de las monjas católicas norteamericanas, una de las cuales, Ita Ford, vivió en Chile durante 7 años. Toda la sangre derramada no ahogará el combate indómito de los salvadoreños sino a la propia dictadura que los oprime. El «Napoleón» que la integra y sus socios que encabeza el coronel Gutiérrez tendrán su Waterloo en manos del pueblo.

Aquellos círculos imperialistas que sueñan con invadir El Salvador, con revertir la situación en Nicaragua o Granada, con anular los compromisos contraídos con Panamá relativos al Canal o con apoderarse del petróleo mexicano, deben saber que los pueblos de América Latina se opondrán con todas sus fuerzas y medios a tales aventuras.

Cuando Sandino peleaba en las montañas de su país, nuestra Gabriela Mistral, cristiana y profundamente identificada con los dolores de los pobres, soñaba con la legión de latinoamericanos que acudieran en su ayuda y llamaba, antes que a maldecir al yanqui, a odiar «lo que en nosotros nos hace más vulnerables a su clavo de acero y oro, a su voluntad y a su opulencia», es decir, la desunión de nuestros pueblos. No hay duda que vivimos otros tiempos y que la tierra es hoy más fértil para que ese sueño y ese llamado de Gabriela puedan convertirse en hechos.

Queremos subrayar nuestra solidaridad hacia todos los pueblos que se alzan contra la opresión y la injusticia, como los de Palestina y

Namibia y a los combatientes de Guatemala, Bolivia, Uruguay y Paraguay, país este último, que nos trae a la memoria la preclara figura de Antonio Maidana, por cuya vida y libertad alzamos nuestra voz en esta tribuna.

El Partido Comunista de Chile concentra todos sus esfuerzos en el desarrollo de la lucha y la unidad de la clase obrera y de las masas del pueblo. Para derribar la dictadura fascista no hay otro camino que el del enfrentamiento en toda la línea, haciendo uso de las diversas formas de combate. No estamos a la espera de que maduren cien por ciento las condiciones que hagan posible echarla abajo. Consideramos que la lucha ayuda a crear esas condiciones. La lucha es lo primero. El pueblo tiene mil veces la razón, pero está visto que los regímenes despóticos no se dan a la razón. Es necesario agregar a la razón la fuerza, la lucha en todos los frentes. En cuanto a la unidad, ésta es necesaria, indispensable, clave de toda victoria. La unidad del pueblo cubano, y más recientemente, la del pueblo nicaragüense, se han plasmado en el combate abierto contra el enemigo. Pensamos que en la lucha contra el fascismo se hace vada vez más necesario y factible coordinar, sin sectarismo de ningún tipo, los esfuerzos de todos los opositores que actúen responsablemente y en una dirección común, desde la llamada extrema izquierda hasta aquellos demócratas de derecha con los cuales se producen algunas coincidencias. Valoramos ampliamente el ejemplo uruguayo donde una vasta convergencia social ha permitido propinarle una derrota contundente a la dictadura fascista. El pueblo de Chile va forjando en la lucha la unidad de sus fuerzas. En esta línea, nos empeñamos en estrechar el entendimiento socialista-comunista, en fortalecer la Unidad Popular, en cohesionar a la izquierda y en lograr más acuerdos con las otras fuerzas democráticas.

Pinochet cuenta con un mayor apoyo del imperialismo norteamericano en el próximo período. Pero nuestro pueblo, rodeado de una amplia solidaridad internacional, es y será capaz de resistir la represión, de agrupar y acumular fuerzas y de avanzar hacia la victoria.

El golpe fascista se dio en Chile para aplastar el proceso revolucionario y para insertar al país en el esquema de las multinacionales imperialistas. Esto ha significado cortar su desarrollo autónomo, someterlo a la expoliación del capital financiero y convertirlo en zona abierta a toda clase de baratijas importadas y en productor de mercancías para el mercado exterior a base de la superexplotación de los trabajadores. Tal política se aplica en uno u otro grado en varios países del continente. A fin de imponerla, las Fuerzas Armadas chilenas han sido adiestradas profesional e ideológicamente para la guerra contra el

pueblo. Mediante los asesinatos, las torturas, los desaparecimientos de ciudadanos, la persecución sistemática, el estado de emergencia permanente y los operativos militares sobre densos barrios de Santiago y otras ciudades, la tiranía pretende mantener al país bajo el continuo terror. Pero el régimen tiene su talón de Aquiles: carece del apoyo del pueblo, no cuenta con la mayoría ciudadana, navega contra la corriente. Los obreros, los estudiantes, las mujeres, no se cruzan de brazos. La tortilla se mueve y tiende a darse vuelta. Aunque falta mucho por hacer, lo tangible es que las luchas crecen, la unidad avanza. La combatividad se eleva. Se entra a una nueva fase. El espíritu de rebelión se va haciendo carne en las masas. Vendrán todavía días difíciles, pero el porvenir es nuestro.

¡Con la razón y la fuerza, venceremos!

Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile. Nº 45.
Enero–Febrero 1981.

Nuestra línea es elaborada colectivamente

Charla dada en Berlín ante una asamblea de militantes del Partido Comunista de Chile, el 31 de enero de 1981. (De la grabación magnetofónica)
(Fragmentos)

Me ha correspondido pronunciar en los últimos tiempos 3 discursos: el de Moscú, el de Estocolmo y el de La Habana, que ustedes conocen.

Las formulaciones tácticas que contienen estos discursos, como todas las que hace el Partido, son fruto de la elaboración colectiva, del pensamiento colectivo de la Dirección, no sólo de la parte de la Dirección que actúa desde el exterior, sino también de la parte de la Dirección que actúa en el interior del país. Para los efectos de explicar esta elaboración, quiero partir del Pleno de 1979. Me salto lo del Pleno de agosto de 1977, simplemente por razones de tiempo, para no hacer una historia tan larga.

Previo al Pleno de 1979 se realizaron dos reuniones preparatorias, una de los miembros de la Dirección que trabajan en el interior y otra de los miembros de la Comisión Política que residimos en el exterior.

Nos planteamos entonces, entre otros asuntos, la cuestión de descubrir de qué manera avanzar más rápido, acortar el tiempo, lograr cuanto antes la caída de la dictadura fascista.

Quiero recalcar que en el Partido funciona una dirección única independientemente del hecho de que algunos de sus miembros estén fuera del país. Con los compañeros del interior permanentemente intercambiamos informaciones y opiniones.

Nosotros recibimos muchos materiales del Partido, informes y resúmenes de discusiones del interior, observaciones recogidas en su actividad a lo largo de todo el país. Nos llegan ejemplares de periódicos clandestinos, folletos, proclamas, tarjetas, palomitas, etc. Además recibimos testimonios de compatriotas que viven en la patria y de compañeros que han salido de Chile.Tenemos a menudo ocasión de conocer también las impresiones y opiniones de personas que por a, b ó c, visitan nuestro país. Contamos regularmente con la prensa, los diarios, las revistas que se editan en Chile. De manera que siempre disponemos de bastantes materiales.

El Pleno de 1979 consideró que la atención principal del Partido estaba y debía estar en grado cada vez mayor, en la lucha y la unidad de las masas; que no había otro camino que el de la acción combativa y unitaria del pueblo, enfrentando a la tiranía en toda la línea. Al mismo tiempo, dicho Pleno aprobó lo que hemos llamado «paso táctico», es decir, la cuestión de poner, en el centro de la búsqueda de un acuerdo entre todas las fuerzas opositoras, las tareas que apunten a echar abajo a la dictadura y no el problema de la composición del primer gobierno que le suceda.

Semanas antes del Pleno, los compañeros del interior nos habían subrayado la conveniencia de «dar los pasos tácticos necesarios para contribuir al objetivo central, a la derrota de la dictadura».

> «Es obligación –nos dicen a comienzos de ese año– que el Partido se adelante, como ya lo ha hecho, señalando su disposición a gobernar junto a las demás fuerzas opositoras y proponga un programa de transformaciones democráticas; pero, si lo que obtenemos es sólo un compromiso democrático suscrito por quienes estén o no estén en el Gobierno, sería un paso revolucionario. Ponernos ante diversas alternativas, incluso la no participación en el gobierno de transición, no significa, en modo alguno, abandonar nuestro objetivo estratégico. Al revés, ello puede significar despejar el camino para avanzar hacia él. Tampoco este paso puede significar dar cabida a exclusiones; por el contrario, tenemos que continuar en nuestros esfuerzos por fortalecer nuestra presencia en todos los campos.»

La orientación del Pleno de 1979 se expresó en forma pública por primera vez en el Manifiesto de mayo de ese año.

En el se dice:

«La dictadura ha cumplido cinco años y ocho meses. Se ha podido mantener por el uso del terror, el apoyo que le prestan el imperialismo norteamericano y la oligarquía financiera y el respaldo que le siguen dando los altos mandos militares, cuya responsabilidad en la prolongación del régimen debiera inducirnos a la reflexión y a un cambio de actitud. Han influido también otros hechos. En un vasto sector de la oposición surgieron injustificadas esperanzas en la administración Carter y en las pugnas que aparecieron en la cúspide de la tiranía. Tales esperanzas influyeron en ese sector en forma tal que, objetivamente, retardaron la lucha y el proceso de unidad de las fuerzas democráticas. Disipadas las ilusiones, es incuestionable que la salida de Pinochet y el derrumbe de su dictadura están en manos del pueblo de Chile.»

Y más adelante se agrega:

«La Unidad Popular propicia un Gobierno Provisional, ampliamente representativo y democrático, integrado básicamente por la Unidad Popular y la Democracia Cristiana y, eventualmente también, por otros sectores, incluso militares.

El Partido Comunista considera que la superación de las divisiones entre las fuerzas democráticas que caracterizaron los últimos tiempos de la vida política y que, objetivamente, favorecieron el advenimiento del fascismo, así como la erradicación de éste, la democratización del país, la realización de los cambios estructurales que se hacen ineludibles, imponen la necesidad de tal tipo de gobierno. Sería el mejor, el más sólido y eficiente de cuantos pudieran constituirse mañana. Por eso es deplorable que, por consideraciones subalternas y prejuicios anticomunistas, en el campo de la oposición haya quienes aparezcan objetándolo.

El Partido Comunista, junto a los demás partidos de la Unidad Popular, lucha y seguirá luchando por el gobierno amplio que ésta propugna. No abandona ni abandonará este propósito.

A la vez, parte del hecho de que lo principal de hoy, lo que el pueblo quiere, la tarea de las tareas es sacar a Pinochet del poder, acabar con la dictadura fascista. En tal virtud, estima que la Unidad Popular, manteniendo y afianzando su cohesión, desarrollando sus propias fuerzas, luchando siempre por sus puntos de vista, debiera considerar las diversas alternativas de gobierno que puedan facilitar el más pronto fin de la tiranía.»

En una comunicación del interior se expresa:

«Nuestro Manifiesto ha sido muy bien recibido porque toma con gran fuerza la amplitud con que se ha trabajado y se debe seguir trabajando, venciendo las dificultades y rechazos y por lo nuevo que plantea: el paso táctico.»

En la misma línea del Manifiesto trabajamos otro documento que se conoce con el nombre de NUESTRO PROYECTO DEMOCRATICO. Los planteamientos que en este documento se formulan implican una reafirmación y desarrollo de las ideas discutidas en el segundo Pleno y de las ideas que contenía el Manifiesto de mayo de 1979.

«NUESTRA PROYECTO DEMOCRATICO —nos dicen en agosto de 1979 la Dirección que opera en el interior— es un aporte importantísimo para nuestro trabajo, es muy oportuno y da respuesta a los interrogantes sobre la posición de los comunistas. A todos los compañeros nos pareció extraordinario.»

Este documento se publicó en Chile en varias ediciones clandestinas. En el exilio se publicó in extenso en español, inglés, ruso y francés.

Trabajamos pues, particularmente durante el año 1979, en la búsqueda de un acuerdo amplio de todas las fuerzas opositoras, en pro de la acción común de todos los sectores antifascistas y no fascistas. Se lograron algunos significativos avances, particularmente en la base. Sin embargo, las reticencias y desacuerdos siguieron prevaleciendo en algunos sectores. Al mismo tiempo constatamos, a la luz del análisis objetivo de la situación, que el fascismo había obtenido éxitos en la imposición de su esquema y que los avances que nosotros habíamos alcanzado en la lucha por las reivindicaciones sociales, económicas y políticas, debían ser seguidos de un mayor esfuerzo por unir a la oposición e incorporar a las grandes masas a la batalla contra el régimen.

Vino luego la reunión del Comité Directivo de 1980.

En esta reunión, además del Informe, se conocieron dos intervenciones especiales, una, sobre los cambios que el fascismo ha producido en el país, a cargo del compañero Millas, y otra rendida por un compañero del interior sobre la actividad y la lucha del Partido y de las masas populares.

El Comité Directivo hizo una evaluación de nuestra política, precisándola y afinándola en determinados aspectos, concentró su atención en cómo aplicar más y mejor la línea de unidad en el combate de todas las fuerzas antifascistas con vistas a acelerar la caída de la tira-

nía y tomó medidas concretas orientadas a desarrollar el Partido y a perfeccionar su democracia interna.

En el Informe al Comité Directivo se llamó la atención acerca del hecho de que en el documento «Bases Fundamentales de la Reforma Constitucional» del grupo de los 24[1], valioso en muchos aspectos, se planteaba sin embargo «el rechazo de la violencia armada como método de acción política contrario a los principios democráticos». Categóricamente señalamos que no podíamos suscribir formulaciones de este tipo. Se dice en el Informe:

> «No podríamos amarrarnos hoy las manos ni atárselas al pueblo en estos asuntos que son realmente cuestiones de principios.»

En la reunión de este Comité Directivo nos esforzamos por avanzar todavía más, por afinar más la línea del Partido, por buscar siempre los caminos que nos condujeran o que nos puedan conducir a un desarrollo más vigoroso del movimiento de masas, a la unión de todos los chilenos antifascistas y no fascistas, al desarrollo pujante de las luchas contra la dictadura de Pinochet.

Poco después se planteó la necesidad de incorporar al movimiento popular nuevas formas de lucha. En una reunión especial, el compañero Américo Zorrilla se refirió a este problema en los siguientes términos:

> «No hay ni podrá haber solución a la tragedia de Chile si no surge la fuerza capaz de derrotar a la dictadura (...) Aunque no nos cruzaremos ante ninguna posibilidad real de derrotar a Pinochet (y en eso nos diferenciamos de los que prefieren que continúe la dictadura antes que lo sustituya un gobierno simplemente progresista), nuestro deber se encamina a crear la fuerza que genere un gobierno democrático y popular en reemplazo del fascismo (...) Cuando se desarrolló la lucha impetuosa de Nicaragua y su extraordinario triunfo, cuando comienza a gestarse la unidad y la lucha del pueblo de El Salvador, es comprensible que se piense si no debemos tomar nosotros, también, alguna forma de lucha similar.
>
> Este es un tema que nos impone una tremenda responsabilidad. No una responsabilidad para que nos asustemos de ella, sino una responsabilidad de no dar pasos en falso, de no cometer equivocaciones que pueden costarnos caro.
>
> Una forma de lucha que contemple violencia —en cualquier grado—

[1] Grupo de Estudio Constitucionales del cual forman parte 24 juristas opositores.

que se exprese con agresividad, que cree hechos, debe ser tema de estudio, de consideración cuidadosa.
Por otra parte, no hay razón que justifique elaborar iniciativas que choquen con la aplicación de la línea del Partido.
Cuando algunos camaradas preconizan una nueva conducta política del Partido, yo me pregunto si la idea solamente es de generar nuevas formas de lucha o se piensa, además, que hay que modificar la línea del Partido.
Es sabido que una política elaborada por un partido revolucionario no siempre se abre paso con rapidez.
Tomemos por ejemplo, la posición que el Partido adoptó en 1973, de luchar por unir todas las fuerzas antifascistas para derrocar la dictadura. Hasta hoy tal unión de las fuerzas antifascistas no se produce. ¿Debe esto inducirnos a pensar que esa posición del Partido es incorrecta? Si pensáramos así estaríamos cayendo en una desesperación e impaciencia pequeño burguesa. Este es un problema vital. Ningún partido elabora una línea inmodificable. Por el contrario –y así lo ha demostrado nuestro Partido– tiene el deber de acondicionar la línea a situaciones objetivas, a la maduración de la conciencia revolucionaria de las masas, a las posibilidades reales de la clase obrera y de su vanguardia revolucionaria.
Otra cosa es que nos preocupemos hoy día de que la conducción de la lucha adquiera formas más efectivas, que estimule su propio desarrollo, que abra posibilidades de triunfo.
Desde este punto de vista es que debemos entrar a considerar seriamente nuevos métodos en la lucha contra la dictadura.
En este camino no debemos descartar como tema de consideración ninguna iniciativa, salvo aquellas que nos separen de las masas, que nos lancen por el terrorismo sin principios, que nos aislen del resto de las fuerzas antidictatoriales, que resten fuerzas en vez de sumar y aglutinar. En mi opinión lo fundamental es encontrar una forma de lucha que sea peculiar del proceso chileno.»

Como ustedes ven, ya a principios de 1980, del año que acaba de pasar, entramos a considerar la necesidad de incorporar otras formas de lucha, de emplear formas de lucha de violencia revolucionaria, sin desestimar todo lo que se había hecho hasta ese momento, sin dejar de tener en cuenta siempre la necesidad de fortalecer aquellas organizaciones que lograron sobrevivir al golpe o aquellas otras que se han creado después del golpe en las condiciones del fascismo y que toman banderas tan caras como el derecho a vivir en la patria, que reclaman aspiraciones tan justas como saber qué ha sucedido con los

desaparecidos, que plantean objetivos tan importantes como el de la libertad de los presos políticos.

Les dije antes que en la reunión del Directivo hizo una intervención especial un compañero del interior. Puedo agregarles que otra de las más importantes intervenciones estuvo también a cargo de un compañero del interior. Con esto quiero subrayar –y este es uno de los propósitos de esta charla– que la línea del Partido la elaboramos de conjunto, en estrecha comunicación, en estrecho contacto. Los discursos recientes los hemos pronunciado en el exterior, pero no es que desde el exterior determinemos la línea, que señalemos lo que tienen que hacer los compañeros adentro. Eso sería –dicho francamente– imposible.

En la elaboración de la línea juegan su papel los cuadros más experimentados, parte importante de los cuales están en el exterior. Lo cierto, sin embargo, es que la línea política la traza el conjunto de la Dirección y en su determinación tienen arte y parte nuestros militantes, tiene mucho que ver la experiencia real de las luchas que se libran en el país, la comprobación práctica de nuestros planteamientos. Y hay que agregar que las decisiones relativas a la aplicación de la línea en el país corresponde ciertamente a las responsabilidades de la Dirección que trabaja en el interior, responsabilidades que asume con gran eficiencia y calidad.

La Dirección en el interior ha tenido que enfrentar situaciones complejas con ocasión, por ejemplo, del Primero de Mayo de 1980 o del Plebiscito que Pinochet ordenó para imponer su Constitución. Las ha enfrentado bien. En junio de 1980 les decimos:

«La tendencia al repliegue el Primero de Mayo era funesta y, de no haber sido enfrentada, habría tenido proyecciones de la peor especie. Reviste suma importancia que el Partido haya mantenido una línea combativa y haya realizado los esfuerzos que hizo para que las masas se mantuvieran en pie de lucha. Ha sido esto evidente. El Partido salvó la situación al máximo de lo que era posible salvarla. Su prestigio es hoy mayor que antes y, a pesar de la represión redoblada, se abren mayores posibilidades de encabezar la acción unitaria.
Todos hemos estado de acuerdo en que la actitud asumida por el Partido fue y es plenamente justa. Hay momentos en la lucha en que es inevitable y hasta necesario replegarse en forma organizada. Pero este no es el caso. Lo que corresponde ahora es enfrentar las dificultades. Nos alegra el hecho de que ustedes hayan sabido hacerlo, de que hayan actuado con firmeza y flexibilidad al mismo tiempo.
El documento que ustedes nos enviaron está de punta a cabo im-

pregnado de este espíritu de combatividad, de la comprensión del papel del Partido, de la necesidad de trabajar con firmeza y flexibilidad, de la justa idea de que actuamos y debemos actuar como un factor decisivo.»

En esos días seguimos avanzando en la consideración de los problemas que nos plantea la subsistencia de un régimen fascista por un período de tiempo ya demasiado largo. En el mes de junio, les hicimos a los compañeros del interior una serie de consideraciones, de reflexiones; no de orientaciones que ellos estuvieran obligados a acatar. Les pedimos las analizaran y nos hicieran saber, con toda franqueza, sus propias inquietudes y opiniones.

He aquí algunas opiniones que recibimos entonces de parte de nuestros compañeros del interior.

En una comunicación de julio de 1980 nos dicen:

«De los dolorosos hechos producidos en Bolivia, vuelven a surgir profundas lecciones sobre las que es necesario meditar. No hay duda que es indispensable que el movimiento popular y revolucionario debe estar preparado para todas las formas de lucha.»

«Las sugerencias que nos han hecho nos han gustado extraordinariamente, en particular porque en ellas se abordan asuntos que antes no habíamos examinado con suficiente profundidad. Nos referimos, por ejemplo, a la necesidad de poner en práctica acciones nuevas, audaces, que salgan de los marcos tradicionales y que contribuyan a desestabilizar a la dictadura.»

En agosto de 1980, nos dicen, entre otras cosas, lo siguiente:

«La opinión que la Dirección en el interior tiene respecto de vuestras sugerencias es plenamente coincidente con su contenido. Coincidimos en ampliar y enriquecer las formas de lucha, darles un sello más audaz, más acorde con los tiempos que vivimos y con las condiciones existentes. El no haberlo hecho hasta ahora, salvo débiles intentos, podemos anotarlo como un déficit que tenemos que cubrir. Hoy no podemos predecir qué grado de agudización alcanzará la lucha en contra del tirano que se aferra con dientes y garras al poder. No se puede descartar, por tanto, enfrentamientos que pueden surgir, incluso, de la necesidad imperiosa de que el pueblo se defienda de la agresión armada del fascismo y del terror instrumentalizado por Pinochet.»

Como ustedes ven, formulamos opiniones, los compañeros del interior también formulan las suyas. Y, lo que es más importante, tenemos plena coincidencia.

Se acercaba el X Aniversario del triunfo de la Unidad Popular, de la elección de Allende como Presidente de Chile y consideramos que esa era una oportunidad muy buena para decir públicamente una palabra respecto a la aplicación de las más diversas formas de combate. Quiero decir que más de algún compañero, ciertamente de buena fe, ha dudado de si era necesario decir algo públicamente. Nosotros creemos que era necesario, porque nos parece que una línea como la nuestra tiene que ser conocida por el Partido y por las masas.

En los últimos planteamientos del Partido tuvieron su incidencia los acontecimientos de los primeros meses de 1980, la forma brutal con que la dictadura reprimió las manifestaciones populares del 8 de Marzo y el Primero de Mayo. Entonces quedó en evidencia que la tiranía había decidido cerrar toda posibilidad de desarrollo y expresión pública del movimiento de masas. Aquel discurso del día 3 de septiembre, en vísperas del X Aniversario del triunfo de Salvador Allende, no estuvo, pues, determinado, como algunos han creído, sólo por el llamado plebiscito que hizo Pinochet para imponer la Constitución fascista y autoproclamarse Presidente de la República.

Es después que se produce un cambio en la situación, después que el fascismo termina por imponer su modelo económico, lleva adelante la generalidad de sus planes, acentúa a la vez el control sobre todos los medios de publicidad y arrecian las medidas represivas; después que el movimiento popular obtiene importantes avances –pero no suficientes– y se establece, como quien dice, una situación de techo, es después de todo esto que empieza a madurar en la conciencia de las masas la necesidad de meterle más leña. Es entonces cuando nuestro Partido plantea recurrir a las más diversas formas de combate.

Nuestros planteamientos tuvieron de inmediato una acogida favorable. El 22 de septiembre los compañeros de la Dirección del interior expresaron su pléno acuerdo con el discurso del día 3 y agregan que:

> «poco a poco se irá abriendo paso el convencimiento de que la dictadura sólo caerá como fruto de un vasto y combativo movimiento de masas que esté en condiciones de recurrir a todas las formas de lucha».

Cuarenta días más tarde, el 30 de octubre, dicen que:

> «los militantes han recibido muy bien la intervención del Secretario

y en algunos ha despertado verdadero entusiasmo por la perspectiva de lucha que entrega».

Finalmente en diciembre, expresan:

«Insistimos, hay un excelente ánimo en el Partido. Las nuevas acentuaciones tácticas aparecen como algo normal, necesario. Incomprensiones o interpretaciones incorrectas se han dado en algunos casos. Es comprensible. Sin embargo creemos poder decir que el Partido estaba maduro y preparado para este nuevo paso.»

Se puede sostener que todos los partidos de la Unidad Popular coinciden con lo que hemos dicho, lo que no descarta que uno que otro dirigente o militante de algunos de ellos tengan también una que otra reserva.

En la Democracia Cristiana, la situación no es tan clara. A varios o muchos dirigentes no les gusta lo que hemos dicho. Pero hay también no pocos de ellos que han expresado que en principio no pueden rechazar el derecho a la rebelión. Por lo que sabemos, entre los demócratacristianos hay un interesante examen de toda la situación y de la política de su partido. Para muchos aparece como necesario revisar las tácticas, luego de haber fallado los cálculos y esperanzas que alimentaron.

El balance es positivo. Ningún partido ha expresado oficialmente una opinión contraria. Esto es muy importante, porque el empleo de nuevas formas de lucha tiene que hacerse con las masas, para ayudar al movimiento de masas y es también muy importante que se haga sin ruptura en el seno de la oposición, toda vez que se trata de seguir impulsando la unidad y la lucha de la clase obrera y de nuestro pueblo, el entendimiento en el combate de todos los antifascistas, sobre la base de una política que corresponda a la nueva situación que se ha venido creando en el país.

El año pasado, los compañeros del interior señalaron:

«Los comunistas jamás estamos a la espera de una situación totalmente madura, ideal, acabada. Nosotros actuamos, somos un factor activo. De ahí la profunda necesidad de que se entienda el papel del Partido, que exige la entrega total a la causa.

Lo principal en el trabajo del Partido es demostrar que estamos en condiciones de pasar a etapas superiores.

Hay represión, pero eso hay que entenderlo como un elemento siempre presente bajo el fascismo.

Nosotros tenemos condiciones para avanzar. Este avance no será sencillo, será con costo, con esfuerzo y mucho sacrificio.
Concentramos nuestra atención en los asuntos principales: en los puntos de unión, los que permitan unir más fuerza, y en lo decisivo, lo insustituible, cual es, la lucha de masas.»

Esto es dicho en mayo de 1980, y yo quisiera que ustedes repararan en algunas ideas de los discursos que hemos pronunciado en los últimos tiempos. Allí se toma mucho de esto, desde luego del espíritu, y yo diría que hasta algunos planteamientos, como éste de que nosotros, los comunistas, jamás estamos a la espera de una situación acabada, totalmente madura, ideal. Y eso lo decimos, creo que en el discurso de La Habana, en el sentido de que la lucha ayuda, de que no estamos a la espera, de que maduren cien por ciento las condiciones, de que la lucha ayuda también a la maduración de las condiciones.

Yo he relatado, queridos compañeros, parte del intercambio de opiniones que sostenemos con los miembros de la Dirección que están en el interior. Pienso que se pueden desprender dos conclusiones principales: la primera es que tenemos un buen Partido y una buena Dirección en el país; la segunda es que actuamos de común acuerdo todos los dirigentes del Partido, independientemente de que algunos estén adentro y otros fuera. Constituimos una sola Dirección.

Es esto lo que yo deseaba explicar. Deseaba también dejar en claro que hay una continuidad en nuestra línea y que todos los pasos que se han dado en su desarrollo corresponden al pensamiento colectivo de la Dirección única del Partido, y se han dado teniendo en cuenta los cambios producidos en la situación, la evolución en la conciencia del pueblo y, ciertamente, los requerimientos de la lucha.

Es todo cuanto quería expresar.

Luis Corvalán: La rebelión popular
se abre camino en Chile. 1981.

El futuro de nuestra Patria está ligado a la lucha de todos los pueblos por la paz, la libertad y el socialismo

Saludo al XXVI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el 27 de febrero de 1981.
(Texto íntegro)

Queridos compañeros soviéticos:

Al comenzar la década del 80 y acercarse el fin del siglo XX prevalecen las perspectivas promisorias. Este magnífico Congreso demuestra que hay fuerzas para que la vida se imponga sobre la muerte, los pueblos se abran paso a un futuro mejor y el hombre resuelva los complicados problemas de distinto orden que tiene ante su vista y entre sus manos.

El Informe del compañero Brezhnev es una palabra responsable, clara y constructiva. Es un programa de paz y de progreso. Satisfacer, en el más alto grado posible, las necesidades materiales y espirituales del pueblo soviético, fortalecer aún más la comunidad socialista, desarrollar los vínculos de cooperación con los países emergentes y lograr relaciones de respeto y amistad entre las naciones; he ahí los grandes objetivos creadores que lo inspiran.

Les deseamos pleno éxito en tan nobles propósitos. Los saludamos cordialmente en nombre del Comité Central del Partido Comunista de Chile, de todos nuestros militantes, en especial de los que luchan heroicamente en el seno de la patria. Les trasmitimos, queridos compañeros soviéticos, nuestros sentimientos de profunda amistad.

El giro armamentista de Estados Unidos se acentúa bajo Reagan en proporciones monstruosas. Al mismo tiempo, los imperialistas yanquis aumentan su ingerencia en todos los lugares de la Tierra donde creen tener algo que conquistar o algo que conservar –no importa de qué manera–, les dan un mayor apoyo a los regímenes despóticos y orquestan la llamada campaña antiterrorista con la vana pretensión de convertir en un crimen el derecho de los pueblos a la lucha por la libertad, la independencia y el desarrollo democrático de sus naciones.

No se precisa ver bajo el alquitrán para comprender que todos estos ajetreos del imperialismo, en medio del repiqueteo antisoviético, apuntan contra el campo socialista, el movimiento nacional liberador de Asia, Africa y América Latina y el movimiento obrero y progresista del mundo entero; ni se requiere tener muchos dedos de frente para concluir en la necesidad de la acción común de estas tres vertientes

revolucionarias y poner en primer plano lo que une, como lo hace el Informe del compañero Brezhnev, fortaleciendo ante todo la unidad internacional de los comunistas. Porque es también claro como la luz del día que, mancomunadas, las fuerzas revolucionarias y progresistas son capaces de asegurarles a la humanidad un futuro de paz y de avance social, logrando que prosperen la distensión, el desarme, el diálogo y el acuerdo.

En virtud de estos hechos y consideraciones elementales, los comunistas chilenos vemos la suerte de nuestra patria profundamente vinculada a la lucha de las fuerzas que enarbolan la bandera de la paz, cuyo bastión principal es la Unión Soviética y toda la comunidad socialista. La vemos estrechamente ligada a la defensa de la gloriosa Cuba socialista, al afianzamiento y desarrollo de la revolución nicaragüense, a la heroica lucha del pueblo salvadoreño y demás pueblos de América Latina y de otros continentes, con los cuales somos solidarios. Por esto elevamos nuestra voz en favor de Antonio Maidana, Jaime Pérez, el General Seregni y de todos los presos de la reacción y el fascismo, a la vez que exigimos que nuestros propios presos sean liberados y se haga plena luz del destino de los desaparecidos, entre ellos Víctor Díaz y Exequiel Ponce.

En Chile se entra a una nueva fase. A la par que el tirano se aferra al poder y a sus planes, pasan a posiciones críticas diversos grupos que lo han acompañado, crece el campo de sus adversarios y la respuesta popular se hace cada vez más combativa.

Los amos de Pinochet han abandonado la idea del relevo que acariciaron en algunos momentos.

El dictador se ha autoproclamado presidente por un período de 8 años, prorrogable hasta casi el año 2000. Ha demolido la estructura republicana del Estado. Ha insertado al país en el dispositivo económico-militar del imperialismo, que opera en estrecha asociación con los clanes financieros internos. La economía funciona mediante cuantiosos créditos externos y la superexplotación de la clase obrera. Además, la dictadura se mantiene por la fuerza de las armas y la ayuda de todo tipo que le suministran Washington, Bonn, Londres, Tel Aviv, Pretoria y sus amigos pekineses. El golpe que derribó al Gobierno del Presidente Allende fue urdido desde Wall-Street y la Casa Blanca y tuvo éxito –entre otros motivos– porque la contrarrevolución se fue abriendo paso sin encontrar la réplica debida. Por haber vivido esta experiencia, en el caso de los acontecimientos polacos –aunque ciertamente son diferentes– vemos con simpatía los esfuerzos que hace el Partido hermano para defender las conquistas del socialismo.

El terror fascista, producto de la escuela norteamericana de la

«guerra interna», ha cobrado en Chile miles de vidas. En este momento arrecia la represión y se ha vuelto a los Consejos de Guerra para dictaminar penas de muerte.

Esto por un lado. Del otro, las cosas marchan. El pueblo chileno no ha sido ni será jamás puesto de rodillas. Nuestros compañeros del interior nos escriben: «Hemos enfrentado la situación elevando la lucha de masas. No hay otro camino que seguir la pelea más dura y decidida. Nada es fácil. Pero el Partido ha entendido bien de qué se trata en esta nueva etapa.»

Nuestro Partido trabaja por un solo frente de todas las fuerzas opositoras. La movilización y la unidad de las masas y, en función de ello, la aplicación de las más diversas formas de lucha, constituyen la esencia de su línea táctica. En ésta no hay ni asomo de precipitación. El derecho a la rebelión es sostenido por fuerzas cada vez más vastas, no sólo por los comunistas, sino también por la Unidad Popular y otros sectores, que ven en el combate más resuelto el camino para terminar con el fascismo y su secuela de terror y abrir paso a un régimen democrático y popular con mira al socialismo.

Queridos compañeros soviéticos:

Los felicitamos por vuestro Congreso y les agradecemos de todo corazón la permanente y valiosa solidaridad que nos entregan.

Compañeros y amigos invitados a este Congreso:

Agradecemos el apoyo que dan a nuestra causa.

Estamos seguros de que el pueblo chileno seguirá contando con la ayuda solidaria de todas las fuerzas democráticas del mundo, tanto más en los días aún más difíciles que prevemos en el futuro próximo y que precederán a la victoria. Porque ésta vendrá sin duda.

¡Con la razón y la fuerza, venceremos!

¡Viva la unidad y la lucha de todos los pueblos por la paz, la libertad y el progreso social!

¡Viva el XXVI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética!

Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile. Nº 47.
Mayo–Junio 1981.

Seguimos propiciando el acuerdo de toda la oposición

Entrevista concedida el 3 de abril de 1981 al corresponsal del diario Excelsior de México en Moscú, Hernán Rodríguez M.
(Texto íntegro)

Periodista. El General Pinochet se ha trasladado a La Moneda –el tradicional Palacio de los Presidentes de la República– para iniciar un período constitucional, de acuerdo con los resultados del Plebiscito del 11 de septiembre último. ¿Es esto una demostración de solidez del régimen militar?

Corvalán. La solidez a que usted se refiere es sólo superficial y circunstancial. No hay ningún régimen que sea verdaderamente sólido si no tiene el apoyo del pueblo, y Pinochet no lo tiene. El 11 de septiembre no hubo plebiscito sino una farsa plebiscitaria y lo que el dictador hizo aprobar es un engendro constitucional que no cambia en nada la situación. Lo único nuevo es que el tirano deja de ser miembro de la famosa Junta de los 4 jefes militares, que domina a su antojo, y es reemplazado por otro amanuense suyo, el general Benavides. En el hecho todo sigue igual. Ninguna restricción a la democracia ha sido levantada. Por el contrario, el estado de emergencia se prorrogó una vez más a partir de ese mismo día 11; se vuelve a los Consejos de Guerra y recrudecen las medidas represivas.

Periodista. De todas formas, el General Pinochet cuenta con el apoyo militar, lo que le asegura permanecer en el poder todo el período que dure su mandato.

Corvalán. ¿Qué mandato? ¿El que se ha dado el propio Pinochet?

Periodista. Bueno, me refiero a lo que dice la nueva Constitución...

Corvalán. ...el engendro constitucional dirá usted...

Periodista. Hablo del hecho de que comenzó un período de gobierno de 8 años, prorrogable por 8 años más. Y lo que me interesa saber es si usted piensa si permanecerá en el Gobierno todo ese tiempo.

Corvalán. Le voy a responder derechamente: podría permanecer todo ese tiempo y mucho más, si no hubiera suficiente lucha y no se uniera la oposición. Pero yo estoy seguro que no será así. Son cada vez más los chilenos que comprenden que a Pinochet hay que echarlo, que solo no se va a ir, que hay que combatir y que para ello es vital la unión de todos.

Lo principal es la lucha y la unidad del pueblo. Y esto se irá abriendo

paso cada día más. El período de reflujo del movimiento popular ya pasó. Cualesquiera sean las dificultades de la lucha, los golpes que pueda darnos la dictadura y hasta los retrocesos momentáneos que pudiera imponernos, la decisión del pueblo es inquebrantable. Está resuelto a combatir por sus derechos enfrentando a la tiranía, aun a costa de los más grandes sacrificios. No tiene otra alternativa que, o luchar para terminar con el fascismo o permitir que éste prolongue indefinidamente su régimen.

En cuanto al apoyo militar, al que usted se refiere en su pregunta ¿quién dice que está garantizado por sécula seculorum? Y por lo demás, teniendo en cuenta las experiencias de otros países, no hay FF.AA. que sean impermeables ni tampoco imbatibles a las avalanchas de los pueblos.

Periodista. Usted ha dicho que el pueblo está dispuesto a enfrentar a la dictadura aún a costa de los más grandes sacrificios. ¿Quiere decir esto que el PC propicia hoy la lucha armada? Y cuando usted dice que no hay FF.AA. imbatibles ¿está visualizando un enfrentamiento entre el pueblo y el ejército?

Corvalán. El Gobierno del Presidente Allende fue derribado por la fuerza de las armas y sería absolutamente legítimo que el pueblo chileno hiciera otro tanto para terminar con la dictadura que lo oprime. Pero lo que se ha planteado, o mejor dicho, lo que se reivindica en este momento, es el derecho del pueblo a la rebelión. Este planteamiento tiene una gran audiencia. En él coinciden prácticamente todas las fuerzas de izquierda y no pocos sectores de centro.

Cuando a un pueblo se le niega por completo sus derechos y carece de canales legales de expresión, tiene no sólo el derecho sino el deber de recurrir a todos los medios que estén a su alcance y que contribuyan a desarrollar su propia fuerza y a debilitar las del enemigo. Nuestro pueblo ya ha comenzado a tomar el camino de la rebelión. Por ahora da los primeros pasos en este sentido. Vendrán otros y otros más. A fin de cuentas, serán las masas populares las que descubrirán la senda de su propia rebelión, que seguramente no será igual a ninguna otra. En la lucha contra las tiranías, los pueblos siguen distintos caminos y recurren a diversas formas y métodos, según sean las condiciones concretas en las que les corresponde actuar.

Periodista. Y dentro de la rebelión ¿se incluye el terrorismo?

Corvalán. De lo que se trata precisamente es de terminar con el terrorismo. Desde el 11 de septiembre de 1973 Chile vive bajo el terror, bajo una dictadura terrorista. Miles de compatriotas han sido asesinados. Miles de ciudadanos han desaparecido. Decenas de miles o cientos de miles han sido torturados. Este es el terrorismo que conoce

Chile. El terror es consustancial al fascismo. Sin terror, Pinochet no podría mantenerse en el poder y mucho menos aplicar su política al servicio de las transnacionales del imperialismo y de los grupos financieros internos.

Periodista. Pero ¿y cómo hay que definir entonces las acciones de violencia que ejecuta el MIR?

Corvalán. Como acciones de violencia, unas atinadas y otras no. No concordamos en todo con el MIR, pero en este o en cualquier otro caso, lo que miramos con simpatía es todo aquello que ayude al desarrollo del movimiento popular, que vaya debilitando a la tiranía y fortaleciendo a la oposición, que lleve agua al molino del pueblo y no al de sus enemigos.

Periodista. En el extenso artículo que usted escribió con el nombre de «Nuestro Proyecto Democrático» no se hablaba del derecho a la rebelión. Propiciaba, en cambio, una alianza entre la UP y la DC para generar otro gobierno. ¿Ha cambiado la línea del PC? ¿Perdieron validez las formulaciones que hay en «Nuestro Proyecto Democrático»?

Corvalán. En forma directa no se habla en ese artículo del derecho a la rebelión. Pero no hay contradicción entre lo que dijimos entonces y lo que decimos ahora. Seguimos propiciando el acuerdo de toda la oposición para generar un Gobierno antifascista. En «Nuestro Proyecto Democrático» hay planteamientos circunstanciales, pero las ideas fundamentales que allí se exponen son de la esencia de nuestra política y conservan su plena validez. Entre ellas puedo citarle la necesidad de unir a todas las fuerzas antifascistas y no fascistas para echar abajo a la dictadura; la definición del tipo de régimen que debe sustituir a la tiranía; el deber de erradicar y proscribir al fascismo, y en general, nuestro pensamiento sobre asuntos tan cardinales como la democracia, la libertad, los partidos políticos o el papel del socialismo real en el mundo.

Periodista. La nueva administración norteamericana ha declarado su repaldo a Pinochet. ¿Piensa usted que esto es un signo del mejoramiento de la imagen de Pinochet en el ámbito internacional?

Corvalán. El régimen de Pinochet no tiene mejoría ante la opinión pública internacional. Lo que ocurre es que en el mundo se viven horas de definición. El acercamiento desembozado de los regímenes de EE.UU. y Chile es una demostración de esto. El uno, busca reforzar las posiciones del imperialismo en escala mundial y su política de confrontación, alineando, incluso, a los más sanguinarios déspotas; el otro, busca respaldo político más allá de los escasos gobiernos que lo han acompañado hasta hoy. Pinochet podrá tener uno que otro éxito en este sentido. Pero su régimen ya está marcado a fuego por los pue-

blos de todo el mundo. La solidaridad de la humanidad progresista con la causa democrática chilena permanece y permanecerá como un importantísimo factor que trabaja en favor de nuestro pueblo y de su inevitable victoria.

Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile. Nº 48,
Julio–Agosto 1981.

América Latina jamás aceptará el vasallaje

Discurso pronunciado en el X Congreso del Partido Socialista Unificado de Alemania, en Berlín, RDA, el 13 de abril de 1981.
(Texto íntegro)

Querido compañero Honecker.
Queridos compañeros:

La RDA es un país que no tiene muchos kilómetros cuadrados. Pero es un gran país. Es un firme bastión del socialismo y de la paz en Europa y en el mundo. Su pueblo trabajador tiene una elevada conciencia social. Su Partido Socialista Unificado –Partido marxista-leninista– es un ejemplo de destacamento de vanguardia.

La constatación más palpable de estos hechos fluye claramente del Informe rendido por el camarada Honecker.

La RDA se ha ganado la admiración y el cariño de todos los hombres progresistas de la tierra. Sus éxitos en la edificación socialista la han ubicado en un lugar preeminente entre los países de mayor nivel en el mundo. Son descollantes sus logros en el desarrollo industrial, la vivienda, la seguridad social, la ciencia, la cultura y el deporte.

El PSUA ha acuñado una consigna hermosa y certera: «La solidaridad ayuda a vencer.» Esta solidaridad es un rasgo esencial de la grandeza de vuestro país. Bien lo sabemos los antifascistas chilenos por experiencia propia.

Concordamos plenamente con el Informe a este Congreso. En particular, queremos subrayar nuestra entera coincidencia con la valoración que ha hecho el compañero Honecker de las proposiciones en favor de la paz y la distensión formuladas por el XXVI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Reafirmamos también nuestro res-

paldo a los países de la comunidad socialista que rechazan categóricamente los intentos del imperialismo de inmiscuirse en sus asuntos internos y que, por esta misma razón, cierran filas en apoyo al Partido Obrero Unificado y al pueblo de Polonia en sus propósitos de reafirmación y renovación socialistas.

En América Latina, la política agresiva de la nueva administración norteamericana se expresa a través del apoyo abierto a los regímenes despóticos y terroristas, como la sanguinaria Junta salvadoreña y la brutal tiranía de Pinochet. Se manifiesta también en el adiestramiento de mercenarios somocistas, en una desembozada intervención en Centroamérica. Mientras tanto, los voceros yanquis tienen el descaro y la insolencia de acusar a Cuba de intervención y de amenazarla con un nuevo bloqueo. Y si hay algún gobierno del continente que se suma a este coro del imperialismo con el cuento de que Cuba se mete en sus problemas, ello sólo quiere decir que ese gobierno se desliza por el plano inclinado del entreguismo y la felonía.

Los pueblos que están al sur del Río Bravo son pueblos hermanos. Un ataque contra cualquiera de ellos será un ataque contra todos. Que no le quepa duda al imperialismo: ante un paso tal, donde *ponga el pie y en todo el continente, encontrará resistencia y jamás* se aceptará el vasallaje. Cuba y Nicaragua son ya territorios libres de América. Llegado el caso, no sólo serán defendidos por cubanos y nicaragüenses.

Pinochet está eufórico porque Estados Unidos dejó de lado la cháchara sobre los derechos humanos. Siente que sus amos le dan carta blanca para seguir imponiendo el terror fascista, en beneficio, ciertamente, de las transnacionales del imperialismo y de los clanes financieros internos.

La dictadura ha logrado poner todo el aparato estatal –y organizar gran parte de la vida social– en función de tales intereses. Pero, como acaba de decir nuestro Partido en una declaración difundida recientemente en Santiago, «Pese a casi ocho años de cercenamiento de las libertades, se mantienen vivas las tradiciones democráticas del pueblo, así como la herencia unitaria del movimiento obrero y la decisión de recuperar, apelando a todos los medios de lucha, las conquistas que los trabajadores alcanzaron en el pasado y que la dictadura ha ido liquidando una tras otra». Tal determinación emana de tres profundas convicciones: de que sólo se puede poner fin al régimen fascista a través de la lucha y la unidad del pueblo; de que las masas, sin recurrir a la rebelión, no podrán lograr este objetivo, y de que sólo una rebelión de masas podrá abrir camino a la victoria.

¡Con la razón y la fuerza, venceremos!

Queridos camaradas:

En nombre del Comité Central del Partido Comunista de Chile y de todos los militantes del Partido saludamos calurosamente a vuestro conmovedor congreso.

A través de Radio Berlín Internacional, de los programas para Chile de Radio Moscú y de otros medios informativos, la palabra de vuestro Congreso ya ha llegado al conocimiento de miles y miles de hombres y mujeres que luchan en la tierra de Salvador Allende. Estamos seguros de que todos ellos se sentirán estimulados por vuestros triunfos, por las magnas empresas que se proyectan y por la fundada seguridad con que ustedes hablan del futuro.

¡Gracias por todo ello!

Boletín Exterior del Partido Comunista de Chile. Nº 47.
Mayo–Junio 1981.

Estamos con Polonia socialista

Los cabecillas visibles de la contrarrevolución polaca, reunidos en Radom y Gdanz a comienzos de diciembre consideraban que ya había llegado su hora. Walesa dijo: «La confrontación es inevitable y ella tendrá lugar». El vicepresidente de «Solidaridad» de Varsovia, le hizo entonces esta advertencia: «Si tú retrocedes un paso, yo personalmente te cortaré la cabeza». Palka, de Lodz, propuso la creación de «milicias obreras organizadas y armadas de cascos y garrotes». Bujak, de Varsovia, planteó la inmediata formación de un «consejo económico y social» que sería de algún modo el Gobierno Provisional. Por esos mismos días se llamaba a eliminar físicamente a comunistas. Jurzik, jefe de «Solidaridad» en la ciudad de Szcecin, hablaba de este modo: «El tiempo del jugueteo ha terminado. Para algunos habrá que poner horcas y ahorcarlos. A mi modo de ver, no causaría daño si algunas de esas horcas se ponen ya ahora».

Todo esto nos hace recordar a nosotros, los chilenos, lo que sucedió en nuestro país. En el último período del Gobierno del Presidente Allende y en vísperas del golpe fascista, con otras palabras se decían las mismas cosas. En las calles de Santiago apareció la siguiente inscripción: «Ya viene Jakarta»; aludiendo al baño de sangre de Indonesia, ocurrido en 1966. Un diputado de la oligarquía alzó la voz desde las cavernas y dijo: «Los únicos marxistas buenos, son los marxistas muertos». En Chile la contrarrevolución triunfó. Santiago se transformó en Jakarta. Y en la capital, así como en todo el país, en el día del putch y en los que siguieron, aparecieron miles y miles de marxistas muertos y también muchos miles que no eran marxistas, incluidos religiosos y sacerdotes como el cura español Juan Alsina.

En Polonia, el pueblo y su gobierno, contando con la lealtad y el patriotismo del ejército, han encontrado en sí mismos las energías necesarias para emprender el camino que les permitirá desbaratar los planes de los enemigos interiores y exteriores del socialismo y de la independencia de su país.

Los comunistas chilenos, que conocemos en carne propia lo que es la contrarrevolución triunfante, nos alegramos profundamente del nuevo giro que toman los acontecimientos en Polonia. Las medidas de salvación nacional que ha adoptado el gobierno de Varsovia permitirán evitar la catástrofe que se aproximaba y conducirán al ulterior fortalecimiento y desarrollo de la democracia socialista en ese país, corrigiendo los errores que se habían cometido.

El presidente norteamericano ha reaccionado con iracundia, ha puesto el grito en el cielo por lo que él llama «violación de los derechos elementales del pueblo polaco» y ha reclamado con voz tonante la libertad de los dirigentes de «Solidaridad», del KOS-KOR y de otros que estaban complotando. De todo esto habló Mr. Reagan el 17 de diciembre. El día anterior, su representante en las Naciones Unidas votó en contra de la resolución de condena al régimen fascista de Pinochet, en el mismo momento en que en Chile recrudecen las represiones, se cometen nuevos asesinatos y la Iglesia Católica denuncia otros casos de tortura, incluso a dos miembros de la Comisión Chilena de Derechos Humanos.

No estamos anotando una contradicción o una inconsecuencia de Mr. Reagan. El apoyo a Pinochet y la repulsa a las medidas del gobierno que encabeza el General Jaruzelski, corresponden a una misma línea. En uno y otro caso, Reagan defiende los intereses del imperialismo y está contra los pueblos de Polonia y de Chile.

Cabe recordar que en nuestro país la contrarrevolución fue promovida desde Washington y se abrió paso agitando la bandera de la libertad y de la democracia, no la bandera del fascismo. El golpe ahogó en un mar de sangre las libertades del pueblo y terminó con todo vestigio de democracia. El régimen constitucional y democrático fue sustituido por la arbitrariedad fascista. Dirigentes sindicales y gremiales hubo también en Chile que se embarcaron en la escalada contrarrevolucionaria. La mayoría de los transportistas –propietarios de uno o dos camiones cada uno–, los dueños de taxi, los comerciantes minoristas y, entre los obreros propiamente tales, una parte de los trabajadores del mineral de cobre «El Teniente», se declararon en paro contra el gobierno del Presidente Salvador Allende. Su participación no modificó en nada el carácter fascista de la sedición. Y hay que añadir que ahora esos mismos sectores de transportistas, taxistas, comerciantes y trabajadores de las minas han sido tratados con el mocho del hacha por Pinochet, se dan cuenta de que hace nueve años fueron engañados o estaban equivocados y hoy también luchan contra la tiranía.

En Chile corrió el billete verde distribuido por la CIA. Los paros

mencionados fueron financiados con dólares. La prensa contraria al régimen recibió cuantiosas inyecciones monetarias. Alrededor de dos mil agentes de la CIA entraron camuflados de diplomáticos o turistas. En Polonia las cosas no han sido diferentes. Allí cada día se descubre alguna prueba de la injerencia directa del imperialismo.

Durante el Gobierno Popular, primó en Chile la idea errónea de que la libertad es un valor indivisible, por encima de las clases. Hubo incluso partidarios del socialismo que creían posible llevar adelante la lucha hasta el total cambio de régimen, reconociendo el derecho de uso de todas las libertades políticas, no sólo a los opositores demócratas sino también a los fascistas. Con orgullo presentaban tal cosa como un rasgo singular de la revolución chilena. La lección es trágica. La libertad que se reconocía a todos se transformó en libertinaje para los contrarrevolucionarios y, después del 11 de septiembre de 1973, en la esclavitud fascista para el pueblo.

La construcción de la sociedad socialista es una gran empresa que, ciertamente, no está ni podría estar excenta de dificultades de diverso tipo. En Polonia, errores de dirección dieron margen para que el descontento revistiera carácter de masas. De ese descontento sacó ventajas el enemigo de clase y, dicho francamente, hasta que asumió la dirección del Partido y del Estado el General Jaruzelski, ese enemigo avanzaba cada día. Muchas veces se intentó una solución política sobre la base inconmovible de que Polonia es un país socialista y parte integrante de la comunidad socialista. Al comienzo, los líderes de «Solidaridad» aceptaron de la boca para afuera esta premisa, pero una y otra vez torpedeaban los buenos propósitos, al mismo tiempo que empujaban el caos económico y político. Se creó así una situación en la que, como dijo el Jefe del Gobierno polaco, la paciencia del pueblo se agotaba y había que atar las manos de los aventureros antes de que lograran sumir al país en la vorágine de la lucha fratricida.

Las medidas que se toman en Polonia dirigidas a normalizar la producción y el funcionamiento del país, no estaban en los cálculos de los imperialistas yanquis. Estos soñaban con que en este país, como en 1973 en Chile, las cosas irían cada día de mal en peor y culminarían con el derrumbe de ese Estado socialista y una confrontación bélica en Europa. En último término creían que el pueblo polaco no tendría fuerzas propias para defender el socialismo. Se equivocaron medio a medio. Han tenido que despertar a una realidad que no preveían, y de allí la histeria con que reaccionan. Reagan aplica medidas que afectan el abastecimiento de Polonia. No le gusta que este país socialista supere un momento difícil de su historia. Es claro que el presidente norteamericano no tiene en cuenta que hace ya tiempo el mundo no

depende de lo que hagan o no hagan los Estados Unidos. Olvida que en el XXVI Congreso del PCUS Leonid Ilich Brezhnev dijo: «No abandonaremos a la Polonia socialista, a la fraternal Polonia en la desgracia y no permitiremos que la ofendan». No conoce el corazón y la capacidad solidarios de la República Democrática Alemana, de Checoslovaquia, de Hungría, de Bulgaria y de Rumania, para hablar sólo de los países que forman parte del Pacto de Varsovia. Todas sus habladurías y amenazas antisoviéticas no cambiarán el curso de los acontecimientos en Polonia y sólo revelan la obsesión guerrerista que lo domina, la cual es un peligro para toda Europa y para todo el mundo.

En cuanto a nosotros, comunistas chilenos, quisiéramos reiterar lo dicho en otra ocasión, en el sentido de que si en la vida del mundo y de los países no todo es blanco y negro, en la lucha de clases a escala nacional o internacional hay que estar en una u otra barricada. Estamos, pues, con la Polonia socialista.

Moscú, 25 de diciembre de 1981.

El sexagésimo aniversario de nuestro Partido

Discurso pronunciado en el acto que se realizó en Moscú el lunes 4 de enero de 1982.

Querido compañero Kirilenko;
querido compañero y amigo Arismendi;
queridos compañeros soviéticos y
queridos compañeros chilenos:

En estos días, a despecho del tirano, miles y miles de comunistas, rodeados del afecto del pueblo, celebran en Chile, de una u otra manera, el sexagésimo aniversario de nuestro Partido. Muchos actos tienen lugar también en los diversos países donde hay chilenos emigrados. Decenas de miles de compatriotas, en especial militantes del Partido y de las Juventudes Comunistas, podrán escucharnos hoy mismo a través de la radio. Los saludamos como camaradas y hermanos. Les transmitimos un cordial abrazo.

Al fundador de nuestro Partido, Luis Emilio Recabarren, se le llama, con toda propiedad, maestro y guía de los trabajadores chilenos. Su nombre está incorporado para siempre a la historia de Chile y a la del movimiento obrero internacional. Bajo su dirección, el Partido se lanzó a la lucha por el socialismo haciendo flamear a todo viento el rojo pendón de las reivindicaciones del proletariado y la bandera tricolor de nuestra Patria, es decir, luchando por los derechos de los trabajadores y por el reconocimiento de la soberanía chilena en los feudos imperialistas ya enclavados en nuestro territorio. En su partida de nacimiento están, pues, tanto la clase social como el país a los que pertenecemos. Hay un tercer elemento sustantivo. Nuestro Partido surgió cuando el resplandor de la Gran Revolución de Octubre iluminaba el camino de los proletarios y de los pueblos oprimidos de toda la tierra. Recabarren saludó la revolución rusa. «Doy, sin vacilar —expresó entonces— mi voto de adhesión a los maximalistas rusos que inician el camino de la paz y de la abolición del régimen burgués, capitalista y bárbaro. Quienes no apoyan esta causa sostendrán al régimen capitalista con todos sus horrores».

Los comunistas chilenos celebramos este aniversario del Partido enfrentando abiertamente la feroz dictadura fascista que oprime a nuestro pueblo. Esta dictadura es un engendro del imperialismo yanqui, producto de su maridaje con la reacción interna. Sus amigos del alma son los racistas sudafricanos, los agresores israelíes, los hegemonistas chinos, los tiranuelos latinoamericanos y, ante todo, los rabiosos imperialistas que encabeza Reagan. Este le presta su total colaboración. Por su parte, Pinochet apoya incondicionalmente la política de Reagan que amenaza con la invasión armada a Cuba, Nicaragua, Granada, El Salvador y otros pueblos y pone en peligro la paz mundial.

Consecuentes con todo lo que hemos sido y somos –junto con manifestarle al Partido Comunista de la Unión Soviética los agradecimientos más sinceros por el fraternal saludo de su Comité Central y por su permanente solidaridad con la causa antifascista del pueblo chileno–, queremos subrayar nuestro decidido apoyo a la política de paz que lleva adelante el gran país soviético, en función de la cual tantas iniciativas despliega su gobierno, el Partido de Lenin y personalmente el querido compañero Leonid Ilich Brezhnev.

En particular, agradecemos la presencia en este acto del querido compañero Andrei Pavlovich Kirilenko, miembro del Buró Político y del Secretariado del Comité Central del PCUS, vastamente conocido y apreciado por el pueblo chileno, del cual ha sido huésped en dos memorables ocasiones, con motivo del XIII Congreso de nuestro Partido y, hace diez años, durante nuestro 50 aniversario. Agradecemos también los saludos de los partidos hermanos de numerosos países y reafirmamos nuestra plena solidaridad con todos los que luchan contra el imperialismo y están bajo su asedio.

Queremos expresar en esta oportunidad nuestro decidido apoyo y simpatía a la Polonia socialista, que está en tren de superar un difícil momento de su historia.

La vida nos dio a los chilenos una lección amarga. Durante el gobierno revolucionario de Salvador Allende, se cometió el grave error de considerar que la libertad de amplia expresión que había alcanzado el pueblo debía ser un don del que gozaran, además, no sólo sus adversarios de la oposición democrática, sino también sus enemigos de tipo fascista. Estos, ni cortos ni perezosos, decían cuanto querían en contra del gobierno y del Presidente, se dedicaron a orquestar una virulenta campaña anticomunista, anticubana y antisoviética, recurrieron al sabotaje y al terrorismo, promovieron paros en el transporte y en el comercio, crearon el mercado negro, organizaron el caos económico. La contrarrevolución se fue desarrollando a plena luz del día. No agitaba la bandera del fascismo, sino la bandera de la libertad y de la

democracia. Cuando triunfó, se implantó una feroz dictadura fascista, cuyas fechorías acaba de condenar, una vez más, la Asamblea General de la ONU. Tal dictadura lleva ya más de ocho años, durante los cuales se impuso violentamente una vuelta atrás en el país, que había emprendido rumbo hacia el socialismo.

No nos cabe la menor duda, a la luz de esa lección amarga, que las medidas que han tomado el gobierno polaco y la dirección del Partido, encabezados por el general Jaruzelski, eran absolutamente indispensables para derrotar la contrarrevolución en ciernes, que entraba en una escalada de actos terroristas y anunciaba tomarse el poder a días plazo. En definitiva, esas medidas le evitarán a Polonia un baño de sangre como el que ha sufrido nuestro pueblo o una larga guerra fratricida, le permitirán corregir los errores que se habían cometido y salir de la situación de desquiciamiento y de anarquía a que había llegado en el funcionamiento de su economía, de la sociedad y del propio Estado. Permitirán también que permanezca como un eslabón firme del socialismo y de la paz en Europa.

Reagan, como portavoz de los imperialistas que fraguaron el golpe en Chile, y Pinochet, esbirro suyo, se muestran escandalizados por las medidas de salvación nacional que la situación obligó a adoptar al gobierno del general Jaruzelski. ¡A los chilenos esto nos parece el colmo de la desvergüenza!

El imperialismo persiste en su política de guerra e intervenciones. Ha llevado a la humanidad a los momentos de mayor peligro que jamás haya conocido. Surge la amenaza de que desaparezca la vida sobre la tierra en un holocausto atómico. Cada comunista, cada demócrata, cada hombre sensato –cualquiera sea el campo ideológico al que pertenezca– debe levantarse, alzar su voz, ponerse en movimiento. Hay que ponerle camisa de fuerza a los dementes que sueñan con una guerra nuclear «limitada». Hay que detener la mano de los que quieren incendiar el mundo. Hay que rodear de la máxima solidaridad a los pueblos que están en la mira inmediata del imperialismo. Una vez más decimos que si Cuba o Nicaragua fueran agredidas no nos cruzaremos de brazos. Una invasión a estos países será considerada por los pueblos latinoamericanos como una declaración de guerra a cada uno de ellos y responderán al máximo de sus posibilidades.

Ni las prisiones, relegaciones y destierros, ni las torturas y asesinatos han podido ni podrán terminar con el espíritu de lucha y rebeldía que anima a nuestro pueblo. Lo prueban, una vez más, los heroicos presos políticos que han estado largos días en huelga de hambre.

Las grandes huelgas que ha habido en el cobre, en el carbón, en las fábricas textiles, en los puertos y otros centros proletarios, las protestas

y acciones de diversos sectores de capas medias y la valerosa actitud combativa de miles de mujeres, son algunos de los tantos hechos que muestran que el movimiento obrero y popular ha entrado a una etapa superior.

En estos años de dictadura fascista se ha acumulado en el corazón de los trabajadores y de las masas populares una carga muy grande de odio. Al pueblo no se le podría pedir que ponga la otra mejilla. No la va a poner. Más aún, llegará inevitablemente el día en que la indignación de las masas se expresará en toda su plenitud sin que haya fuerza, ni siquiera fuerza militar, capaz de contenerlas y aplastarlas.

El mito del milagro económico se viene abajo. El slogan de la propaganda oficialista «Hoy vamos bien, mañana mejor» sonó como arpa vieja. Las quiebras de bancos y de empresas financieras, industriales y comerciales y el aumento desorbitado del desempleo muestran que la economía chilena ha entrado en un nuevo período de crisis.

El modelo de los Chicago Boys era un gran balurdo. Ahora, cuando los hechos muestran a la vista de todos que es en verdad un gigantesco negociado para las multinacionales y los clanes financieros internos, cuando la economía hace agua y la cesantía y el hambre azotan nuevos hogares, el tirano anuncia que este es «un viaje sin retorno», entrega los recursos del Estado para socorrer a los ricachones y se empeña en que la crisis la paguen la clase obrera, el pueblo y el país. Esta es una política de traición a Chile. Los comunistas llamamos a luchar contra ella. Hay que poner término al cierre de fábricas, minas y otras fuentes de trabajo. Hay que colocar barreras a la importación de artículos que compiten con la producción nacional. Hay que subsidiar la producción chilena que no encuentra mercados exteriores debido a la actual paridad cambiaria. Hay que reducir los intereses bancarios y entregar crédito barato a la industria, la minería, la agricultura y el comercio. Hay que prorrogar el pago de los créditos que abruman a la producción. La crisis tiene que ser absorbida por los poderosos y no por el pueblo. Hay que reducir los gastos que se dilapidan en armamentos y suprimir los que se destinan a soplonaje y organismos represivos. Hay que disolver la CNI. Los recursos que se gastan en la represión deben destinarse a la salud, la educación y la vivienda. Hay que atender las demandas planteadas en el Pliego de la Coordinadora Nacional Sindical. En definitiva, hay que terminar con el fascismo que es la dictadura terrorista abierta al servicio de los clanes financieros y del imperialismo.

Ha habido momentos en que objetivamente ha existido alguna posibilidad de despejar el camino con vista a una salida de amplio consenso no vinculada obligatoriamente al uso de la violencia aguda. Las

indecisiones, vacilaciones, prejuicios y temores de algunos los han dejado pasar. La tiranía tuvo tiempo para darle visos de institucionalidad a su régimen y deshacerse de opositores declarados o larvados, tanto civiles como militares.

Ahora el combate se hace más escabroso. La persistencia de Pinochet en seguir hambreando y reprimiendo a millones de chilenos y la tosudez del tirano en mantener y continuar a troche y moche una política económica nefasta, llevan al pueblo de Chile a buscar, iniciar y desarrollar su propia rebelión. En estas circunstancias, los partidos de izquierda consideran plenamente legítimo y un deber imperativo que el movimiento de masas emplee las más diversas formas de lucha, pacíficas y violentas, públicas y clandestinas, que apunten al derribamiento de la dictadura.

Si hay retrasos en la aplicación de uno que otro aspecto de esta línea combativa, se trata de una insuficiencia que será superada. La lucha del pueblo seguirá adelante y abrirá amplia perspectiva de victoria. El Partido y las Juventudes Comunistas, como destacamento marxista-leninista, se hallan animados de una firme decisión revolucionaria y de la indómita voluntad de vencer.

Reiteramos lo dicho por nuestro Partido en su Manifiesto de septiembre último: «Dependerá de la amplitud, vastedad y fuerza con que se exprese la rebelión de las masas, que la salida hacia la libertad no exija un excesivo costo de sangre. Pero dependerá también, y sobre todo, de los hombres de armas. Durante casi ocho años, éstos han sido sostén y muchos de ellos agentes de un régimen de terror. Reclamamos de su parte que recapaciten y cambien de actitud».

En su edición del 8 de noviembre último, El Mercurio se jacta impúdicamente del papel que hoy desempeñan las Fuerzas Armadas. Dice con todas sus letras que «cada incremento de los patrimonios individuales tiene como base y marco de sustentación la presencia militar». Así, pues, ésta ha servido para el fabuloso enriquecimiento de los Vial, los Cruzat-Larraín, los Matte Alessandri, los Edwards y otros clanes y para que el Banco Central pague ahora, mediante emisiones que afectan a todos los chilenos, las trampas de los bancos particulares en bancarrota.

¿Hasta cuándo las Fuerzas Armadas van a cumplir estos menesteres? ¿Van a permitir que nuevos yacimientos de cobre y de otros minerales se entreguen a la voracidad del capital extranjero? ¿Van a aceptar que el Estado se desprenda de puertos, ferrocarriles, caminos, correos y telégrafos para que vayan a parar a manos de particulares del tipo de los Piñañas? ¿Van a dejar que Pinochet continúe poniendo en subasta internacional parte del territorio como ya lo ha hecho con

cientos de miles de hectáreas de parques nacionales y reservas forestales? ¿Van a prestarse para que se sigan anulando más y más conquistas sociales? ¿Van a descargar sus armas contra las nuevas luchas de los trabajadores que no aceptan la superexplotación a que son sometidos? Nosotros decimos: El deber de las FF.AA. no es matar ni morir por el fascismo. El derecho del pueblo a la rebelión debiera encontrar eco en sus filas, contribuyendo así a que la lucha no se plantee entre civiles y uniformados, sino entre el pueblo de Chile, de una parte y, de la otra, Pinochet y los grupos que profitan de la tiranía.

La tarea de acabar con el fascismo es una tarea nacional, de todo chileno amante de la libertad y de la justicia social. Cada uno de ellos tiene el deber de contribuir a que se den más vigorosos pasos en el camino de la lucha y del entendimiento con vista a establecer un nuevo régimen democrático. Apoyamos cualquiera iniciativa unitaria sea cual fuere el nivel, la instancia o la esfera en que se plantee. No somos contrarios a las convergencias de partidos o grupos afines. La oposición tiene sus fuerzas un tanto dispersas y cuanto se haga por agruparlas y simplificar el cuadro lo estimamos positivo.

Andrés Zaldívar, que ahora cuida cada palabra para referirse a la dictadura, proclama, en cambio, a los cuatro vientos, que los comunistas no deben integrar un eventual gobierno de transición. Su opinión no nos quita el sueño. En este momento lo principal es echar a Pinochet y no la cuestión de definir la composición del futuro gobierno. Además, no estamos dispuestos a participar en cualquier gobierno y, por último, la palabra valedera la dará en su oportunidad el pueblo de Chile. Nos pronunciamos, en primer lugar, por la unidad de la clase obrera y el entendimiento del pueblo en la base. Insistimos en la importancia de fortalecer y desarrollar la unidad de todos los partidos de izquierda que luchan por derribar el régimen fascista y reemplazarlo por una democracia avanzada con la perspectiva del socialismo. Por eso saludamos como un hecho positivo la reunión que celebraron en septiembre en México. Continuamos siendo partidarios del acuerdo de la izquierda con la Democracia Cristiana y demás fuerzas opositoras.

Nuestro Partido, junto a los demás partidos populares, ha demostrado en la práctica ser capaz de organizar, orientar y conducir al pueblo a grandes victorias como la del 4 de septiembre de 1970. Esta victoria, que se obtuvo gracias a la movilización combativa de millones de hombres y mujeres, hizo posible que bajo el gobierno del Presidente Allende se nacionalizaran todas las empresas de la gran minería del cobre, del hierro y del salitre, que estaban en manos de los imperialistas yanquis, las del carbón y las del cemento, 70 de las más grandes

empresas industriales monopolistas, 16 de un total de 18 bancos comerciales, el 90 por ciento del comercio de exportación y el 60 por ciento del de importación. Se expropiaron 6 millones de hectáreas de tierras cultivables, liquidando por completo el latifundio. Se produjo una fuerte redistribución de ingresos en favor de los trabajadores, se llevó a cabo una amplia labor en las esferas de la educación, la cultura, la salud y la vivienda. La clase obrera alcanzó alta participación en la dirección de las empresas y posiciones de gobierno y, de otra parte, el país tuvo por fin una política exterior independiente, libre de los dictados del imperialismo. Todo esto no ha pasado al olvido ni se hizo en vano. El pueblo recuerda y compara. Y así como hay una gran carga de odio contra la tiranía, hay también un alto aprecio, una revalorización de la obra transformadora del gobierno de la Unidad Popular. Este es también un factor que pesa. Lo claro es que, unido, el pueblo de Chile puede y debe echar abajo al fascismo y volver a la senda de la libertad y del progreso social.

Nuestro Partido, el Partido de Recabarren, de Lafertte y de Pablo Neruda, el Partido del trabajo y la cultura, nació de las entrañas mismas de la clase obrera, en la región del salitre, que Francisco Pezoa llamó «réproba tierra de maldición» en su inmortal «Canto a la Pampa».

En las seis décadas de nuestra ya larga lucha han caído miles de comunistas. Constituyen un ejemplo imperecedero las vidas de nuestros héroes, de Anabalón Aedo, Bascuñán Zurita, Juan Leiva Tapia, del cacique Maripe, Ramona Parra, Isidoro Carrillo, Enrique París, Víctor Jara, Marta Ugarte, entre tantos y tantos comunistas que entregaron su sangre a nuestra causa. Muchos de nuestros compañeros han desaparecido. Entre ellos el Subsecretario General del Partido, nuestro querido camarada Víctor Díaz. Es alto el precio que pagamos. Cuidamos y cuidaremos la vida de cada compañero como el más preciado bien de la naturaleza. Pero nada nos hace ni nos hará vacilar en la lucha en que estamos empeñados, que es una lucha a muerte contra el fascismo.

Salvador Allende vivió y amó la vida intensamente. Pero, —como él lo dijera en sus últimos momentos— colocado en un trance histórico, no vaciló en pagar con la suya la lealtad del pueblo al cual fue leal hasta su último aliento. Este es un ejemplo de dignidad y de entereza para todos los revolucionarios chilenos.

¡Viva el Partido Comunista de Chile!

¡Con la razón y la fuerza, venceremos!

¡Viva la inquebrantable amistad entre el Partido Comunista de Chile y el Partido Comunista de la Unión Soviética!